

De verdades e incertezas

Francisco Soler Guevara



DE VERDADES E INCERTEZAS

DE VERDADES E INCERTEZAS

Francisco Soler Guevara



Ediciones Perdidas

© Francisco Soler Guevara, 2009.
Ediciones Perdidas, 2009.
Asociación Cultural Libros de Arena.
Camino de los Espejos, 51.
04131 - Retamar – Almería.
www.librosdearena.es

Diseño de J. Palacios.
Portada basada en *Fiale di etey*,
de Luca Alinari.

Dep. legal: AL 673-2009
ISBN: 978-84-937160-5-9

*A las mujeres de mi vida,
con mi conmovido agradecimiento.*

PERSONAJES:

- JAVIER LÓPEZ FORTUNES: Maestro. Narrador y protagonista de la historia. *Comensal n° uno en el bar de Onofre.*
- ONOFRE: Dueño del bar.
- MICAELA: Mujer de Onofre.
- MATEO MORRAL Y SANTOS: Párroco de Castrosantos.
- DOÑA GUADALUPE: Madre del Sacerdote.
- NATALIA: Sobrina de Doña Guadalupe.
- SIXTO: Sacristán.
- MARTA FORTÍN Y LÓPEZ: Farmacéutica. *Comensal n° dos.*
- SONIA CALZADA FORTÍN: Hija de Marta. Estudiante en Cáceres.
- RAMIRO CALZADA PÉREZ: Padre de Sonia. Separado de Marta. Reputado oculista en Londres.
- CESÁREO CORREA HUERTAS: Alcalde del pueblo por I.U. *Comensal n° tres.*
- EDUARDO CUEVAS CANTOS: Médico. *Comensal n° cuatro.*
- BENITO PÉREZ CALDAS: Sargento de la Guardia Civil. *Comensal n° cinco.*
- MERCEDES: Mujer de Benito. Comadrona.
- VICENTE MÁRQUEZ JÓDAR: Practicante. Soltero “calavera”. *Comensal n° seis.*
- PABLO: Monaguillo.
- PASCUAL: Mancebo de la farmacia.
- DOÑA BEATRIZ: Viuda del farmacéutico Don Adolfo Fuentes, anterior propietario de la farmacia.
- DOÑA JOAQUINA: Vecina del edificio de enfrente del palacio parroquial y, como las dos siguientes, integrante de la asociación de las Damas de San José, fundada por la madre del párroco.

- DOÑA ADELA: Vecina.
- DOÑA PETRA: Vecina.
- PAULA: Asistente cocinera y ama de llaves de Doña Guadalupe.
- DON MATÍAS: Dentista.
- CAROLINA: Amiga de Natalia.
- DOÑA ENRIQUETA: Vecina.
- CARLOS: Actual director del coro. Sobrino de Don Matías.
- COSME: Fontanero del pueblo
- DON PEDRO: Maestro de Castrosantos.
- DOÑA ASU: Maestra de Castrosantos.
- DON ANTONIO: Director del colegio de Castrosantos.
- PURA, PATRICIA Y ROSA: Maestras jóvenes
- LUÍS: Camarero del parador.
- SERGIO: Camarero del parador.
- JUANITO: Universitario amigo de Sonia.
- BEA: Amiga de Sonia.
- ISA: Amiga de Sonia.
- PILI: Asistente de Javier.
- BERNARDO: Marido de Pili.
- TOMÁS: Estudiante de Telecomunicaciones. Enamorado de Sonia.
- MARTÍN GÁLVEZ: Secretario del ayuntamiento. Padre de Tomás.
- SANDRA: Mujer de Martín y madre de Tomás
- DON FERNANDO: Joven sacerdote. Ayudante de Don Mateo.

DE VERDADES E INCERTEZAS

Capítulo I

Aún puede venir a Castrosantos si quiere levantarse a las nueve y oír como cantan los pájaros en el cercano y añoso plátano que todavía queda a la orilla de la plaza como testimonio vivo de antiguos esplendores arbóreos, de añejas multitudes vegetales. Doce fueron en su día antes de que las plagas y las reformas municipales los redujeran a este único, colosal ejemplar. A la llegada de la primavera, nuestro árbol se vuelve musical y bullicioso con el enjambre multicolor de gorriones, jilgueros, tórtolas y verderones, que pronto competirán con las chicharras en producción de sonos cantores, cuando la siesta nos proteja del calor de la tarde y en tanto la noche se disponga a escurrirse húmeda, sobre el chirrido monocorde, infinito, pastoso e inmisericorde. Ya veremos. El invierno todavía no nos deja y como a las estaciones, en lo tocante a cronología, no se les permite obrar a su antojo, nadie les meterá prisa.

Las mañanas, incluso en invierno, suelen ser tibias al sol de la plaza mayor, y la discreción de viejos, mujeres y niños en los días de fiesta —los hombres andan en el bar—, te permite estar a tus cosas y ocuparte en tus pensamientos y contemplaciones.

Bastante amplia para ser de un pueblo, me encanta esta plaza con sus soportales bien trazados y sus bancos de hierro y madera antiguos; el plátano cantor a un extremo, consentidor de perspectivas y discreto él también, siem-

pre con vocación de no estorbar; la reidora fuente, antiguo pilón para las bestias, lugar donde se recogía el agua para casa en otro tiempo y, todavía hoy, escenario de tertulias en la atardecida, ya que los parroquianos, cuando el sol languidece, arriman sillas y hasta mesas de sus casas y del bar de Onofre al pilón para sentirse arrullados al caer del agua, con la condición de que el parloteo decrezca o alguna pausa interrumpa exclamaciones y “confidencias” a voz en grito. La televisión, aunque presente por todas partes, sólo es del gusto de alguno que otro. La mayoría prefiere tomar el fresco cuando lo hubiere o soportar la canícula o el frío, según lo que haga y como se encuentre el vaso que cada uno se acerca a los labios, a tenor de la sed o del saldo económico del sujeto en cuestión, del desprendimiento rumbo del que convida o la capacidad de aguante de la notoria morosidad que sufre el pobre Onofre, que nunca ha ganado para sustos o para sobrevivir dignamente ni cuando se mete a hacer cuentas ni cuando descansa; por eso prefiere prescindir de contabilidades y de descansos y estar a la faena todo el santo día o aturdido por las voces de la Micaela, su mujer, que no le da un segundo de respiro.

Cuando el tiempo acompaña y le da la gana, Don Mateo, el cura párroco, que comparte el rebaño en Castrosantos con el de algún que otro pueblo también con almas por pastorear (los tiempos de descreimiento, secularización y falta de jóvenes vocaciones no dejan de hacer estragos), se deja caer por la plaza en horas de reunión para departir con los parroquianos y soltar, si viene o no a cuento, alguna de las sentencias a las que el buen cura es tan aficionado —las frases sentenciales no navegan hoy por hoy por aguas favorables, pero a cura, parroquia y aires castrosanteños les tiene sin cuidado aquello que pertenezca al ámbito de lo que es de buen tono hacer—. Olvi-

daba decir que nuestro insigne pater se llama Mateo Morral, justamente como el de triste recordación, anarquista de intenciones regicidas, nacido en Sabadell en mil ochocientos ochenta, que atentó contra Don Alfonso XIII y Doña Victoria Eugenia en el momento del cortejo nupcial de los monarcas, fallando el criminal intento por muy poco. De esta circunstancia (a la coincidencia nominal nos referimos), ni el santo varón de Don Mateo ni sus ancestros tienen maldita la culpa porque así se llamaban, que se sepa, padre, abuelo y bisabuelo del sacerdote, y romper el hilo de la saga por una cuestión casual, no entró en los cálculos del papá de Mateíto, único a quién el tiempo hubiera podido dar permiso para rectificar llamándole por ejemplo, Bartolomé. El buen hombre no se lo planteó y al cura, al parecer, no le importa lo más mínimo; aparte de la poca probabilidad de que por estos pagos haya algún convecino que, aunque esté al tanto de la identidad del histórico sujeto, pueda así mismo importarle la casual circunstancia. Tal vez convenga decir que el nombre completo de nuestro venerable hombre de sotana –si se la quita en algún momento es para dormir–, es Don Mateo Morral y Santos. Lo que nos hace sospechar que el apellido de la mamá de nuestro hombre tuviera algo que ver con este remoto lugar, y el nombre de Castrosantos recuerde a algún antepasado o antepasados de su familia materna.

Todas las disquisiciones previas no son gratuitas si se tiene en cuenta que nuestro Don Mateo es hijo del pueblo y vive en Castrosantos con Doña Guadalupe, su madre –con el paréntesis de los años de seminario– desde allá por los tiempos en que usaba tirantes y pantalón a la rodilla (antes lo acogían sus abuelos en Madrid) y a partir de que el obispo difunto, Don Marcelino, tuviera a bien mandarlo de nuevo a su pueblo natal, esta vez con la so-

tana puesta y la tonsura recién recortada, para “apacentar” ovejas y corderos (con perdón) que un día fueron compañeros de colegio o amantes padres, madres, tíos, tías, abuelos y abuelas de sus condiscípulos y correceptores de las primeras letras.

Se vanagloria el reverendo padre de conocer a fondo, uno por uno y por una, a una, a cada quien en el pueblo, llevando enumerados cantidad y cualidad de los que de pies cojean y no perdiendo detalle de quienes caminan derecho, por si un tropezón inoportuno de última hora ha venido a incrementar el censo de lo disoluto, que las paredes del redil son livianas y estos tiempos que corren incrementan el peligro de derribo de las murallas que defienden el caminar recto de los castrosanteños. “Hay que dormir con un ojo abierto, no sea que el lobo que nunca descansa, venga a robar algún tierno cordero. ¡Faltaría más!” sentencia, cómo no, Don Mateo.

Como una cosa es dormir y otra muy distinta dormir, Doña Guadalupe tampoco duerme mucho, la buena señora, y aunque a sus ochenta y nueve años ya hace demasiado que dejó atrás juveniles vehemencias, cuando no cabecea, se preocupa y ocupa de y en que la mesa de cada día además de bien dispuesta y adornada cumpla con ser mantenedora de las fuerzas, pocas o muchas, de que dispone cada miembro de la casa, sin dejar de mirar que pastor y grey, estén a la sazón convenientemente supervisados. Ya veo que acaban ustedes de intuir, que sólo una dama de virtud probada y criterio recto podrá ser capaz de cumplir con tan denodada y comprometida, así como sacrificada, tarea. Siempre, por supuesto, a mayor gloria de Dios.

Sienta la señora a su mesa cada día, a la hora de comer, amén de al bueno de D. Mateo, una joven sobrina, toda beatitud y honestidad, y a Sixto, el sacristán viudo,

más pobre que las ratas, que mantiene la iglesia de Castrosantos como los chorros del oro y dispone de un cuartito junto a la sacristía, de recogimiento a la hora de dormir. Para defenderse de la humedad y el frío que inundan el interior del templo cuenta con el orujo de que Doña Guadalupe le tiene provisto, el consuelo de un brasero que él mismo alimenta, así como del de tres mantas de Zamora, herencia de su difunta, vestigio de tiempos mejores en vida de su mujer, de cuando la pobre trabajaba como asistenta en casa del alcalde y disponía de los cuatro cuartos que ganaba de sueldo, ya que el sacristán, enemigo del trabajo esforzado y a quien nadie recuerda en aquellos años labor alguna, nunca se sintió capaz ni en el deber de dar un palo al agua. La primera que terminó por aceptar la situación y acomodarse a las circunstancias fue la infortunada esposa, desengañada de la pobreza de espíritu de su Sixto así como de la falta de empuje con que proveer para el futuro, signos definidores, si no definitivos, de la personalidad del marido.

La sobrina de Doña Guadalupe vino al mundo en Salamanca, alumbrada por Carmencita, la menor de sus hermanas, por entonces estudiante de Filosofía y Letras en la universidad salmantina. Al decir de algunos que por aquellos días la conocieron, la joven universitaria siempre tenía un hueco en su agenda para diversos y múltiples encuentros de amores, entre las visitas a la biblioteca del campus, las clases propiamente dichas y los paseos siempre a solas con algún compañero, por el casco antiguo de la ciudad. Se sabe que, un frío día de noviembre alumbró una preciosa niña, fruto no se sabe muy bien si de ciertos —si no ocultos sí oscuros— amores con un estudiante italiano afincado en la ciudad del Tormes para aprender español, que casualmente coincidió con la chica ante la portada plateresca de la Universidad, para ser ayudado por

ésta en la ardua tarea de encontrar sobre el mundo cráneo de la calavera la famosa ranita que todo el mundo se entretiene en buscar. El muchacho le demostró de inmediato estar mucho más interesado en un tipo de artes menos arquitectónicas y que tuvieran más que ver con el conocimiento de otras honduras de carácter personal así como del derribo de las innecesarias barreras supranacionales y en la intimidad, a ser posible que, “lo spagnolo non lo conosco ancora bene e con gli altri provo soggezione, ¡ti prego, cara mia!”. ¡Te daba yo a ti “vergüenza de los demás para verte con la niña a solas”, pedazo de “disgraziato”! Más tarde del estudiante italiano no se volvió a saber nada y Carmencita una vez aligerada la conciencia –gracias a su sobrino cura– y la barriga con ayuda de la comadrona, fuese a Barcelona de taquimecanógrafa, dejando a su hija al amoroso cuidado de Doña Guadalupe que, como la mayor de los hermanos que era, siempre había servido lo mismo para un roto que para un descosido.

A punto de cumplir dieciocho años, Natalia, la sobrina de Doña Guadalupe, ya ha dejado atrás la primaria y como las luces intelectuales no sean precisamente su fuerte –la gente dice eso porque es una chica tímida y reservada–, pasa el tiempo entre rosarios y novenas, en loor y olor (coloquen ustedes la “ele” donde quieran) de santidad, incienso y cirio pascual, con bordados y costuras en el entreacto, mientras sus excompañeras de pupitre escolar andan como mínimo con el bachillerato como campo de batalla, y la fantasía puesta en púberes paladines a cuestras con el acné, la gomina, el despiste y la videoconsola.

Como la naturaleza suele poner de un lado lo que quita de otro, Nati –así la llama su tía– es de una belleza arrebatadora, con unos enormes ojazos grises importados

de Italia y unas carnes serranas, en plena efervescencia, heredadas por parte de madre, ya que la Carmencita en sus buenos tiempos resucitaba a los muertos a su paso y cuentan que tenía al completo de la elmántica mocedad masculina en un “ay” y a las compañeras de clase siempre en un tris de sacarle a la niña el “ay” de los huesos, a base de envidia, zancadillas y mala uva, que ya se sabe que en las aulas se aprende de todo menos buenos sentimientos.

No sé si oportunamente, creo que ya toca referirme a un servidor de ustedes, para que en esta historia y con permiso del azar que siempre anda sacando las cosas de quicio, cada cual estemos donde de momento nos hallamos y, además quienes esto leen, si gustan, nos puedan localizar sin más ardor que el de continuar con la lectura. Si el esfuerzo es mucho o poco, a su sin par criterio lo someto, y al deseo que generosamente tengan de dejar para más tarde tantos asuntos de más importante consideración, que a cada rato y con seguridad la vida les ofrece. Me llamo Javier López Fortunes. Soy maestro. Ando a punto de cumplir los sesenta y un años y hace ocho que mi mujer y yo nos separamos. Tengo tres hijos, un chico y dos chicas, ya grandes e independientes. Cuando Laura, mi mujer, y yo cortamos por decisión de ella, dejé Almería donde he nacido y ejercido la profesión la mayor parte de mi vida, para venir como maestro a Tejar de los Bernárdez, a tres kilómetros de Castrosantos, donde me jubilé el pasado junio. Laura es así mismo maestra, y la circunstancia de continuar cada uno por nuestro lado, materialmente sólo supuso que el piso de Almería, donde siempre hemos residido y desde entonces propiedad de mis hijos, sea ocupado por Laura mientras viva o ella decida usarlo y la parte del resto que ha sido para mí, ha bastado para poner casa en Castrosantos, de donde soy vecino desde que dejé mi tierra, ya que la cercanía de Te-

jar me ha permitido, cuando hacia bueno, ir y venir paseando hasta y desde casa al colegio y dejar el coche para los días de frío.

Aunque no me desagrada ni soy especialmente negado para la cocina –ahora que tengo para mí el tiempo que quiero, casi siempre desayuno o ceno en casa– me dejo tentar a diario a la hora de almorzar por lo que producen de bueno y provechoso, nadie en el mundo se atrevería a decir que es poco, los inefables fogones y las cazuelas y sartenes de Micaela la de Onofre, cuyo verbo es el más amplio elenco malsonante imaginable pero en la que la grandeza de corazón y habilidades culinarias no tienen igual en parte alguna. Compartimos mesa y mantel dispuestos junto al ventanal que mira a la plaza desde el bar de Onofre, en torno a las dos del mediodía, casi cada día de la semana, cinco insignes personajes de Castrosantos y quien escribe estas torpes palabras. Decidimos de acuerdo, después de observar por algún tiempo en la mesa de cada uno, tanto la soledad propia como la ajena y que no se ganase nada en ello, que al saludo diario de “buenas tardes y buen provecho” podíamos añadir las palabras que cada quien quisiese sin tener que andar a voces y que ser el quinto en llenar el vaso –Marta, la boticaria no bebe– añade solera al vino de cada ronda y pone en la boca de todos la pizca de buen tono de la que siempre se parte en el grupo, y raudales de sentido del humor y gracia con que, si se me permite, correspondemos la buena compañía de que gozamos.

Poniendo al vino como excusa culpable o más bien a la, para mí, insólita circunstancia de que nuestra Marta prefiera al estupendo tinto del almuerzo ese bodrio de mejunje que llaman cerveza sin alcohol, empezaré por referirme a la farmacéutica –nobleza obliga– que es la única señora de nuestro comensal sexteto y además un

montón de simpatía y garbo. Conocí a la titular de la farmacia de Tejar de los Bernárdez, Doña Marta Fortín y López, entre el resto de los padres y madres de mis alumnos de octavo de la extinta E. G. B., en la primera reunión escolar que con ellos mantuve, recién llegado a estas tierras como docente.

Después de mi jubilación, el colegio de Tejar y el de Castrosantos han sufrido la influencia de la tasa de población negativa que también por estos pagos se padece y, la llegada de inmigrantes ha consentido su reducción a un solo centro escolar y no la desaparición de ambos que, sin la aportación multicolor de la demografía, hoy serían historia y tendríamos a los pequeños de todos los contornos viajando en autobús escolar cada mañana y perdiendo en la carretera parte del tiempo que en clase se pretende, a veces se consigue, ganar.

Sonia Calzada Fortín, de, en aquel mi primer curso en Tejar, catorce añitos recién cumplidos, viajaba cada mañana con su madre desde Castrosantos para ir a clase, y mientras Marta abría la farmacia, Sonia pasaba a formar parte del grupo de mis alumnos de octavo. A las cinco, cada tarde de lunes a viernes, a la salida del colegio esperaba estudiando que la madre cerrara, para hacer juntas el camino de vuelta a casa. Alguna vez a eso de las siete y media, yo me pasaba por la farmacia después de haber echado la tarde en clase corrigiendo, programando o simplemente leyendo, y esperaba con Sonia en la rebotica que mamá acabara de despachar antibióticos, y así emprender los tres, paseando, el camino de retorno. Recuerdo en algunos atardeceres de finales de abril o principios de mayo, aquellas tonalidades verdes de los campos difuminándose ante el esplendor del cielo teñido de rojos, naranjas, amarillos y ocres, que rodeando cenizas y negros en el horizonte, creaban insólitas espirales de luz indescriptible

en las nubes magníficas que traían el viento, dando a los tres kilómetros de nuestro paseo vespertino una belleza y encanto, que para nada habrían envidiado las tantas veces reproducidas puestas de sol o amanecidas junto al mar. Los alrededores de esta comarca de mis amores son, en primavera y otoño especialmente, un grandioso esplendor de todos los colores imaginables.

El padre de Sonia es el doctor Calzada, reputado oculista en Londres. Hace ocho años, cuando la chica asistía a mi clase en Tejar, médico y farmacéutica llevaban tres años separados. Todos los veranos, Sonia viaja a Inglaterra para pasar parte de las vacaciones con papá, Lucy y Andrew, su nuevo hermanito. Marta ni se ha vuelto a casar ni tiene novio que se sepa, a pesar de ser una mujer bellísima y no aparentar muchos más de treinta y cinco. Cuando Sonia viene de vacaciones desde Cáceres donde estudia informática, madre e hija parecen hermanas poniendo al personal masculino de Castrosantos unas caras de bobo que a cualquiera que en aquel momento anduviera despistado y no las viese haría doblar de risa.

La segunda persona con la que comparto mesa y mantel cada día, es Don Cesáreo Correa Huertas, nacido hace cincuenta años en el pueblo, barbudo, pelirrojo, viudo, agricultor en arriendo hasta la antepasada navidad en que agarró un buen pellizco en el gordo de la lotería y propietario hoy, de una de las fincas hortofrutícolas mejores y más productivas del término municipal. Los ojos le hacen chiribitas y se pone como un tomate de su huerta cada vez que Marta se sienta a la mesa. Enamorado en secreto de la farmacéutica desde su más tierna infancia, cuando ella estaba en parvulitos e iba a las monjas. Él, que siendo niño era todo ternura y emotividad, con más de diez años, la veía pasar alelado, sin atreverse, por vergüenza, a compartir con nadie sus sentimientos. Jugador

empedernido de mus y dominó. Afiliado a Izquierda Unida y miembro del P. C. desde los días de su legalización. Buen bebedor y mejor persona. Discutidor guerrero con Don Mateo, el cura, cuando éste aparece por el bar después de comer, que suele ser a diario (a pesar del bochinche que arman Cesáreo y cura, jamás he oído a ninguno de los dos soltar un taco, aunque sí alzar la voz por encima de lo que se pueda imaginar). Pecoso hasta la extenuación y alcalde de Castrosantos.

Don Eduardo Cuevas Cantos es nuestro comensal de mayor edad. Tiene sesenta y ocho años. Patricia, su mujer, murió de cáncer en noviembre pasado; cada vez que alguno la nombra no puede evitar que se le humedezcan los ojos y trata de disimular con una media sonrisa triste. Es todo tacto, discreción y bonhomía. Decano de los tres médicos que pasan consulta en el pueblo, todo el mundo le quiere.

El sargento de la Guardia Civil de Castrosantos es Don Benito Pérez Caldas (los amigos le llaman en broma "Pérez Galdós "); comandante del puesto, cincuenta y ocho años, nacido en Vera (Almería), calvo y con bigote prusiano. Cuando se ríe, atruena el bar y provoca el malhumor de la Micaela, que le increpa por lo bajo ante la risa de los parroquianos. En las discusiones siempre se pone de mi parte, será por aquello del paisanaje. Mercedes, su mujer, es la única comadrona de todos los pueblos y aldeas de tres términos municipales y cabalga una moto Yamaha tan grande como un coche. Ella dice que es para llevar cómodamente el instrumental pero todo el mundo piensa conmigo, que si no hubiese instrumental igualmente la conduciría. El bueno de Benito, harto de aparecer por casa desde el cuartel para comer y no haber cómo, opta por hacerlo a diario con nosotros y usar el móvil en la sobremesa para intentar localizar a su mujer si es que la

cobertura se lo permite. Si por una causa u otra la comunicación no se produce, lo celebra siempre con un nuevo orujo, cuando no está de servicio. Si lo estuviere, dice sin llamar que Mercedes le espera y se marcha a los postres. Quiere con locura a su mujer y se le nota en todo menos en las discusiones que trae la fortaleza de los temperamentos de ambos. Cuando la gente los ve discutir se sonríen por lo bajo porque saben que en el fondo no hay pareja más unida y que, a no mucho tardar, andarán entre arrumacos. Mercedes ha traído al mundo a todo el joven e infantil concejo, pero no ha sido capaz de dar a su Benito un heredero. Ninguno de los dos se ha planteado nunca de quien es la culpa y, viéndolos, cuando están de buenas, se adivina de largo que a ninguno le importa.

La persona que ocupa la silla número seis de nuestra mesa es el benjamín del grupo. Con cuarenta y cinco años a las espaldas, Don Vicente Márquez Jódar, practicante de Castrosantos, emigrado desde Valencia, titulado en Barcelona, es de una delgadez extrema. Se confiesa enamorado hasta saltársele las lágrimas de todo lo que tiene que ver con las fallas y las falleras. Como tiene una presencia magnífica, pese a ser tan delgado, y le gustan las señoras tanto como parece gustarles a ellas, cuenta con el reconocido título de “donjuán” del pueblo. Es soltero y vive en la pensión El Arte, que regenta Doña Lucía. A diferencia de Mercedes, sólo nos atiende a los del pueblo, aunque cuando un parto se le pone difícil a la comadrona, siempre cuenta con el apoyo de Vicentito, como todo el mundo lo llama por estos pagos.

Capítulo II

—Buenas tardes, Doña Marta y el resto de la buena gente que le acompaña. Siento que tal vez en el saludo haya algún excluido. Someto al benévolo juicio de buena parte de los presentes las razones que me asisten para ello. Aunque el natural me mueva a una actitud más conciliadora, no puedo, sin embargo, debido al pertinaz mal comportamiento ajeno, dejarme llevar por mi corazón.

—Vaya parrafada, Don Mateo —salta el alcalde—. ¿La ha sacado usted del “libro de las maravillas” o se ha pasado la noche pergeñándola? Qué pena que se me haya olvidado la agenda. Me encantaría tomar nota y engordar con la frasecita la antología del disparate, tomo quinto, que llevo escrita como anexo de la biografía de cierto cura conocido mío.

—Ah, ¿pero sabe usted escribir? Ande, échese a un lado, alcalde, que me apetece tomar un orujito con estos señores.

—¿Va usted a invitar? —pregunta el alcalde, sonriente.

—Por muy alcalde que sea, no tengo por qué contarle los detalles a usted.

—Ya viene gorreando, Sr. Cura. ¡Buen ejemplo damos!

—No ve más que la paja en el ojo ajeno o, lo que es peor, la supone, porque mis ojos están limpios. Yo, a juicios temerarios no he de prestar oídos.

—No sé si la paja, pero la legaña de la mala uva no se le ha ido con el enjuague facial que se ha dado antes de la

misa de siete y media, y en la cara le cuelga desde el ojo izquierdo.

—Que tiene usted una fijación enfermiza con todo lo izquierdo es historia sabida a cien kilómetros a la redonda y aún más lejos, aunque no mucho, porque su fama como alcalde y como político llega con dificultad lejos del pueblo. Sólo le conocen en la jefatura de policía de Madrid, donde tiene usted ficha y foto de frente y de perfil.

—No me agarre las narices, Don Mateo, que el obispo de la diócesis la tiene tomada con el párroco de este pueblo por casoso y preconiliar y no sabe como mandarlo a predicar al islote Perejil a ver si aburre a los escorpiones y emigran al desierto. Para el espacio que requiere, pídaselo también a D. Eduardo, que usted necesita plaza doble y, en el pecado de la gula como en tantas otras cosas, uno de sotana —por cierto, le queda estrecha— que tengo visto, no predica precisamente con el ejemplo. Además, si se quiere sentar, haga la demanda, “por favor”, que en España, afortunadamente, las buenas maneras afloran de vez en cuando y, en según quien, no tenerlas hace feo y está mal visto.

—Véngase a mi lado, Don Mateo, —digo— que como sigan ustedes con la discusión no se sienta hasta que oscurezca. Y perdone al alcalde que no puede aguantar el comecome que le tiene sin dormir, porque no acierta a cuadrar los presupuestos municipales.

—El que no puede aguantarse en pie es el cura —me asesina con la mirada el pelirrojo—, que en la cintura (es un decir) se le desnivela el centro de gravedad y va a terminar rodando como los toneles de Onofre. Y en cuanto a los presupuestos, maestro, —apea el tratamiento para molestarme, pero no lo consigue— cuadran divinamente...

—Un rojo ateo hablando de lo divino, ¡cosas verédeis! —interrumpe el sacerdote, sentándose a mi lado mientras

los demás ríen—. Non ho mai visto una cosa del genere. Mai e poi mai.¹ —Le suelta en italiano para hacerle rabiar.

—¡Hable en cristiano! —le increpa el alcalde.

Onofre pone sobre la mesa, sin saludar, el café solo con tres terrones, y el orujo que siempre toma D. Mateo, mientras éste dice por lo bajo:

—Yo, ante la incultura municipal, como ante los juicios temerarios, ni caso.

—Ya está bien —continúa el alcalde— que al cura no le entienda ni su jefe Dios, cuando intenta hablar en castellano, para que encima nos venga con antiguallas y latinajos que ya no se estilan... Modere sus palabras, hombre, que ya que las carnes las luce desatadas, no muera el pez por la boca y tenga quieta la lengua.

—Nos ha salido retórico el criador de cebollinos. Y no blasfeme, Cesáreo, que a Dios no le nombra en vano ningún pagano malintencionado, por muy autoridad que sea.

—Mire, señor cura, como ve, no igualo el tratamiento por respeto al personal, llamándolo sólo “cura”, por ejemplo. Por no cansar a estos amigos, que no merecen sus despropósitos, yo, lo voy a dejar aquí. Pero como no para de tirarme de la lengua, considere usted mi silencio momentáneo como una tregua en la batalla y vayamos a asuntos de mayor interés para todos, que el echar al viento, una vez más, nuestras conocidas diferencias no nos lleva a parte alguna y a este alcalde le encantaría seguir comiendo en esta casa, sin que me acerquen con disimulo el cartel de “reservado el derecho de admisión”. Por cierto, después de que su señora madre le ponga el postre en casa y antes de venir a vernos, haga propósito de enmienda como usted dice en su jerga de sacristía o duerma la

¹ *En mi vida he visto cosa igual. En jamás de los jamases.*

siesta, liberándonos de su grata presencia hasta otro día, y así no ofreceremos a nuestros amigos tan deprimente espectáculo, ya que en modo alguno merecen ni sus bravatas ni las que de vez en cuando consigue provocar en mí.

—¡De acuerdo! Apunto sus insultos para contestar más tarde, no sin adelantarle que se ha sobrepasado en el tono y en la forma como tantas veces. Pero una tregua es una tregua y aquí se acabó la discusión.

—Don Mateo, bienvenido. —Se levanta Marta—. Quédense todos con Dios que, aunque siempre estoy con ustedes en muy buena compañía, tengo que poner en marcha la farmacia. Desde que dejé la de Tejar para abrir en Castrosantos, lo que ha ganado el negocio lo ha perdido en paz y tranquilidad su propietaria; pues allí la protagonista principal, después de mis queridos exparroquianos, era la rebotica y aquí lo son las prisas y el trasiego. Entre Pascual y yo no damos abasto, pues a Dios gracias, la clientela no nos da un minuto de tregua. Todo sea porque la parroquia se mantenga saludable, al menos en lo que a nosotros respecta.

—Vaya con Él, Doña Marta, —le sonrío el párroco— y no haga caso de las salidas de algunos que es usted a años luz lo mejor de esta mesa. Y no como algún siniestro personaje al que preferiría no conocer.

—Defina usted “siniestro”, padre —dice el alcalde.

—Para aprender el idioma vaya usted a la escuela, pero le adelanto que a la derecha de Dios estarán los justos y los de la siniestra, serán todos empujados de cabeza al infierno.

—Váyame haciendo sitio en la caldera más grande, señor cura, que un día de estos la palmará de una indigestión y no habrá alas de ángeles con la fuerza suficiente para impedir que se hunda usted en el aceite hirviendo de

Pedro Botero. Sabido es que el agua, que es lo que tiene “su señoría” en vez de sangre, siempre queda debajo del aceite.

Marta saluda con la mano y en seguida la vemos cruzar la plaza. Va a hacer tres años que, después de haberse marchado Sonia a estudiar a Cáceres y con ocasión de la muerte de Don Adolfo, el viejo boticario de Castrosantos traspasó la farmacia de Tejar de los Bernárdez para comprar casi regalada a Doña Beatriz, su viuda –el matrimonio no tuvo hijos– la vieja botica de la localidad que, aparte de ser mucho más grande que la de Tejar, es un completísimo museo de antigüedades al uso de la farmacopea de buena parte de los últimos tres siglos. Pues Don Adolfo era la cuarta generación de boticarios de Castrosantos y desde el fundador, Don Anselmo Fuentes y Fuentes en 1786, todos los varones primogénitos de la familia que casualmente salieron con buena cabeza habían estudiado Farmacia en Santiago de Compostela. Lágrimas le costó al pobre de Don Adolfo verse enfermo y sin herederos que hubieran podido mantener en la familia esta joya de establecimiento farmacéutico; pero las implacables circunstancias mandan y la actual propietaria ha sabido mezclar perfectamente la maravilla de antigüedad que se ha encontrado, con el buen gusto y la sabiduría que tiene para combinar lo viejo con lo nuevo, y dar como resultado un conjunto del todo armónico y admirable.

Capítulo III

A lo largo de esta historia suceden ciertos hechos que el narrador desconoce en el preciso momento en que se producen los acontecimientos y de los que posteriormente ha tenido cumplida información a través de distintas fuentes. Sólo hace unos días que he sabido de este pasaje que narro, y también por un conducto que, por ahora, me reservo. El deseo de ser riguroso con el devenir de los acontecimientos respetando la cronología, me lleva a contar lo sucedido según se suceden los acontecimientos. De esta manera, sigo el natural orden tanto en lo que viene a continuación como al tratar algún otro episodio que sucederá más tarde, aunque en el momento justo del suceso quien esto escribe no tuviese noticias.

—¡Nati...! ¡Nati...! —La voz suena desde el callejón y aunque quien la produce intenta apagarla, es audible en toda la estrechez circundante.

En el cristal del balcón que asoma a esta parte del edificio, pega una china con un sonido seco que rebota luego sobre la baranda produciendo un sonoro tintineo de campana. En seguida, un segundo canto del río —el artillero los trae en el bolsillo— choca contra el cristal y esta vez se lleva por delante una hoja del geranio rojo que engalana, entre otros, el florido balcón con baranda de buena forja magníficamente trabajada en Baeza, pues desde allí fueron traídos estos hierros cuando la casa pertenecía

a los Señores de Fuentes, antiguos propietarios de la farmacia del pueblo y familia adinerada por aquellos tiempos, donde la hubiere, para ser comprada hace un siglo por el obispado de la diócesis y destinada más tarde a residencia parroquial los pisos primero y segundo y alojo la enorme planta baja del palacio de actividades de la parroquia: impartición de la catequesis escolar, cursillos de cristiandad, ejercicios espirituales, rastrillo de caridad, tertulia organizada por Doña Guadalupe con las damas cristianas de S. José, lugar de ensayo del Coro Polifónico y Parroquial de Voces Mixtas de Castrosantos y últimamente, lugar de acogida temporal de inmigrantes en tránsito y sin techo (en nuestro pueblo no se suelen quedar y en cuanto tienen cómo, la mayor parte de ellos viaja hacia Almería).

Intentábamos decir antes de la interrupción descriptiva que el guijarro, después de cumplir su misión de llamada contra el limpio cristal, deshojar el indefenso vegetal y rebotar en el mármol del balcón, fuese desde lo alto sobre la cabeza del apedreador en una carambola imposible, tal como a veces se dice cuando las cosas ocurren de manera fortuita sin probabilidad alguna de que vuelvan a suceder (ustedes perdonen lo innecesario del comentario) pero es que, para colmo, la cosa no acabó ahí, sino que un gato que en el callejón sesteaba recibió en pleno lomo el impacto del bolido, desde la cabeza del autor del disparo. Soltó tan doliente maullido y dio tan descomunal salto, que más pareció propio de cualquier felino que hubiese sido entrenado por un domador circense que de un gatito callejero, dulce y ronroneador. ¿Creen ustedes que ahí acabaron las desgracias? ¡Qué va...! Como el infortunio es veleidoso e insistente y engorda y se inflama a través de sí mismo, vino a querer que esa mañana, no necesitando Don Timoteo, el relojero que tiene su tiendecita de repa-

ración en la esquina de la plaza con el callejón, unas latas grandes de aceitunas que guardaba en casa para usarlas como tiestos de macetas –la recolección empezó antes de que se instalaran en el pueblo las tiendas de “sólo un precio”, que han abaratado el valor de los tiestos, sustituyendo el barro por el plástico– vino a colocarlas en el callejón bien puestas, una sobre otra, no sin haber quedado previamente con el basurero, que éste las retiraría por la noche, a cambio de una propinilla. Bien, pues allí estaban colocadas formando un castillito (el diminutivo desfigura la realidad, pero hace bonito), más de veinte envases metálicos de olivas –a Don Timoteo le gustan mucho las aceitunas y siempre las compra de las “gordales”, que son enormes (a oliva grande, descomunal envase)– y a juzgar por lo que a continuación pasó, parece que las latas estuviesen esperando como red de circo “salvadora” que nuestro infeliz minino cayese sobre ellas y así sucedió, tristemente. Qué fue del gato a partir de entonces tampoco se llegó a saber, sólo que en aquella callejita nunca nadie pudo dar señas que demostrasen que fue vuelto a ver. ¿Se imaginan ustedes un callejón con adoquinado de piedra y sin demasiadas ventanas bajas que hubiesen podido amortiguar el ruido, en medio de una situación como la que se narra? Pues, para no cansarles, si todas las furias se hubieran escapado juntas de la “caja de Pandora”, el resultado hubiera sido una linda polka de Strauss, a juzgar por lo que allí se produjo. No sólo acabó súbitamente la inicial discreción con que este episodio había comenzado sino que con un pasmo cuyo grado dejó a la consideración de ustedes, puso en fuga con el bolsillo aún repleto de proyectiles fluviales al indiscreto a la fuerza que (iba a decir “pies en polvorosa” pero en el oscuro, húmedo y adoquinado callejón no había ni “miajita” de polvo, (¡ojo con el lenguaje!) a toda velocidad no dejó de correr hasta que

hubo abandonado, esta vez con más cautela aunque siempre presuroso, el tocado por la mala suerte lugar de autos.

Natalia que en aquel momento bordaba por indicación de Doña Guadalupe un precioso mantelillo de té en su dormitorio tras el apedreado cristal, no habiendo advertido ni la intencionada y no lograda del todo susurrante llamada ni el primer chinazo, sí que se apercibió del disturbio que siguió tras el segundo. El mismísimo Goya, en la época en que pintaba a Doña Cayetana de Alba llevada en volandas por los demonios y en tiempos en los que las orejas sólo le hubiesen servido para apoyar las gafas (la miopía se la supongo yo) hubiera acudido, de haber estado pintando a Natalita, como un rayo al balcón acompañando a la niña, ya que el alboroto fue todo lo tremendo que ustedes se atrevan a imaginar.

Abriendo de par en par los ventanos acristalados de buena madera de pino –en la casa parroquial el plástico y el acero alemán están por inventar–, la niña intenta distinguir entre las sombras de la calleja adonde los geranios se asoman algo de lo sucedido, allá de donde el ruido parece haber llegado, consiguiendo ver antes de la curva las veloces piernas de alguien que al instante desaparece tragado por la oscuridad que a estas horas de la tarde ya inunda los adoquines del empedrado pavimento.

Al advertir que Doña Joaquina tiene como doña Petra y Doña Adela la ventana entreabierta y la cabeza estirada, cada una en la suya, en el deseo de dominar el espectáculo desde la fachada del edificio de enfrente –el mismo que origina la curva a la que nos referimos (eso hizo que Natalia viera lo que sus vecinas no)– Nati saluda educadamente, como en casa le tienen enseñado desde pequeñita:

—¡Buenas tardes, Doña Petra! ¡Buenas, Doña Adela! ¿Cómo está, Doña Joaquina? Me pareció oír barullo y he salido al balcón.

—¡Hola, Natalia! —responde Doña Adela—. Tú, como eres tan buena y piadosa, ¡bendito sea Dios!, todo lo tratas de suavizar pero aquí abajo parecía que se hubieran desatado todos los demonios del infierno...

—¡Válganme todos los santos, vecina! No nombre usted a los enemigos del alma que “la mala fortuna” trae del rabo todas las maldades y, ante la buena gente, ciertas cosas más vale no mentarlas, que quién yo me sé —se santigua— las tiene cargadas como si escopetas fueran.

—Yo, como estoy padecida —interviene Doña Adela—, andaba haciendo la siesta cuando...

—¡Ni que fuera usted sonámbula, Doña Adela! —interrumpe Doña Joaquina— para andar y echar la siesta a un tiempo habría que levantarse de la cama con los brazos pa’ lante y los ojos como la Puerta de los Perdones en año jubilar —suelta una risita malévola.

—Ya sacó usted la mala intención de donde no debería —responde la aludida—. Todo el mundo me ha entendido. Y mis padecimientos no se los deseo yo a usted a pesar de sus gracietas.

—¡Buenas tardes, señoras! —dice la sobrina de Doña Guadalupe.

—¡Ve con Dios, cariño! —responde Doña Adela, cerrando la ventana.

Las dos señoras, sorprendidas por el acto repentino de la vecina, hacen al unísono lo mismo, sin despedirse entre ellas ni de la joven y Nati, con exquisito cuidado entorna los postigos no sin antes acariciar con la mirada sus queridas macetas y retirar con cuidado la hojita caída sobre el mármol junto al geranio rojo.

Una vez dentro, sentada en la calzadora del dormitorio, retoma el bastidor con la labor inconclusa y dice para sí:

—¡Qué susto!, menos mal que esas señoras se han quedado a dos velas de lo que realmente estaba pasando ahí afuera. Tengo que hablar muy clarito con el “atontao” ese, porque si no se anda con más cautela cualquier día me va a poner en evidencia. ¡Menuda guasa tendría la cosa, siendo como es este pueblo! Se me huela hasta el alma sólo de pensarlo. El muy imbécil ha estado a punto de arruinarme la vida con sus memeces. Si no fuera porque el tío lerdo está como un tren, pronto me iba yo a exponer... Algo habrá que hacer al respecto. Tengo que pensarlo bien despacio y hablar muy seriamente con ese cretino atolondrado o mandarlo a hacer puñetas que es lo que se merece. No quiero ni pensar que mi primo, el cura —risa me da cuando lo llamo así porque podría ser perfectamente mi abuelo—, ¡qué pesao se pone, con las frasecitas!, se enterase de este lío. Me mandaría de novicia a las clarisas de Cuenca y se me acabaría el chollo de la apariencia. Todo sea por el animal este, ¡burro más que burro! que me tiene sorbido el seso con sus artes el muy bandido. ¡En qué mala hora se me arrimó para labrarme la desgracia! Claro que, ¿qué otro hubiera podido pegárseme si tengo más vigilancia que la Reserva Federal U.S.A.?

Ya más tranquila, siente que el mal humor va desapareciendo y una placidez nueva la sume en un duermevela grato que se va adueñando de su persona. En lo más hondo del alma de la chiquilla se combinan, como en una confusa percepción incierta, en una mezcla de abstracción difusa y realidad tangible, en un lugar entre la cordura y el sueño, como entre lo aprendido y lo descubierto a través de lo olvidado y lo presente, entre lo percibido y lo atávico, junto a la experiencia y el deseo, entre lo que nos di-

cen y lo que deseamos oír, bajo la influencia del pensamiento de los que nos educan y lo que a nosotros termina por llegar, entre lo íntimo del hombre y la apariencia que nos acaba por desquiciar, rozando la verdad o la incerteza, las íntimas experiencias vividas hace unos días, que vuelven a pasar ante sus ojos como si se tratara de otra vida y de otras gentes. Y, adormecida, ingrávida, revive los dichosos momentos que han calado tanto en su interior:

—Enséñame otra vez eso que guardas ahí. —Dice Natalia, un poco acalorada pues lleva un buen rato tendiendo en el terrado la ropa que Paula ha dejado lavada y en los barreños antes de irse a comprar al mercado—. Luego, habrá de pasarse por la consulta de Don Matías, el dentista, porque la pobre lleva dos días que no puede pegar ojo con el dolor de muelas. Al salir, la mujer le ha encargado que tenga mucho cuidado con las camisas oscuras de Don Mateo porque al sol destiñen y, aunque siempre van debajo de la sotana de paño, al cura le gustan impecables. Antes de coger la ropa y subirla a la azotea para tenderla al sol, que luce esta mañana esplendoroso, la niña ha estado ayudando a Paula en la cocina, con su immaculado delantal y un gracioso grumo de harina pegado a la barbilla, en la tarea de dejar a punto para el horno los roscos de anís que a Doña Guadalupe tanto le gustan. Hay que decir que en el yantar del párroco y su familia jamás se incluye nunca nada cocinado y comprado por ahí y sobre la mesa de cada día no se pone en modo alguno cosa que no sea minuciosa y puntualmente confeccionada en la cocina que hábilmente dirige y diestramente organiza la señora madre del sacerdote. Desde los entremeses hasta el postre de cada día, incluyendo los pastelillos salados en la cena, las

delicias dulces propias de las distintas fiestas anuales así como aquellas de las celebraciones relacionadas con el santoral y la distribución del calendario litúrgico anual, la casa se honra de ser todo un elenco perfectamente repartido y cronológica y puntualmente situado, donde cada fecha determina y el devoto paladar de la familia tiene necesidad, para sustituir en armonía y gracia otros placeres más mundanos e inconvenientes para el sosiego espiritual. Los “amores píos”, dulcecitos de canela y raspadura de limón, por San Hilario, patrón de Castrosantos, el día trece de enero, coincidiendo con las fiestas locales y la verbena en la plaza; “las nubes de zarzamora en almíbar”, por San Julián, el dieciséis de febrero, onomástica del difunto padre de Doña Guadalupe; “tortas casildas”, por San Alejo y San Simeón, el diecisiete y dieciocho de marzo, respectivamente; “dulces penitencias”, veinticuatro de marzo, San Agapito, deliciosos pasteles de cabello de ángel para aliviar los rigores de la cuaresma; por San Celestino, el día seis de abril para conmemorar la onomástica del difunto padre de Don Mateo, “rubios y morenos”, de almendra y crema los primeros y riquísimo chocolate negro estos últimos, especialidad de la señora, que conquistó con ellos a su Celes, que en paz descansa, una tarde primaveral en que el difunto, abogado de profesión, fue a ver a Don Julián para asesorarle en un asunto de índole testamentario; “pernanbuquitos”, por San Crispín de Viterbo —el hermano misionero de Guadalupe y Carmencita se llamaba así por haber nacido el veintiuno de mayo. El pobre murió de unas fiebres hace diez años en Antofagasta—. El resto de los meses hasta septiembre se descansa, para empezar el día dieciséis, festividad de San Cornelio y San Cipriano en que se confeccionan “las delicias de moscatel”, tradición de la familia desde tiempo inmemorial. Y así, pasando por las conservas de membrillo en noviem-

bre, hasta las navidades, que la casa se tira por la ventana con los “turrónes de toda clase, “pan de aceite”, “tortas de manteca”, “polvorones”, “mazapanes”, “almendrados”, “roscos de vino”, “borrachitos”, “pildorines”, “vermequieres”, “peladillas” y un largo etcétera que requeriría un discurso excesivamente prolijo. Como ya voy notando lo enormemente cansados que están ustedes con tanta dulzaina, más vale que lo vayamos dejando aquí no sin apostillar de nuevo, que todo se realiza en casa, por Doña Guadalupe y Paula que hace las veces de cocinera, asistente, zurcidora, lavandera y ama de llaves, no obstante siempre sea posible contar con la angelical ayuda de Natalita.

Estábamos con Nati, que andaba diciendo aquello de:
—Enséñame otra vez eso que guardas ahí.

—¿El trompo?

—¡Qué trompo ni qué niño muerto! A los diecinueve años, ¿todavía bailas el trompo?

—Y soy el que mejor lo hace del pueblo, puedo pasármelo bailando de una mano a otra, tirarlo hacia arriba y hacia abajo...

—¡Calla ya, animal, que no me refiero al trompo!

—Pues a mí me relaja mucho, fíjate que...

—¡Imbécil, más que del trompo estoy hablando de la trompa!

—¡Ah, es lo mismo!, mi padre le llama trompo y mi abuelo, trompa. A mí me da igual...

—¡Ven aquí, burro! —La chica agarra la cintura del pantalón vaquero del muchacho y, en un plisplás, desabrocha el botón metálico, baja de un golpe la cremallera y tira hacia abajo de pantalones y calzoncillos a un tiempo. A pesar de que ya tiene una idea más o menos cierta de lo que se va a encontrar, el asombro vuelve a pintársele en sus preciosos ojos grises. Entre las piernas del mucha-

cho cuelga la manguera mayor del coche de bomberos de Castrovero. Debo decir que Castrovero es el pueblo cabeza de partido. Alcanza las treinta y cinco mil almas y en el Siglo XIII contaba con obispado propio y destacamento real avanzado en vigilancia fronteriza y defensa contra el moro, que por entonces merodeaba en correrías y escaramuzas, a tiro de piedra de su castillo principal, cuyo patio renacentista, construido naturalmente más tarde en 1583, fue una de las joyas del estilo en toda España antes de que, comprado por los americanos, fuera desmontado piedra a piedra e instalado en el Museo Metropolitano de Nueva York. Además se debe añadir que, de toda la comarca, sólo en Castrovero existe un parque de bomberos oficialmente reconocido.

—¡Qué barbaridad! —comenta la niña—. El otro día, no me pareció tan grande... ¿Todos los hombres la tienen así? ¿Te ha crecido tanto de estar a todas horas con ella en la mano? Mira niño, que dice mi primo, el cura, que la médula se seca con esas cosas y se queda uno ciego y esquizofrénico. Ten cuidado, Pablillo, que esta brutalidad tiene que ser cosa del demonio.

—Yo creo que más bien es cosa de mi padre, que la tiene igual que yo y me la habrá transmitido en herencia genética, o por parte de mi tío Alberto, el hermano de mi madre, al que apodan en el pueblo “El Entubao”. Pero tú no te preocupes, Natalilla, que aunque parezca que algo tan poco corriente es imposible que funcione bien, el cacharro va a las mil maravillas y pega unos disparos que parecen las salvas que el año pasado lanzaron aquí en el pueblo a cañonazo limpio cuando se murió Don Gustavo, el general, ¿te acuerdas? Como el pobre al final estaba tan malito, era hijo del pueblo y por eso... Bueno, pues igual dispara esto y casi tantas veces una detrás de otra, como salvas hubo. Que dice mi madre que no sabe qué hago

para comerme de una sentada media olla de potaje. Que mi padre, mi hermana Cristina y ella, cada día adelgazan más porque cuando me siento a la mesa los dejo a pan pedir. Yo ya empiezo a preocuparme pero es que el chisme este cada día pide más y no hay manera de tenerlo quieto. Por eso te agradezco tu interés, Nati. A ver si me ayudas. Que se me ha metido un dolor en los codos de cambiar de mano tantas veces, que voy a tener que pasar por la farmacia a comprar el analgésico que usa mi padre pa' los calambres. Algo de irritación también se me produce de cuando en cuando, como cuelga tanto a veces no sé donde metérmela, sobre todo cuando veo pasar a Doña Marta que hay que ver cómo está de buena la boticaria.

La niña le da un codazo, mientras dice:

—¡Cómo eres de sinvergüenza, niño de las narices!, bueno... ¡de las narices, precisamente, no! —y poniéndose roja como un tomate— Mira, que no se ya ni lo que digo, que ¡vaya bicharraco, Pablito!, mejor dicho ¡Pablo!, ¡madre mía, que me estoy poniendo mala!

—Venga, déjame que siga, chica, que así con esto al aire me siento un poco raro y ya quiero terminar de explicarme. Bien, que al ver a la boticaria esto se me rebela y tengo que encorvarme para, detrás del árbol de la plaza o en la esquina o donde me pille intentar colocar todo en su sitio. Que me cuesta a veces unos esfuerzos que me pongo chorreando de sudor frente y manos. ¡Qué tarea, mujer, tengo de continuo...!

—¿Me dejas que la toque, Pablillo?

—Tú misma, chica, pero ándate con cuidado porque esto cambia de aspecto como los camaleones. El color no tanto pero la..., no sé cómo decirlo, qué se pone rígida como Doña Guadalupe cuando alguien suelta un taco en su presencia. Perdona, niña, que ya sé que es tu tita y que la quieres mucho pero...

—No te preocupes, monaguillo, que la tía y el cura están en la ciudad. A mi primo lo ha llamado el obispo para una reunión de los párrocos de la provincia y mi tía ha ido con él para no sé qué cosa del rastrillo de caridad. Alguna subvención o algo así. Y como Paula está que no vive con el dolor de muelas y además tenía que comprar verdura, pues estamos solísimos y no hay peligro de que nos cojan. Para colmo estaba que no vivía desde que el otro día te pillé cuando..., cuando estabas... Vamos, que tú la tenías... Qué con la mano, tú hacías...

—¡Acaba ya, niña: ¡qué me la estaba pelando!

—Sí, bueno, yo no sé como se dice pero sí, hijo, que menudo eres... Tengo que confesarte que la cosa me llamó la atención porque yo, aparte de angelitos culones, revoloteando, en mi vida había visto nada parecido. Cuando me fijé, después del sorpresón que me había llevado pensé, “este muchacho debe tener alguna enfermedad” porque la diferencia entre esas cositas que tienen los de las estampitas y este cacharro..., vamos chico, que no hay color. Por cierto que ya podrías cerrar la puerta del baño cuando te dedicas a esas intimidades que cuando entré, por poco me muero de la vergüenza. Y si hubiera sido mi tía o Doña Petra, que siempre andan ordenando los ornamentos y doblando los manteles sacramentales bien planchaditos, en los armarios... ¡Es que no tienes cabeza, Pablito!, —y mirando a donde ya pueden figurarse—, bueno, cabeza precisamente no te falta.

—Pero vale, ven acá que me estoy poniendo nerviosa y no sé lo que me digo. Tengo que contarte que el otro día en casa de Carolina pasó algo tremendo. Me había llamado diciéndome que quería perfeccionar el punto de cruz. Así que yo le pedí permiso a la tía para dormir en su casa, por si se nos hacía tarde con lo del bordado, no tener que regresar sola. Aunque ni el cura ni ella quieren que

duerma fuera de casa, como los padres de Carolina son tan buenos cristianos, me dejaron. Pero ocurrió que los papás de Carolina, esa noche precisamente iban al teatro en Castrovero y mi amiga y yo, cansadas de tanto bordar, decidimos ya tarde ver un poco la televisión. A mí me hacía ilusión porque aquí en casa, aunque parezca raro, no tenemos —mi tía piensa que es la ventana por la que entran todas las maldades— y yo me moría por ver con Carolina una película de amores. Pues haciendo “zapping”, creo que se dice así, tratando de encontrar lo que queríamos ver, sí que encontramos, pero fue en un canal local, una chica rubia con un negro, y tanto nos llamó la atención a Carolina y a mí que nos quedamos mirando a ver qué pasaba. Y pasaron de cosas... ¡No te puedes figurar...!

—Sí que me lo imagino, sí, que alguna vez yo también al volver a casa un poco tarde en que mis padres y mi hermana Cristina estaban durmiendo, he bajado el volumen de la tele para que no me oyeran, pero lo que no entraba por los oídos se metía por los ojos y, ¡cómo se metía...!

—Pablillo, ¿por qué no te quitas el resto de la ropa que ya que estamos...? A lo peor no se nos presenta otra ocasión, que a Paula no le va a doler la muela eternamente, el obispo y mi primo no se llevan tan bien y lo del rastrillo acaba la semana que viene y, ya que estoy viendo lo que estoy viendo nada hay de malo en ver también lo demás, ¿no te parece? Yo también voy a quedarme más cómoda, que entre los roscos de anís —cuando Paula no me veía he echado un par de tragos—, el tender la ropa al sol y esto como remate, el calor no me deja vivir.

En la azotea del palacio parroquial junto a los tenderos hay tres dependencias que sirven en la actualidad como trastero y almacén de muebles que la familia no usa, tres escaños de carpintería de puro roble, de la escue-

la castellana del siglo XVII, un bargueño de caoba que fue propiedad de los Fuentes, camas antiguas de metales policromados y esmaltes, un buró de cerezo con la persianilla intacta, un despacho epistolar con pie de mármol y bronce, un arpa que había sido el gran sueño infantil de Juanita, hermana también difunta de Don Adolfo. Todo ello repartido con otros mil cachivaches entre las tres habitaciones que originalmente fueron utilizadas como granero de la mansión. Las tres tienen en la cerradura su pesada llave de hierro y en la de la izquierda, se han refugiado los muchachos huyendo de los rigores del sol que hoy pega de lo lindo.

Sentado en una calzadora –cómo se verá tal vez habría que decir “descalzadora”– con tapicería de damasco, cubierta como todo en el trastero con una sábana, con los pantalones en los tobillos y el garrote ocultándole la visión de la muchacha que le ayuda con los cordones de los zapatos, el muchacho se desprende de la camisa y del jersey y muestra un torso de diecinueve años recién cumplidos realzado por el uso del pequeño gimnasio que se ha preparado en casa, ofreciéndose a los preciosos ojazos arrebatados, chispeantes y gozosos de la muchacha.

–¡Ay, niño, que aunque me lo maliciaba no te imaginaba yo tan bien repartido, hijo, que con la ropa puesta engañas...!

–Sí, es que cuando era pequeño tuve anemia y a mi madre le dijo Don Eduardo Cuevas, el médico, que con las vitaminas me venía bien el ejercicio. Así que mi padre que es muy mañoso me ayudó, no hace tanto, no te creas..., con lo del gimnasio que tengo montado en las falsas de mi casa. No es gran cosa pero he mejorado bastante como puede verse. Ya no tengo anemia y con la edad pues ya me ves...

—¡"Contrá"! digo, bueno..., que sí..., que ya veo..., que llevo una mañanita de decir tonterías.

—¡Tú no te preocupes, preciosa!, —el monaguillo se va animando. ¡Cualquiera no en sus circunstancias—. Se mueve un poco porque la niña ya le ha quitado pantalones, calzoncillos, calcetines y zapatos y sigue en cuclillas hipnotizada por el obstáculo que le impide ver buena parte de la cara del monaguillo. Poniéndose en pié, Nati comienza ella también a despojarse de la ropa, poco a poco empezando por el delantal, la blusa de seda bordada con florecitas, la amplia falda de algodón, las enormes bragas que su tía le obliga a llevar y por último el no tan pequeño sujetador, poniendo al descubierto dos maravillosos prodigios de la naturaleza que para sí los hubiera querido la Venus de Milo. Los enormes ojos grises de la chica vuelven a chispear ante la cara de arrobo del monaguillo, cuyo instrumento no deja de crecer y crecer amenazando con reventar como el volcán del Mont Pelé, que acabó con medio archipiélago y las cenizas llegaron a París, si bien en este caso no hubiera habido, figúrense, riesgo de lluvias negras precisamente.

Una vez que la chica hubo dejado bien colocada toda la ropa sobre la calzadora con su sábana también, gemela de la de Pablo, se colocó otra vez en cuclillas delante de éste, mostrando hasta el más mínimo detalle de sus intimidades pues, como ya dijimos, Natalita, de sangre italiana continental (esto último lo añadido ahora), cabellos rubios casi albinos y prácticamente total ausencia de vello en el cuerpo, permitían que el completo de sus encantos no tuvieran ninguna dificultad de ser mostrados. Además la muchacha, para que ustedes entiendan también del todo, no pretendía en modo alguno ocultar nada. Faltaría más.

–Pablillo, ahora déjame que te voy a mostrar todo lo que la chica rubia de la tele le hacía al negro. Tú no te pongas nervioso que yo lo voy a ir haciendo despacito para que me entiendas bien.

Mientras empieza dando besitos muy tiernos por los abultamientos inferiores (ya se entiende lo que estando el niño sentado en la calzadora y en el grado de excitación imaginable, queda debajo y lo que en estado de “presenten armas”, permanece más arriba), de vez en cuando lame un poquito, acariciando abajo con la mano derecha mientras arriba, masajea con la izquierda.

– ¡Qué durísimo está esto. No podía imaginarme que...!

El monaguillo jadea como un poseso y los ojos se le vuelven hacia adentro, como si tuviera un gran interés en contemplar su vida interior. Tiene la boca abierta un palmo y las orejas, como dos tomates reventados en la carretera por las ruedas de un tractor de los grandes. En un momento en que el muchacho piensa que ya no puede más, la niña se levanta un poco para facilitar la tarea y abriendo la boca todo lo que le es posible –su familia por parte de madre son todos de boquita pequeña y bien dibujada–, abraza cuanto puede con los labios, mientras que su lengua remata la faena con impensada destreza para una personita tan inexperta, cándida y angelical.

En un momento en que la chica se está tomando un respiro –los esfuerzos denodados agotan hasta la extenuación– aquello se dispara finalmente, viniendo a dar el húmedo proyectil sobre lo más alto de lo que la sábana protectora cubre del histórico bargueño de los Fuentes. Claro que ellos, todos difuntos, de nada pueden enterarse. De haberse apercebido, tal vez, presumo, hubieran puesto el grito en el cielo. Dónde si no. El resto de la perdigonada viene a dar, se supone, en sitios donde al cabo de un

rato tal vez no llamen para nada la atención. Naturalmente y en sus circunstancias maldito el interés que los chicos ponen en descubrir el producto final, consecuencia de sus, llamémoslas manipulaciones. Siendo honestos, ustedes y yo mismo tampoco hubiéramos iniciado en esos momentos tal tipo de búsqueda. De todas maneras y en definitiva, un trastero siempre es un trastero y no merece disquisiciones más hondas.

—¡Qué barbaridad, niño, por poco me dejas tuerta con el disparo! Menos mal que en ese momento la tenía orientada en otra dirección. ¡Cómo descarga el trabuco este! ¡Qué animal eres! ¡Ya podrías tener un poco de cuidado y controlarte más! Anda que si en ese momento la hubiera tenido en la boca! Bueno, después de todo no ha pasado nada y no ha habido heridos —bromea la chiquilla con desparpajo.

—¡Ay, Nati, de mi vida, déjame un momento que tome aire y me recupere que aunque pueda parecer que es lo mismo, cuando uno está solo en esta faena la cosa cambia como no te puedes figurar. ¡Qué experiencia, madre! ¡Esto no lo olvido mientras viva! ¡Ni en mil años podría describir...!

—Ni se te ocurra, "atontao", ¡menudo follón, si esto se supiera...! Anda, vistámonos que yo también estoy un poco cansada con la emoción. Tal vez otro día tengamos suerte y podamos conocernos un poco mejor.

Los chicos comienzan a ponerse la ropa, mientras Natalia pregunta:

— Por cierto, ¿a qué venías cuando me has pillado aquí arriba? ¿Quién te ha abierto?

—Se ve que Paula se ha olvidado de cerrar la puerta, al salir —dice Pablo—, pero ya he echado yo el cerrojo por dentro, para que nadie pudiera entrar. Ahora saldré por la puerta de atrás. Si alguien viniera y preguntase, dices que

te ha dado miedo, al quedarte sola en casa y que, por eso te has encerrado. Por cierto, que no se me olvide la partida de bautismo de Doña Enriqueta, que va a pasar por la sacristía esta tarde para recogerla. Me dijo Don Mateo que la encontraría en la mesa de su despacho, aquí, en la casa. Mientras yo bajo con cuidado sin hacer ruido, tú me la traes y, ya miraré yo bien antes de salir para que no me vean. De todas maneras, a nadie ha de extrañar ver al monaguillo salir de casa del cura. Aún así y por si acaso, más vale prevenir.

—Por cierto, Pablo, ¿no eres ya un poco grande, para estar de monaguillo?

—Bueno, el trabajo me da unas perrillas para ayudarme. Ya sabes que en mi casa no sobra precisamente el dinero. De todas maneras estoy estudiando firme —ahora, sí— para ir a hacer informática a...

—¿Cómo Sonia, la de Doña Marta?

—Sí, pero ella prepara la licenciatura en Cáceres y yo quiero ir a la Escuela Superior de Ingenieros de Madrid. Ya veremos si hay suerte.

—Baja con cuidado. Espera, que ahora te traigo la partida de bautismo del despacho.

El monaguillo abre despacio la puerta que da al callejón y, como no ve a nadie, sale rápidamente con la partida de bautismo, cerrando lentamente a sus espaldas.

Aunque la puerta acaba de cerrarse dulcemente en el pasado, parece como si el leve soplo de aire que se ha colado hacia adentro al volver aquella al lugar natural donde protege lo que la casa contiene y a sus moradores, hubiera despertado en el presente, el dulce ensimismamiento de nuestra Natalia. La chica, vuelta en sí de repente, inicia una sonrisilla plácida, serena y candorosa como la de un

angelito y, en la mirada, un brillo chispeante e ingenuo, signo inequívoco de la felicidad que siente en su corazón.

Capítulo IV

—¿Qué hay del ensayo, Don Eduardo?, —digo— ¿sabe usted algo, Marta?

—Creo que sí, Javier, —contesta Marta— precisamente Doña Joaquina, con la que he hablado cuando venía para acá, me ha dicho que hoy llega el niño.

—¡Vaya!, ¡ya era hora!, ¡con tanto tiempo sin director habríamos terminado por olvidar —exclama el médico— todo lo que hemos aprendido en estos años! ¿Cuándo llega?

—Parece ser que esta tarde —contesta Marta, con una sonrisa—. Así que hoy a la hora de siempre nos vemos en el salón parroquial.

—¿Por qué no se anima usted, Don Benito?, —le digo al sargento.

—Mire, Don Javier, ya sabe usted el respeto que le tengo porque somos paisanos, porque me cae usted como Dios, ¡perdón, Doña Marta!, y porque usted se lo merece, pero a mí esos cánticos tan selectos, todos a coro...

—Es que somos un coro, Don Benito —interviene Don Eduardo.

—Pues por eso mismo. Y, encima..., lo del niño.

—Qué más da —insiste Marta—. El caso es que haya alguien preparado que nos dirija. Que sea joven o no, ¿no da igual? Si es bueno, a la media hora ya no nos acordaremos de su edad y disfrutaremos un montón. Si cuando nos dirigía Don Mateo a veces nos gustaba tanto, no les digo nada si se trata de alguien que sepa qué hacer y cómo

explicarlo. Además, la mayoría llevamos muchos años en esto, con lo que cualquiera que venga se encontrará con esa ventaja añadida. Ya saben ustedes lo que cuesta a veces, aunque tenga oído y buena voz, formar un cantante de coro aceptable.

—También a eso quería referirme —salta Don Benito—, no es lo mismo lanzarse con el “Asturias, patria querida” cuando va uno con cinco orujos, que intentar esas cancioncitas tan finas que cantan ustedes. Y, por si faltaba algo, yo, que estoy acostumbrado a mandar y que los demás...

—Será en el cuartel —interrumpe el alcalde—, porque en casa ya sabemos todos quien manda.

—Ya salió la mejor autoridad “colorá” de España. ¿Qué les parece, señores? En mi casa organiza Mercedes porque yo soy un negado para lo doméstico pero...

—¿Sólo para lo doméstico, sargento?

—Oiga, no me venga con pamemas, alcalde, que no soy el cura. Y déjeme, que estaba yo en el uso de la palabra. Cuando usted habla, callo y, además, no me dirigía a su persona. Espere su turno y, entre tanto, escuche. Sigo a lo que iba, estoy acostumbrado a mandar a mis hombres y ellos obedecen. Así que no me veo con un niño diciéndome lo que tengo que hacer. Aunque sea el mismo Mozart resucitado. Me pondría nervioso y estaría todo el rato igual que si me estuviera orinando. ¡Vuelvo a pedirle disculpas, Doña Marta! Además, no se música y con el papequito delante sólo sabría si la nota va para arriba o hacia abajo. Ya ven que poco caudal para tener a un niño prodigio como maestro.

—Por eso no se preocupe —interviene Don Eduardo—, en el coro nuestro son pocos los que han ido al conservatorio y a pesar de ello no suena nada mal. El mismísimo Orfeón Donostiarra está integrado por no profesionales y

sin embargo, cantan como ángeles. Ande, no se lo piense y véngase a cantar que como dice, el niño es un genio y dirige de maravilla. Don Matías, su tío, cuenta que ha estudiado un montón de años en Zaragoza y después en Barcelona. Al parecer los profesores le tienen en gran estima porque siempre ha sacado unas notas altísimas. Además es muy simpático y, como le digo, altamente capaz. Al venirse de Barcelona ha dejado de dirigir un coro allí. Bien, pues todo el mundo lo ha sentido muchísimo. He oído que tiene novia en Castrosantos y...

—¿Quién es la novia? —Pregunta el practicante.

—¡A esa ni tocarla, Vicentito!, —grita el sargento—, a ver si por su culpa estos amigos van a tener que poner la voz en salmuera. ¡Cace usted en otros gallineros, practicante!, que el personal joven y no tan joven en Castrosantos es mucho y variado, habiéndolas serviciales y disponibles. A mirar para otro lado que no queremos que el niño se enfade y se largue llevándose a la novia y dejándole a usted con el rabo entre las piernas —¡perdón, de nuevo!— y a los demás sin música.

—¡Qué carácter tiene, Don Benito! Si yo sólo preguntaba que quién es. Ni que hubiera requerido sus medidas o el tamaño de sus..., bueno, más vale que no especifique. No sea usted mal pensado, señor sargento, que sólo era curiosidad.

—“¡Por sus obras los conoceréis!” —Dice “Pérez Galdós”—, guardando silencio a continuación.

—Parece ser —dice Marta— que la chica es hija de una hermana de Sixto, el sacristán...

—Con la Iglesia hemos vuelto a topar —salta el alcalde—. ¡Menudo pariente tiene la niña!

—No, al parecer tanto la madre como la chica son dos mujeres excelentes —aclara Marta—, la muchacha ha estudiado también en el conservatorio y aparte de tener una

voz preciosa y un montón de gracia para el baile clásico, habla idiomas y sus notas eran también estupendas.

—¿Por qué no le dice usted que se una al coro? —intervengo—, sería bueno que se incorporara gente joven y que las voces se fueran renovando.

—Javier —me dice Marta—, la niña tiene veintidós años y aunque un coro no debe entender de edades, yo no me la imagino vocalizando junto a Doña Joaquina, Doña Adela, Doña Enriqueta y Doña Petra. Para la renovación a la que usted se refiere y con la que estoy de acuerdo, deberíamos pensar en un grupo de chicos y chicas jóvenes que habrían de entrar juntos y a un tiempo para que no se sintieran desplazados. Con la sobrina de Sixto podríamos invitar a incorporarse a Nati, la sobrina de Doña Guadalupe, y a Carolina, la de los Rodríguez que sé que cantan bien, por haberlas oído en el colegio. También se puede pensar en Pablo, el monaguillo y en sus amigos Rafa y Ángel, que siempre andan en la plaza con la guitarra. De esta manera, entrando sangre nueva, algunos podríamos ir pensando en jubilarnos.

—No lo diré por usted, Marta, que deja temblando a toda la panda de desocupados de la plaza. A ellos, nerviosos y a ellas, con el mohín retorcido de envidia cada vez que cruza usted para comer con nosotros —dice el alcalde—. Ya quisieran las de diecinueve de este pueblo y de los otros, estar a su altura.

—Ya sé que ustedes me quieren, señores —la farmacéutica le sonrío, agradecida mientras se ruboriza— pero la procesión va por dentro y una ya va cumpliendo sus años. De todas maneras, muchísimas gracias por sus palabras, César, muy amable.

—Quita, quita..., digo, quite, quite... ¡Perdone, Marta! Pero usted, no tendrá más de treinta y dos.

—Con una hija a punto de terminar la carrera en la universidad, no sé si ofenderme con usted, César, por lo que me acaba de decir.

El alcalde que ya había empezado a ruborizarse antes de su equivocación con el tratamiento, comienza a enrojecer de tal manera que parece que de un momento a otro va a empezar a sudar sangre como nuestro Señor en el huerto.

—Pero, qué burrísimo soy, Marta, perdone por favor, que hoy no damos una a derechas...

—No tiene por qué disculparse. Lo que acaba de decir es muy bonito y la intención que pone y el cariño con el que me trata, más lindos aún.

El rojo de la cara del alcalde ha subido de tal modo que ha empezado a tomar tintes violáceos, por lo que todos temen que, de un momento a otro, vaya a perder el sentido cuando menos. No obstante, no sabemos si por las tablas municipales, la antigua lucha juvenil clandestina o la disciplina de partido, en un instante parece que se recupera, el color vuelve a hacerse más natural y con voz entrecortada, dice muy fino:

— Usted es mi dueña, Marta. Lo que diga o haga para mí es el evangelio.

—Más bien debería decir “el Libro Rojo de Mao” o “El Capital de Marx”, porque en usted...

—Ya ve, en eso tiene razón. Pero las frases hacen costumbre y los refranes y citas necesitan la textualidad (sigue de un pseudointelectual cortés que pasma a los asistentes). De cualquier forma, en todo me pongo a sus pies para lo que guste mandar.

—Siga comiendo, señor alcalde, y no se moleste en tirarse por los suelos por mí que además, en la mentalidad proletaria y de progreso, todo eso de ponerse a mis pies suena un poco reaccionario y una pizca retrógrado.

–Con cuánta crueldad me juzga, Marta. Aunque vuelve a tener razón, sin embargo. Lo que pasa es que, en el subconsciente se quedan las frases de toda la vida y a uno con los nervios, le sale la vena clásica.

–Yo también le quiero mucho, César, –el rubor intenso con tintes azules torna a hacerse presente esta vez de improviso, volviendo a poner el susto en las caras de quienes le miran. Unas gotas de sudor resbalan por la frente del alcalde y Marta advirtiéndolo, decide cortar con las muestras de cariño y cambiar.

–Pero, pasemos a otra cosa, que estamos aburriendo a estos señores con tanto afecto.

–Por nosotros no lo dejen –dice el sargento–, mientras los demás nos vamos tomando un orujito, ustedes pueden seguir representando “el día de San Valentín” en versión corregida y aumentada, que nos tienen con la boca abierta como si estuviésemos en el Circo Chino viendo el cuádruple salto mortal sin red ni nada.

–Ande, ande, Sargento, que es usted un bromista –dice Marta, riéndose al tiempo que se levanta–. Siempre tengo que dejarles la primera pero, cuando la obligación manda... ¡Buenas tardes y buen provecho! –dice, haciendo un simpático saludo con la mano y conservando en la boca esa dulce sonrisa suya que la hace tan atractiva.

El alcalde, “babeando”, no cesa de mirarla. Sin dejar el colorcillo “dichoso” que le ha tomado gusto a su cara y no se decide a abandonarla, se mantiene quieto mientras los ojos “de cordero degollado” –una amiga mía dice “de cabra ahorcada”–, permanecen al salir la boticaria fijos en el infinito.

Cuando reacciona, el alcalde se levanta y dice:

–Yo también me voy antes de que venga el cura, que esta tarde me siento un poco acalorado y no estoy de humor para discusiones. Será que algo de la comida me ha

sentado mal. Tengo que hablar con Micaela para que no me ponga tanto picante...

—Será, —suelta una sonora carcajada el sargento—. ¡Qué “picaaaaaante” estaba la comida, ¿verdad, señores? —se desternilla de risa—, por eso “Ceeeeésar” —con una rechifla monumental— está sudando como la fontana de Trevi esa y hace un momento recorría con la cara el arco iris “pa’ lante” y “pa’ trás”.

—Mire, “guardia” —con un mosqueo de aúpa—, ya tengo bastante por hoy. ¡Buenas tardes tenga usted! Hasta luego, señores, —dice, marchándose.

Cuando ha salido, miro con seriedad al sargento:

—No se meta tanto con él, Benito, que el pobre no tiene la culpa de estar tan colado por Marta. No le tire usted de la lengua que el alcalde cuando se enfada puede ser temible.

—Qué va, Don Javier. Él sabe que es de broma. No se preocupe, que todo lo que tiene de “boca suelta” lo suple con una cantidad igual de buena persona.

En ese momento aparece la oronda figura de Don Mateo.

—Buenas tardes, señores. Hoy ha disminuido el censo. ¿Tenemos gripe? ¡Onofre, lo mío! Por cierto, Don Javier, ¿podría llegarse por casa? Mi madre quiere hablar con usted.

—Encantado, Don Mateo, como esta tarde hay ensayo, ya procuraré pasarme un poco antes. Dígale que, si le viene bien, sobre las cinco y media estoy allí.

Capítulo V

—Buenas tardes, Doña Guadalupe. ¿Da usted su permiso?

—Pase, Don Javier, pase y venga aquí cerca de mí, que este caserón tan grande deja pasar mucho frío —miente condescendiente porque la madera de pino de los postigos mantiene, con la ayuda de una gigantesca estufa de hierro, un calorcito que es una gloria.

Con su enorme puerta de cristal que parece una pantalla de plasma para ver la televisión, que en la casa no existe, la gran estufa permite ver evolucionar las llamas en el interior de su gran panza magníficamente provista. El encargado de encenderla cada día y mantenerla limpia, con su buena madera combustible y a punto, es Sixto, el sacristán. Aunque en la casa se prescinde por lo general de lo moderno, la con los años sensación heladora dentro de los huesos es otra cosa y la defensa del frío, sobre todo en inviernos crudos, no se debe descuidar aunque para ello haya que renunciar a algún principio firmemente arraigado. Tratándose de cuestiones circunstanciales y de forma que no atenten a la moral que debe estar presente en cada rincón de la casa, por algo de índole menor y, como excepción, si un artefacto nuevo hay que comprar, se compra y punto. Decíamos que Sixto, además de servir de sacristán, tiene que ganarse el pan —y el dulce— que come a diario en casa del cura y, entre sus labores, que tampoco son tantas, está la de mantener encendidas las tres estufas de que dispone la casa y aparte —y de forma excepcio-

nal—, dos chimeneas, una en el salón principal y otra en la biblioteca, antigua sala de fumar en tiempos de los Fuentes, que solamente se abre con motivo de la visita del obispo o de cualquier otra autoridad religiosa —hace dos años visitó Castrosantos y se hospedó en el palacio parroquial, el Señor Cardenal de Santiago de Compostela, para la coronación canónica de Nuestra Señora del Rosario, patrona del pueblo—, pues en la casa, aparte de libros religiosos, vidas de santos y boletines parroquiales, no se lee ni el periódico. Si las obras que encierra la bien nutrida biblioteca de la casa parroquial, continúan ahí, es porque pertenecen, como el palacio, a la diócesis y por tanto Doña Guadalupe no se ha atrevido a quemarlas. De no darse tal circunstancia, ya habrían seguido los pasos de las que contenía la de Alejandría, pues los Fuentes, si atendemos a los rumores —cosas de pueblo, seguramente— eran un poco afrancesados y bastante masones, y sus gustos literarios se parecían a los de Doña Guadalupe y Don Mateo del mismo modo que los de Benito Mussolini pudieran haber sido semejantes a los de Jean Paul Sartre, por ejemplo. Cómo habrían disfrutado madre e hijo en el gran patio central de la casa adonde miran varias de las habitaciones de la primera planta, con una cantidad enorme de literatura amontonada —la biblioteca que fue de los Fuentes no tiene tantos libros como la de Alejandría, pero casi— haciendo elevar, convertidas en humo, las páginas pecadoras hasta las nubes, aunque hubiera habido que dar trabajo extra a unos cuantos angelitos que, con enormes fuelles hubiesen esparcido el humo infame para que no subiera más arriba, escandalizando a los moradores del Paraíso. Haber puesto en peligro de incendio a todo el resto del palacio sólo hubiese sido un riesgo que, ante la inabarcable grandeza del acontecimiento, se hubiera con-

vertido en algo francamente (lo del adverbio, ¿será casual?) asumible.

—Véngase para acá, hijo mío, que usted ya sabe que en esta casa se le tiene muchísimo aprecio. Desde que murió mi pobre Celes, que Dios tenga en su gloria, encontrar personas en este apartado pueblo con la educación y clase que usted tiene es del todo imposible.

—Por Dios, Doña Guadalupe, —interrumpo— me está abrumando con su amabilidad que no merezco. Además, usted me perdone, ¿no podría ser que peque un poco de injusta diciendo eso del pueblo? Piénselo y verá como olvida a bastantes amigos suyos, y míos también, que merecen esos halagos mucho más que yo mismo. En el fondo, estoy seguro de que no piensa así en modo alguno, y que lo que me acaba de decir solo es el resultado de su inmensa bondad.

—¿Ve como es un perfecto caballero? Hasta cuando me reprende lo hace de tal manera... ¿cómo diría yo...?, con tal tacto, que no puedo ofenderme con usted. ¡Que Dios le bendiga!

—Muchísimas gracias, Doña Guadalupe. Cuando quiera, ya puede decirme en qué le puedo servir.

—Pues verá, Don Javier, hace unos días que mi sobrina Natalia, a quien usted conoce, me tiene un poco extrañada con su actitud. Y como ha sido tantos años profesor y conoce tan bien a los chicos de su edad, me gustaría confiar en su buen criterio para que hablara con ella.

—Pero, mi querida señora, es cierto que mi profesión me ha permitido con los años conocer un poco las reacciones de los adolescentes y, de alguna manera y en ciertos casos, llegar a ellos con mayor o menor fortuna. Así mismo, y como usted sabe, no hay nada más inestable que esta etapa de la vida humana. Hasta tal punto que difícilmente se pueden aplicar métodos similares, ni siquiera a

dos de ellos por separado con garantías de éxito, pues sus reacciones confrontadas pueden ser de lo más contradictorio e inesperado. Además, si hubiese en este caso, algún problema concreto, que se me escapa, la sabiduría de usted y el ministerio de Don Mateo –un sacerdote es lo más parecido a un psicólogo– harían mejor papel que la limitada metodología de un triste maestro de pueblo como yo.

–Usted no es triste ni limitado ni de pueblo, señor maestro. Usted es Don Javier López Fortunes, ésta es su casa y mi sobrina le quiere muchísimo. Por cierto, ¿no fue usted su maestro?

–No tuve ese placer, Doña Guadalupe, no sé si recuerda que, aunque desde que llegué a estas tierras he vivido en Castrosantos, sólo he ejercido la profesión en Tejar de los Bernárdez y no me fue posible por tanto enseñar a los niños de aquí. Conozco a la mayoría de los chicos porque a veces he colaborado con Doña Asu, Don Pedro y Don Antonio en la preparación de alguna obra teatral en el colegio o en los festivales de navidad y semana santa, pero hacerme cargo de alguna clase como maestro titular en Castrosantos es una de mis asignaturas pendientes.

En ese momento entra Paula con un carrito que parece a punto de derrumbarse con el peso de lo que sus tres niveles contienen: el de arriba está ocupado por una gran bandeja con, de mayor a menor, chocolatera, tetera y cafetera perfectamente tapadas, una jarrita con leche caliente y otra con fría, tres tazones para el chocolate, tres tazas para el té y otras tantas para el café, azúcar blanco y moreno –¿debería decir “blanca y morena”?– en polvo y en terrones, trocitos cortados de limón y palitos de canela, una bandejita con los cubiertos correspondientes, servilletas de hilo bordadas y un mantel a juego con dibujo de

tulipanes amarillos, rojos y morados. Además, dos jarras con limonada y zumo de naranja respectivamente, y la correspondiente cristalería, amén de una jarra más grande con sus escarchadas gotitas sobre el cristal conteniendo agua fría en la que flotan unos preciosos cubitos de hielo. En el segundo y tercer nivel se acomoda como puede, toda la repostería que ustedes puedan imaginar –la que conocen tiene que ver con el santoral y ahora en ese apartado (que no en otros) se descansa– sin que falten magdalenas y pastas de todas clases y hasta churros y buñuelos recién hechos.

Mientras la señora, que está muy ágil para su edad, va colocando sobre una gran mesa, con la ayuda de Paula, toda aquella intendencia que bien podría dejar saciado a un destacamento militar, la oigo decir atravesando dulcemente el pasmo que me embarga,

–Ahora tomaremos un bocado, Don Javier. El servicio es para tres porque Mateíto..., usted perdone, hijo pero para mí siempre será mi niño, que está al caer, seguro nos acompañará de un momento a otro. Si vemos que tarda vamos empezando porque con el papeleo de la sacristía a veces se retrasa un poco. En casa, fuera de los dulces y los buñuelos en la merienda, nuestras comidas son más bien frugales, no se crea.

Se me ha debido quedar una cara de imbécil capaz de espantar a Alejandro Magno que, según dicen, no conocía el miedo, porque Paula me mira con una sonrisilla de pitorreo que al parecer sólo capto yo. Una vez que me saluda educadamente:

–Buenas tardes, Don Javier.

Y a Doña Guadalupe:

–¿Algo más, señora?

–¿Qué tal, Paula?, –contesto.

Y mi anfitriona,

—Gracias, Paula, nada más.

—¡Mi queridísimo Don Javier! —El vozarrón de Don Mateo atruena desde la puerta y hace vibrar la cristalería de la mesa y hasta los vidrios de los ventanos del gran mirador que se asoma sobre la plaza mayor—. Ya veo que se puede confiar en usted como en el mejor de los hombres. Aquí me dijo que estaría y aquí esta puntual como un reloj de marca. Como ya imaginaba que me estaban ustedes esperando para empezar a merendar, hoy me he dado un poco de prisa con el papeleo del despacho. Estaría bueno que por mi culpa se enfriara esta maravilla de churros que hace la Paulita. ¿Qué tal, mi querido amigo? Aunque haya habido casi que traerle a rastras, qué placer contar con su presencia en esta casa. ¿Verdad, mamaica? —A Don Mateo, que estudió en el seminario de Zaragoza y visitó con frecuencia, por cuestiones escolares, el de Murcia, le encanta adoptar cuando se dirige a su madre el diminutivo de estas dos queridas regiones de España.

—Pero, venga, empecemos. ¿Quién de los tres bendice?

—Que lo haga Don Javier —exclama Doña Guadalupe, sonriente— ¡Adelante, hijo mío, hágalo usted, por favor!

Aunque muy poco digno, soy católico y como todos —eso creo yo— estoy sujeto a luces y sombras. Practico de alguna manera, pero no estoy al tanto de fórmulas como las que se usan para bendecir la mesa, por ejemplo. No obstante y como cortesía para con mi anfitriona, digo:

—Bendícenos, Señor y hazlo también con estos alimentos que, tan generosamente, recibimos de tu mano. Amén.

—¡Precioso, Don Javier!, —dice la señora—, sencillo, corto pero perfecto. ¡Muchas gracias, querido amigo!

—¿Acaso no sabías que nuestro amigo es un poeta?, —dice el cura, mojando un churro en el chocolate que se

ha servido—. ¡Qué buenos están los churros!, por cierto, ¿y Natalita?, ¿porqué no merienda con nosotros? Así iría tomando confianza con Don Javier. Esta niña es tan tímida... ¿Le has dicho a Don Javier que necesitamos su ayuda? Esta juventud de ahora —añade— funciona a empujones. Nuestra Nati lo mismo está unos días que no hay quien la pare, cantando y riendo por las habitaciones, que se queda ensimismada mirando al infinito como si se le hubiese comido la lengua el gato. ¡Menos mal que no tenemos gato!, —suelta una carcajada y continúa— pues anda que los buñuelos, ¡cómo están, madre! Pero, pruebe, querido amigo, que como es usted tan educado, por no dejar de prestarme atención no está comiendo nada. Y es que yo, cuando me siento a gusto, no paro la boca quieta un momento. ¿Es que no le apetece lo que ve? Si prefiere un vasito de vino con algo de embutido, enseguida llamo a Paula y solucionamos el tema. ¡Qué fallo, no haber caído en lo del vino!, ¡Tengo un clarete maravilloso que resucita a un muerto! ¡Paula!, ¡Paula!...

—No, por favor Don Mateo, que no es necesario, que todo lo que hay en la mesa es maravilloso y ahora no me apetece vino...

—¡Una copita!, no ha probado un orujo como el que me trajeron el lunes. Le garantizo que es de lo mejor...

—Que no, Don Mateo, que enseguida verá que voy a comer. Lo que pasa es que como le estaba escuchando con atención aún no había empezado.

—Pues, venga, venga. Voy a servirle chocolate. Ya verá que rico. Y tome churros —me alarga la fuente—. Están fritos con aceite del nuestro. Ya sabe que tenemos una tierrecita en Jaén con unos olivos y la semana pasada nos llegó el aceite. Y ya me voy a callar, porque cuando me arranco no hay quien pueda pararme. Hala, a comer

que no se enfríe nada, que Paula nos regaña si devolvemos algo a la cocina. ¡Buen provecho!

De pronto se abre la puerta y aparece Nati con el rostro congestionado:

—¡Tita!, ¡Tita!, ¿Has visto que está nevando? ¡Huy, perdonen! Pensaba que estabas sola, tita... Siento mucho haberles interrumpido...

—Pasa, Natalia, querida —dice el sacerdote—, y toma algo con nosotros. Pide a Paula un servicio para ti y acompáñanos. ¿No saludas a Don Javier?

—¿Qué tal, Don Javier? ¿Cómo está usted?

—Muy bien, Nati, ya veo que tú estás de maravilla —digo—. Encantado de verte. ¿Decías que estaba nevando?

—Sí, venga a verlo... ¡Es tan precioso! —Me agarra del brazo y tira de mí hacia el balcón con una sonrisa radiante y ese brillo en los ojos que siempre se apodera de ellos, cuando está feliz.

—¡Niña, no tires así de Don Javier que lo vas a descoyuntar! ¡Compórtate, chiquilla!, ¡no seas loca!

—Deja que la niña tome confianza, mujer... —Dice el cura—. Hala, vamos todos a ver la nieve.

Verdaderamente, lo que sobre la plaza se ofrece para ser contemplado desde el balcón es de una belleza serena indescriptible. Aunque nieva copiosamente, el cercano crepúsculo que está por venir presta al cielo una luz de un rosa inmaculado. Los soportales, hechos con la piedra traída en su día desde Salamanca, parecen levitar sobre el adoquinado empinando sus arcos para ver la nevada. La mirada se colma de mil palomas blancas posadas en el suelo. El pilón es un altar engalanado de nardos y el árbol solitario, limpio y majestuoso, una ofrenda ciclópea del suelo a las alturas, como una joven novia adornada de perlas. Todos guardamos un silencio respetuoso y emocionado, casi religioso. Hasta Don Mateo, siempre tan

vital y expansivo, calla aquello que la carga de lo que siente no le permite expresar. Doña Guadalupe deja resbalar por su mejilla una lágrima, que limpia furtivamente con su pañuelo cuando piensa que no la vemos. Natalia me abraza por la cintura mientras mantiene en los labios la sonrisa que su boca no se decide a dejar de lado y yo, que continúo cogiendo a la niña por los hombros y del brazo a Doña Guadalupe, no acierto tampoco a articular palabra alguna. Aunque Castrosantos no se priva en invierno de bastantes jornadas de frío, últimamente el clima se muestra contradictorio. Hace sólo unos pocos días, el sol nos agobiaba con un calor impropio del invierno y sólo a pocas fechas, blanquea nuestra plaza con esta maravilla. No son sin embargo frecuentes las nevadas, pues la altura de nuestro pueblo sobre el nivel del mar ronda los doscientos metros, lo que hace insuficientes, en la latitud a la que nos encontramos y la protección de las montañas que nos defienden de la humedad atlántica, las circunstancias para que nieve. Por eso y puesto que nos hallamos ante un acontecimiento raro y magnífico, aquellos que tienen la suerte de contar con habitaciones que dan a la plaza, están todos pendientes de la ocasional belleza que la meteorología les brinda y que en modo alguno los ojos pretenden rechazar. Protegidos del frío tras los cristales de los balcones sobre los soportales, los vecinos limpian una y otra vez, con la mano con un trapo o, como el cura, con una servilleta de la que se ha provisto, el vaho de sus alientos para no perderse detalle del efímero espectáculo, pues la luz va perdiéndose y en pocos minutos el fugaz decorado dará paso a otro totalmente distinto presidido por el tenue alumbrar de las farolas de la plaza mayor de Castrosantos. Con la emoción del momento, la hora del ensayo se ha echado encima sin advertirlo y la llegada del médico, al que acabamos de ver cruzar corriendo la plaza, pro-

tegiéndose de la nieve la cabeza con la carpeta de las partituras de música, nos devuelve súbitamente a la realidad.

—¡Madre mía!, —digo, saliendo del ensimismamiento—. He de darme prisa, es la hora del ensayo y el niño si no ha llegado ya, estará al caer. Don Matías se había ofrecido a traerle para presentárnoslo y no debemos hacerle esperar. Además, seguro que ya están todos abajo. Con la nieve habrán venido bajo los soportales y por eso no les hemos visto llegar. Doña Guadalupe, qué amable ha sido ofreciéndome esta magnífica merienda. Aunque creo que soy indigno de la tarea que me encarga, me tiene a su entera disposición para lo que guste ordenarme. Ya concretaremos el mejor modo de atender su petición y los detalles para llevarla a cabo del mejor modo que lo sepa hacer. Gracias otra vez y buenas tardes.

—¡Espere, espere, hombre, que sin mí no pueden empezar! La llave de la sala donde se celebra el ensayo la tengo yo y no hay otra. Es tan grande que es prácticamente imposible hacer copia. Por lo menos en el pueblo. Así que no corra que lo acompaño y sepa que después de merendar no estoy para prisas. Además, vayamos despacio que mamá también quiere bajar hoy para conocer al niño prodigio ese —por el tono, parece que le escuece un poco ser sustituido en la dirección del coro por el sobrino de Don Matías, aunque la decisión final haya sido sólo suya.

—Tita, ¿puedo bajar yo también? Me encantaría oír el ensayo. Anda, déjame “porfa”. Estaré muy calladita. Lo prometo...

—¡Niña!, ¿qué expresiones son esas? —Le lanza Doña Guadalupe una mirada heladora.

—¡Oh!, lo siento, he querido decir “por favor”. Tita, ¿me dejas? Te prometo que no molestaré nada.

—Venga, Doña Guadalupe, déjela —intervengo—. Vayamos todos, que yo también siento mucha curiosidad

por conocer a nuestro nuevo director. Es imposible que sea tan bueno como mi buen amigo Don Mateo —miento poniendo el brazo en el hombro al sacerdote que pone una cara radiante e intenta abrazar los míos a su vez, pero sus hechuras se lo impiden.

—Bueno, vayamos —acaba diciendo la señora, mientras se coge de mi brazo.

Capítulo VI

En la planta baja de la casa parroquial hay un gran hall que no se cierra nunca con llave y que sirve para acoger a cualquiera sin techo que pueda andar a deshora cruzando el pueblo. A ambos lados de la amplia entrada se apoyan en la pared sendos bancos acolchados sobre los que cuatro personas, dos por banco, podrían haber hasta tres en cada lado, pueden echar un sueñecito y protegerse de la intemperie si así lo quieren. En la puerta, que a las diez de la noche se entorna, un cartel reza así: “Hermano, si no tienes dónde, aquí puedes pasar la noche. Duerme plácidamente y respeta la ocasional morada que mañana ha de servir a otro. Descansa bien aunque madrugues, pues antes de las nueve debes marcharte.” El sacristán mantiene limpio tanto el lugar como el pequeño cuarto de baño anejo; y cada noche, cuando cierra sin llave la puerta de doble hoja coloca, sobre los bancos cuatro mantas, dos por cada uno, otros tantos vasos de leche caliente y una hogaza partida en cuatro, mediante la cruz correspondiente, sobre una pequeña repisa colocada junto al banco de la derecha:

“Porque tuve hambre y me diste de comer, sed, y de beber, alojó cuando no tenía dónde recogerme.” A la noche se dispone todo y, por la mañana se retira, tal y como Doña Guadalupe tiene ordenado. Nunca ha habido ningún disturbio y nadie ha querido hasta ahora hacer un mal uso de lo que generosamente se ofrece. Los bancos poseen unas fundas que se cambian a diario. Carecen de almohadones pero nadie, que yo sepa, se ha quejado.

Al fondo a la izquierda hay una pequeña puerta por la que se accede al hall desde la vivienda del sacerdote y su familia y, formando ángulo recto con esta, justo enfrente de la puerta de entrada, aquella que al otro lado ofrece el cartel hospitalario, otra también de doble hoja pero no tan grande, la cual comunica con un distribuidor que da paso a distintas dependencias, entre ellas nuestra sala de ensayo coral.

Mientras descendemos por la escalera que desemboca en el hall y como la pequeña puerta de acceso permanece abierta, oímos un barullo de voces alegres, risas femeninas y alguien que asegura que la nieve ha cesado. A punto de bajar el último escalón para poner el pie donde la gente espera, sigo a Don Mateo que sostiene a su madre y a continuación tras de mí viene Natalia que, azorada por la presencia de tanta gente, tropieza conmigo y está a punto de dar con sus huesos y con los míos en el suelo. Cosme, el fontanero, magnífico “bajo” y en esta ocasión, providencial y oportuno salvador, impide el desastre, tachando nuestros nombres de la lista de caídos por la música, a mí con la mano izquierda y a Nati con la derecha, pero sin que consiga borrar las risas que a la niña y a mí nos sueñan a multitud que acrecienta nuestro pequeño ridículo. No es éste el caso, pero si hubiera que haber roto cierto hielo, como el que en el exterior empieza a formarse, qué mejor que hacerlo con las risas y la alegría de todos, aunque fuera a nuestra costa.

Cuando me recupero del susto me fijo en Don Matías que, sonriente, después de besar a Doña Guadalupe –son parientes–, se dirige hacia mí con las manos extendidas.

–¿Qué tal, Don Javier? Mire, quiero presentarle a mi sobrino Carlos.

–¿Cómo está, Don Javier?, ya me ha dicho mi tío que es usted un “bajo” estupendo –dice el muchacho.

—Don Matías es muy amable, Carlos, ¡mucho gusto! —le tiendo la mano y me la aprieta cálidamente— pero exagera bondadosamente. Hago lo que puedo pero para empezar, soy barítono y a mi edad me siento más cómodo como “bajo” que como tenor.

—¡Qué va!, pero si parece usted un chaval. No me extraña nada, con el ambiente tan cálido que se respira en el grupo es imposible envejecer.

—Lo de “cálido” no lo dirá usted por el tiempo que tenemos —bromeo.

—Ustedes con su buen humor y yo desde ahora con el mío, vamos a derretir todo el hielo del mundo con nuestra música.

—Espero que no —sonrío—. No me gustaría tener que hacer de hombre rana para visitar las ruinas subacuáticas de Alicante y bañarme en las playas de Zamora, con medio mundo sumergido.

—¡Es usted un fenómeno! —suelta una carcajada—, ya le digo que este ambiente es fantástico.

—Me tomo lo de “fenómeno” en el buen sentido, pero ya me aclarará, porque Don Mateo está requiriendo la atención de todos.

Sorprendentemente, Don Mateo se saca un silbato del bolsillo —nadie sabía que lo llevara— y con un par de pitidos consigue que las voces cesen y que las miradas se fijen en él.

—Ustedes perdonen la brusquedad en el requerimiento de su atención, señoras y señores, pero mi voz no resiste en modo alguno dejarse forzar y, ya que siempre llevo el silbato, habrán de disculpar haberlo usado también en esta ocasión. Es mi fiel aliado los domingos en la misa de diez y media para los niños, ya que cuando se juntan, ni la megafonía de la iglesia, aun siendo nueva, es capaz de hacerles callar mejor que este pequeño artefacto. Mis dis-

culpas de nuevo y ahora, si son tan amables, entraremos a la sala donde siempre se ha celebrado el ensayo. Esta mañana he hecho instalar una estufa y Sixto ya debe haberla encendido. Aquí, con la nevada, hace mucho frío y es mejor que entremos.

Así lo hacemos mientras algunas voces se renuevan esta vez a un volumen menor. Sólo vuelven a alzarse ligeramente cuando el sacerdote abre la puerta de la sala cantora y el calorcito nos recibe con su tibieza grata. Todos agradecemos la templada acogida, también con sonrisas de satisfacción. Dispuestas en círculo se hallan unas cuarenta sillas con estructura de plástico, brazos de lo mismo y patas metálicas fuertes, capaces de acoger humanidades de todos los kilos, si no de todos los volúmenes, pero suficientes para cada uno menos para quien ustedes ya han adivinado. Don Mateo, que todo lo ha previsto, se reserva un antiguo escaño con almohadones puesto discretamente detrás del círculo plástico (intérpretese en todos los sentidos) y preparado para que con la ayuda de algunos de nosotros, sea integrado también a primera fila en cuanto que el párroco tenga a bien requerirlo.

—También quiero pedirles disculpas por reservar para mí un asiento diferente. Si es o no más cómodo que los otros, no me hallo en disposición de comprobarlo, aunque estaré encantado de que alguien lo haga si así lo quiere. Ahora, con la colaboración de algunos de mis buenos compañeros de “cuerda”, incorporaremos el escaño al lugar donde están los otros asientos, para que igualmente yo esté en disposición de atender las indicaciones de nuestro director y pueda así mismo verlo y que me vea sin dificultad, aunque la generosa amplitud que Dios me ha dado para lo ancho no me la haya quitado para lo alto.

Todos ríen la salida del cura y entre Raúl, Pedro, Cosme, y yo mismo (ya les iré presentando a aquellos que

todavía no conocen), integramos el escaño allá donde debe estar para el cometido al que sirve y colocamos las dos sillas que acabamos de quitar en uno de los extremos cerca del lugar reservado para el director. Este sitio es inconfundible, pues dispone de un pequeño atril, una mesita con metrónomo, diapasón y magnetófono a cassette y un pequeño órgano eléctrico en su soporte. Aunque el asiento está situado sobre una tarima, el joven director la aparta con ayuda de algunos tenores argumentando que de ninguna manera quiere estar más alto que los demás.

—Señoras y señores, —el director nos mira sonriente— estoy de acuerdo con la mayoría en que no es lo mejor que una persona más joven les tenga que dirigir. Aunque de esta circunstancia yo no soy responsable como nuestro queridísimo Don Mateo no lo sea de sus medidas. Si alguno quiere plantear una queja sobre los años que llevo sobre la tierra tendré mucho gusto en darles la dirección de mi madre, pues como es natural sólo a ella, con la ayuda de mi padre, correspondió traerme al mundo cuando lo hizo y no antes, como tal vez hubieran ustedes preferido —suelta una risita y los demás ríen abiertamente—. En ese momento advierto, antes no lo había hecho, que, cerca del cura el sargento suelta una carcajada seguida por otra del alcalde, que se sienta a su lado. Don Benito me guiña un ojo cuando ve mi cara de asombro y, a mí ¿lo creerán ustedes? se me saltan las lágrimas. Mi buen paisano, el sargento de la Guardia Civil, fiel como siempre a su amistad para conmigo, ha accedido a venir y además junto al alcalde, al que hace tan sólo unas horas zahería sin piedad. ¿Qué sentimos cuando alguien reacciona con generosidad inesperada? ¿No les parece que nuestro interior se torna paradójicamente una mezcla de satisfacción por el bien grande o pequeño que recibimos y un resto de melancolía por no saber si estamos a la altura? A mi vez, no querien-

do limpiarme los ojos para no quedar en evidencia, devuelvo en seguida el guiño a mis queridos y fieles amigos, cuyas sonrisas, una roja y pecosa, y adornada con un increíble mostacho la otra, presiden sus expresiones cargadas de picardía y bondad.

Pero como las sorpresas también suelen a veces insistir, en ese momento se abre la puerta y entra Marta acompañada de varios jóvenes de ambos sexos que, al ver a tantas personas ya sentadas, interrumpen sus risas y comienzan así mismo a hacer lo propio. Contando por encima y teniendo en cuenta los sitios que aún quedan desocupados, es posible que nos hallemos en la sala unas treinta y cinco personas. Dado que hasta ahora no habíamos asistido a los ensayos más de veinte, esto es absolutamente extraordinario y, en las caras de los habituales se pinta una sorpresa complacida que nadie sabe disimular.

A continuación el director se dirige a una de las chicas, la besa en la mejilla y dando tiempo para que unos y otros comiencen a hablar animadamente, se le ve departir con los recién llegados, mientras la joven a la que acaba de besar coge un cuaderno y toma notas, en tanto que de cuando en cuando alza la vista para atender algunas indicaciones que Marta le va dando. Después, manteniendo la amplia sonrisa que le caracteriza, Carlos va levantando a algunos de los sentados y sustituyéndolos por otros. La desenvoltura y la simpatía del muchacho es tal que cambia cada sonrisa propia por una ajena y la gente se mueve sin que el chico obtenga ningún tipo de resistencia. Todo se lleva con tal agilidad que, en pocos instantes, cada quien queda colocado en su lugar. En este momento advierto que, junto a la del director, alguien ha colocado otra silla en la que, con la espalda protegida por un almohadón, se sienta sonriente Doña Guadalupe. Mirando luego aquellos sitios que están cerca de mí, me fijo en que

en la cuerda de los bajos a la que pertenezco (quitaré el entrecomillado para “bajo” y para “cuerda”), nadie ha sido relevado del lugar que ocupaba. En los coros de aficionados y, puesto que es difícil encontrar bajos puros –me refiero a genuinos, como es natural– y primeros tenores, tanto en una como en otra cuerda suelen abundar los barítonos, que lo mismo pueden valer para la primera que para la segunda. Por esta causa y con buen criterio, nuestro joven director, que demuestra una gran madurez, en vez de empezar su tarea probando voces, en algunos casos permite que la gente se agrupe a su antojo, para más tarde cuando haya más confianza y mayor conocimiento de cada uno, proceder en su caso a efectuar algún cambio. Como digo y con su actitud, el chico se ha “metido en el bolsillo” a jóvenes y menos jóvenes de manera envidiable. Como decía, hasta sargento y alcalde departen amablemente con el cura, ¿quién lo diría?, que también está con los bajos. En todo el tiempo que llevamos reuniéndonos, alcalde, párroco, sargento y yo mismo, que como saben es a diario, nunca jamás he presenciado tal armonía. “¡Ver para creer ¡” Aquello de “las fieras” en un todo con “la música” y el verbo “amansar”, hoy se pone de manifiesto incluso antes de que la música suene, en un prodigio de anticipación inaudito y magnífico. En el fondo la explicación es fácil: cada uno con su temperamento e ideas, nos hallamos entre personas buenas. De sorpresa en sorpresa, que empezó temprano con la inesperada nevada mientras mojábamos churros en el chocolate, sentada entre Doña Asu, la maestra del colegio de Castrosantos y Reme, alumna del instituto, ¿a que no saben quién se sienta, sin parar un momento de hablar? Antes de contestar, les aclaro que con quiénes habla por los codos nuestra incógnita cantora son dos estudiantes de bachiller, compañeras de Reme que se llaman Carlota (Carla) y Noemí. Bien, la

hasta ahora desconocida no es otra que Mercedes, nuestra comadrona, a quién su Benito no deja de mirar con unos ojos tan devotos que le ponen manchas de rubor en las mejillas hasta los confines de los grandes bigotes ligeramente encanecidos. Aunque no salgo de mi asombro, tampoco quiero. Sin saber cómo acabará la reunión, del modo que ha comenzado, apostaría cualquier cosa a que ninguno de los presentes habríamos pensado ni de lejos un inicio semejante. De inmediato la voz del director se dirige a todos, imponiendo sin rigor silencio a quienes hablan.

—¡Buenas noches, otra vez, señoras y señores! Mientras nos colocábamos, Laura, mi novia, a quien tengo el gusto de presentarles —la chica se levanta sonriente con un cierto rubor— ha tenido el detalle con la ayuda de Doña Marta de confeccionar una lista por “cuerdas” de todos los miembros del coro aquí presentes. Hoy solamente nos dedicaremos a las presentaciones de rigor para que todos nos conozcamos, si es que aún hay alguien que no sepa quién es quién. Y aunque los ensayos son lunes y jueves, y hoy es lunes, mañana nos volveremos a ver de manera extraordinaria si les parece, para celebrar el primer ensayo como tal. Volveremos el jueves Dios mediante, y a partir de la semana que viene se desarrollarán de manera regular, si es que no se produce ningún contratiempo. Antes de continuar, perdonen ustedes, inicio el capítulo de los agradecimientos. A Don Antonio, el director de nuestro colegio de infantil y primaria de Castrosantos, aquí presente, que ha solicitado y conseguido de la Delegación de Educación de la Junta permiso para realizar las fotocopias de las partituras que el coro necesite, con cargo al presupuesto del colegio, con la contrapartida de celebrar algún concierto en el pequeño auditorio del centro, incluyendo los gastos que se deriven en las partidas de actividades

culturales a las que la consejería dedica parte de sus fondos. La segunda referencia agradecida es para Doña Guadalupe que nos presta estas instalaciones, corriendo con los gastos de luz, calefacción, limpieza, etc. Muchísimas gracias. La tercera muestra de gratitud es para Laura, que se ha ofrecido a organizar y tener a cada cantor provisto de carpetas y partituras de las canciones, así como de empezar a gestionar todo lo que tiene que ver con los uniformes, tanto masculinos como femeninos, de los miembros de la agrupación. A la junta directiva del coro que, si ustedes no tienen inconveniente, continuará ejerciendo como tal. Enumero: presidente, secretario, tesorero y tres vocales, hasta que, en su caso, se elija otra. A Don Mateo, por haber accedido a dejar en manos de alguien tan inexperto como yo la dirección del coro que tan bien ha ejercido, según me dicen. A Don Javier, que no ha tenido inconveniente en encargarse de las notas de prensa para el periódico local, los de Castrovero y, en su caso, para los de la capital de la provincia. A Sixto, que aunque no se halle presente no ha puesto inconveniente en tener a punto cada lunes y jueves este magnífico lugar donde nos encontramos. Y por último, otra vez a Doña Guadalupe, a Paula, también ausente y a Natalia –la aludida se pone como un tomate–, que nos han preparado en la sala contigua la merienda que después de las presentaciones tendremos el placer de disfrutar. Todos aplaudimos a rabiar a la señora, mientras Don Mateo se hincha más aún (si tal cosa es posible) y deja escapar una carcajada sonora. Doña Guadalupe y Nati –ya menos cortada–, también sonrían.

–Bien, –continúa Carlos– ahora, voy a proceder a las presentaciones, empezando por los jefes de cuerda y concretamente, con la de las sopranos. La jefe será Doña Joaquina que, puesto que es de las más antiguas del coro y ha

ejercido de profesora de piano, sabe música y la organización de la cuerda la realizará de manera muy eficaz.

La aludida pone unos ojos como platos, pues de ninguna manera esperaba la distinción. Estando en la misma cuerda la novia del muchacho, con experiencia coral y aventajada alumna del conservatorio, lejos estaba Doña Joaquina de no ya merecer sino de conseguir ser nombrada. No obstante, y con la boca chica, inicia sin convencimiento una protesta:

—¡Qué va!, —dice— la jefe de cuerda debe ser Laura que está mucho más preparada que yo. Me niego a asumir esa responsabilidad pues...

—Usted, Doña Joaquina, lo hará de maravilla —interrumpe cortésmente la chica—. Además, yo, con el papeleo, las fotocopias y lo de los vestidos ya tengo de sobra. A pesar de eso, si necesita mi ayuda, se la prestaré encantada, cuando me lo solicite.

—Siendo así —dice Doña Joaquina, pensando que la jugada le ha salido redonda—, acepto gustosamente, muchas gracias.

—Estupendo —continúa Carlos—. La cuerda de las sopranos está integrada además, por Doña Beatriz, Doña Adela y Doña Petra. Todos las conocen por ser componentes fundadoras del coro. Laura a quién acabo de presentar, y sus amigas del conservatorio, Pilar, Belén y Cati. Y finalmente, Pura, Rosa y Patricia, con las que este año tiene la suerte de contar como profesoras, a pesar de su juventud, nuestro colegio de primaria. Perdonen si sólo aplico el tratamiento de “don” o “doña” en función de la edad y no atendiendo a otros criterios más exactos, pero los propios aludidos a quienes se lo suprimo me han rogado que lo haga así. La jefe de la cuerda de las contraltos será Doña Asu, profesora también del colegio y compañera de Pura, Rosa y Patricia (cada vez que nombra a al-

guien señala, y el aludido o aludida corresponde con una inclinación leve o una sonrisa) y, cómo no, de Don Antonio, su director. Además de jefe de estudios, es profesora de música del centro y persona más que idónea para coordinar a sus compañeras de cuerda. Estas serán: Marta nuestra farmacéutica; Mercedes, a quien el coro agradece habernos traído a su marido, ya hablaré de él en su momento; Doña Enriqueta estupenda organista en las celebraciones de la iglesia; Reme, Carla y Noemí estudiantes del instituto y Nati la prima de Don Mateo, y su amiga Carolina.

Natalia, que no tenía ni idea de que se la fuera a considerar miembro del coro, vuelve a ruborizarse mientras intercambia una mirada cómplice con su amiga Carolina, entre el pasmo y la alegría, en tanto que su primo y su tía se lanzan sendas miradas pícaras ante la sorpresa que las muchachas acaban de recibir.

En ese momento se abre la puerta y entra Pablo el monaguillo, que se disculpa torpemente ante todos los presentes.

—Ustedes perdonen la tardanza pero es que mañana tengo un examen y, estudiando, no me había dado cuenta de lo tarde que era. Luego, cuando venía corriendo, he resbalado en la plaza con la nieve y mientras me sacudía, aún he perdido unos segundos más...

—Pasa, Pablo —dice el cura—, ya comprendemos. No hace falta que te disculpes.

Advierto que lleva las rodillas y el bajo del pantalón mojados. De cintura para arriba no se le nota nada porque viste un anorak de tejido sintético que deja resbalar la humedad. Un poco azorado, se dirige a sentarse junto a sus amigos Rafa y Ángel, que han llegado con Marta.

—El jefe de cuerda de los tenores —añade Carlos— será Don Antonio, director del colegio como saben y además,

nuestro compositor más renombrado y autor del himno de nuestro pueblo y de una misa en honor de nuestra patrona la Virgen del Rosario –todos aplaudimos, y Don Antonio, tímido irredento, pone cara de no saber qué hacerse–. Completan la cuerda, según el orden en que se colocan, el recién llegado Pablo, sus amigos Rafa y Ángel; Don Vicente el practicante; Don Timoteo relojero y padre de Rafa, nuestro doctor Don Eduardo y Don Pedro compañero maestro de Don Antonio y del resto de profesores que he nombrado. En último lugar, y respecto a los bajos, el organizador de la cuerda será Don Mateo, y sus compañeros: Don Matías mi tío, Don Javier nuestro cronista; Don Benito sargento de la Guardia Civil y esposo de Doña Mercedes; tres amigos, magníficos profesionales, Cosme, Pedro y Raúl; y nuestra autoridad municipal, el señor alcalde de Castrosantos Don Cesáreo Correa Huertas. Por último, ya toca presentarme, soy Carlos Cárdenas, servidor de ustedes. Si las cuentas no me fallan, en total somos treinta y siete, lo que no está nada mal para el coro de un pueblo no muy grande, no obstante si alguien más quisiera incorporarse, sería bienvenido. Tranquilícense, que en modo alguno les voy a pedir que me demuestren individualmente lo bien que cantan. Ya sé que, o por haber pertenecido a grupos de tunas y rondallas, por ser aficionados a serenatas, por arrancarse de vez en cuando con alguna coplilla o por haber cantado en la iglesia o incluso en este mismo coro, todos ustedes tienen el oído mínimo que necesitan. Ser un buen coralista es otra cosa, por lo que iremos despacio. De todas maneras una buena máxima para empezar es que deben oír mejor las voces de los compañeros de cuerda y del conjunto, antes que la propia, y que cada cuerda empezará a sonar cuando las ocho voces que la forman parezcan una sola. Cada día dedicaremos un rato a distintos ejercicios que nos ayu-

darán a cantar relajados, calentar la voz, aprender a respirar, cuidar las cuerdas y colocar labios, lengua y paladar de forma que obtengamos resultados óptimos con el menor esfuerzo. En definitiva, sin prisa pero sin pausa, aprenderemos a cantar como integrantes de un grupo polifónico. Espero que disfrutemos todos.

Llegados a este punto, Doña Guadalupe, ayudada por el joven director, se levanta y dice:

—Cuando ustedes quieran pasaremos a la sala contigua para tomar un bocado.

La señora camina sonriente pensando en la impresión que va a causar con el ágape que nos tiene preparado. Todos los que la rodeamos, salvando la opinión de su hijo, que no se cuenta porque, hartado de ver la enormidad de comida que prepara la madre, como la costumbre no crea sorpresa, tal vez no se sobresalte; o Natalia que como, afortunadamente para ella, siempre ha vivido en casa, no le es posible comparar, que sepamos, costumbres gastronómicas; los demás menos yo, que salgo de “Herodes” “churrero” y “confitero” para meterme en “Pilatos” “entremesero” y que ya ando buscando excusas para no probar bocado, se encuentran tal vez un poco “in albis” sobre lo que se van a encontrar. Don Mateo, haciendo de improvisado mayordomo de palacio, abre con un enérgico empujón las dos hojas de la doble puerta, y nos pone poemas de sorpresa en la cara, hasta a mí, que andaba avisado. Ya dentro, asiendo la primera botella de vino salvadora, después de servir a todos los que se hallan más cerca y de disculparme con mi amigo y con su madre por haber tomado la delantera, tranquilizado por la sonriente respuesta de ambos y la palmadita en el hombro del de sotana, no me cabe otra que considerar que Pilatos, además de cobarde y renegado, no sólo “es entremesero”

Francisco Soler Guevara

sino “una mezcla más que variopinta de toda la restauradora pitanza nacional”.

Capítulo VII

—Esperemos todavía cinco minutos, por si alguien más se atreve a venir aún. Entre tanto, quería decirles un par de cosas a quienes ayer, durante la merienda, no se dieron cuenta de la decisión que se tomó por mayoría. Puede que a alguien le parezca que se peca de hipercontrol, especialmente siendo todos ya grandes, pero el hecho de tener confeccionada una lista con los cantores y repasar el nivel de asistencia y la frecuencia con que cada uno acude a los ensayos, es vital para que el coro suene como debe. Siendo así, aquellos miembros que tengan más de cinco faltas no justificadas no participarán en el siguiente concierto. Si viéramos que las inasistencias son tantas que peligra la calidad de la música, el concierto se suprimiría. Aunque el acudir al ensayo sea voluntario y el fin principal, pasarlo bien cantando, por respeto a nuestros potenciales espectadores y por propia dignidad del conjunto y del trabajo que con tanto esfuerzo haremos entre todos, seamos fieles al producto que elaboramos y al cuidado con la sensibilidad de oído y espíritu de quién nos escuche. De esto se habló, aunque de manera informal, ayer noche y aunque, según creo, todos los presentes están al tanto, por si acaso, es mi obligación repetirlo. Con respecto a la comprobación de la asistencia y para que no se entienda como una responsabilidad del director, cada vez pasará lista un cantor distinto y las determinaciones pertinentes, y en su caso las sanciones, serán acordadas por una comisión que, elegida dentro de una cuer-

da, actuará por meses. El orden de acción en este apartado, por parte de cada cuerda será el mismo en el que se colocan las voces en la partitura musical, sopranos, contraltos, tenores y bajos. Hoy no se comprobará la asistencia por dos razones, no es lunes ni jueves y además de los catarros que ya se adivinaba vendrían con la nevada, estamos en periodo de exámenes en el instituto. Según mis cuentas, de treinta y siete que éramos ayer sólo hemos venido veinte.

En ese momento, uno de los focos parpadea, otro se oscurece y en segundos, todo queda a merced de la ínfima nitidez visual que presta el reflejo sobre las personas y objetos de la zona del círculo que está más próxima a la estufa. La luz eléctrica se apaga y sólo vemos lo que quiere la débil llama calorífica que se escapa de la combustión de los troncos que arden.

Mientras se levanta un murmullo de sorpresa, el vozarrón de Don Mateo se deja oír cuando dice:

—No se preocupen, afortunadamente, el armario donde se guardan las velas está junto a la estufa y en un periquete se hará la luz.

Como sé de memoria la habitación donde he cantado tantas veces, y que el único armario queda justo al lado, me adelanto un poco, abro la puerta del mismo y acojo con una sonrisa que nadie puede ver la palmadita de alivio que Don Mateo me dedica pues, como no está para andar levantándose, agradece, esta vez en un susurro, mi gesto: “gracias, amigo mío”. Cojo a tientas dos velas de un estante, que Cosme, el fontanero, fumador empedernido, enciende sin tardanza. Al momento, oigo la voz de Pedro:

—¿Dónde están los fusibles? Porque en la calle hay luz.

Efectivamente, a través de la persiana del ventanal que da a la plaza se filtra la que producen las farolas. Los

cristales de los postigos cerrados mantienen lejos el peligro de que el frío se cuele, así que alzo la persiana y a la luz de las velas se suma, ya nítida, la que procede de la plaza.

—Los fusibles están junto a la ventana. Como esto es tan grande, cada habitación tiene los suyos. Menos mal que en el coro estamos servidos y tenemos de todo —indica Don Mateo—. ¡Qué suerte que Don Pedro —dice muy fino, aunque el electricista no tenga más de veinticinco años— sea fuerte como un roble y no se nos haya constipado como tantos, al parecer!

—Por favor, Don Mateo, déjese de tratamientos —interrumpe el aludido— si siempre me ha llamado Pedrito y me ha atizado más de un coscorrón en la catequesis. Mi padre no se lo va a creer cuando le cuente, sobre todo siendo, como es él, también más joven que usted... ¡Huy!, perdone padre, que no quería decir...

—Nada, nada, hijo, y dejemos la charla a ver si arreglamos el desaguado eléctrico este.

Después de oír lo del juego de fusibles por habitación y pensando en tener algo de suerte, abro la puerta de la sala donde ayer tuvimos la merienda y ya en ella tanteo a oscuras, doy con el interruptor y lo acciono. Mi alegría se manifiesta en un suspiro de satisfacción, cuando la luz de la sala contigua inunda la nuestra, esta vez con la fuerza suficiente para poder ver notablemente mejor.

Amparado en la claridad recién conseguida, nuestro joven electricista palpa con los dedos la pared bajo los fusibles y recorriendo sin dejar de apoyar suavemente las yemas en sentido descendente, acierta a encontrar una caja de empalmes de buen tamaño situada sobre el rodapié a escasos diez o quince centímetros del suelo. Con la ayuda de un destornillador que saca del bolsillo de un chubasquero del que hasta ahora no se había despojado,

abre con soltura la tapa, tratando de escrutar, alumbrándose con la vela que Cosme le sostiene aún encendida, en el interior del hueco donde los cables han de alojarse. Al momento le oímos decir:

—Qué raro, la carcasa de plástico está rota y hay un gran agujero que desciende en el muro. Es muy grande y de donde sea que venga esto, suelta un aire muy frío. Si tuviera una linterna, intentaría averiguar... —añade, sacando la mano del agujero.

En ese instante la corriente de aire gélida que empieza a notarse de manera palpable, apaga la vela de Cosme.

—No creo que esto se deba a algo de la fontanería, ya sabes que las conducciones eléctricas y las de agua y saneamientos no deben estar juntas, además está seco.

Aunque dentro de la sala donde nos encontramos, cada cosa permite ser vista lo suficiente, la percepción deja mucho de ser perfecta y prácticamente todos los asistentes al ensayo, que como digo rondamos los veinte, formamos una piña alrededor de Pedro y Cosme, que ya sin la ayuda de la vela, se estorban intentando otear allá donde sólo hay sombras. Doña Enriqueta, Doña Adela, Doña Asu, Doña Joaquina y Doña Petra, curiosas, se aprietan en torno a Don Mateo, que con su enormidad casi no permite que nadie más ocupe primera fila. No obstante, bien juntos, ninguno perdemos detalle de lo que en ese momento nos atrae la atención. En segunda fila, el sargento se apoya en el hombro de Don Eduardo, el médico, que mantiene cuidadosamente agarrada su carpeta de partituras. Siendo, como yo, ambos de buena estatura no nos costaría nada presenciar todo lo que pasase si es que algo se viera, pues la otra vela que habíamos encendido la tiene Doña Beatriz en la mano, que, sentada en su silla y ajena a lo que sucede, con el cirio en alto y pensativa, parece un alma en pena. Con cuidado para no asustarla, le

quito de la mano la luminaria e intento por encima del corro de primeros espectadores pasar la segunda vela encendida a Pedro, ya que los intentos de Cosme por prender con su encendedor la primera han sido baldíos. Una vez la luz en manos de Pedro, al intentar iluminar donde debe, súbitamente la apaga el helado soplo que se escapa de la caja y que da a entender con su insistencia que el agujero une con algún desconocido lugar donde tal vez, la nevada ha hecho que el deshielo producido, hoy hemos tenido sol, penetre no sabemos cómo, allá donde el extraño agujero pueda comunicar.

Aquello que a continuación sucedió hubiera desbordado la capacidad de previsión de cuantos allí estábamos, si es que el sucederse de los acontecimientos con tal agilidad no hubiese acabado con cualquier sentido de anticipación imaginable.

Dos puntitos de luz parecen moverse en la destrozada caja de empalmes y en medio del apretado corro, saltando entre las piernas de Pedro aparece una sombra negruzca.

El grito de Doña Adela atruena nuestros oídos:

—¡¡Una rata!!!

No le digo nada. El cura, que se había agachado cuanto su barriga le permitiera, se alza bruscamente y le pega con la cabeza en la barbilla a Doña Joaquina, que cae redonda al suelo, noqueada por el sacerdotal coronillazo, seguida por Don Mateo, ambos conmocionados. Doña Asu, agarrándose las faldas trepa, con notable agilidad para sus años, a la silla más cercana, gritando como una descosida:

—¡¡Qué asco !!, ¡¡qué horror!!, ¡¡qué sufrimiento!!

Doña Adela, después del descubrimiento del siniestro roedor, olvidándose de sus padecimientos, se ha subido a una gran mesa adosada a la pared, sin dejar de santiguarse, persignarse e intentar juntar las manos en oración,

todo a un tiempo, por lo que la mezcla deriva en una locura gestual de lo más sui géneris.

Con la mano izquierda en alto, los dedos extendidos y levantándose la falda con la derecha, Doña Petra va dando saltitos como si estuviera por inventar un nuevo paso de muñeira.

Doña Enriqueta, mientras, en un puro alarido:

–¡Ay, Jesús!!, ¡Ay, Jesús!!, ¡¡qué bicharraco más asqueroso!!, –a todo correr trata de alcanzar la habitación contigua, esa cuya luz nos ha permitido ver algo mejor, seguida del “bicharraco asqueroso”, primero de otros dos negros congéneres que aunque nadie lo ha visto, se supone que han salido de donde el primero.

El sargento, que se ha armado con el grueso portafolios de Don Eduardo, al final del cortejo que inicia Doña Enriqueta intenta cazar a carpetazos a la más rezagada de las negras roedoras pero, olvidadas sus habituales buenas formas, le sale a relucir la cuartelera jerga y le oímos gritar:

–Ven aquí, ¡¡asquerosa!!, ¡¡hija de la gran puta!!, ¡¡te voy a sacar los “güevos” por el culo!!

Don Eduardo, dando gritos, le sigue más preocupado por sus partituras que con los bichos.

–¡Quieto, Don Benito!, ¡con la carpeta no, que tengo las canciones distribuidas por géneros ...!

En esto, el elástico que protege las partituras se rompe y todo se llena de papeles blancos volando por los aires.

–¡ Mi música!, ¡ mis papeles !, ¡ mis canciones !, ¡ mis partituras !... –la lista de sinónimos en boca de un Don Eduardo demudado, vociferando con las manos en la cabeza, se hace interminable–. ¡Qué desastre, Dios mío, qué desastre!

Don Benito, que no le oye, continúa a mamporrazo limpio, aunque rara vez acierta:

—¡A estos abortos de su putísima madre no hay quién los pille!

En medio del bochinche, veo a Don Matías, al alcalde y a Cosme que con una escoba, una fregona y una vieja deshollinadora que sólo ellos saben dónde han encontrado, esperan a la caza en la iluminada sala del refrigerio de ayer y, de un golpe certero, tres golpes, tres presas, aunque tan al unísono que parecen uno solo, acaban con las causantes de la revuelta en un santiamén. La ayuda al sargento ha llegado con algo de tardanza, pues la musical, inocente y doctoral carpeta ha terminado a pedacitos, sin que Don Benito haya acertado sobre su presa una sola vez.

Débilmente, el apagado lamento de Doña Joaquina se deja escuchar quedo desde las proximidades de la caja de empalmes. Con todo el follón que se ha organizado nadie ha perdido un segundo en preguntarse qué habría sido de los dos principales lesionados en el guirigay que se acaba de producir. La pobre señora, tocándose la barbilla lastimada en la que aparece una hinchazón que le deforma la cara, continúa con sus lastimeros quejidos, todavía presa del cosquilleo propio del reciente desvanecimiento. De pronto, cierta luz trata de hacerse en su cabeza y, aunque los roedores ya llevan unos minutos en el otro mundo, da un grito terrible que interrumpe el descanso colectivo recientemente alcanzado, y pone de nuevo, como si el episodio volviera a comenzar, un escalofrío en la espina dorsal de todos y cada uno de los presentes.

—¡¡¡Ratas!!!

Enseguida Doña Adela acude solícita a consolarla, olvidando las habituales burlas de que su vecina suele hacerla objeto, mientras el alarido muestra ahora su aspecto

positivo, despertando súbitamente al bueno de Don Mateo. La dama objeto de consolación y el sacerdote gordito se ponen en pie como a la de tres, impulsados por un invisible resorte, sin que ninguno acierte a comprender cómo; sobre todo el cura, al que nadie imaginaría semejante hazaña. Don Mateo, vuelto a medias en sí, comienza una salmodia que oscurece la escucha de los alivios que ofrece Doña Adela y de las respuestas de la consolada, creando un bochinche de locos a tres voces:

—¡Bendito sea Dios! ¡Tranquila, Doña Joaquina! ¡Ay, Dios mío! ¡Sosiego, querida amiga! ¡Qué espectáculo repugnante! ¡No se exalte! ¡No se exalte! ¡Que me meo! ¡Que no me aguanto! ¡Dios nos asista! ¡Dios nos asista! ¡Venga vamos, yo la llevo! ¡Que me lo hago! ¡Que me meo, Doña Adela! ¡Aguante, por favor, que ya...! —Doña Adela de pronto nota una húmeda corriente tibia que le resbala desde las rodillas— ¡Leche, Doña Joaquina! ¡Ay, que no podía más! ¡Me ha puesto usted perdida, vecina!, ¡ya podría tener un poco de contención, coño! ¡Ay, qué vergüenza! ¡Qué vergüenza, nunca me había pasado! ¡Qué susto! ¡Cómo me duele la barbilla! Bueno, venga vamos al cuarto de baño rápido a ver si podemos solucionar esto. ¡Qué mujer! ¡Estoy empapada!

La voz de bajo les hace el contrapunto:

— ¡Virgen María del Rosario, qué dolor de cabeza! ¿Es que ha salido agua por el agujero? ¡Estoy chapoteando! ¡Ay, Virgen Santa del Consuelo!

Doña Adela abre la puerta y desaparece, llevando a Doña Joaquina cogida por debajo de los brazos.

Don Benito, que a la semipenumbra del recinto no ha perdido detalle, llegado al grito de doña Joaquina para acudir en su auxilio, habiendo contenido la risa hasta que la mojada pareja ha salido camino del baño, suelta ahora una carcajada gruesa, mientras dice:

—Y yo que no quería venir a cantar, pero si esto es una ópera bufa como las que “echaban” en la plaza de toros de mi pueblo cuando era chico. ¡Ni en mil años habría podido imaginar un putiferio semejante! ¡Esto es impagable!

Oyéndole, me acerco al sargento, le pongo la mano en el hombro y le pido:

—Por favor, Don Benito, déjese de risas que ya tenemos suficiente por hoy.

—Pero, Don Javier —me dice cogiéndome del brazo— si esta tarde he vivido el “cacao” más divertido de mi vida, y al final, nada ha sucedido que nos haya de perturbar. Las ratas están “fiambres”, el agujero tapado de momento y ya podemos descansar un poco, a Dios gracias.

Pongo como debe estar una silla que ha quedado tumbada en medio de la batalla, me siento y, por encima del desorden que reina en las dos estancias, veo como el alcalde cogiendo del rabo los tres feos animales, los deposita dentro de una bolsa de plástico negra que supongo habrá salido del mismo sitio que las tres certeras armas mortíferas. Desviando un poco la vista, observo que un pequeño armario escobero a la derecha del pelirrojo está abierto y en su interior se distinguen claramente el cubo de la fregona, varios expulsadores, plumeros, bayetas, paquetes de bolsas de basura, frascos limpiadores, etc. El alcalde ata la bolsa y, con su nauseabunda carga, sale por la misma puerta que Doña Adela y Doña Joaquina.

Como decía Don Benito, la tapadera de la caja de empalmes ha sido devuelta a su sitio, supongo que por Pedro, que junto a Cosme y Carlos, permanecen sentados en el suelo, lejos del charco producto de la vejiga de Doña Joaquina, con la mano en la boca todos tres, intentando sofocar la risa que a duras penas consigue permanecer secreta.

Fijándome en Don Mateo, que no abandona sus rezos, noto una mancha en su alzacuellos y un hilillo oscuro que cuelga de su patilla izquierda.

—¡Don Mateo, está usted herido! ¡Don Eduardo venga, por favor, que nuestro amigo está sangrando!

Olvidando su pena por el desorden musical de su recién inutilizada carpeta, el médico acude a toda prisa a socorrer al cura. En toda situación, el buen doctor prima su deseo de ayudar sobre cualquier otro aspecto, aunque éste le afecte de modo extraordinario.

—Venga, Don Mateo, que tengo que curar esa brecha que tiene en la cabeza. Vayamos arriba que le desinfecte, y déjeme luego ir a casa a por el material necesario para darle algún punto de sutura. Adelante, amigo mío, subamos.

A raíz de la salida del doctor acompañando a Don Mateo, Carlos, desde el suelo, después de dejar escapar una risita, nos dice:

—Señoras y señores, yo creo que ya debemos despedirnos hasta el jueves. Que ustedes descansen y que olvidemos pronto todo lo sucedido esta tarde.

En silencio, uno detrás de otro y a la claridad del distribuidor, vamos saliendo todos, después de que me toque apagar la luz que nos ha servido de ayuda durante la carcería y luego de dejar otra vez en su inicial posición la persiana del ventanal a la plaza.

Capítulo VIII

Mientras comemos, pasando mentalmente lista de los que anoche presenciamos el acontecimiento, advierto que ni Marta ni el practicante asistieron al ensayo y que, por las expresiones, se mueren de ganas de que les contemos el suceso con pelos y señales. Para romper el hielo y, puesto que llevamos ya rato en silencio, pregunto:

—Don Eduardo, ¿qué tal está Don Mateo?

—Tuve que darle cinco puntos de sutura pero ya sabe usted que nuestro amigo es muy fuerte y, después de coserle, estaba con bromas y pensando en avisar al albañil para que taponase la galería que fabricaron las ratas. La que aún no se ha recuperado y anda un poco trastornada es Doña Joaquina. Esta mañana he estado con ella un buen rato y la pobre no paraba de llorar, avergonzada por el espectáculo que, según ella, dio anoche cuando...

El alcalde y el sargento sueltan a un tiempo la cargada y, contagiados, acabamos todos, incluidos Marta y Vicente, sin podernos tener de la risa. Las noticias han corrido tan rápido como de un pueblo se cabría suponer y las confidencias que los ausentes de anoche esperan de nosotros tienen un regustillo morboso y un punto de rechifla, más que la necesidad de estar al corriente, pues el carcajeo al que nos acompañan pone de manifiesto que saben más de lo que hubieran querido mostrar.

—Venga, Javier —pide Marta, con un encantador brillo risueño en los ojos—, cuéntenos lo que pasó, que yo con el

catarro que tenía, cuando cerré la farmacia me fui a la cama con una aspirina y un vaso de leche caliente.

—Yo le cuento, Doña Marta, —dice el sargento—que aunque de los gritos de Don Eduardo, preocupado por su carpeta, acabo de enterarme cuando venía, del resto de lo que pasó no perdí detalle... Por cierto, tengo hasta la última de sus partituras con lo que queda de la carpeta. Si le parece, esta tarde que no estoy de servicio, se deja caer por casa y, mientras tomamos un café y un orujito, ordenamos sus papeles y de paso los míos, que el niño, que es muy amable, ya me ha dado toda la música que vamos a cantar para que, con la ayuda de Mercedes y de una cinta que me ha grabado con lo de los bajos, me pueda ir soltando para el próximo concierto. Tenía usted razón, Don Javier, que esto del coro es una “pasada” de experiencias la mar de divertidas —suelta la risotada y otra vez todos detrás, atronando el comedor de Onofre, al que noto nervioso con la actitud de Micaela, que no para de rezongar.

Don Benito, que como siempre que está a lo suyo, no se da cuenta de nada, entre risas, va contando lo sucedido, coreado por Vicente, que dando golpes en la mesa con las dos manos abiertas, no para de reír, rojo como un tomate, como si quisiera hacer la competencia al alcalde que, lejos de su azoramiento continuo ante Marta, hace retumbar el bar también con sus carcajadas, poniendo acompañamiento a las barbaridades con que Don Benito adorna lo ocurrido en el salón parroquial. Hasta Don Eduardo, mucho más comedido, olvidando el mal rato que pasó al ver su música tan maltratada, se une al coro de las risas con unas ganas envidiables. Al momento, toda la clientela que a esas horas ya ha acabado de comer, trae sus sillas a nuestra festiva mesa y, hasta Onofre y Micaela, que no se acuerdan por de pronto de sus tareas, ríen a todo reír las graciosas salidas del sargento. La gente se suena y se lim-

pia los ojos mientras no mengua el chorro de carcajadas, que son tantas cuanto sus bocas y estómagos permiten.

Como Don Mateo está lesionado, aunque seguro que él hubiera querido también hoy pasar la sobremesa con nosotros, Doña Guadalupe no se lo habrá permitido. En este momento el sufrido párroco se estará lamentando de tener, tal vez, una madre tan preocupada y solícita como enérgica y autoritaria. Qué le vamos a hacer, en los temperamentos como en lo demás, lo positivo y lo negativo deben, en evitación de males, equilibrarse, como lo excesivo y lo parco, lo gracioso y lo grave, lo gentil y lo austero.

Cuando Don Benito ha terminado, sabe por el móvil que su Mercedes está en casa, y se despide saliendo con Marta y Vicente, que también hoy andan con prisas. Tomando un café y un orujo, nos quedamos Don Eduardo, el alcalde y yo.

—Como le decía, Don Javier, mucho más preocupada se mostraba la señora con la brecha de su Mateíto que el propio cura que, a última hora, andaba gastando bromas sobre las ratas y las galerías que suelen hacer por todas partes. También él piensa que ha debido ser la nevada y el frío ocasionado la causa de que los animales hayan buscado el calor de las estufas de Doña Guadalupe, organizando el jaleo que sufrimos anoche...

—O que “disfrutamos” —salta el alcalde—, la verdad es que, al final, unos cuantos llorábamos de risa.

—Entonces, ¿dice que Doña Joaquina está mal? —pregunto.

—Sobre todo, anímicamente, a pesar de que Doña Adela y Doña Petra no la dejan un minuto sola. Hasta tal punto que creo que han dormido las tres en casa de la enferma, que ha superado la noche a base de tilas y “agua del carmen”. Esta mañana le he dado un válium y la he

dejado dormida al amoroso cuidado de las dos amigas. Por cierto, cuando venía he visto a Doña Asu hablando con Sonia la de Marta. Eso tal vez explica los aceleros que tenía hoy nuestra querida farmacéutica.

—Pero, ¿cómo no han venido madre e hija en lugar de sólo Marta, a comer con nosotros? —pregunta el alcalde.

—Eso ha sido cosa de la chica —digo—. La gente joven es muy independiente hoy y prefieren organizarse ellos mismos o servirse con el apoyo de los de su edad. Habrá preferido comer con algún amigo. En el pueblo tiene muchas amistades. A veces les he visto, sobre todo en vacaciones, tomando una cerveza en el parador cuando se juntan los y las jóvenes del pueblo que están estudiando fuera.

—Creo —replica el alcalde— que a un hijo de Martín, el secretario del ayuntamiento, que estudia telecomunicaciones en Madrid, se le ha visto alguna vez con ella. Pero en este pueblo como en todos, los rumores, sean o no ciertos, no resultan infrecuentes.

—Bueno, señores —me levanto—, yo también les voy a dejar. Quiero ir a ver cómo está Don Mateo y, si luego tengo un rato, me pasaré a dar ánimos a Doña Joaquina, que la pobre debe andar con la moral a cachitos como la carpeta de Don Eduardo. Usted perdone, doctor, lo digo sin deseo de molestarle.

—No se preocupe, Don Javier, por lo que asegura Don Benito, los papeles están y, entre los dos, ordenarlos no nos llevará tanto. Además, así aprovecho para estar un rato con él y con Mercedes, que como compañera profesional y como persona es estupenda.

—Venga, pues hasta luego, entonces.

Subiéndome el cuello del abrigo, salgo donde la plaza se halla oscurecida por unas nubes que vuelven a amenazar con descargar, y una temperatura que debe rondar el

punto medio entre lo positivo y lo negativo. Afortunadamente, el viento que ha soplado gran parte de la mañana se ha echado, y la calma fría no resulta para nada desahagible. Al salir, me vuelvo para cerrar la puerta de cristales y oigo que me gritan:

—¡Don Javier, qué alegría! ¿Cómo está?

Me vuelvo para acoger la joven voz que me saluda, y unos brazos enfundados en un abrigo rojo burdeos, con guantes negros en las manos, se me abrazan al cuello acompañados de dos sonoros besos. Al instante, un perfume fresco que no sabría definir me invade con una sensación de amable lozanía que revitaliza. La atractiva figura que me ha saludado tan efusivamente se deja ver en su totalidad, cogiéndome las manos y echándose hacia atrás como si pretendiera que entre los dos descargáramos mis años, que no los suyos, con el inicio del “corro de la patata”.

—Don Javier, ¡Está guapísimo! ¡Y qué joven! —Me dice Sonia con una sonrisa que da gloria verla.

—Venga, niña, no te rías de un pobre viejo, que soy un jubilado que podría perfectamente ser tu abuelo.

—Usted no es mi abuelo, Don Javier, ¿cómo voy a tener abuelo?, por no tener no tengo ni padre, y si lo tengo, como si no.

—Sonia querida, tú sí que estás hecha una mujer preciosa. Y no seas así, que tienes padre y es todo un personaje entre los británicos. Además todos los años pasas una temporada con él, según me dicen. El que no le tengas aquí es cosa de las circunstancias que a veces obran en nuestra contra. Pero la labor que hace en Londres es magnífica y su trabajo unánimemente reconocido, además, tanto él como tu madre son felices así y hay que aceptar las cosas como vienen.

–Pero yo no soy feliz, Don Javier, echo de menos a mi padre cuando estoy aquí, a mi madre en Londres y, en Cáceres a los dos.

–Venga, mujer, con tu inteligencia, tu belleza, tus estudios, seguro has de tener infinidad de amigos, gente de tu edad con la que lo pasarás bien. Además, sé por tu madre que tu carrera te encanta y que tus calificaciones son excelentes. Estás en la flor de la vida, con ilusiones, con anhelos. Lo tienes todo, criatura.

–Don Javier, tómese un café conmigo, yo le invito...

–Bueno, venga, tengo un poco de tiempo. Me encantará...

Me vuelvo para abrir la puerta que hace un par de minutos cerraba, cuando siento que me toma del brazo.

–No, señor maestro, demos un paseo hasta el parador, junto al río. ¿Se acuerda de cuando con mi madre hacíamos aquellas caminatas desde Tejar? Tan atento, nos cogía a mamá y a mí para que nos apoyásemos en usted y así juntos, hablábamos de todo, o disfrutábamos del paisaje los tres. ¡Cómo recuerdo aquellas tardes...! Veo que lleva paraguas y yo tengo el mío también. –efectivamente, sobresale uno plegable del bolsillo de su abrigo–. Así que, aunque con nubes, con la tarde tan linda que se ha quedado, nos vendrá bien sentarnos tras la cristalera y ver correr el agua mientras, calentitos, tomamos nuestro café, ¿no le parece? Venga, que me apetece mucho estar con usted un rato.

¿Quién le dice que no a este precioso torbellino que tira de mí en dirección al río? La cojo del brazo como hacía con madre e hija a la vuelta del trabajo y compruebo que la tarde, totalmente en calma, verdaderamente invita como pocas a dar el paseo que a Sonia parece apetecerle tanto. La estatura de la chica es prácticamente la misma que la mía y así, apretada contra mí, su perfume vuelve a

traerme esa sensación como de regreso al pasado, de recuperación de rincones olvidados, de emociones antiguas, de imágenes captadas en jornadas plenas, donde los ojos parece que miraban desde dentro y la respiración se contenía, al temer que la brisa más leve quisiera acortar los queridos momentos que nos acogían, y que ahora, bendita e inesperadamente, se dejan reencontrar de nuevo. Aunque el cielo se muestra como un mar de muchos grises entre blancos de espuma y azules desvaídos, las encumbradas cimas con sus bases moradas junto al cauce del agua, nos saludan de lejos, y el blancor en lo alto consigue atrapar un sol imposible, que ya sobre la nieve, tan sólo es de la nieve.

A medida que nos acercamos a la orilla del río, un amplio malecón en el que el ficus benjamina alterna con el arce y la mimosa, el pino y la palmera, nos muestra el resultado de la buena gestión municipal del pelirrojo alcalde y su equipo de gobierno, por lo menos en lo que a urbanismo y mejoramiento de riberas, parques y jardines se refiere. Y en esta tarde gris, luce en todo su esplendor. El Malecón de San Julián, que así se llama el precioso paseo adornado con balaustrada de mármol traído de Macael, con su saliente meseta que aprovechando un amplio meandro fluvial se asoma sobre el cauce, permite volcar prácticamente a pie de agua la estructura del precioso Parador de Castrosantos, idea que fue del difunto general Don Gustavo Canales y Canales que, en su día, consiguió los dineros y recabó las iniciativas necesarias para que tal obra llegara a hacerse, con ayuda de las distintas instancias políticas que, en ocasión tan rara, pudieron sin esfuerzo poner de acuerdo intenciones, dineros y voluntades, trayendo este lujo que ahora podemos disfrutar a veinte minutos paseando de nuestra plaza mayor.

Abro la puerta de cristales de una sola hoja, cedo el paso a Sonia y el calorcito de la chimenea del amplio hall nos recibe apaciblemente. Enfrente, otra puerta igual comunica con el gran salón, con toda una enorme acristalada pared volcada sobre el río. El agua es un espejo gris salpicado de piedras entre el verde oscuro, el pardo y el negro, todos brillantes, y en la playa que se forma al fondo, patos, ánades y algún cisne importado, chapotean mansamente o nadan sin peligro. Entrando, franqueada la segunda puerta, a nuestra derecha y espalda, en el rincón, un nuevo hogar encendido nos recibe al extremo de una barra de bar con encimera de mármol, que nos invitaría a acogernos a ella, si nuestra intención y prácticamente la totalidad de las mesas vacías ante las cristaleras, no nos empujasen a sentarnos. Dos camareros con blanca chaqueta y botones dorados nos saludan al fondo con una inclinación de cabeza leve y una amplia sonrisa. Uno de ellos, solícito, acude a atendernos.

– Buenas tardes, Don Javier. ¿Qué tal, señorita Sonia?

–Muy bien, Luís, –contesta Sonia–, tomaremos un café y una copa. Para mí, un “magno” y Don Javier, lo que él quiera.

–Otro “magno”, Luís, por favor, sin hielo.

–¿Cómo tomarán los cafés?

–Solo y corto –dice Sonia.

Luís me mira y asiento levemente.

–La nota me la pasas a mí –continúa la chica–. Hoy Don Javier corre de mi cuenta.

–Tú has hablado de café y, siendo así, te lo voy a dejar pagar, pero la copa es a mi cargo.

–Venga, como buenos amigos. –Sonia mira a Luís y éste va por el pedido.

–¿Cómo es que bebes “coñac”? –pregunto.

—Es lo que toma mi padre. Cada vez que voy le llevo un par de botellas y cuando él viene a Madrid o a Barcelona por algún congreso, siempre lo compra. Incluso conozco una licorería junto a Harrod's donde se puede adquirir. Cuando voy a verle en verano, a veces me deja probarlo, y si estoy a gusto como me pasa hoy, siempre pido una copita, pero de tarde en tarde, no se crea.

—¿Te recuerdo a tu padre, Sonia? —Le pregunto cuando, ya instalados, Luís nos trae el humeante café y las dos copas.

—De ninguna manera. ¿Lo dice por el “magno”? Es cierto que algo representa, pero es más bien lo tierno, lo afectivo, lo cálido. Usted nunca me recordaría a mi padre. Él es... otra cosa, aunque también le quiera muchísimo —aunque me deja atónito, trato de disimular—. Usted es mi maestro, mi amigo, mi protector cuando era alumna suya, el confidente en las tardes de rebotica, ¿se acuerda?, quien me hizo descubrir la belleza de un crepúsculo en flor, la persona que inventó para mí las matemáticas y me enseñó a amarlas tanto como los poemas que nos recitaba. Hay tantos que aprendí de memoria de sus labios, Cernuda, León Felipe, Hernández, Lorca, Machado... y sus explicaciones matemáticas tan claras como nadie sino usted ha sabido nunca poner ante mí. ¡Qué gran profesor de matemáticas es usted, señor maestro! ¡Qué bien las explica y qué pasión pone haciéndolo! Debería haber esperado un poco para jubilarse y no dejar desamparados a un montón de niños.

—Para ya, chiquilla, que estás exagerando muchísimo. No digo que no sientas lo que dices, pero ese diálogo que se estableció entre tú como alumna y yo como profesor es algo, por desgracia, muy raro. El mérito es más tuyo que mío. Eras una chica de catorce años cuando yo te tenía como alumna, totalmente predispuesta a aquellas ma-

temáticas en cierto modo elementales que el plan de estudios de entonces determinaba para un nivel de octavo. Tu receptividad, sentido lógico, capacidad de atención, conocimiento previo del lenguaje matemático, facilidad para el cálculo, intuición matemática y nivel de inteligencia eran absolutamente notables y, con esas capacidades, cualquier profesor hubiera conseguido el resultado que gracias a ti se ha logrado y que queda hoy de manifiesto.

—Mire, Don Javier, con todo respeto, eso no es así. El curso que viene termino la carrera, eso espero, y profesores he conocido muchos; en el instituto y ahora en la universidad. Usted tiene un don especial muy raro de encontrar, es sensible, inteligente, preparado y, como le digo, un gran profesor tanto para las letras como para las ciencias, y eso, mi querido amigo, déjeme por favor que le llame así, es muy, muy difícil, créame. ¿Sabe que cuando nos tenía en Tejar, todas las chicas estábamos enamoradas de usted? Usted nos daba Matemáticas y Ciencias Naturales, Física y Química y todo lo hacía estupendamente, pero, ¡recita tan bien! Doña Rosalía, la profesora especialista de Lengua y Literatura, siempre contaba con usted para declamar algún poema. Y en esos momentos, como con las matemáticas especialmente, se transformaba e irradiaba tal magnetismo, que nos transportaba prendidas de su voz al mismísimo cielo. ¿Sabe, Don Javier, que mi sentimiento no era un sueño de niña tonta? Usted en aquellos momentos era para mí el amor de mi vida y yo habría hecho lo que me hubiera pedido.

La chica me está poniendo nervioso. El rubor se sube a sus mejillas poniendo tal esplendor a su íntima confesión, un brillo a su mirada, un acento a su voz..., los rizos de su pelo rubio recién lavado, el mechón con el que juguetea... Me habla con una voz cargada de tal emoción que me tiene perdido entre el éxtasis y el caos. Pero, ¿esta

mujer no me ve? Soy un viejo. Un jubilado. Ya sé que está hablando del pasado pero su voz proclama, desnuda ante mí, un alma totalmente nueva. El sentimiento que por cada poro de su piel se escapa, no llega de recorrer un camino que se inició hace ocho años y que el tiempo tardado en emprender la singladura ha transformado en otra cosa, pasando a ser algo del pasado. Este es un estremecimiento renovado que se manifiesta en toda su plenitud, actualidad y lozanía, que me tiene perplejo y que me hace sentir aterrado y complacido, retraído y halagado, pletórico y exhausto. Sus palabras salen de lo más hondo, con un temblor que más que un lamento es un quejido. Y yo nado en un río que para nada es el que contemplo tras los cristales con toda la apariencia de tranquilidad, sino sumido en un tumulto de confusiones que me devuelve un miedo olvidado, casi infantil, como el que sentía cuando era muy pequeño ante una lámina en la que un árbol humanizado agarraba del pelo a una niña, en lo profundo del bosque. Me aterraba tanto como me hechizaba, por lo que todos los días abría el cajón donde se guardaba y, después de mirarla unos segundos, cerraba, echaba a correr y me escondía. Así un día y otro la atracción del “tatanatos” recorría mi infantil espalda de tres años hasta que sin saber cómo, le perdí el miedo.

¡Dios mío!, esta maravilla de mujer joven con toda la vida por delante, con todo por descubrir y por ganar, está prendida de una quimera en el ocaso de sus posibilidades como ser humano. Ciertamente es que todo el mundo me dice que parezco diez años más joven, pero esta criatura tiene como mucho veintitrés. Esto es de locos y yo no paro de sudar. En un momento determinado se produce en mí algo que interpreto como una multiplicidad de personalidades. Mientras lo que llamaré mi primer “yo” se encuentra a salvo a mil kilómetros de distancia, sin oír más que

un murmullo acariciador, como un tarareo de una nana en la lejanía, como el “ea, ea” de una madre a su bebé, como el suave arrullo del mar un día de calma en una playa de mi tierra o el suave siseo de los trigales camino de Tejar; mi segundo “yo” es observado por un “tercero” y un “cuarto” y todo un ejército de “yoes” que al abrigo del mal de muchos, no paran de desdoblarse, viéndome levantar la mano gritando,

– ¡Por favor, Luís, un “magno”!, y doble, si eres tan amable.

La voz que arrulla interrumpe el sonido que adormece y dice:

–¡Para mí otro, Luís!

–¡¡¡De ninguna manera, Luís!!! –Todos los pedazos de mi “yo” se juntan de golpe, auspiciados por el reconocimiento de la voz que grita, para encontrarse con dos “poemas” convertidos en caras muy blancas de ojos inmensamente abiertos.

Delante, a un palmo de la mía, los ojos de susto de Luís y los de enfado de Sonia, me despiertan como cuatro mazazos en la cabeza dados sin misericordia, sobre un tambor antiguo con la piel de cabrito reseca por el sol.

–¡Huy!, perdonen, es que esta noche no he dormido mucho con el catarro –no me cabe otra que mentir– y, aparte de cansado, no termino de encontrarme bien.

Luís sonrío, suaviza la expresión de los ojos y me dice:

–No tiene buena cara, Don Javier. Tengo el coche aquí en la puerta y les puedo llevar en un momento a la señorita Sonia y a usted. Ya he visto que han venido paseando. En un momento estamos en la plaza.

–No, no se preocupen, ya estoy bien. Perdona, Sonia, por haber alzado la voz sin querer. Ha sido una reacción

propia del cansancio. Por supuesto, ponnos dos copas, Luís, pero simples, por favor.

La suavidad también en la mirada de Sonia me tranquiliza. Mi alma es una serie de compartimentos estancos en los que como antes, cada sensación ocupa uno distinto. Lo curioso es que aunque algunos sean contradictorios, se noten todos a un tiempo. Todo se resume en una sensación de vulnerabilidad, de indefensión con la que a mi edad no acabo de identificarme. Es como si llorara el dolor de otro, siendo en realidad resueltamente feliz.

—Sonia, cariño, el brandy te puede hacer daño y me preocupa que te pongas mala...

—No sea usted cursi, señor maestro, que no está haciendo un anuncio de la tele, —dice, enfadada, demostrándome que más que dulce su expresión es de entereza recuperada, la femenina dignidad hecha deseo de poner de manifiesto que una mujer inteligente y enfadada puede ser un peligro considerable.

—En España a este mejunje que por cierto está más rico que el de ellos, aunque los franceses se enfaden le llamamos coñac con eñe de España. Y por mí, no se preocupe, que ya soy mayorcita y no me pongo mala por un par de copas. Sabe usted que el sábado cumplo veintitrés años. Por eso estoy aquí. ¿Qué se cree que hacemos los universitarios en Cáceres los fines de semana? ¿Rezar el ángelus?

—¡Lo siento mucho, mi niña!, ¡no te enfades conmigo por favor!, es que me he puesto un poco nervioso con tu confesión. Soy un ser humano, pequeña, aunque en la distancia que va de una persona a otra, de un viejo a una maravilla de mujer joven, de un pobre maestro a una de las mejores alumnas que he tenido el orgullo de tener y el honor de enseñar; en este momento, como en todos, hay

el trecho que siempre queda entre dos personas por muy unidas que estén.

—Ni soy su cariño ni me pongo mala nunca ni rezo el ángelus ni soy su niña ni soy ya su alumna ni me ha tenido nunca, ¡que más quisiera un viejo como usted! Sólo has acertado en una cosa, pedazo de imbécil, soy una maravilla de mujer joven que te estaba insinuando primero y ahora te dice claramente que está loca por un cretino, tonto del culo, que vive metido en el siglo XIX dentro de una urna con peana, perdida de cagadas de moscas. Y ahora me voy y, ¡hasta nunca!

Coge el abrigo Burdeos y el paraguas plegable que estaba sobre la mesa y, con las lágrimas resbalándole por las mejillas, me dice con el enfado subido pero entrecortadamente:

—¡Puesto que tenías tantas ganas de pagar, paga también el café, que ya no somos amigos y por lo tanto, de pagar a medias, nada! Si crees que algo te debo, habla con mi madre y, cuando haya saldado la deuda contigo, ya ajustaremos cuentas ella y yo. ¡Buenas tardes, señor maestro, que se divierta usted!

Sale rápidamente tirando del abrigo como si fuera la muleta de un torero y, en ese momento, uno de los guantes de piel se escapa de su bolsillo y cae como a medio metro de la que ha sido nuestra mesa. Cuando lo veo ya ha salido y, aunque la llamo un par de veces, ya no me oye.

Me doy cuenta de que estoy de pie con el guante en la mano, cuando se repite la visión de la cara —esta vez una sola— y los ojos muy abiertos que vuelven a mirarme con gravedad.

—¿Qué hago con la copa de la señorita, Don Javier?

–Déjame las dos, Luís, por favor. Sonia ha tenido que irse. La han llamado al móvil –digo, sabiendo que no me cree.

–Muy bien, Don Javier, como usted diga.

Me vuelvo a sentar y otra vez mi alma rota en pedazos muestra por separado mil aspectos de mi personalidad. Alguien que siento como una parte de mí, junta las dos copas en la taza del café y, después de hacer bailar un poco el contenido con la cucharilla para que se mezcle con los posos, lo traga de una vez. Uno que no parece ser yo pero que siente que su esófago arde como si fuera el mío, nota como el fuego quema por dentro todo lo que la medicina para el estómago que hoy no he tomado no puede proteger. Las lágrimas acuden a mis ojos con el efecto de juntar de nuevo los pedacitos. Una voz totalmente consciente, ayudada por una mano que se alza y que reconozco como la mía, pide un café corto en vaso grande y un orujo doble. Las caras de preocupación de los dos camareros, cada uno con un pedido, me sirven al instante. En lo más hondo advierto que me estoy poniendo en evidencia y que de un plumazo voy a acabar con algo más de ocho años de “conducta impecable”, buen nombre y respeto exquisito hacia mí, por parte de los miembros de una comunidad a la que adoro.

En el momento más lúcido que he tenido en todo el día, llamo a los dos camareros y les digo, luego de haber apurado media copa de orujo y con el café intacto:

–Luís, Sergio, venid un momento, por favor que quiero hablarlos. Sentaos, que como en este momento no hay nadie y lo que voy a deciros es corto, a ninguno ha de importarle un minuto de informalidad. –Se sientan y continúo–. Escuchad, me siento verdaderamente mal, incluso creo que tengo un poco de fiebre, ha debido ser con lo de la nieve que me cogió en la plaza –vuelvo a mentir–,

no tuve la precaución de abrigarme y he cogido un buen trancazo. Mis disculpas otra vez, si es que he dicho o hecho alguna tontería.

—¡Que va, Don Javier!, usted es un amigo. No se preocupe por nada. Ahora mismo nos vamos a su casa en el coche. No se beba eso que le puede sentar mal. Y, tranquilo con la cuenta, que nosotros les invitamos con mucho gusto. Venga, póngase el abrigo y vámonos. Como esto está tranquilo, Sergio se hace cargo mientras yo le llevo en dos minutos. Ahora, cuando llegue, se toma dos aspirinas, un vaso de leche caliente y se mete en la cama a sudar abrigado. Por cierto, lo del sudor no le va a costar demasiado porque ya está usted chorreando —bromea.

—Cómo te agradezco el ofrecimiento de llevarme a casa, Luís, porque parece que además ha empezado a llover.

Me levanto como en un sueño. Luís agarra mi paraguas —lo hubiese olvidado—y dándome un golpecito cariñoso en la espalda, nos dirigimos a la puerta. No sabría decirles si en la entrada hay mucha o poca gente, sólo que Luís, solícito me abre, me cede la vez y, mientras la vuelve a cerrar, con unos vacilantes pasos salvo la amplitud del porche que me separa de la lluvia. El paraguas que el camarero ha colgado de mi brazo, permite sin abrir que agradezca el tacto del abundante chaparrón que cae sobre mí. Mi buen samaritano permite el paso de una joven pareja cuyas risas oigo alejarse en el interior del cálido hall, luego el chasquido de la puerta al cerrarse y a continuación, la voz de Luís.

—¡Pero, hombre de Dios, ¿por qué no ha abierto usted el paraguas?! ¡Está empapado! Venga, vamos de prisa, va usted a coger una pulmonía. Don Javier, verdaderamente, no está bien. Métase en la cama en cuanto llegue, por favor.

Noto el motor del coche que arranca. No sé color ni marca. Una gota, desconozco si de sudor o de lluvia o de ambas cosas, resbala por mi barba y cae sobre la mano derecha sujeta al cinturón de seguridad. Debe ser un alto en el caos que me produce la progresión de acontecimientos el que me hace mentalizar el dolor de estómago que siento hace rato y recordar, ¿de nuevo?, que esta mañana he olvidado tomar el “omeprazol”. Las gotas siguen cayendo sobre mi mano derecha. Yo no digo nada y Luís tampoco. Tiemblo. No aparto la mano que continúa su refleja labor de protección de mi estómago dolorido, y la asociación de ideas pone una sonrisa en mis labios que veo a través del espejito auxiliar como una mueca en una cara que desconozco. La imagen del alcalde hablando del picante de Micaela me hace sonreír en momento tan inoportuno, y por mi revuelta cabeza pasa una extraña disquisición sobre el valor de la oportunidad. ¿Es inoportuno el consuelo de quien cuenta un chiste a un dolido pariente en un sepelio? ¿Es inoportuna la naturaleza que trunca la ilusión de una madre con un alumbramiento fallido? ¿Es inoportuno pedir al amante aquello que nos gusta sin pensar más que en lo que nos apetece? ¿Es inoportuna la fortuna que premia al enemigo? ¿O la muerte del mejor? ¿O la aparente dicha del peor? Verdaderamente, no estoy bien. Ardo. Sonia cruza a toda velocidad por mi cerebro, desnuda, tirando del abrigo Burdeos, y la respuesta de mi yo, roto de nuevo en cachitos, es una potente erección que hacía tiempo que no recordaba. Las ruedas del coche resbalan en la plaza al frenazo de Luís que, seguro que ha venido deprisa preocupado por mí.

—¡Coño!, cómo resbalan los adoquines con la lluvia —le oigo maldecir—. Venga, Don Javier, métase en la cama. Dese una ducha caliente después de quitarse esa ropa mojada. Verá que mañana está como nuevo.

Introduzco la llave en la cerradura y entro. La calefacción que he olvidado apagar, muestra sus efectos a placer. Después de cerrar de un portazo, comienzo a desvestirme. Ventajas de vivir solo. Dejando primero el abrigo, el suéter, la camisa, los pantalones de pana –los vaqueros me aprietan y prefiero la amplitud– la camiseta... Cuando voy a quitarme los slips, veo que aquello continúa como en sus mejores tiempos. Dejando la ropa desperdigada me dirijo al dormitorio con cuarto de baño anejo. Aunque la casa tiene dos plantas y una tercera de trasteros, como no me gusta subir escaleras, cuando compré la casa remodelé la planta baja para que todas las dependencias que necesito a diario quedaran a mano sin el esfuerzo de subir o bajar. Así dispongo a ras de suelo de salón, comedor, cocina, dormitorio, dos baños, particular y general, despacho, gimnasio y un gabinete junto al despacho donde me reúno frecuentemente con los amigos para conversar, tomar una copa y jugar al mus, al julepe o al tute.

Abro el grifo del agua caliente de la bañera y, quitándome los calzoncillos, aquello continúa con su recién recordado poderío. Suelto una carcajada mientras me digo, “pronto te cansarás, ya me dirás si es que tienes edad para tanto exhibicionismo”. Como ya me tengo bastante visto y tampoco es que anden por ahí mis preferencias paisajísticas, me coloco el albornoz grueso que cuelga de la percha. Aunque mis comodidades son sencillas, cuando puedo me las procuro sin mirar lo que cuestan. Cogiendo una toalla, me seco pelo y barba, ¿les he dicho que llevo barba? Desde los veintipocos años y con distintos tipos de recorte, la barba me ha acompañado, hasta el punto de que mis hijos no conciben un padre con barba lampiña. Si me afeitara mostraría las marcas que de manera considerable sufrí con el acné, y que oculto desde el día que acabé mi servicio militar.

Después de secarme, me paso el peine por un pelo que no me gusta revuelto porque me produce incomodidad y, echando un vistazo a la bañera ya mediada, cierro los grifos. No sé en qué momento he abierto también la fría, pero compruebo que se halla en su punto. Cuando me dispongo a entrar, llaman a la puerta. Pienso que la asistenta, que viene por las mañanas, ha debido olvidar algo. Vuelvo con el albornoz y en zapatillas.

—¿Eres tú, Pili?, —nadie contesta.

El portón carece de mirilla. Cuando compré la casa, no la tenía y no he querido estropearlo, instalando una. Vivir en Castrosantos no lo necesita. Como mi amigo Gregorio es un sordo de nacimiento que, a veces viene por casa para hablar conmigo y solicitar mi opinión sobre algún tema, cuestiones de la asociación provincial de sordos, pedirme alguna colaboración escrita o darme a corregir cosas que él escribe; pensando que tenga prisa por consultarme algo, abro la puerta.

Capítulo IX

Quien está al otro lado no es Gregorio. Una preciosa Sonia, con los ojos brillantes y, acentuado ese rubor que hace un rato daba carta de presentación a sus aún no cumplidos veintitrés años, me hace a un lado y se cuela hasta el salón sin decir nada. La dejo hacer, también yo en silencio, mientras cierro la puerta y la sigo hasta el salón, atravesando la pequeña entrada, el distribuidor, el pasillo que accede al resto de las habitaciones y, ya junto a ella, la ayudo a recoger mis ropas mojadas tal y como ha empezado a hacer.

—Es una lástima que tu precioso abrigo se estropee con la lluvia —dice—, ¿qué es lo que has hecho desde que te dejé tan sólo un poco sudoroso para que tu ropa esté en este estado?

Cuando termino de recoger lo que queda en el suelo y, situado de frente a ella, me dispongo a llevarla al cesto de la ropa sucia, veo que baja un poco la vista y una sonrisa preciosa inunda su rostro:

—Vaya, ya veo que es lo que andabas haciendo. ¿No eres ya mayorcito? Para eso, mejor es que me hubieses esperado, ¿no crees?

Noto como la cara me empieza a arder mientras protesto:

—¡No! ¡¿Qué dices?! ¡Yo no...! Pero, ¿cómo se te ocurre semejante idea?

Me vuelvo para ocultar mi rubor y, sintiéndome en el mayor ridículo de toda mi vida, permanezco envarado,

sin saber dónde poner la vista y siento que toda la ropa recién recogida va de nuevo al suelo, cumpliendo las inmovibles reglas que la gravedad impone férreamente.

Sonia se ha quitado el abrigo, el suéter y la blusa y, en este momento afloja aquello que mantiene la cinta de su sujetador y me muestra el pecho más bonito que yo haya visto jamás. Luego, cogiéndome de la mano, me lleva primero al dormitorio y luego me hace atravesar la puerta que comunica con el cuarto de baño. El vapor que sale de la bañera y la serie de sustos de la que no acabo de escapar invitan, desde luego, a la tibieza del agua.

—Venga, patoso, vamos a bañarnos que yo también me he mojado del todo mientras te esperaba —se sonríe con picardía.

Me quita el albornoz. Ella está ya desnuda del todo.

—Vaya, señor maestro, para estar jubilado, aún no anda por los suelos, precisamente. No sabes cómo me alegro. Vamos adentro —me da una palmadita en el trasero, mientras me ofrece el suyo—. Tú también puedes hacerlo. No te prives, viejo verde, que no me voy a ofender —da una vueltecita para que la vea también por delante—¿Verdad que no estoy mal, viejecito? De todas maneras, si tú no te animas a hacer esfuerzos, yo llevaré la iniciativa.

Entre tanto le pongo la mano en el culo y la acaricio, absolutamente fuera de mí en todos los sentidos de la expresión. Vuelve graciosamente la cara y roza mis labios con los suyos.

—¡Huy, que gustito!, a que va a resultar que también en esto eres un maestro —asiéndome de la parte más saliente de mi anatomía, me invita a entrar con ella en la bañera.

—Ven conmigo que yo te llevo, —y, una vez dentro—, señor capitán, baje el periscopio, que ya pasó la armada

alemana. Todo está en calma y hasta la batalla que nos espera cuando desembarquemos, podemos dejar descansar a la artillería.

Poniendo una pierna entre las mías y, sentada sobre mi pie izquierdo, comienza a darme besos en la nariz, alrededor de los ojos abiertos, en los párpados cuando los cierro, luego muerde los lóbulos de mis orejas, primero el izquierdo, después el derecho.

—Sonia de mi vida, vas a acabar conmigo. ¿No te da pena de mi ancianidad?

—No te preocupes, amor, que ya me he informado y sé que el estómago así así, pero el corazón lo tienes como un roble. Además estoy enterada de que no tomas la “vagra”. La hija de la boticaria, ¿no lo sabría?

—Mi niña preciosa, con la de jóvenes que tendrás locos por ti, ¿no crees que estar conmigo es una total pérdida de tiempo?

—De eso, nada, querido Don Javier. ¿Sabes que todavía soy virgen? He tonteado con algún que otro chico, pero mi primera vez la reservaba para ti.

—Y si ya no “sirviera”, ¿qué harías? Hay amigos más jóvenes que ya no están para “repoblar la isla”, precisamente.

—Si así fuera, mala suerte. Habría esperado igual aunque no pudieses conmigo. Soy, mi amor, una mujer que lleva esperándote ocho años o, lo que en mi caso supone algo más de la tercera parte de mi vida. Y no me ha importado nada, pensando en este momento. Pero, ya ha llegado y estoy encantada de que mi maduro amante sea todo un taladro mecánico a punto de sacar petróleo de las entrañas de la madre tierra. ¡Huy, qué maravilla!

—Y si al final te defraudo. Lo mismo, llegado el momento, no puedo...

–Si no puedes, me besas dulcemente y dormimos abrazados. Con eso, me llevarás al paraíso. Venga, salgamos que el agua se nos ha quedado fría.

–Vayámonos a la cama que el virus de tu catarro es hembra y tiene nombre y apellidos conocidos. La mejor vacuna, como con la viruela, es darte un poco más de lo mismo.

Salgo y, cogiendo dos toallas de una serie que Pili, la asistenta, siempre tiene a punto en sus repisas, se las entrego. Con una de ellas nos envuelve juntos y mientras me da a sujetar los extremos, totalmente pegada a mí comienza a secarme la cabeza con la otra. Sus pechos se aprietan contra el mío, mientras el mástil de la tienda de campaña que hace unos momentos mantenía a distancia la tela del albornoz, se sitúa entre sus piernas allá donde en ese momento o en otro pasado o futuro, hubiera querido estar más que en cualquier lugar del mundo. Todo es tierno y entrañable sin embargo, pues lo que hay de pasión, que es enorme, fluye dulcificado desde cada poro de mi piel y viene a desembocar en la boca y en la lengua, en el paladar y en la saliva, en su perfume que no se ha marchado ni con el baño, en el latido de mi corazón que quiere auparse en cada latido tumultuoso del suyo, donde la gloria entra a raudales desde su mágico aliento hecho caricia húmeda, que me está volviendo loco de íntimo placer.

–Vente, amor mío, vayamos a la cama –me coge de la mano y, dejando resbalar las dos toallas, baja otra vez la mirada hacia la “tormenta” que no cesa–. Hijo de mi vida, una cosa es que no hayas envejecido demasiado y otra muy distinta es esta constancia, esta persistencia. Anda, ven aquí a ver si te bajo esos humos. No te imaginaba yo tan orgulloso. Con lo sabio y respetable que me has pare-

cido siempre. Si tus compañeras del coro te vieran. Ya verás cuando le cuente a mi madre.

–Ni se te ocurra niña, me daría una vergüenza horrible. Así que, respeto a la intimidad de un anciano –bromeo, notando que bromea.

–Sí, menudo “Matusalén” estás tú hecho. Anda, dejemos la conversación y vayamos a lo nuestro, que ya tendremos tiempo de hablar en otro momento.

Tengo sesenta y un años y he estado casado cerca de treinta, pero yo les aseguro que o las experiencias se acaban por olvidar, o algo como lo que he vivido desde que Sonia Calzada Fortín atravesó sin saludar el portón de mi casa, hasta esta mañana en que me he despertado con ella abrazada a mí y poniéndome ante los ojos ese dormir feliz y plácido, como una ofrenda de sí misma cargada de absoluta confianza, jamás me ha tocado ni de lejos, ni yo esperaba ni en sueños poder experimentar en mi vida. Sus ojos verdes, envueltos en un misterio y una alegría imposibles de imaginar, si no se han visto, adelantándose a las palabras aún dormidas, me saludan con su brillo único. Y luego, una ronca voz cálida nace de sus labios como desde mi alma:

–Buenos días, amor de mi vida, muchas gracias por esta noche. Ya me puedo morir.

–No lo digas ni en broma, pequeña. ¡Qué cosas dices! Primero, a desayunar y luego, pensemos que le vamos a decir a tu madre.

–No te preocupes, ya lo arreglé yo ayer. Desayunemos que después te cuento.

– Mejor me cuentas ahora y luego, mientras tú usas el cuarto de baño, yo preparo el desayuno. ¿Te parece?

—A la orden, mi capitán. Mira, ahora coges el coche del garaje y me llevas a Cáceres. En total, son algo menos de dos horas. Tomamos el aperitivo donde mi amor quiera, comemos por ahí y nos vamos a casa a descansar un rato. Después de la siesta, damos un paseo por el precioso casco antiguo de la ciudad y respirando arte por los cuatro costados, del XIV al XVI, regresamos a Castrosantos. A la vuelta me dejas en la estación sobre las ocho, que es cuando llega el talgo de Badajoz a Cáceres, vía Madrid. Si alguien nos viera llegar con el coche a la estación, decimos que te he encontrado por casualidad y que me has traído. El motivo de dejarme allí habría sido el de comprar el billete de vuelta el domingo por la tarde, ya que ajustándonos a la absoluta verdad, el coche lo tengo en el taller en Cáceres, haciéndole unos arreglillos. Venga, que quiero disfrutar de un día para nosotros solos, sin que nadie nos importune. Mi madre cree que estoy allí porque había olvidado algo del segundo plazo de la matrícula y que la última oportunidad para no perder el derecho a examen se cumplía hoy. Evitarnos el viaje sería fácil, pero siempre que puedo me paso por casa de mi madrina que está muy viejecita la pobre. Paso un minuto, le doy un beso y garantizamos la comprobación de haber estado allí, por la posterior llamada que después de cada una de mis visitas hace a mi madre. A estas horas tu amiga la farmacéutica me creará haciendo cola ante la ventanilla de secretaría. Aunque ahora hay cosas del papeleo que pueden arreglarse por Internet, todavía quedan algunos requerimientos presenciales para los que se necesita acreditación por ventanilla. Como todas las cocheras de las casas cuya puerta principal da a la plaza tienen, como la nuestra, el acceso por la parte de atrás, sé que la tuya también, cuando salgamos en tu coche, con esconderme hasta que hayamos dejado el pueblo, solucionado. Ya me

acomodaré cuando estemos en la carretera. Una vez que lleguemos y haya visto a mi madrina, llamaré yo también a casa para decir a mi madre que todo está solucionado y que como el coche sigue en el taller, volveré en el tren que llega a las ocho. Como ves, no hay fallo posible.

Mientras Sonia se asea en el cuarto de baño preparo el café. Tengo una cafetera que hace un espresso estupendo. Coloco el pan de molde en el tostador, un mantel en la mesa, la mantequilla, mermelada, aceite y la miel, cubiertos y servilletas, una jarra con agua fría, otra con zumo de naranja, las cápsulas de “omeprazol”, hoy no las olvido, los vasos y un cenicero, Sonia fuma. Del congelador saco dos bolsas de churros congelados que aunque no sean como los de Doña Guadalupe, friéndolos con el aceite caliente resultan muy ricos. Como la sartén ya está a punto, introduzco los churros y pongo al máximo la campana extractora. En otra sartén algo más pequeña, los huevos y el jamón. Cuando ya está todo sobre la mesa, oigo la ducha que se cierra.

Al mirar hacia la ventana que da al pequeño patio de la casa veo que el rosal amarillo se adorna ya con una rosa recién abierta y dos capullos que han empezado a hacerlo. Abro con cuidado la ventana y corto los tres con las tijeras de cocina. Protegiéndome los dedos con la manopla, dejo los largos tallos libres de espinas y los pongo en un vaso con un poco de agua. Con las flores dentro, lo coloco en el centro de la mesa que queda perfecta. Oigo a Sonia cantar en el baño. El instante que la ventana ha estado abierta, con la ayuda de la campana, ha dejado la cocina libre de humos. Con la ayuda de un spray desodorante, apuntando al suelo en sentido siempre opuesto a la mesa, suprimo el último resto de olor a aceite frito. Es un desodorante que carece de olor y no interfiere con el de los alimentos. Para no molestar, me dirijo al otro cuarto de ba-

ño, me lavo la cara y los dientes y me paso el peine por el pelo. Llevar barba me da la ventaja de tener que proceder a su arreglo sólo dos veces por semana. Al salir, la voz de Sonia me llega desde la cocina:

—¡Qué maravilla!, mi amor es un gourmet. Chico, ¿cuándo vas a mostrar algo negativo? No seas tan perfecto que me malacostumbres. Si todas las chicas se enamoran de maduritos, ¿qué van a hacer los jóvenes? Bueno, que se fastidien o que sean más amables. Hala, ven a la mesa, que esta delicia no debe enfriarse.

Me echa los brazos al cuello y me besa apasionadamente. Sus labios, su saliva, el sabor de mi dentífrico en su boca, sus dientes que muerden mi lengua, suavemente. Esta mujer me va a matar de placer. De nuevo, vuelvo a notar la erección, esta vez bajo el pantalón del pijama.

—Vaya, —se ríe— ¿ya estamos otra vez, “Casanova”? Anda, desayunemos. Ah, he visto que en un armario del cuarto de baño había cepillos de dientes, nuevos. He cogido uno, ¿te importa?

Me dirijo a la mesa y cogiendo la rosa del vaso, le seco el tallo con un trapo de cocina limpio que cuelga de su percha, y se la ofrezco:

—Para ti, ángel mío.

El rubor que la embellece tanto y una ligera humedad en sus ojos, me hace recordar las caras de las madonnas de Botticelli. ¿Qué han sentido quienes de ustedes conocen Gli Uffizi ante Il Magnificat o La Madonna Della Melagrana? La modelo que inspiró a Sandro en la Toscana de finales del quattrocento ha resucitado para mí en esta fría mañana de febrero, para adornar con su belleza la cocina de mi casa y, cómo no, las lágrimas acuden también a mis ojos y mi reacción es de agradecimiento infinito a Dios por esta merced que me hace. Dentro de mí nace, llenándome el pecho y la mirada que queda detrás de las lágrima-

mas que se me desbordan, un sentido de trascendencia y, desde la conmoción del renovado amor que siento, me invade esta vez la absoluta certeza de que esta mujer estaba destinada a mí desde el principio de los tiempos.

Capítulo X

Camino de Cáceres, mientras conduzco con Sonia apoyada en mi hombro, caigo en la cuenta del día de la semana que es y agradezco que mi asistenta tenga los jueves libres. Ni siquiera he pensado hace un rato, mientras desayunábamos, en que en cualquier otro día menos los domingos –ella prefiere sustituir sábado por jueves y a mí me da igual– habría abierto con su llave a las ocho de la mañana la puerta de casa y nos habría pillado desayunando, a mí con el pijama y a Sonia en mi albornoz. Naturalmente, la situación no requeriría explicaciones sobre lo que hago, pero aunque Pili es una mujer discreta, aún es pronto para poner a Sonia en peligro de murmuraciones innecesarias.

Después de la que calló ayer, el día ha amanecido frío pero radiante. Un cielo que tira a violeta y un sol espectacular me hacen bajar la temperatura del climatizador hasta los diecinueve grados, para atemperar la sensación de calor que la fuerte radiación nos hace sentir en el interior del coche.

–No lo comentes, por favor –le susurro, tan cerca de mí no hace falta más–, pero Doña Guadalupe me ha pedido que hable con su sobrina Natalia. Al parecer, está algo rara últimamente y quiere que me ocupe de ver qué ocurre.

–Lo harás divinamente. La chica está también enamorada de ti.

–No digas tonterías, niña, ni que yo fuera Harrison Ford.

–No, tú eres más guapo, más interesante y más listo.

–Pero, ¿cómo dices eso?, ¿tú qué sabes? –Recuerdo como la muchacha me abrazaba de la cintura durante la nevada, pero al instante rechazo la idea por absurda.

–Los hombres es que sois idiotas y no os enteráis de nada. ¿Te has fijado en cómo te mira? Serás muy listo, pero a despistado no hay quien te gane.

–Verás, como soy amigo de la familia y la pobrecita no está acostumbrada a ver a más hombre cerca de ella que a su primo Don Mateo, es fácil que se sienta a gusto cuando otros hombres visitan la casa, pero eso es todo.

–También está enamorada del monaguillo, pero de otra manera. Lo tuyo es más platónico, pero quizá por ello, sea más peligroso.

–Qué imaginación tienes, cariño mío, ¿cómo puedes saberlo? Si, además, estás fuera. Es imposible que... La pobre niña no va ni al portal de la calle sola. Si tan sólo sale para ir a misa o al rosario con Doña Guadalupe. O con Paula a la compra. Estás equivocada, seguro.

–Mira, mi amor, soy inteligente y, aunque no muy amiga de chismes, de un vistazo me quedo con lo que veo y elaboro conclusiones rápidamente. Te he dicho que no rezo el ángelus, pero sí voy a misa los domingos, y el pasado ya estaba aquí. Nati, durante la celebración no le quitaba ojo de encima al monaguillo. Que por cierto, ¡hay que ver como se ha desarrollado el niño!...

–¡Chica!, ¿me quieres poner celoso?

–Bueno, déjame seguir. Siempre que he coincidido con la sobrina de Doña Guadalupe en misa, en un montón de ocasiones, nunca ha dejado de comulgar, o bien de manos de su primo, o de las de Doña Enriqueta, que suele ayudarle. Bien, pues el domingo no comulgó.

—Pero, eso no quiere decir nada, Sonia, una niña acostumbrada a estar siempre en casa con Don Mateo y Doña Guadalupe que, aunque sean encantadores, son tan conservadores que piensan que el rey es comunista, con que haya podido tener un pequeño escrúpulo, no habrá querido comulgar.

—De eso, nada, “abuelito”, tu chica, en estas cosas, podría dar clases al mismísimo Sherlock Holmes. Casualmente, el martes que acompañé a mi madre a la iglesia a la hora de misa de siete porque tenía que hablar con Don Mateo de algo referente al coro, Pablo, el monaguillo, estaba poniendo flores con Sixto en la capilla de San Julián con motivo de su fiesta. Como sabes el santo está entrando a la iglesia a mano derecha. La chica que ha de acompañar a Doña Guadalupe todos los días a misa, como ésta siempre se sienta en el primer banco para estar junto a su Mateíto, Nati no paraba un momento de mirar para atrás con la cara encendida, tratando de encontrar la mirada de su monaguillo, al que se le caían las flores cada vez que la muchacha, que por cierto está preciosa, volvía la cara para mirarle. Me jugaría el curso que lo llevo con sobresalientes, a que esos han estado juntos.

—Pero, tú estás loca chiquilla, si no tendrían cómo. La chica está siempre vigilada. Cuando no por su primo, por la tía, por Paula o por Sixto, el sacristán.

—Cada vez que se le caían las flores al chico, el sacristán, por cierto, le atizaba cada pescozón de órdago a la grande. Pero como el intercambio de miraditas era continuo, las flores estaban más en el suelo que en las manos del ayudante, y el Sixto, que le da al orujo que es un primor, andaba con un berrinche de los demonios. Así que por ese lado, el alcohol ha podido hacer flaquear la vigilancia, mientras el resto de la “guardia” tal vez estaba rezando o con la siesta. Ellos sabrán el modo en que lo

han hecho, pero como te digo, esos se han visto a solas. A la hora de la comunión, Doña Guadalupe le decía al oído lo que fuese a la chica y ésta, negaba con la cabeza, roja como un tomate. Al final, la vieja se levantó sola para comulgar. Si la señora ha presenciado cosas como ésta varias veces, aparte de otras de las cuales no puedo estar al tanto, todo ello le habrá hecho caer en un estado de preocupación que ha propiciado, previa consulta al hijo, tomar la determinación de pedirte ayuda. Naturalmente la tía, más que el sacerdote, barrunta algo, pues la infrecuencia sacramental de su niña y el hecho de que el hijo sea el único capaz de confesarla por todos los contornos, hace sospechar a la madre del cura que sea lo que fuere lo que le ocurre, es inconfesable por la chica ante su primo. A una mujer a vueltas de todo como Doña Guadalupe, de ninguna manera se le escapa algo así. Pero a mí tampoco, Don Javier.

–Verdaderamente, niña mía, eres el mismísimo demonio. A qué de conclusiones llegas, partiendo de tan pocos datos...

–Los datos son los suficientes, la capacidad de observación, suma, y la de deducción, completa. Tú deberías saberlo, que has sido mi “profe”.

Mirando el paisaje y conduciendo tranquilamente, alrededor de la diez y media, estamos en Cáceres. Es ésta una ciudad que me encanta pero que sólo he visitado en un par de ocasiones, por lo que no siendo la orientación ciudadana uno de mis puntos fuertes, me dejo conducir por las indicaciones que Sonia me da. El coche lleva navegador, pero prefiero la voz joven que me ha acompañado hasta aquí con la ternura de sus palabras, que las de “la Lola”, como llamo coloquialmente a la electrónica que sale del aparatito y que me ordena girar a la “dizquierda” a cien metros. Sonia me guía y frente a la fachada de la

Iglesia de San Mateo (“edificio gótico con una alta torre que se levanta sobre el solar de una mezquita”) llego paseando, después de haberla dejado a la entrada del edificio donde está el piso de su madrina. He podido abandonar el coche en un aparcamiento cercano, a un par de minutos de donde me encuentro y, como no hallo donde sentarme, callejeo hasta encontrar un pequeño café que me invita a entrar con su olor a churros recién hechos. Una mesa junto a la pequeña ventana que da a una placita está vacía. Olvidándome de los churros, pido a la camarera que me atiende, un espresso y un “magno”. Una sonrisa acude a mi boca acompañada de un sentimiento de ternura, pensando en el regalo del Cielo de este amor que se me ofrece tan dulce e inesperadamente. La chica llega con lo que le acabo de pedir. Es guapa, morena y de ojos azules. Me sonrío amablemente y se marcha. A las once y media he quedado en recoger a Sonia en el interior de la iglesia de San Mateo.

Tomó un sorbo de la copa y un relámpago de preocupación contrae la sensación grata que cabría haber esperado. Gustoso renunciaría desde ahora mismo a la dicha recién encontrada por evitar a Sonia ¿y a Marta?, sí, también a ella, los dolores que ésta nuestra nueva relación va a traer con toda seguridad.

Miro el reloj. Son las once y cuarto. Aunque sólo estoy a un instante de la iglesia de nuestra cita, prefiero esperar yo. Pago la consumición a la guapa morena y salgo a la placita. El sol continúa deslumbrante, dando a la piedra dorada matices diversos según el nivel de incidencia que la irregularidad del conjunto arquitectónico permite a la luz.

Sobre las once y veinte estoy ante la iglesia y ya, en ese momento, veo a Sonia que corre hacia mí. Me echa los brazos al cuello y me besa con ardor. Le correspondo co-

mo puedo; con el corazón en los labios sí, no sé si con habilidad. Según me parece, no le sabe mal.

—Ya he visto a la tata. Pobrecita, está muy viejecita y ha llorado al verme. Anda, amor mío, invítame a un café que no he querido que la enfermera que le estaba leyendo el periódico se levantara a hacerme uno. Luego, naturalmente ha dejado de leer para atenderme, y hemos estado un ratillo hablando las tres. Se llama Luisa y lleva trabajando para la madrina bastantes años por lo que hace mucho que nos conocemos. Como estaban desayunando las dos, aunque no quedaba café hecho, he tomado un poco de zumo de naranja para acompañarlas. Así que ahora me apetece tomar uno, bien fuerte. Iremos aquí cerquita que hay una cafetería muy agradable donde lo ponen maravilloso.

Naturalmente, no le digo que yo ya lo he tomado. Caminamos en el mismo sentido que he traído, por tanto, alejándonos de la placita con el pequeño café donde me he sentado. Me dejo conducir por Sonia, que cogida de mi brazo, rozándome con su pelo magnífico, barba y mejilla, pone ante mí de nuevo ese perfume suyo que me transporta al pasado, a un lugar incierto, familiar pero inidentificable; lo que le da una carga de misterio que penetra hasta lo más hondo. ¿Cómo hará para conservar tanto tiempo su perfume? Me sonrío. Qué ingenuo. La chica no lleva bolso pero esos perfumadores minúsculos caben perfectamente en el bolsillo de su abrigo Burdeos. Por cierto que, a pesar de la lluvia, el abrigo de Sonia continúa impecable. No así el mío que, tras haber estado colgado en su percha toda la noche sobre el radiador, conserva las huellas del chaparrón sufrido hace tan sólo unas horas.

Saca del bolsillo el único guante, me lo enseña, y dice:

—Por lo visto, he perdido el otro. Me pondré el derecho y para la mano izquierda usaré tu mano, tan calentita.

¡Mira, ahí tenemos ya nuestra cafetería! Verás qué café más rico. También tienen churros y unos cruasanes cubiertos de chocolate que están de morirse.

—Pero, chiquilla, ¿todavía tienes hambre?

—Es que el amor correspondido, ¡cómo me abre el apetito!, ¡en todos sentidos! —me da un codazo y se ruboriza, mostrándome otra vez la gloria. Me besa y su cara encendida junto a mi mejilla, su lengua, su saliva, sus dientes... Busca mi lengua y la acaricia dulcemente con sus labios.

Una señora enlutada y con velo, irá a misa, nos mira con reprobación mientras murmura:

—¡Habrás visto poca vergüenza, el viejo verde con la niña! ¡Qué descaró! ¡Qué mundo más asqueroso! ¡A esto nos ha traído tanto socialismo...!

—Ande, señora, vaya a misa, rece por nosotros y métase en sus cosas, que mi marido y yo no le hemos hecho ningún daño a usted —dice Sonia, después de sacarle la lengua.

La señora sigue su camino y nosotros entramos en la cafetería. Como es día laborable y la hora del desayuno para empleados de banco, funcionarios y oficinistas de todo tipo, el local está a rebosar. Un camarero ve a Sonia y nos señala un lugar libre en la barra con dos taburetes incomprensiblemente desocupados.

—Buenos días, preciosa —dice, y mirándome un poco azorado—, usted perdone, pero su hija y yo somos amigos.

—No es mi padre, Juanito, es un amigo muy querido. Mira Javier, te presento a mi camarero preferido. Siempre encuentra sitio para mí aunque esto esté lleno hasta los topes.

—Mucho gusto —digo—, y no se preocupe. Verdaderamente, Sonia es guapísima.

—Y tanto, señor, cada vez que entra, la cafetería enmudece.

—Venga, venga —sonríe con esa su sonrisa indescrip-
tible— no seáis exagerados que no es para tanto.

—Lo que yo te diga, niña, ¿verdad, caballero? —me
guiña un ojo el muchacho, ¿Don Javier? —asiento—, Don
Javier y yo entendemos de esto más que tú. Estamos los
de Cáceres, todos, que no vivimos loquitos por tus hues-
sos.

—Venga ya, so pavo, calla y sírvenos café que sale un
olorcito de la cafetera que nos hace la boca agua.

—¿Usted también lo toma solo y corto, Don Javier?
Tengo unos cruasanes que para sí los quisiera la reina
Isabel de Inglaterra y el Emperador Francisco José si vi-
viera.

—Sí, por favor, Juan, y pónganos también dos de esas
maravillas “imperiales”, si es tan amable.

—¡Marchando!, pero llámeme Juanito, que siendo
amigo de mi Sonia, usted para mí, como mi padre. ¡Huy,
perdone, que no es usted tan viejo, no se crea —me tiende
la mano, después de limpiársela con el delantal—. Un ami-
go.

—Otro —le digo.

Mientras se va en busca de lo que hemos pedido, So-
nia me cuenta que Juanito es universitario, que estudia
Lengua y Literatura Hispánica y que se halla a punto de
acabar la carrera. Como lo hace con beca, está en el noc-
turno y trabaja durante el día, porque los padres no andan
bien económicamente y no pueden pagarle los estudios.
Apenas duerme porque atiende la cafetería de ocho de la
mañana a cinco de la tarde y a las seis y media ya está en
la universidad hasta las diez de la noche. Luego, se queda
estudiando hasta tardísimo con objeto de mantener el
nivel de calificaciones que necesita para conservar la beca.

—Sin embargo —me dice— ni en una sola ocasión lo he visto con apariencia cansada o de mal humor. Es un chaval estupendo.

En ese momento, viene sonriente con los cafés, los cruasanes en una bandejita con dos platos, servilletas, cubiertos, dos tarrinitas de mantequilla y dos copas de “magno” además de dos vasos de agua fresca.

—Las copas son un obsequio de la casa para mi chica linda y mi querido amigo Don Javier. ¡Buen provecho, señores!

Nos sonrío y se marcha para atender a otros clientes que no paran de entrar. Todo el mundo le llama por su nombre y él responde a todos con la misma simpatía y afecto.

—Verdaderamente, es un chiquillo simpatiquísimo y entiende perfectamente el negocio. Lo que pasa es que me tiene un poco celoso porque se nota que está coladito por ti.

—Yo también le quiero muchísimo, pero por ese lado no hay ningún peligro. Juanito es homosexual y tiene su pareja que por cierto, también es un sol. Lo que pasa es que a ninguno de los dos se les nota nada y mucha gente no lo sabe. El amigo es jugador de fútbol profesional, mide uno ochenta y cinco y es todo un atleta. Además es también universitario. Estudia Historia, creo. No viven juntos porque el amigo está en casa con sus padres y aún no “ha salido del armario”. Yo estoy al tanto porque Juanito es como un hermano para mí y, desde hace tiempo siempre me ha tratado con gran cariño y alguna vez hasta me ha defendido a tortita limpia de algún pesado que con unas cuantas copas de más se ha metido conmigo cuando tomaba café con las compañeras de la “info.” Es a la única persona en el mundo a la que le contaría lo nuestro sin dudarle un momento, aparte de a mi madre.

–Para contárselo a mamá esperaremos un tiempo, si te parece. ¿No crees?

–Siempre como tú quieras, vida mía. De todas maneras por lo que lo conozco, ese es de los míos, Juanito ya se ha dado cuenta de que si tú y yo andamos juntos no ha sido a consecuencia de un encuentro casual. Apostaría lo que fuera.

La niña besa mis labios y el camarero que anda limpiando los vasos que acaba de fregar, nos guiña el ojo a los dos con una sonrisa de oreja a oreja.

–Juanito, dime qué te debo, por favor –digo, tuteándole.

–La casa invita, Javier, hemos de cuidarte para que en el futuro te veamos más por aquí.

–Nos verás a los dos, te lo aseguro –dice Sonia acariciando la mejilla al camarero.

–Eso espero, cariño, un beso a los dos. Y ahora marchaos, que tengo trabajo.

Se me acerca a la oreja y me dice:

–Vaya suerte tienes, cabronazo. ¡Ciao, pareja!

Hemos sido afortunados. Minutos antes de aparecer nosotros ha sido anulada una reserva para dos personas que se había solicitado en septiembre. En un restaurante así, no es habitual que puedas comer si la tuya no está hecha, como digo, con meses de anticipación. Uno de los propietarios del restaurante, que cuenta con una acreditadísima cocina, incluso a nivel internacional, nos da la bienvenida después de comprobar la feliz anulación, y nos conduce a nuestra mesa con cubertería de plata y magnífica cristalería. Al instante para acompañar a los menús degustación que acabamos de pedir, con insistencia especial en el cabrito y en la caza, el diligente sumiller nos da a catar un gran reserva del 94 que sabe a gloria.

Después de habernos despedido de Juanito, Sonia me ha llevado a dar una vuelta por el casco antiguo, la iglesia de Santiago, de origen románico, reconstruida en el XVI por Gil de Hontañón, la concatedral de Santa María del XV y un montón de casas solariegas y palacios de familias nobiliarias como los Godoy, Galarza, Mayorazgo, Golfines de Arriba y Golfines de Abajo, Ulloa, Carvajal ... y todo el conjunto que la UNESCO declaró patrimonio de la humanidad en el 86. Luego hemos tomado una cerveza rápida, para desembocar ante esta maravilla de mesa que nos han preparado. Mi apetito, a estas alturas del día y con lo que llevamos echando al cuerpo a lo largo de toda la jornada, no es que sea muy allá, pero el largo paseo que nos hemos dado agradece esta joya de “reserva” y, las pequeñas cantidades en que la variedad que degustamos se muestra hace que cada delicia vaya tomando su lugar con muchísimo más placer del que había supuesto. Verdaderamente, todo es absolutamente magnífico. A los postres, dejo a Sonia con una variedad de ellos también en pequeñas exquisiteces, mientras maravillado la veo comer, saboreando mi café y mi copa de brandy. ¿Dónde meterá esta criatura todo lo que come? ¿Cómo puede mantener esta figura a pesar de tragar tanto? Así rebosa de juventud espléndida por cada poro, en cada gesto...

—¿Estás desganado, mi amor? Ahora cogemos un taxi que nos lleve a casa y descansaremos un poco. A media tarde, damos una vuelta o si estamos cansados vamos a por el coche y nos ponemos en camino, si te parece.

El piso donde vive Sonia con otras dos compañeras de la universidad, está situado cerca de la Politécnica. En este momento no hay nadie, porque al haber acabado los cuatrimestrales, las dos chicas están en sus respectivos pueblos, tomándose unos días de descanso. Es amplio. Tiene tres dormitorios con sendas camas dobles y mesa de estu-

dio, cada uno de ellos, mueble estantería para libros de consulta, ordenador portátil con conexión a Internet en cada habitación. Los dormitorios no tienen televisión pero en el salón hay un aparato pequeño con DVD incorporado. Cuando vuelvo del cuarto de baño, encuentro a Sonia, metida en la cama, profundamente dormida. Conservando la ropa interior, me introduzco en la cama con sumo cuidado para no despertarla. Su espalda y su glorioso trasero se aprietan contra mí, buscando acomodo. Me desnudo también como puedo, abrazándola por detrás. Levanta sin despertarse la cabeza para situar debajo mi brazo izquierdo y con las dos manos recibe el derecho por delante, para situarlo de manera que mi mano abrace su pecho izquierdo. Se sonríe mimosa y suelta un quejido mientras bajo mi palma noto como el pezón se endurece. Queda dulcemente acomodado entre mis dedos, y así, plácidamente, la tensión desaparece y el sueño me recibe, quedándome también yo, mansamente dormido.

El olor a café recién hecho me despierta gratamente. Sonia trae las dos tazas en una bandejita con el azucarero, servilletas de papel y la botella de “magno”. Sigue desnuda. Dándome la espalda, se inclina para, de un armarito bajo, coger una sola copa globo decorada con el nombre “Cafetería Habana. Almería”. En el momento de tomarla, inclinada para hacerse con la copa, con las piernas ligeramente separadas, me muestra por un segundo el deleite extraordinario de su sexo espléndido. Como no hay un espejo a mano, no veo la cara de turulato que ha debido de quedárseme. Sólo escucho la voz risueña que me habla con desvergonzada desenvoltura.

– ¿Qué te pasa, “atontao”?, ¿no has visto nunca una mujer desnuda?

—La verdad es que, últimamente, había perdido la costumbre, como podrás imaginar.

—Algún rollito habrás tenido, calavera. No me resigno a verte durante todos estos años desde que te divorciaste sin que nadie te haya tirado los tejos, con la pinta que tú tienes.

—Si alguien lo ha hecho, no me he dado cuenta, te lo aseguro.

—Ya, ya, aquí me tienes a mí, que si no llego a asaltar-te a traición, todavía andaría suspirando por ti como una idiota.

—Por cierto, ¿cómo es que tienes una copa de la cafetería Habana? ¿Has estado de visita en Almería?

—Esa copa se la regalaste tú a mi madre a la vuelta de un viaje a tu tierra. En una ocasión que fui a casa, al saber que había sido tuya, me la traje y juré no usarla hasta que no lo hiciéramos juntos. Bueno, pues el momento ha llegado felizmente y ahora beberemos los dos de ella —sirve un poco y me la pasa—. No, no tengo el placer de conocer Almería pero, si Dios quiere, todo se andará. Por supuesto, estaré encantada de que me enseñes cada rincón. Como todo el mundo, he oído hablar de Mojácar, de Roquetas, de las playas naturistas de Vera, de las magníficas tapas de Almería, de la zona de los Vélez. Tengo un compañero en “Info” que es de Cuevas del Almanzora y siempre me está hablando de los carnavales y de Garrucha, donde va los veranos a tomar “pescaíco”. Continuamente me dice que me va a llevar, pero prefiero que lo hagas tú. También quiero que vayamos al hotel Vera—Playa, ¿se llama así?, para que tomemos el sol como Adán y Eva, mientras me das crema por todo el cuerpo...

—¡Niña!, no seas desvergonzada, que yo no estoy ya para exhibiciones.

—¡Tú estás estupendo! Para mí eres como un dios del Olimpo. Tú el padre Zeus y yo la diosa Afrodita. Hala, mi maduro amante, vistámonos, aireemos un poco estos ojos de siesta con un paseo cortito y vayámonos yendo que no se nos haga tarde. Pero antes déjame mirar el contestador por si hay noticias de algún compañero que deba conocer.

Del aparato, surge una voz de hombre joven que dice alegremente, “peque, ¿dónde andas? Soy Tomás. Recuerda que me tienes que dar el número del móvil, porque con éste, cada vez que llamo, nunca te localizo. Oye, estoy en Cáceres por dos días, de viaje de estudios camino de Sevilla con los “telecos”. Me gustaría verte. Llámame tú al móvil, que yo tengo el mismo. Los informáticos, como sois tan pijos, cambiáis de móvil como de camisa. Llámame, por favor, que tomemos algo por ahí. Un beso”.

—Ya me ha dado la tarde el imbécil este. Es uno del pueblo que estudia telecomunicaciones en Madrid. Seguramente tú no lo conoces porque casi siempre está fuera. Es hijo de Don Martín, el secretario del ayuntamiento. Siempre que nos vemos me pide que salgamos, pero a mí no me apetece nada y excepto una vez en el pueblo que me pilló desprevenida y me fui con él a bailar, siempre que hemos salido por ahí, ha sido en grupo. Es un poco cargante y estoy loca por presentárselo a alguna compañera por si lo pierdo de vista. Menos mal que sólo lo veo de tarde en tarde. Anda, mi vida, demos una vuelta, que se me pase el enfado.

Inconscientemente meto la mano en el bolsillo del abrigo y me topo con el guante de Sonia, que recogí en el parador, cuando lo perdí.

—Toma, amor mío, esto es tuyo.

—Anda, ¿cómo es que lo tienes tú? ¿Se me cayó en el parador? Estaba tan nerviosa y enfadada... Y, sin embar-

go, cómo te quiero ahora. No podría quererte más. Me voy a morir de gusto.

Damos una vuelta por los alrededores de su casa. De vez en cuando se para ante algún escaparate. En una tienda de ropa de caballero prácticamente me obliga a comprar una corbata que le ha gustado. Al salir, después de andar unos pasos por la acera, a nuestra espalda se oyen risas de jóvenes. Se separa un momento de mí para poder ver mejor unas prendas de mujer en un rincón tras el cristal del escaparate de otra tienda. La voz con un timbre familiar suena a nuestra espalda:

—Sonia, qué suerte haberte encontrado, ya creía que me marcharía de Cáceres sin verte. ¿No has oído mi mensaje en el contestador? ¿No me presentas a tu padre?

—No soy su padre, muchacho —contesto por ella, sin dejarla abrir la boca—. Soy Javier López, amigo de Sonia y de su familia desde hace años.

—¡Don Javier! —me tiende la mano con una gran sonrisa—, ya decía yo que me sonaba su cara. Usted es Don Javier López Fortunes, una institución en Castrosantos y a quien todo el mundo quiere y respeta. Yo soy Tomás Gálvez Funes, hijo de Martín y de Sandra. ¿Sabe, Don Javier, que mis padres le adoran a usted? En mi casa siempre se le pone como ejemplo de persona cabal y de principios. Es todo un placer haberle encontrado.

—Voy a Castrosantos para celebrar mi cumpleaños —dice Sonia— y mi madre le ha encargado que me recoja, cuando le comentó que tenía que venir.

— ¿Con quién mejor? —contesta el muchacho—, aunque lo siento de verdad. Me hubiera gustado tanto que diéramos una vueltecilla por ahí para que me hubieses enseñado un poco esta ciudad tan bonita... Pero bueno, otra vez habrá más suerte. Venga, les dejo que no se les haga tarde. ¡Ah! Y felicidades por adelantado, “peque”.

Le da dos besos a Sonia y después, cogiéndome con las dos manos la mía derecha me dice con una gran sonrisa y sin asomo de segunda intención:

—Cómo me alegro de haberles visto a los dos. Qué alegría les va a dar a mis padres cuando les cuente. Porque también Marta y, cómo no, Sonia, son para ellos dos amigas muy queridas. Venga, hasta luego. Conduzca con cuidado, Don Javier, un abrazo. Se vuelve y me lo da con una sonrisa. Luego corre hasta donde sus compañeros, chicos y chicas, le están esperando.

—Pues parece un crío encantador— le digo cuando les vemos doblar la esquina.

—Y seguro que lo es, lo que pasa es que una chica, cuando un muchacho se pone pesado tratando de crear entre los dos un tipo de relación que ella no asume, por muy majó que sea, verse resulta incómodo, sobre todo si es que él se muestra persistente en sus intenciones y ella de ninguna manera, como siempre ha sido mi caso, está dispuesta a ceder. Y, ahora, olvidemos a Tomás, porque éste, sin mala intención, va a decir en el pueblo que nos ha visto juntos, así que habrá que cambiar de estrategia. Ahora mismo voy a llamar a mi madre para contarle que te he encontrado por casualidad y que regresamos en tu coche. Al saber que volvía, te has ofrecido a llevarme cuando te he dicho que tenía el mío en el taller. Piensa un motivo por el que hayas tenido que venir a Cáceres y todo resuelto.

—Ya está, puedo decir que he venido a encontrarme con mi hijo que ha estado en Cáceres por motivos de trabajo. ¿Sabías que es informático, como tú?

—No, no lo sabía. ¿Qué es?, ¿licenciado?

—No, es ingeniero. Trabaja para los americanos y tiene que viajar mucho. Por eso no es extraño que haya venido a Cáceres. Tiene veintinueve años y está casado. El

problema es que cuando se desplaza por cuestiones de trabajo, sólo dispone de muy poco tiempo personal y aunque venga a alguna capital más o menos cercana, le es imposible llegar hasta casa. Yo lo veo a veces, cuando viaja a Burgos, a Salamanca o a Madrid. Me da un telefonazo y me invita a comer. Ya te lo presentaré cuando llegue el momento. Como a ti, le encanta la informática y desde que era chiquitillo su intención era estudiarla. Desde que un tío suyo le regaló su primer ordenador, este mundo se ha convertido para él en toda una obsesión. Su casa es todo un ejemplo de las aplicaciones que puede tener también para la vida doméstica este mundo de los ordenadores aplicado al día a día. De todas maneras, también en eso nos distinguimos él y yo. Tengo en casa un ordenador portátil y una impresora, que gentilmente me ha regalado y que me sirven para escribir, pero carezco de conexión a Internet y no la echo a faltar. Andrés me dice que vivo en la edad de piedra, pero si eso quiere decir hacerlo en Castrosantos, no me importará en absoluto hacer de Pedro Picapiedra el resto de mi vida.

—¿Podremos vivir tu y yo juntos en Castrosantos y hacerlo como si nuestra relación fuese como la de cualquiera entre un hombre y una mujer? ¿De verdad lo crees? ¿Conservaremos los amigos tal y como son ahora? ¿Volverá mi madre a los momentos de dolor de cuando ocurrió la crisis entre ella y mi padre? ¿Será Don Javier López Fortunes tan respetado en el pueblo como lo ha sido hasta ahora?

—Sinceramente, no lo sé y naturalmente pienso que muchas cosas van a cambiar a peor. El punto justo en el que debemos situarnos, evaluada la propia capacidad de resistencia a los embates de la tormenta que se va a producir y que nos cogerá a ti y a mí en primera línea de oleaje, es lo que podríamos resumir con la expresión desgra-

ciadamente tan escuchada últimamente de “daños colaterales”. Tú y yo vamos a luchar por algo único para los dos, el amor que acabamos de encontrar y que para nosotros es vital. En el otro plato de la balanza, la integridad emocional de tanta gente que nos quiere y que va a sufrir por nuestra culpa. ¿Pondrá el dolor de los demás, y su reacción para con nosotros ante él, chinas en el engranaje de nuestra relación hasta el extremo de subir el nivel de tensión por encima de lo soportable. ¿Aceptará el necesario equilibrio de nuestro amor tal cota de inestabilidad? ¿Actuará la corriente del amor general que preside nuestra convivencia en Castrosantos, y que se va a ver desgraciadamente arrastrada por la riada que tal vez provoque nuestro reciente sentimiento, de manera que pueda acabar en esa pendiente no sólo con la limpieza de las aguas de todos, sino con el deterioro de nuestro propio caudal. Querida Sonia, lo nuestro debe permanecer secreto por el momento. No nos precipitemos. Primero, debes terminar tu carrera y asegurarte tu futuro, que naturalmente será mucho más largo que el mío. De aquí a entonces decidiremos. Tendré que inventarme algo para ir a verte a Cáceres sin levantar sospechas, pero hemos de hacernos a la idea de que tampoco podrá ser con frecuencia porque tus estudios no deben resentirse. Hemos de convenir las horas en que nos llamaremos al móvil y no lo haremos nunca si estamos los dos en el pueblo. Hasta Semana Santa, no siendo necesario, no vuelvas por casa. Si en cualquier momento te encontraras muy deprimida me llamas a la hora que sea y en un rato estoy aquí. Pero sabiendo que será así, procura aguantar hasta que no haya más remedio. Cariño, ¿de verdad tienes intención de casarte con un viejo como yo? Piensa que, aunque mi divorcio es ya un hecho de poco acá, nunca voy a pedir la nulidad de mi anterior matrimonio porque desde el punto de vista de los

hechos reales no hay motivo para tal. No podrás por tanto celebrar la boda por la Iglesia y desde el punto de vista de mucha gente que conocemos, estaremos amancebados. ¿A ti te importan estas cosas?

—Por supuesto que quiero casarme contigo. Nos casará el juez o el alcalde. Eso me es igual. Sólo hay en el mundo dos personas por las que me dejaría matar y sois mi madre y tú. Si vosotros estáis conmigo, nada de lo demás me importa. Ya sé que quieres mucho a Castrosantos pero, ¿estarías dispuesto a vivir en cualquier otro lugar por seguir conmigo? Si no te importa ese sacrificio, mamá podría venir a vernos donde estuviéramos, porque estoy segura de que acabará comprendiendo. Y como por encima de todo está su amor por mí, por verme feliz, aceptará lo que yo quiera, y no te quepa duda de que lo que yo quiero eres tú.

—Venga, llama a tu madre. Dile que me has encontrado por casualidad y que salimos para allá ahora mismo. Ah, recuerda que cuando lleguemos te dejaré en la estación para que compres el billete de regreso en el tren del domingo por la tarde. Cuando ya lo tengas, como no llevas equipaje, regresarás paseando. Al llegar a casa, coméntale por favor que me encuentro un poco cansado y que esta noche no iré al ensayo del coro. Ahora, entre tanto vas llamando, estaré atento por si pasa un taxi para ir a por el coche al aparcamiento donde lo hemos dejado.

El regreso a casa lo hemos hecho apenas sin hablar. Cuando nos faltaban como unos diez minutos para llegar me ha hecho parar a la orilla de la carretera ante un bar de camioneros y echándoseme al cuello me ha besado apasionadamente. Luego, no sé si en un intento de secar de

mis mejillas las lágrimas que brotan de sus ojos, ha besado mis párpados diciendo cada vez muy bajito:

– Te amo, te amo, te amo, te amo... Como no sé hasta cuándo podré volver a hacer esto, no he querido que nos despidiésemos como vamos a hacerlo en la estación. Ahora, déjame llorar un rato hasta que ya no deba hacerlo.

Cuando salimos, un par de camioneros que nos han visto besarnos, gritan obscenidades. Pongo el coche en marcha, mientras Sonia, con las mejillas húmedas, les enseña el dedo corazón de la mano derecha, colocando la otra en la base del codo. Después, acariciándome suavemente la entrepierna, me dice:

–Si me la pudiera llevar conmigo, tal vez no me sentiría tan sola.

En la estación, antes de que salga del coche, le recuerdo:

–Cuando me necesites, en menos de dos horas estaré contigo. En cualquier momento, de día o de noche.

–¡Ya te necesito! –y sale dando un portazo.

Como no puedo aguantar más la tensión, pongo el coche en marcha y salgo en dirección a casa. Sin poder resistirlo, yo también empiezo a llorar como hace muchísimo tiempo que no lo hacía. Antes de que pueda darme cuenta de cómo ha sido, me encuentro en el garaje de casa. Retiro la llave del contacto y la luz de encendido automático del interior del coche me sobresalta. Salgo. Cierro con el mando a distancia de la llave y por la pequeña puerta de acceso al interior encuentro a tuestas el dormitorio. Me dejo caer en la cama donde continúo un rato llorando hasta que el sueño me vence.

No sé si porque siento una arruga de algo que me incomoda, me despierto y enciendo la luz. Como he dejado abierta la puerta que da al garaje, la casa se ha destempla-

do. Apago la luz de la cochera. Al llegar lo he olvidado. Cierro la ventana que estaba abierta. También la puerta de acceso a casa. Meto un vaso de leche en el microondas. Lo tengo medio minuto. Mi reloj marca las dos de la madrugada. Me bebo el vaso de leche. Me desnudo y me pongo el pijama. Sin lavarme los dientes me meto en la cama. La habitación se ha vuelto a templar ligeramente. “Qué duermas bien, amor mío”, le digo a mi Sonia, con el pensamiento.

Capítulo XI

Siento los golpes en la puerta y, luego, entre sueños la voz de Pili:

—Don Javier, ¿le pasa algo? Son las diez. Venga, que he preparado café. Dios mío, vaya ojeras. ¿Es que no ha dormido bien? Este hombre me va a matar a preocupaciones. Hala, tómese el café. También le he preparado unas tostadas. Póngase aceite que es más sano. Voy a traerle un tomate, que el miércoles se presentó con un cesto María, la chica del alcalde. Verá que tomates más hermosos. Vamos, hombre de Dios, que parece que sale usted del sepulcro, como Lázaro. Venga, que mientras desayuna le voy a arreglar la habitación por si se quiere volver a echar.

Me trae un tomate magnífico de la huerta de Cesáreo, partido en dos trozos. Cojo uno, le pongo un poco de aceite y sal directamente y sin tocar el pan, a mordiscos, me lo voy comiendo ayudado con pequeños sorbos de café. Está riquísimo. Me recuerda los que robábamos de pequeños en la huerta del Tío Rodrigo en mi pueblo, cuando éramos chiquillos. Pili viene del dormitorio con cara de preocupación.

—Ya decía yo que estaba usted malo, Don Javier, ¿ha visto la sábana? Está manchada de sangre. ¿Qué le ha pasado? ¡Ay, Señor, que preocupación! Ahora mismo llamo a Don Eduardo para que vea qué tiene.

—Venga aquí, mujer, y tómese un café conmigo que lo ha hecho usted riquísimo. Y no se preocupe que lo de la sangre ahora se lo explico. No tenga usted pena que “la

regla” ya hace algún tiempo que no me viene. ¡Hala, buena moza!, a tomar café conmigo que me enfado. Espere que le voy a traer una taza.

–No, no, calle, calle, que ya la traigo yo. Faltaría más. Bueno, cuente, cuente, ¿qué le ha pasado?

–Pues verá. Ayer estuve en Cáceres para ver a mi hijo que ha venido por necesidades de trabajo. Quería verme y que comiéramos juntos. Como al levantarme andaba con prisas para que no se me hiciera tarde, mientras me preparaba el desayuno –miento con toda desenvoltura–, se me cayó el cuchillo grande de la cocina, con tan mala fortuna que vino a caer de punta sobre el dedo gordo del pie izquierdo. Como iba descalzo, aunque solo me dio de refilón me hizo una pequeña herida que no paraba de sangrar. A la pata coja fui al cuarto de baño a buscar el agua oxigenada y el yodo, me senté sobre la cama abierta y procedí a curarme. Al parecer y sin darme cuenta debí manchar la sábana –un poco peregrina la explicación pero, al parecer, Pili se la traga sin que haya ninguna desconfianza por su parte.

–Por la sábana ni preocuparse, que esa la lavo yo en un periquete y queda como nueva. Pero déjeme ver esa herida que no quiero que me coja un tétanos.

–No se apure, “madre Teresa”, que la herida está bien curada. Anoche a las dos de la madrugada, que tomé un vaso de leche, la volví a desinfectar y a proteger y ahora bajo mi zapatilla está como nueva. Ni siquiera me molesta. Así que usted a lo suyo y yo, a casa de Don Mateo que, desde el accidente, con lo del viaje y demás no le he vuelto a ver. Tampoco sé si con todo, al final tuvieron anoche ensayo. Quiero ver también a Doña Joaquina, que la pobrecita está bastante trastornada según dicen. Así que, como ve, esta mañana, tengo cosas que hacer. Venga, usted a sus cosas, que yo me tengo que vestir.

—¿Bea?, hola, soy Sonia. ¿Qué tal?

—¡Sonia! ¡Qué alegría! ¿Cómo te va? Mañana nos vemos, ¿no?

—Bea, me gustaría que nos viéramos hoy y que habláramos. Me siento mal y no sé a quién contárselo. ¿Sabes si ha llegado Isa?

—Sí, llegó ayer por la tarde. Pero, ¿qué te pasa, cariño? Te noto muy rara. ¿Tienes problemas?

—Sí, creo que sí. Me gustaría hablar contigo y con Isa. Yo no tengo el número de su móvil y no quiero llamarla a casa. Si tú la puedes localizar, quedamos si os parece en el parador sobre las diez. Tomamos un café y charlamos. Me vendrá muy bien contárselo a alguien. Anda, bonita, Habla con ella y dentro de una hora nos vemos en el parador, ¿vale? Un beso. Hasta luego.

Nada más dejar el móvil sobre la mesa de noche, Sonia duda sobre la decisión que acaba de tomar. ¿Habré hecho bien llamando a Bea? De todas maneras, me es imposible pasar por esto sin hablarlo con nadie y, para decírselo a mi madre me parece prematuro. No sé si lo habría de entender. Es curioso. Tantas ganas de que pasase lo que ha pasado, y cuando ocurre, me deja un dolor inmenso. ¿Reside en la propia espera de la felicidad que se adivina cercana, el nivel máximo que de lo feliz nos está permitido? ¿Obtenida esa altura suprema de dicha que sólo dura un instante, son los momentos posteriores los que provocan el dolor en que irremediamente ese culmen placentero deviene? ¿En qué beneficia a nadie poner límites a una relación como la que acaba de empezar entre Javier y yo, para que sus influencias sean tan negativamente determinantes como imagino y sus consecuencias se adivinen tan graves?

Mientras sus pensamientos la envuelven en desazón e incertidumbre, Sonia comienza a vestirse. Lo hace con un pantalón de pana celeste, una blusa azul marino, un grueso suéter blanco de lana, un chubasquero de plumas también blanco y unas botas de gruesa suela así mismo blancas. Se ha maquillado ligeramente y recogido su abundante pelo rubio bajo un gorro de lana de rayas celestes y blancas. La mañana está fría por lo que ha enfundado sus manos en unos guantes de lana turquesa. Como a pesar de la baja temperatura luce un cielo sin nubes y la luz es intensa, protege sus ojos verdes con unas gafas de sol de montura transparente. No hace viento y el paseo hasta el parador resulta muy agradable. A estas horas de un viernes laborable, la gente ya está en su trabajo y en los aproximadamente tres kilómetros que hay desde la plaza al parador, no se cruza prácticamente con nadie. Después de la sensación fresca en la cara durante el paseo, la entrada al ambiente caldeado del parador, la obliga a desprenderse de las gafas que empañadas le impiden una visión nítida. Las mesas junto a las cristaleras aún están vacías, y Luís y Sergio trajinan con las tazas de desayuno que van colocando, a la espera de los huéspedes que no tardarán en bajar. Cuando se sienta en su mesa de siempre, Luís la saluda cordialmente:

–Buenos días, Sonia, ¿qué tal?

–Muy bien, Luís. Ponme un solo corto y un cruasán tostado con mantequilla, por favor.

–Con mucho gusto. Enseguida te los traigo.

Mientras Luís prepara lo solicitado, Sergio saluda con la mano y su habitual sonrisa. Sonia contesta con un movimiento de cabeza, mientras contempla en el río una mamá pata con seis patitos que nadan detrás de ella. Luego se fija distraídamente en el ajetreo de los camareros colocando en los expositores bandejas de cruasanes y de

otras distintas pastas de desayuno. De pronto la puerta por la que se accede desde el hall se abre, y aparecen Isa y Bea sonrientes y frescas como la limpia mañana de febrero que, enseñoreándose de cada rincón del mundo, parece prestarle a cada cosa animada o no, una vitalidad que Sonia advierte en lo que le rodea pero que está muy lejos de sentir. Isa y Bea corren hacia ella:

—¡Cariño!, que alegría de verte, me dice Bea que no tienes mi número de móvil. Mira te lo he anotado aquí —le da un papelito que Sonia, después de besar a las dos, guarda en un bolsillo de su chubasquero.

—¡Qué maravilla!, ya están juntas otra vez las tres mujeres más guapas de Castrosantos —dice Luís llegando con el desayuno de Sonia—, tengo unos churros recién hechos fantásticos.

—¡Hola, buen mozo! Para Bea y para mí —guiña un ojo Isa a Luís— chocolate con churros. De churros trae tres raciones, por si Sonia se anima.

—Ahora mismo, preciosidades.

Cada una de las dos chicas que se sientan enfrente de la triste compañera que las acaba de acoger, toma una mano de Sonia y la besan casi al unísono con enorme ternura. La chica acusa la muestra de consuelo de sus dos íntimas amigas y los ojos se le humedecen, ya sin fuerzas para seguir soportando la emoción contenida.

—A ver, ¿qué le pasa a nuestra Sonia preciosa que está tan pachucha? —le sonríe Bea con un gracioso mohín, mientras le limpia las mejillas cariñosamente, con un pañuelo que saca del bolso.

—Me pasa que estoy enamorada, niñas mías. Nada más y nada menos.

—Pero, ¡eso es magnífico! —se entusiasma Bea— ¿Y él te corresponde? Seguro que está loco por ti. ¿Dónde está el problema? ¿Está casado? ¿Es homosexual? ¿Qué pasa?

–Calla, torbellino, deja que me explique. El hombre al que amo no es homosexual, no está casado, ya no lo está, y según creo, me quiere. Pero las cosas no son tan sencillas como podrían parecer. Esa persona de la que estoy enamorada hasta lo hondo del alma es la misma de la que lo he estado desde que iba al colegio en Tejar, me enseñaba matemáticas y me recitaba poemas. Ese es el problema.

Isa se echa las manos a la cabeza, mientras abre unos ojos que parecen querer tragarse a su amiga:

– ¿No te estarás refiriendo al maestro? ¿Qué ha pasado?

–El miércoles me encontré con él en la plaza y, después de saludarle, tomamos un café. Y una cosa después de la otra, le insinué que le amaba y como no hubo reacción aparente de su parte, me levanté y me fui. Más tarde me presenté en su casa y prácticamente le obligué a que se acostara conmigo.

Las dos chicas con la cara encendida, no dejan de mirar a su amiga con el mayor de los asombros pintado allá donde suele.

–Luego –continúa Sonia–, pasamos la noche juntos, y por la mañana me llevó a Cáceres donde comimos, bebimos, paseamos hicimos turismo y nos volvimos a acostar.

–Entonces –pregunta Isa–, aunque el maestro sea un poco mayor, por lo que dices funciona de perlas... Bueno, tú me entiendes.

–Puedes estar tranquila de que por ahí no hay problema. Cuando entré en su casa el miércoles yo era virgen, y cuando desayunábamos por la mañana ya no lo era, así que no creas todo lo que te cuenten de los hombres maduritos.

—Y, cuenta, cuenta, ¿cómo fue? ¿Estuvo a la altura de lo que tú esperabas? ¿Fue bonito? Venga, chica, di algo.

—Fue la experiencia más tierna y maravillosa que he vivido en toda mi existencia. Ni en un millón de años os podría explicar. La noche fue de cuento de hadas, pero sus atenciones y delicadeza para conmigo, de ninguna manera se quedaron atrás. Le amo más que a mi vida.

—Entonces, ¿Dónde está el problema? —pregunta Isa, con cara de preocupación—. Si todo es tan maravilloso, ¿por qué estás tan triste?

—Mirad, nuestra relación no puede ser conocida. Yo estoy estudiando. Me faltan cómo mínimo este curso y el que viene más el trabajo de fin de carrera, para terminar. Por lo tanto, no me puedo mover de Cáceres y él ha de estar en Castrosantos. Aparte de que nuestra relación, de saberse, no habría de ser bien vista por la mayor parte de la gente que nos conoce, sobre todo siendo como es este pueblo. Tengo hasta que amanezca mañana veintidós años y él, sesenta y uno. ¿Creéis de verdad que lo nuestro se va a ver sin problemas? Si vosotras vivierais un amor así, ¿sería para los vuestros algo normal? ¿Pensáis de verdad que no pondrían objeciones? Bien, pues si debemos vivir separados, ¿cómo voy a soportar la tensión diaria de que haya de ser así? Si cada segundo que estoy sin verle para mí es un martirio imposible de soportar, cómo puedo concebir que esto dure años. Estoy segura de que no voy a poder con ello, por mucho que lo intente. ¿Qué puedo hacer?

—Esto no tiene más solución que una —interviene Bea—. Él tiene que trasladarse a vivir a Cáceres por un tiempo, diciendo que se va a su tierra. Allí podréis veros con discreción, poniendo mucho cuidado para que nadie se entere.

–Pero, ¿y mis estudios?, ¿no se verán influidos? Si alguien se enterara, ¿qué pasaría?

–De todas maneras –opina Isa– no cabe otra solución. Incluso tú puedes conservar tu piso de estudiante en Cáceres, y verte con él en el suyo en horas que no interrumpan la marcha de tu trabajo y en las que llaméis lo menos posible la atención. Si no lo hacéis así, francamente no le veo otra solución.

–Yo también creo que es lo mejor. Tu novio se debe buscar un piso en Cáceres, en donde podáis veros. Las compañeras con las que compartes el piso, ¿son de tu absoluta confianza? –pregunta Bea.

–¿Por qué lo dices? Yo creo que sí.

–Siendo así, lo mismo podríais vivir juntos Javier y tú en Cáceres. Supuesto que las noticias de tu madre las puedes tener a través del móvil, contando con la discreción de tus compañeras, no ha de haber ningún problema. Cuando llames a casa dices que, puesto que debéis tener siempre libre la línea telefónica para el servicio de Internet, no puede hablar contigo a través del teléfono del piso. De esa manera, garantizas la comunicación con tu madre en cualquier momento, incluso de noche cuando estés con él. Si alguna vez por confusión te llama a través del fijo, con que diga quien lo coja que estás fuera preparando un examen con una compañera en su casa, asunto solucionado.

–Venga –interviene Isa–. Esta es la solución perfecta. Habla en cuanto puedas con él, que si te quiere, y estoy segura de que sí, no pondrá ningún inconveniente. Más adelante, cuando lo vuestro se consolide, incluso puedes empezar hablando con tu madre que, como te quiere mucho, seguro que comprenderá.

—¿Quién es, Paula? —El vozarrón se oye desde arriba como un trueno.

—Es Don Javier, señor cura.

—Que pase, que pase. Paula tráenos de desayunar.

—Para mí no, Don Mateo, yo ya lo he hecho. Mientras si le parece, charlamos un rato y me cuenta cómo está, usted toma su desayuno tranquilamente.

—No si yo también lo hice a primera hora. Era por usted. Por cierto, ¡el niño perdido!, ¿cómo no ha venido a verme en tres días?

—Sólo dos, Don Mateo. El miércoles como no andaba muy católico, después de comer, tomé un café con la hija de Marta, que me saludó al salir de “Onofre” y luego, cuando me despedí de ella, me fui a casa a resguardarme del chaparrón que cayó y que aún me tiene algo tocado.

—No, no tiene usted muy buena cara precisamente, ya veo.

—Ayer, estuve en Cáceres para comer con Andrés, mi hijo, que vino desde Almería por asuntos de su trabajo.

—¿Cómo está el joven matrimonio? A la pareja, sólo los he visto una vez, pero el chico me parece tan buen muchacho como su padre.

—Muchas gracias, querido amigo. Están muy bien, según creo. Para este verano quieren venir todos a verme, el matrimonio y las dos chicas.

—¡Qué maravilla!, a las niñas no las conozco. Ya organizaremos una comida aquí en casa para que sepan de las especialidades de la Paulita. Mi madre estará también encantada. Invitaremos a los amigos, para que conozcan el ambiente tan estupendo que se respira en el pueblo. Por usted, hasta invitaré al alcalde, aunque me haga objeto de sus chanzas, el muy paleta.

—Aunque discutan, Don Cesáreo le quiere y le respeta, como usted a él, lo que pasa es que ninguno de los dos

está dispuesto a renunciar a la salsa que dan ustedes a las reuniones. Cuando falta alguno de los dos, nuestras sobremesas parecen otras. Son la chispa de la vida del bar de Onofre y eso nadie lo discute. Por cierto, ¿cómo se encuentra, Don Mateo?

—¿Yo?, de maravilla. Lo que pasa es que Don Eduardo es un alarmista y me ha castigado a estar diez días en casa sin salir para que no se infecte la herida. El señor obispo ha mandado al pueblo a un curita joven para que me sustituya estos días y luego se quede ayudándome todo el mes de marzo, para que no tenga que ir por los pueblos. Como este año tenemos “semana santa enmarzá”, su ayuda va a venir de perlas porque verdaderamente para trotes no estoy. No se lo diga a nadie. Qué quede entre nosotros, ¿eh? El joven sacerdote llega esta mañana en el tren desde Burgos. Mi madre y mi prima han ido en el coche con Sixto a esperarle a la estación. El tren llegaba a las once y media y son las doce menos cuarto, así que están al caer. ¡Paulita!, tráenos un poco de vino, hija, que Don Javier y yo estamos secos. Acércanos también el queso que mandó mi primo Enrique de Ciudad Real y los chorizos esos que a mí me gustan. Dales una vuelta en la sartén y los traes con un trocito de pan, por favor.

—¡Qué alegría encontrarle en casa, Don Javier! —Doña Guadalupe se dirige a mí sonriente, acompañada por su sobrina Natalia y alguien de buena estatura—. Anda niña saluda, que no todos los días recibimos visitas tan agradables. Mire Don Fernando, quiero presentarle a uno de nuestros más íntimos amigos en Castrosantos. Don Javier es una persona queridísima para nosotros y alguien de toda confianza en esta casa.

Un hombre joven, alto y moreno, con una nariz recta y barbilla firme con hoyuelo marcado, cerrada barba de dos rasurados diarios, pelo en el pecho que asoma a través

del cuello desabrochado de una gastada camisa gris, pantalón vaquero y deportivas blancas, con clara y bien modulada voz de bajo, me tiende una mano de pianista cuya blancura transparenta las azules venas; mano generosa que aprieta sin timidez la que le tiendo, mientras me muestra una sonrisa de dientes perfectos enmarcados por unos labios delgados que acaban por dar al conjunto de la expresión un aire de determinación no exenta de frialdad y energía, que ponen de manifiesto tanta franqueza como resolución de carácter.

—Es un placer conocerle, Don Javier. Soy el sacerdote que viene a ponerse a las órdenes de Don Mateo —después de haberme estrechado la mano, se vuelve hacia el párroco que permanece sentado y se inclina para besarle la suya.

—Aquí estoy para lo que su paternidad guste mandarme, Don Mateo, usted ordéneme cualquier cosa que yo no suelo hacerle ascos al trabajo.

—Venga, venga muchacho —dice el obeso cura, complacido por la decidida claridad del ayudante— siéntese aquí a mi lado y hablemos con la confianza de dos hermanos sacerdotes en Cristo. ¡Paulita!, trae unos vasos que Don Fernando vendrá cansadísimo. ¿Qué tal el viaje desde Burgos? Ya verá usted que aquí se nota menos el frío. Se lo digo yo que conozco a conciencia los dos sitios. Ahora, cuando tome un vasito, le enseñarán su dormitorio. He hecho instalar una mesa escritorio y una estantería por si necesita leer o escribir y colocar sus libros. Ya veo que trae equipaje.

—Sólo algo de ropa, libros y un ordenador portátil que me ahorra tener que andar con papeles de un lado para otro. También una pequeña impresora igualmente portátil, con la que imprimo mis homilías o preparo los borradores de mis catequesis. Pude comprarlos a buen precio

en una tienda de segunda mano en Madrid, el año pasado que fui para unos cursillos.

—Estupendo, estupendo, aquí de informática entendemos poco, pero no desdeñamos el progreso —falsea la verdad, condescendiente el párroco—, cuando se hace del todo necesario. Pero niña, di algo, que te has quedado petrificada. Ya te ha dicho tu tía que saludes a Don Javier.

Natalia, con la cara encendida se me acerca y besa con dulzura mis dos mejillas, en un lugar muy cercano a las comisuras de la boca. Nadie sino yo lo advierte.

—Buenos días, Don Javier, qué gusto volverle a ver otra vez por aquí. ¿Cómo se encuentra usted?

—Muy bien, pequeña, aunque un poco acatarrado, como todo el mundo por estos días. ¿Qué tal el ensayo de anoche?

—Tuvimos que suspenderlo —interviene el párroco—. El albañil no puede venir hasta esta tarde y aunque Sixto ya ha ordenado, preferimos esperar, para volver a usar la sala, a que todo esté otra vez apunto. Especialmente por las señoras, que han cogido miedo y si no les garantizamos que el lugar está en orden y sin peligro de que vuelva a suceder otra vez lo mismo, se nos van a borrar; con lo que va a causar baja todo el experimentado grupo de las veteranas voces blancas que presenciaron la “caza del zorro”, en esta ocasión hembra, y de la autóctona raza hispana de atarjea, cloaca y sumidero, comedora de detritus y excrementos. Parece mentira que por arte de la ilusión infantil que los cuentos saben despertar como nadie, tan asqueroso personaje pudiera llegar a convertirse en una presumida criatura, objeto del deseo matrimonial de innumerables animales, todos rechazados y desengañados ante la victoria inexplicable de un inofensivo ratoncito, que seguro que desconocía, y el cuento no aclara, el futuro que le esperaba junto a la mucho más grande e incon-

cebible roedora de sus amores. Y, vueltos a la realidad y, en lo que respecta a las chicas jóvenes, no hay problema, ya que el día del apagón no asistió ninguna, y las cosas de oídas atemorizan menos que vividas en carne propia. Como además el episodio tuvo su guasa, supongo que en vez de quitarle, añade atractivo a futuras asistencias. Quien sí vino ayer y ya lo tiene todo a falta de empalmar a la red, es Pedrito el electricista, que encima no ha querido cobrar ni un euro por el arreglo. Es un chaval formidable.

—Señoras y señores —interviene el joven sacerdote, después de oír pacientemente a su jefe—, ustedes me van a perdonar, pero creo que bajaré para hablar con Sixto, que ya habrá encerrado el coche, para que me enseñe la iglesia. De paso les dejo, para que puedan tomar su vino. Se lo agradezco muchísimo padre, pero yo fuera del vino del sacramento que, como todos sabemos no es vino, sino la Sangre de Nuestro Señor, no pruebo el alcohol. Tampoco suelo tomar nada entre comidas, así que prefiero ir a lo mío y no molestarles. Nos veremos a la hora de comer. Ya me ha dicho Doña Guadalupe que el almuerzo de cada día es a las dos en punto. No lo olvidaré. Don Javier, mucho gusto y hasta la vista que espero que sea pronto.

—Natalia y yo le acompañamos Don Fernando, si me hace el favor de darme su brazo, porque esta pobre vieja, prácticamente necesita ya ayuda para todo.

—Ego te absolvo... in nomine Patris... Espera un momento, Natalia, por favor. Mira, ya te he dado la absolución y ahora, libre de toda presión y sólo por tu voluntad, me tienes que autorizar para que hable con Pablo.

—¡No, padre! ¿Qué le va a decir? Yo...

—Estate tranquila, que todo lo que me has contado está protegido por el secreto de confesión y naturalmente ni quiero ni puedo comentarlo con nadie. Sólo deseo que

como consecuencia me permitas, y en ningún otro caso lo podría hacer, hablar con el muchacho. Vuelvo a decirte que yo no sé nada de lo que me has dicho, puesto que tus palabras iban dirigidas a Dios y no a mí. Pero por quitar preocupaciones a este pobre cura y por el bien de tu alma y de la suya, déjame que le hable. Sólo, repito, lo haré si tú me autorizas libremente y, por supuesto, sin peligro de que trascienda nada en absoluto de lo que a partir del momento en que te marches estoy obligado a olvidar.

—Sí padre, por supuesto que le permito que hable con él. Ya veo que, con la ayuda de Dios, todo será mucho mejor para los dos.

—Muy bien, Natalia, cómo me alegra que seas tan razonable y tan buena. No te quepa duda de que mi modesta intervención será positiva para los dos. Sois dos muchachos muy buenos y os merecéis ser sanamente felices. Ofrece la comunión de esta tarde por él y por ti, y reza también por mí, por favor. Ve con Dios y que Él te bendiga.

—Qué Dios le bendiga también a usted, padre. Buenos días.

Don Fernando sale del confesionario y se arrodilla ante el Santísimo para rezar un momento en el silencio de la iglesia. Después de despedirse, el joven cura, acompañado de la señora y de Nati, ha visitado la iglesia y sus dependencias: la sacristía, el gran despacho de la oficina parroquial con tres mesas, la más grande de uso exclusivo del párroco, con dos sillas delante donde suelen tomar asiento aquellos que vienen a consultarle algo, novios que se quieren casar, padres de la catequesis o peticionarios de partidas de bautismo, de defunción, cursillos prematrimoniales y un largo etcétera. Doña Guadalupe le ha presentado a Doña Petra, auxiliar de biblioteca jubilada, que

desinteresadamente echa una mano en el papeleo parroquial por las mañanas. Ocupa Doña Petra la segunda de las tres mesas, algo más pequeña que la de Don Mateo y con una mesita soporte de máquina de escribir eléctrica, regalo de Don Cristóbal, el notario, que un día que apareció por el despacho a apuntar a su nieto a la catequesis, comprobó la precariedad del mobiliario de oficina, endeble sostén y menguado soporte de la burocracia parroquial. La tercera mesa que estará provisionalmente destinada al trabajo de Don Fernando, hasta ahora no tenía una utilidad específica y ha sido ocupada en situaciones diversas por el polivalente sacristán cuando el papeleo se acumula, por la señora para atender asuntos del rastrillo o de la asociación de damas que preside, o hasta por Natalita, que como tiene una caligrafía gótica preciosa, siempre se ocupa de enviar de su puño y letra las felicitaciones navideñas. Nada más ver la mesa, como ha de ser la suya, el sacerdote comprueba que en la pared que queda a la espalda de la silla donde ha de sentarse, hay sobre el rodapiés una regleta con varios enchufes para toma de corriente, que le permitirán cargar la batería de su portátil, utilizar la pequeña impresora que se ha traído y hasta cargar el móvil con el que sus padres y hermanos, con él ocho, de los cuales es el tercero, le tengan localizado desde su Briesca natal.

Cuando la señora se ha despedido con la excusa de supervisar la comida, Nati se ha quedado en la iglesia para confesarse:

—Enseguida voy tita, me quedo unos minutos para hablar con Don Fernando.

—Muy bien, cariño, Doña Petra me acompañará arriba para que no suba sola. No tengan ustedes prisa.

Transcurrido un rato desde que Natalia se ha marchado, el sacerdote se santigua y cuando está a punto de

salir de la iglesia encuentra a Doña Petra que viene apoyada en el brazo de un joven con aspecto atlético.

—Mire, Don Fernando, le presento a Pablo, nuestro joven monaguillo. Es de una gran ayuda para Sixto y para mí, y no le digo nada para Don Mateo y la señora. Como este chicarrón es tan fuerte... Ahora mismo sin ir más lejos me ha acompañado hasta aquí, porque con el reumando que no vivo, o vivo sin poder andar —se ríe de su propio chiste—. Por no hacerle un feo a Doña Guadalupe, pero yo tampoco estoy para escaleras. Aquí les dejo para que se conozcan. Yo voy a seguir con el papeleo, que después del accidente de Don Mateo, esto está manga por hombro y necesita muchas horas. Quédense con Dios.

—Mucho gusto, Pablo, yo soy el sacerdote que viene a ayudar a Don Mateo. Estaré por aquí hasta finales del mes de marzo o principios de abril. Además de ayudar en la iglesia, ¿qué haces?, ¿estudias?

—Si padre. Este curso terminé bachiller y para el próximo, tengo solicitada una beca para estudiar Informática en la Escuela Superior de Ingenieros en Madrid.

—Vaya, qué bien. Tendrás que estudiar mucho para eso.

—Ya lo sé, pero no me importa. Me encantaría que mi familia saliese del estado de necesidad que se vive en casa. Cuando me vaya a Madrid, Doña Guadalupe y Don Mateo se han ofrecido a ayudarme, por lo menos al principio, pero una vez que me instale quiero buscar algún trabajo.

—Si te esfuerzas y sigues tan resuelto, seguro que conseguirás lo que quieras, ya lo veras.

El muchacho se sonríe e inicia un gesto como de despedida, pero el sacerdote se le adelanta:

–Pablo, permíteme una pregunta personal, si estás de monaguillo en la parroquia, serás católico practicante, ¿verdad?

–Naturalmente, Don Fernando, ¿cómo me pregunta eso?

–No te ofendas hijo, pero mi costumbre es que cada vez que celebro, después de comulgar yo mismo, todos aquellos que ayudan, comulguen conmigo. Esta misma pregunta ya se la he hecho a Sixto y a Doña Enriqueta, como ministro de la Eucaristía. Quizás con ellos no he sido tan directo como contigo, pero si voy a asumir la insustituible labor de Don Mateo, no me gusta dejar ningún cabo suelto. Si mis palabras te han ofendido, vuelvo a pedirte disculpas de nuevo.

–No, padre, no se preocupe, lo que pasa es que la pregunta me ha cogido un poco de sorpresa. Eso es todo. Cuando ayudo a misa, unas veces comulgo y otras no.

–¿Cuántas misas celebra Don Mateo cada día?

–Dos, una por la mañana temprano a las siete y media, y otra a las siete de la tarde. Los domingos hay dos más, la de diez y media para los niños y la misa mayor a las doce.

–Entonces, quieres decir que cuando ayudas a tanta misa, naturalmente, ¿sólo puedes comulgar en una?

–No, señor cura, no le quiero engañar, quiero decir que a veces se me pasa un tiempo en que no recibo la comunión.

–Perdona otra vez, muchacho, ¿cuánto tiempo hace que no has comulgado?

–Alrededor de un mes.

–Y, ¿cuánto que no te confiesas?

–Como tres meses, más o menos.

–Y, ¿no crees que ya va siendo hora de que lo vuelvas a hacer? El miércoles de la próxima semana es “miércoles

de ceniza” y la época es de lo más apropiada. ¿No te parece?

—Ya, padre, pero como este fin de semana son los carnavales en Castrovero...

—¡Quieres aprovechar los últimos días de despiporre y cachondeo socialmente permitidos! ¿No es verdad?

—No, padre, no es eso pero... El próximo miércoles, precisamente, cumplo los diecinueve, y los carnavales de Castrovero son la leche, Don Fernando. Usted perdone señor cura, no quería...

—No, no te preocupes Pablo, ya sé que no es fácil. Mira, no te quiero presionar. El sacramento de la penitencia ha de ser algo totalmente voluntario. Sólo quiero que sepas que tú, por tu vinculación a la parroquia, estás obligado quizás más que otros a dar ejemplo.

—Yo no doy mal ejemplo, padre.

—Ya lo sé, Pablo. Pero si no debemos poner ante los ojos de nadie nuestra maldad, a veces es necesario que la luz de nuestro buen ejemplo no esté cubierta por el celmín. Sólo quiero que pienses en eso. Y ya no te molesto más, hijo mío. Encantado de conocerte y ve con Dios.

—Ha sido un placer conocerle, Don Fernando.

Se me está haciendo tarde. Miro con disimulo el reloj, mientras Don Mateo pica de los chorizos que ha traído Paula, y es la una y cuarto. Si he de pasar por casa de Doña Joaquina, no debo esperar a que sea más tarde.

—Don Mateo, mil gracias por el aperitivo y por este vino tan rico. Cuando hable con Don Enrique, su primo, no deje de celebrarle el queso que es exquisito. He estado muy a gusto pero ahora debo marcharme. Antes de pasar por el bar para comer me gustaría hacerle una visita corta a Doña Joaquina y darle ánimos para que se le pase la congoja y el decaimiento emocional que parece que tiene.

—Ah, pero ¿no se queda usted a comer para dar la bienvenida a Don Fernando? Yo ya contaba con ello, mi querido amigo.

—Otro día será, Don Mateo, se lo prometo, pero hoy debo cumplir con la de “misericordia” de visitar al enfermo.

—Yo también lo estoy, señor maestro, así que por ese lado, no desvista a un santo para poner ropas a otro.

—Mi respetado señor cura es un santo bien acompañado y admirablemente atendido y la pobre señora vive sola, así que por esta vez primará el escaso bien que yo pueda hacer sobre el deseo tan difícil de contrariar como es el de estar con un amigo tan querido como usted.

—Ande, ande, zalamero, que labia y capacidad de cantar a todo el mundo no le falta. El amigo se va pero el placer de haber compartido con él un ratillo queda. Así que, muchas gracias y no se demore en volver, que aquí le queremos todos. Y como ya sabe que el médico me tiene secuestrado, un poco de misericordia también de su parte para este viejo que le aprecia tanto, señor maestro. Por cierto, antes de que se me olvide. Tiene pendiente una conversación con mi prima. Mi madre continúa empeñada en que le hable usted.

—Si siguen ustedes pensando en que puedo ser útil... Pero yo pensaba que con la llegada de Don Fernando, tal vez él podría hacerse cargo de este asunto mejor que yo.

—Nada de eso, nada de eso. Usted es de nuestra absoluta confianza. ¿Puede pasarse esta tarde sobre las cinco?

—Sí señor, sí que puedo. Y lo haré con mucho gusto.

Al entrar en el bar me llega el olor del cabrito, y de las hierbas con que lo condimenta, desde la estupenda cocina de mi bienamada Micaela.

—Onofre, por favor, ponme una cervecita que hoy me apetece para empezar —saludo con la mano a los de la mes—, y a los amigos una ronda por mi cuenta, por favor. Buenas tardes, señores.

—¡Don Javier, qué alegría!, nos tiene usted olvidados. Ya estaba el Onofre pensando en darle su sitio a otro.

—Pero, Don Benito, si sólo he faltado un día y fue por un problema familiar. Estuve comiendo con mi hijo en Cáceres. De haber estado aquí, pronto iba yo a olvidarles a ustedes. ¿Qué tal, Marta?, Don Eduardo, Señor Alcalde, Don Vicente. ¿Qué tenemos hoy para comer?

—Creo que ha preparado Micaela un caldero de cabrito que debe estar de morirse, así que tome asiento Don Javier, que le estábamos esperando. ¿Qué tal su hijo? ¿Ha dejado preñada ya a la mujer? Cuando le nazca el nieto, se lo trae usted aquí con nosotros, que le enseñaremos buenas costumbres y lo haremos un hombre de provecho —dice el alcalde.

—Por el momento, se ve que quieren disfrutar de la vida de pareja sin agobios. Esas prisas que teníamos nosotros nada más despedirnos del cura, por continuar la especie a todo correr —el alcalde que está a la que salta, suelta una carcajada, celebrando el doble sentido del verbo, pero nadie más parece advertirlo— en estos tiempos ya no se estilan. Como son jóvenes, tiempo no ha de faltarles.

—Estamos haciendo un mundo de viejos, Don Javier, y no lo digo por su hijo que seguro que pronto se pondrá a la faena. Pero hoy, todos sabemos que matrimonios en los que ande enredando más de una criatura, son los menos, y eso no contribuye nada a paliar tanta soledad que padecemos.

—Eso me decía hace un rato Doña Joaquina a la que acabo de visitar, “Don Javier de mi vida, ni sobrinos tengo que me consuelen cuando caigo enferma. Menos mal que,

a Dios gracias vivimos en un pueblo donde la gente, mucha o poca, cuando alguien necesita consuelo y compañía, no se hace de rogar y los reparten a manos llenas, como mis buenas vecinas que desde la otra noche no me han dejado sola ni un momento”.

Se hace un silencio que nadie rompe y mientras Onofre nos sirve el aperitivo, añade:

—¿Saben ustedes algo de Don Mateo? Esta mañana he pasado por su casa y me ha parecido de un humor inmejorable.

—Sí —dice el alcalde—, ayer, que tuve un rato libre en el ayuntamiento, fui a visitarle y, al entrar en la casa parroquial, encontré a Don Benito con las mismas intenciones, así que juntos hicimos la visita. Nadie puede negar que como anfitrión no tiene igual y se deshizo en halagos con nosotros. ¿Le ha dado a probar el queso de su primo de Ciudad Real? Es para ponerle un monumento. ¡Vaya maravilla!

—No sólo lo he probado, sino que he comido tanto acompañado del vino y los chorizos paseados por la sartén que Paula nos ha traído, que vengo un poco justo de apetencia para hacer los honores al cabrito que, desde que entré, no para de anunciarse. Algún huequecillo quedará, sin embargo.

Con el cabrito, Onofre nos trae el vino, el maravilloso pan de Tejar y la ensalada asada; unas patatas panaderas, trigueros a la brasa, calamares rellenos de segundo con peras al horno; y de postre, cuajada con nueces y miel, la nata aparte, el café y el orujo como digestivo. ¿Alguien da más? Con lo que la mesa nos ha ofrecido, matizado por la vista, el olfato y el paladar, desde nuestro estómago rebosa hasta el alma expectante, dando al paisaje que se contempla en el trayecto la más rica variedad de facetas.

Cuando acabamos de comer, como deseo tener al menos una hora de siesta, me pongo en pie con intención de despedirme, cuando Marta me hace un gesto con la mano.

–Espere un momento, Javier, yo también me voy con usted. Como saben, Sonia está en casa y hay cosas que preparar para el cumpleaños de mañana.

Abro la puerta, le cedo el paso y al salir me coge del brazo y me sugiere:

–Demos un paseo Javier, tengo que hablarte, ¿tienes prisa? –Sólo me tutea cuando estamos a solas, pero hoy le noto un dejo especial a su voz.

–No, no tengo prisa aún, pero de tenerla, para hablar contigo, pospondría lo que fuera.

–Muchas gracias, querido. Quiero que hablemos despacio porque estoy muy preocupada y no sé qué hacer. Es por Sonia. La encuentro muy rara. Esta mañana, al pasar junto a la puerta cerrada de su dormitorio, he oído que lloraba. En ese momento no me ha parecido que debiera decirle nada, pero, después, cuando nos hemos sentado a desayunar, sus ojos tenían todo el aspecto de no haber dormido y de que su llanto no ha sido cosa de un momento. He abordado el tema sin rodeos preguntándole directamente. “¿Cuál es el problema, cariño? ¿Me lo quieres contar?” Su respuesta me ha preocupado aún más por lo inhabitual. Mi hija es una niña que siempre me lo ha contado todo, sin embargo esta vez su respuesta ha sido tajante. “No mamá, por el momento, no voy a decirte nada. Ni a ti ni a nadie. Con el tiempo, la primera persona con la que hablaré será contigo. No quiero que te preocupes, mis estudios, la salud y los amigos van de maravilla, no tomo drogas, sólo fumo un cigarrillo de vez en cuando y no me he metido en ningún lío ni tengo problemas con la justi-

cia, así que estate tranquila. Es sólo que estoy un poco triste. Enseguida se me pasará.”

—Estará enamorada —le digo con el corazón en la garganta y temiendo que, tan cerca, pueda notar la turbación que siento.

—Yo también creo que es eso, pero las señales deberían ser las contrarias, si reacciona así es porque hay algún problema. ¿Estará casado? ¿La habrá dejado sin ninguna explicación? No creo que esté embarazada, porque el sábado cuando llegó, andaba con el final de la regla. ¿Qué pasará, Javier? Estoy que no vivo. Anda, vayamos al parador y tomemos un café allí para poder charlar tranquilos.

Pienso en la coincidencia entre los gustos de la madre y la hija. Inmediatamente me acuso de simpleza. Lo semejantes no son los gustos sino las circunstancias que, aunque distintas, si crean un deseo, una necesidad de discreción que el bar de Onofre no garantiza para nada.

—Es curioso, —digo— precisamente, el miércoles estuvimos Sonia y yo tomando un café en el parador y charlando animadamente. Yo también la noté un poco melancólica, pero lo achaqué a la tarde lluviosa que teníamos y que más tarde, cuando tu hija se marchó, fue la causante del catarro del que todavía “disfruto”.

—¿Qué te dijo, Javier? ¿Te habló de algún chico?

—No, sólo que debía ir a Cáceres por algo pendiente de la matrícula. Nos despedimos, y el encuentro de ayer después de que hube comido con Andrés, fue casual. Como luego el que tuvimos ambos con el hijo del secretario del ayuntamiento. De haber sabido cuando tomábamos café que al día siguiente íbamos a coincidir en Cáceres, me habría ofrecido también a llevarla, pero fue cuando estábamos a punto de regresar el momento en que supe que su coche estaba en el taller y los detalles de tener que hacer el viaje en tren. El problema de mis encuentros con

mi hijo, ese fue el motivo que me hizo ir a Cáceres, es que ni él mismo sabe con antelación el destino que van a tener sus desplazamientos por motivos de trabajo.

—Sí, ya me ha contado todo eso. También sabía por ella que tomasteis un café juntos en el parador. Te adora, Javier. Después de mí, tú eres la persona en todo el pueblo a quien más quiere, y por eso he pensado en ti para que le hables. No quiero, naturalmente, que conspiremos a sus espaldas, pero puesto que desde que eras su maestro has sido una persona tan valiosa en su vida, nadie sino tú puede acudir como tantas veces en ayuda de las dos. Mi querido amigo —me besa dulcemente en la mejilla, según andamos, mientras con su mano izquierda acaricia mi barba, que ya está pidiendo a gritos un recorte desde hace varios días—, no te pediría este favor si no estuviera tan desesperada, pero es que no se qué hacer ni a quién acudir.

Ya, ante las cristaleras que miran al río, en la misma mesa donde el amor se me manifestó tan de improviso, tomamos asiento Marta y yo. Son las tres y tengo aún tiempo para mi cita de las cinco. Inesperadamente, me topo con la sonrisa de Luís:

—¿Qué tal, Doña Marta? Don Javier, ¿se encuentra mejor?

—Muy bien, ¿y tú, Luís? —La sonrisa de Marta es forzada, lo que advertido por Luís le hace contraer imperceptiblemente la suya.

—Me encuentro perfectamente, Doña Marta. ¿Está mejor de su catarro, señor maestro?

—¿Sabe, Marta, que Luís y Sonia fueron compañeros de clase en los tiempos de Tejar? —Pregunto, volviendo a aplicar el tratamiento, ante el camarero— Después de haber sido alumno mío ha pasado a convertirse en mi buen samaritano. No sé qué hubiera sido de mí sin su

amabilidad a merced del chaparrón del otro día. Gracias a él la cosa no ha terminado acabando en pulmonía.

–Yo no hice nada, Doña Marta, sino evitarle las últimas cuatro gotas. Porque de todas las demás, no le pude salvar. A Dios gracias, hoy tiene mejor cara y eso me tranquiliza. ¿Solo y corto? ¿Tomarán alguna copa?

–Para mí sólo café, gracias –dice Marta.

Yo le hago un gesto de asentimiento, con lo que Luís se marcha en busca de lo pedido. Vuelvo a mirar los ojos ante mí. ¡Cómo se parecen los de Sonia y los de Marta! ¡Qué iguales en su verdor incandescente, qué llenos de matices con el amor o la preocupación, qué atrayentes en la indefensión o el deseo, en el ardor o el desconcierto, en la evocación o la ansiedad!

–¿Hablarás con ella, Javier?

–Haré lo que tú quieras, Marta. Siempre haré lo que tú quieras.

Capítulo XII

–Don Javier, quiero que me lea un poema.

–Bueno..., me coges un poco en baja forma. No sé si seré capaz de hacerlo bien. Pero, ¿cómo me pides eso? ¿Cuándo me has oído recitar? En general, sólo mis alumnos...

–¿Recuerda, estando yo aún en el colegio, el homenaje al poeta José Hierro? Usted recitó poemas del maestro y alguno suyo también. Nunca olvidaré su manera de declamar. Quiero que me lea un poema de Alberti dedicado a Picasso. Se llama “*Este Museo De Mi Barrio*”.

–Pero, niña, hace mucho que no recito. Tal vez te arrepientas de haberme pedido...

–¡Hágalo por mí, Don Javier, por favor! ¡Se lo ruego!

–Está bien, déjame verlo –Me tiende el libro: “*Lo que canté y dije de Picasso*”. –¿De dónde lo has sacado? Nunca me hubiera imaginado a “Don Rafael” en esta casa. Si lo ve tu tía, te lo hará comer con pastas y todo.

–Mi tía no lo verá, señor maestro. ¡Léame el poema!
Comienzo a leer:

*“Aquí estoy en las salas oscuras de un museo,
negras de cuadros tristes.*

(...)

*Afuera corren todos los ruidos,
los millones de autos exhalados,*

*la angustiosa ciudad de criminales
a motor y pienso, Pablo, en ti,*

(...)

*Mientras yo aquí en el yelo callado de los siglos
te mido y te comparo.*²

Cuando acabo, sus ojos, ¿de dónde habrá sacado esos ojos inmensos, y pletóricos como una tormenta de verano?, parecen quererme sorber el alma desde la intensidad de su mirada. Me es imposible mantener los míos sobre la cautivadora influencia de estas dos irrepetibles perlas grises, y siento como el rubor calienta mis mejillas para no desentonar en intensidad con el que ella me ofrece. Me siento más cohibido que ante un auditorio de cientos de personas, y jugueteo con el libro en mis manos, sin saber muy bien qué hacer.

—Muchas gracias, Don Javier, ha vuelto a emocionarme como aquella vez. Ahora quiero pedirle un último favor y seré su esclava.

—¡Niña, no digas tonterías! ¿Qué quieres ahora?

—Quiero que me recite otro poema.

—Nati, estoy encantado de hablar contigo pero, ¿no te parece que ya está bien por hoy?

—Quiero que me recite otro poema, Don Javier, por favor.

—Venga, está bien, lo que tú quieras. ¿Es del mismo libro?

² Rafael Alberti. “Lo que canté y dije de Picasso”. Bruguera. Libro Amigo. 2ª edición: enero, 1984. LXI. “Este museo de mi barrio” (pags.95 y 96).

—No, éste no está en ningún libro, que yo sepa.

—Entonces, ¿cómo voy a leerlo? No te entiendo, Natalia.

—Es un poema suyo que recitó a propósito del amor, la única vez que le he escuchado antes de hoy.

—Pero, después de Rafael Alberti, ¿cómo voy a decirte algo mío? ¡Me daría una vergüenza horrible! Nati, acabo de leerte algo de un poeta único. ¿Quieres reírte de mí?

—Señor maestro, tal vez yo no entienda nada de poesía. No he tenido oportunidad de leer mucho fuera de alguna cosa que, como este libro, me ha prestado mi amiga Carolina. Tampoco tuve la suerte de estudiar con usted en Tejar de los Bernárdez, donde me han contado que había un maestro que continuamente leía poemas a sus alumnos. Yo no entenderé, posiblemente, de poesía, pero sí tengo muy claro lo que me gusta, y aquel poema de Don Javier López Fortunes, residente en Castrosantos y por aquel entonces, maestro de Tejar, no lo he podido olvidar. Que me perdonen todos los grandes de todos los tiempos, pero ese corto poema de amor que usted recitó aquella tarde está encerrado aquí en mi alma y, por años que viva, jamás me abandonará. Por favor, Don Javier, dígalo para mí.

—Cariño, el poema al que te refieres está escrito hace muchos años y en tiempos en que mi amor no era precisamente correspondido. Son palabras donde el dolor del amor ausente lo preside todo y tal vez no sea el momento adecuado para...

—No se preocupe, señor poeta, ya sé que por desgracia ese poema no me está destinado. Pero le permito que piense lo que quiera mientras me lo dice, que yo también pondré mi pensamiento allá donde me apetezca. El autor está aquí conmigo y mientras me lo diga, ni siquiera usted

podrá manejar mis emociones y sospecho que yo tampoco.

No sé de memoria, en general mis poemas. Éste es uno de los que sí,

Y te quiero.

Y en la noche, te quiero.

*Febril dolor que queda de tu ausencia,
sólo dolor que duele, siempre herida,
la tristeza y te quiero.*

*En la convulsa soledad de sombras,
prendido del dolor de madrugada,
me despierto, y te quiero.*

*Una lágrima, rota la esperanza,
asomada a la luz del nuevo día,
amanece, y te quiero,*

*Y, vuelta la quietud, camino de la muerte,
a la espera del sol que nunca llega,
me detengo y te quiero.*

Y te busco y te quiero.

Y te nombro y te quiero.

Y te añoro y te quiero.

Y te siento venir, en la mañana,

*al aroma de azúcar de tu pelo,
y enmudezco, y te quiero.*

—¡Es un poema precioso, Don Javier! ¡Muchas gracias!
Acercándose, se me sienta encima y echándome los
brazos al cuello me besa dulcemente en los labios.

—Mi querido poeta, ¡qué bien escribe usted y que bien
dice lo que escribe!

—¡Natalia, por favor, no hagas eso! —digo quitándome
mela de encima— ¿Qué es lo que quieres, que me acusen
de pedofilia?

—Por ese lado, no tienes por qué preocuparte —me tu-
tea—, desde ayer que cumplí dieciocho años soy tan ma-
yor de edad como tú —dice volviendo a sentarse donde
estaba hace un momento.

—De eso nada, niña. Yo soy un viejo y tú, aunque
tengas un día más de la edad que alguien ha puesto como
tope para que dejes de ser una niña, puesto que esas per-
sonas no te conocen y no saben qué eres ni qué dejas de
ser, eres una cría. ¿Está claro?

—No, no está nada claro. Es cierto que esos señores
no me conocen, pero su determinación legal, es la distan-
cia que va entre que el poeta de mis amores se pudra en la
cárcel durante veinte años, o que pueda salir por esa puer-
ta, haya pasado lo que haya pasado aquí dentro, sin que
nadie le importune.

—Vamos a ver, Natalia —ya estoy con los mismos ar-
gumentos que hace unos días—, yo he venido con la in-
tención de ayudar, aún no sé cómo en un problema que
tampoco sé muy bien cuál es y que, dadas las circunstan-
cias, cualquiera arreglaría mejor que yo. Pero eso, querida
niña, que al parecer sólo tú y yo sabemos, me va a poner
al pie de los caballos ante personas a las que quiero y res-
peto como son tu tía y tu primo, así que esto que está

pasando aquí no me tiene nada contento, ¿me estás entendiendo señorita mayor de edad?

—A ver, señor maestro, como después de todo me interesa que quede bien para que vuelva pronto a verme, le voy a contar por encima cuáles son mis problemas, pero sin decirle ni una sola mentira, para que tita y primito sigan confiando en sus buenos oficios y nadie salga perjudicado. Como tontos no son, aunque vivan en el siglo XIX, si no les cuenta algo coherente, tal vez pidan los buenos oficios de alguien que me guste menos que usted, y eso ni la confianza de ellos en su amigo del alma, ni el prestigio mediador de Don Javier “del Rey Salomón”, ni la recalcitrante inmadurez pseudoadolescente de la niña lánguida y mojígata que vive en la inopia entre los muros de esta casa, deben permitir que suceda. Así que abra los oídos que le voy a contar “de pe a pa” todo lo que pasa. ¿Qué sería de mí sin los poemas que de vez en cuando y vulnerando las continuas vigiliadas de mis carceleros, llegan a mis manos gracias a mi amiga? Aquí, rara vez como en los harenes, cuento con un eunuco que me toque la mandolina. Y cuando tengo a uno, se me mosquea y me pone en el disparadero. Escuche usted, señor censor que le voy a contar mis cuitas, para que me consuele debidamente, ¿o no está usted aquí para eso? He sabido hace unos días, por primera vez, de la conformación y el funcionamiento de las personas que tienen la suerte de no tener que sentarse para hacer pipí. Tranquilo, todavía soy virgen y aquí encerrada me temo que voy a continuar siéndolo por los siglos de los siglos. Así que por ahí tranquilo, que no le van a acusar de haberme escandalizado. El causante de que haya abierto los ojos, también es mayor de edad desde hace poco y por ahí no habrá ningún problema. Es cierto que, entonces yo no lo era, pero si alguien me pregunta loregaré todo. Como nadie sabe quién es él y yo ya

gozo del derecho de voto, todo el mundo a callar que aquí no ha pasado nada. Como es natural, no le voy a decir más, así que usted haga su composición de lugar y diga lo que quiera. Siendo tan honrado no habrá ni una palabra que salga de su boca que sea falsa y como no puede hacer público por ética profesional lo que le acabo de decir, le estoy dejando un marrón de mucho cuidado. Ahora me voy, que he de ver a Don Fernando para que me confiese. No creerá que voy a seguir dando que hablar a las comadres que acuden a diario a misa. Además me conviene que Dios me ayude puesto que de este mundo nadie tiene el propósito de hacerlo, según parece.

No recuerdo bien cómo me he despedido de Doña Guadalupe y Don Mateo. No sé qué explicaciones he dado o si me he comprometido a hacer un análisis de mi conversación con la muchacha para sacar unas conclusiones y hablar con ellos más tarde. Sólo sé que lo que ha sucedido en estos tres días ha acabado por desbordarme y que mis pensamientos no son nada claros. No sé cuál sería la reacción de otro, ni siquiera cómo me habría comportado yo mismo hace diez o veinte años, sólo que estoy en casa en mi sillón, en pijama, con la bata y las zapatillas puestas, un café que se ha quedado frío de intentar calentar con él las palmas de mis manos, y mediada la botella de “magno” que he comprado esta mañana, sobre la mesa donde a veces escribo. Hace rato que ha oscurecido, los postigos están abiertos, las cortinas y visillos corridos y la luz de las farolas de la plaza, única que se decide por mi compañía dentro de esta habitación donde soy una más de las sombras, parece tener más presencia tangible también a mis ojos que yo mismo tendría a los de cualquiera. Estoy cansado. Soy un hombre mayor, cuyo único consuelo es que no habré de contar nada de los acontecimientos que

me han sucedido y que por otra parte nadie creería. No me voy a ver en la vergüenza de que encima me llamen mentiroso. Tampoco quiero el peligro de que se piense que soy vanidoso, aunque en mí como en cada ser humano haya mucho de lo uno o de lo otro. Ha de haber también quien piense, este hombre ¿qué quiere? Debería sentirse agradecido con que la suerte le haya regalado en tres días mucho más de lo que muchos mortales no han vivido en toda su vida. Ciertamente, me siento muy halagado por todo lo que está pasando ante mí. Pero ser objeto de tanto amor ¿a deshora? me produce una sensación de fragilidad que me sobrepasa. Siento que soy un hombre en peligro. No puedo ni quiero ser juez y parte, pero la vida hay que vivirla en lucha continua con el propio momento que se vive. Soy demasiado viejo para dejarme engañar por los vapores de una fugaz borrachera de éxito, que en cualquier momento se van a convertir en nada. No me siento en modo alguno un privilegiado. Quizás estoy más preparado para los amores consolidados que para emociones muy intensas que sé que me cogen a trasmano. Es como si estuviera viendo pasar trenes muy lujosos, que se paran por si quiero abordarlos, pero cuyo destino es opuesto al que debo seguir. ¿Por qué tanta comida para alguien con el estómago enfermo? Tal vez he sido toda mi vida un ingenuo con la habilidad de haber sabido dar a mi cobardía una apariencia de prudencia, tacto, decoro y respetabilidad, que me ha mantenido a salvo en la vida, pero al margen de la vida. Como poeta, si es que soy poeta, nunca he pretendido, por lo menos conscientemente, ir más allá del aspecto educativo que la literatura como el arte y la ciencia en manos del hombre tiene, al ser un instrumento que conforma al hombre en su irse haciendo día a día. Sin embargo ahora, impensadamente, esta faceta mía me encumbra ante los ojos sensibles, absortos y emo-

cionados de dos adorables mujeres jóvenes, situándome a un nivel que no me corresponde. ¿Qué debo hacer? ¿Estoy fuera de sitio? ¿Puedo dejarme llevar por este torbellino que ya va implicando a demasiada gente, sin que intente, como sea, ponerle remedio? Qué indefensa se veía Marta en el parador. Qué confiada pidiéndome una ayuda que no puedo prestarle. Qué segura de la tabla salvadora, siempre a mano, sin advertir que la carcoma que está a punto de convertirla en serrín es la misma que ha hecho naufragar el barco. Alguien podría pensar que, de todos nosotros, la que está más a salvo es Natalia. Es muy joven y dentro de muy poco lo habrá olvidado todo. Tiene la vida por delante y las oportunidades que han de presentársele, a pesar de su tía y de su primo, están a la vuelta de la esquina, porque ambos son mayores y el tiempo es inmovible. Pero, por qué ha de sufrir innecesariamente alguien que no ha hecho ningún daño, alguien a quien la vida hace palpitar de belleza para que, como los mofletes sonrosados de un niño, sólo inspiren cariño y deseo de protección. Cómo, a pesar de su juventud, ha sabido encontrar en la combinación de dos emociones antiguas, la máxima manifestación de un sentimiento de amor de ahora, hacia dos seres concretos, uno tejido de cálida distancia por alguien llamado Pablo y encontrado tal vez por casualidad, entre los tesoros de una de las plumas más hábiles que haya dado el mundo para la poesía, mezclada para el segundo con la presencia, la voz, la cadencia, quizás la compañía también, y la aportación de un antiguo sentimiento de amor y ausencia vividos en el pasado, traído hábilmente todo ello, para poner la guinda a la imposible para cualquiera menos para ella, perfecta combinación de dos amores. Qué útil ha sido en el esclarecimiento de lo que tiene lugar en un recóndito punto del alma de esta bella muchacha de ojos grises, la aporta-

ción de la capacidad de observación, la intuición y la sagacidad de alguien tan inteligente como Sonia. Por cierto, ¿qué será de ella y de su amor para conmigo, cuando yo no esté a la altura de lo que su amor merece? ¡Qué solos estamos, tanto en la soledad propia como en la compartida, y qué sensación de inconsistencia y vulnerabilidad añade la creencia o la certeza de que hemos de llevar la iniciativa de algo que no sabemos cómo abordar!

—Padre, me quiero confesar.

—¿Y cómo has llegado a esa conclusión, Pablo? ¿Qué hay de los carnavales de Castrovero?

—Este año se tendrán que celebrar sin mí, Don Fernando.

—También podrías darte una vuelta, siempre que tengas cuidado con no pasarte de la raya. Las cosas a veces no son buenas o malas en sí, sino que dependen de cómo las abordemos. Hemos de vivir en este mundo, Pablo, con la gente y sin escondernos. Los peligros que superamos nos dan fortaleza y seguridad ante la vida. Únicamente hemos de huir de aquello que sabemos que de ninguna manera vamos a poder afrontar con éxito. Pero con el tiempo te irás dando cuenta de que no son tantas las cosas inabordables. Dios nos da la vida porque quiere que seamos felices. Es la voz que hay en nuestro interior, con la ayuda de la oración y la búsqueda de los buenos sentimientos, la que nos garantiza el triunfo, prácticamente en todas las empresas. Ven, ahora te voy a escuchar en confesión y luego tú mismo debes calibrar si te sientes capaz de dar una vuelta con los amigos por Castrovero. Mañana sábado en la misa que tú quieras, a comulgar y luego a decidir tú mismo cómo te debes enfrentar con el tema de los carnavales. Hala, vamos al confesionario.

Cuando Natalia entra en la iglesia, ve como Pablo se levanta del confesionario y se dirige a uno de los bancos delanteros para rezar. Ella se sienta al final, se santigua y reza un padrenuestro. Luego, cuando ve que Don Fernando se dispone a marcharse, se le acerca y le dice:

–Buenas tardes, padre, quiero que me escuche en confesión.

–Pero Nati, si has confesado hace un rato. ¿Qué ha pasado, hija mía? La muchacha se echa a llorar y el joven sacerdote le dice:

–Venga, no te preocupes, no será tan grave. Ahora mismo te escucho. Ven conmigo, por favor.

Capítulo XIII

Apenas he podido dormir en toda la noche y esta mañana siento un dolor de cabeza como no recuerdo otro. Nunca tengo cefaleas a no ser que haya abusado del vino malo o mezclado bebidas, pero no es el caso ni de lo uno ni de lo otro. Que hay una interrelación entre las emociones y el sustento corporal que las padece o las goza es algo sabido de antiguo, pero ahora, y no sé si para consolarme, trato de encontrar en la fiebre que me habrá producido un hipotético enfriamiento el origen del malestar que sufro. El termómetro con sus treinta y ocho grados y medio que me muestra, y por contraste con los treinta y seis que suelo tener en condiciones de normalidad, suma incertidumbre a la incertidumbre. Hoy no saldré. Le diré a Pili que me prepare algo ligero y comeré en casa. De pronto, caigo en que es el cumpleaños de Sonia. Debería quizás mandarle una flor. Es absurdo. Podría convertir un día de felicidad, por lo menos desde el lugar de observación de quienes la suponen, en el peligro más que probable de que alguien ate cabos. Cabos que se conviertan en maromas oxidadas de aceros deshilachados que hieran como cuchillos. ¿Qué debo hacer? Después de que Marta me ha pedido ayuda, ¿no sería lo normal acudir a la fiesta y hacer ver que me dispongo a hablar con la chica? Pero la cara que se me ha de quedar cuando las salude a ambas, o la reacción de Sonia ante lo inesperado de verme, ¿no pondrán una luz inconveniente a los ojos de alguien que la conoce tan-

to como su madre, descubriendo de manera inoportuna lo que realmente pasa?

Después de darle mil vueltas y con la cabeza a punto de explotar, decido que debo llamarla y hablar con ella. Pero son las ocho y media de la mañana. Sentado en la cama, aún con el vaso de agua en la mano que me ha servido para tragar el analgésico, oigo a Pili en la cocina. Me pongo la bata, calzo las zapatillas y, abriendo la puerta, saludo intentando dar a mi voz el tono más desenfadado que puedo, aunque a mis propios oídos el sonido que produzco no resulta nada convincente:

—Buenos días, Pili, ¿sería mucha molestia si cocinara algo ligerito para mí? Esta medio gripe que he cogido me ha dejado el estómago algo tocado y en un par de días prefiero no hacer caso a la comida de Micaela que, aunque está para chuparse los dedos, también la pone bastante cargadita de especias, así que tampoco me vendrá mal por algún tiempo privarme del placer de lo que guisa, a ver si mejoro.

—Eso está hecho, Don Javier. Precisamente, esta mañana estaban descargando en la pescadería unas merluzas que daba gusto verlas, así que ahora, cuando desayune usted, me voy a dar una vuelta para comprar lo necesario con que prepararle algo sano y “con fundamento”, como dice Don Carlos Arguiñano. De manera que venga, a la mesa que en cuanto le deje servido me echo a la calle y ya verá como también hoy almuerza como un señor, pero en casa y resguardado del frío que en la calle está pegando de lo lindo.

Pili se va a la cocina en busca de su abrigo, dejándome ante una mesa de desayuno que, por abundante, no sé cómo abordar. Pico de los huevos revueltos, ayudándome para tragarlos de la puntita de una tostada con aceite y dos sorbos de café con leche. Cuando estoy por intentar el

tercer sorbo, llaman a la puerta. Me levanto y abro. Al otro lado, Marta, con cara de haber dormido más o menos como yo, me saluda y, ante la resolución que se adivina en sus movimientos y la determinación que muestra, me hago a un lado para dejarla pasar.

–Buenos días, querido Javier. Perdona que me cuele en tu casa tan temprano, pero como hasta las diez no abro la farmacia y sabiéndote madrugador, he querido hablar contigo antes de que Sonia se despierte.

–Marta, qué sorpresa. Pasa –digo innecesariamente, porque ya está dentro– y desayuna conmigo. Había empezado hace un minuto. Enseguida te traigo una taza. Siéntate, por favor.

–Gracias, Javier. Sólo tomaré un poco de café. Estos días no tengo mucho apetito.

–Buenos días, Doña Marta, vaya frío que tenemos. Este año está pegando lo suyo. ¿Qué tal está? Les he oído y aquí le traigo un servicio de desayuno.

–Muchas gracias, Pili. Verdaderamente hace frío. Yo estoy un poco acatarrada, pero lo voy sobrellevando. Con lo de la nevada está todo el pueblo igual –contesta Marta en orden inverso, primero a la atención de la asistenta, después a la observación y por último, a la formulación de la pregunta.

–¿Desean que les traiga algo más?

–Para mí no, Pili, muchas gracias, un poco de café será suficiente.

–¡Hale, váyase, que no se le haga tarde! –digo–, ya ve en que magnífica compañía quedo.

Pili coge su bolso y un pañuelo que dobla sobre la cabeza y ata, pasándolo a ambos lados de la cara, por debajo de la barbilla, y se despide diciendo:

–Pues venga, lo dicho, quédense con Dios que yo me voy a comprar.

Sirvo café a Marta y sus preciosos ojos verdes me miran con tal indefensa expresión, que me conmueven en su desamparada belleza hasta lo más profundo del alma. En estos momentos esta antigua amistad nuestra parece concentrarse en un punto de afecto tan intenso, que desearía levantarme y abrazarla diciéndole con todo el sentimiento protector que me inspira: “no te preocupes preciosa, que todo el peligro que sientes que te acecha, se encierra para ti y para Sonia en alguien como este pobre amigo vuestro, cuyos sentimientos no pueden seros más favorables”.

—¿Qué querías decirme, Marta? —Le digo, intentando contener unas emociones que, en tan corto espacio de tiempo, ya van haciéndose excesivas para ser soportadas sin consecuencias por alguien que ya no está para luchas cuerpo a cuerpo en primera línea de combate.

—Mira Javier, como esta tarde a partir de las ocho Sonia se va a reunir con algunos y algunas jóvenes en el parador, para merendar y cortar una tarta de cumpleaños, yo había pensado reunirme con Mercedes y un par de amigas más, para estar con los jóvenes a la hora de apagar las velas y de las felicitaciones, y después quedarnos en una mesa un poco más apartada durante un rato, para ir desapareciendo poco a poco y dejar a los chicos con sus cosas. Bien, pues he estado dándole vueltas y pensado que te podrías venir con nosotras y aprovechar algún momento en que lo veas factible para hablar con...

—¡Amor mío!, ¿dónde estás? ¡He visto salir a Pili y, como ha dejado la puerta abierta, he empujado y ... ¡¡Mamá!! ¿Qué haces tú aquí? Yo...

Hubiera hecho falta un serrucho más que un cuchillo, para cortar el silencio que se produce a continuación. Transcurren unos instantes de incertidumbre con un punto de inflexión en el gemido contenido que Marta deja escapar a través de los dedos temblorosos que lleva a la

boca. Abre desmesuradamente los ojos y en una reacción instintiva aparta la silla hacia atrás y trata de llegar a la puerta. Pero Sonia, con una serenidad que me deja perplejo, la coge de la mano, dulce pero firmemente, y colocando la silla donde estaba, la obliga a sentarse de nuevo, mientras le da palmaditas tranquilizadoras en la espalda. Y otra vez el silencio, mientras la tensión tantas horas acumulada, hace estallar a Marta en un sollozo, seguido del abrazo inmediato de la hija que, siendo la más joven, extrañamente es la que se muestra más entera de los tres.

—Escucha mamá, en ningún momento desde que todo esto comenzó hace tan sólo cuatro días, llegué a pensar que podría valorar y, por qué no decirlo, agradecer tanto a Dios que haya permitido que suceda lo que acaba de pasar. Voy a empezar por algo que tal vez fuera lo que debería de decir al final de todo, pero como para mí es lo más importante, quiero empezar así. Las dos personas que ahora mismo estáis conmigo en esta habitación sois lo que yo más quiero en este mundo. Hasta el punto de que daría gustosa mi vida por vosotros. Es verdad que también quiero a mi padre, pero no es lo mismo aunque lo quiera muchísimo. Este amor que siento por vosotros es algo que lo llena todo, que todo lo trasciende. Es vital como el aire y el agua, como el propio misterio de vivir. Lo que añadía dolor a mi dolor era que, precisamente, mis dos amores no pudieran ser míos al mismo tiempo y que, por mucho que yo los quisiera, nunca sin saber del interior de mi alma desnuda, podrían hacerse partícipes del amor total que siento. Eran como dos compartimentos estancos, enfrentados, separados, inconscientes, incompletos por incomprensidos, por ausentes, por desconocidos. Mamá, amo a Javier como sólo una mujer es capaz de amar al hombre de su vida, como no podría amar a nadie más, con un amor irrenunciable, total, sentido hasta el

dolor, completo, pleno. Todo lo que se pueda pensar sobre la diferencia de edad y lo que conlleva, las dificultades que traerá, la incomprensión que vamos a provocar, los comentarios negativos, chismosos y malintencionados que nos van a llover, ya han sido sopesados por mí y puestos en la balanza. En un hipotético plato que contrapesaría el amor, no valen ni pesan nada, ni siquiera dolerán, serán humo. Y si alguna vez intentan estorbar, lo único que merecerán de nuestra parte será pena y hasta una cierta comprensión, dado lo conscientes que somos y lo compadecidos que nos sentimos ante aquellos que no pueden o no saben querer como tenemos la infinita suerte de querer nosotros. Sé que Javier y tú, especialmente, vais a tener muchos problemas por mi culpa, por culpa de este amor que no me deja vivir. Pero si me apoyáis y estáis dispuestos a luchar conmigo y por mí, todo lo que pueda suceder yo te juro, mamá, que no me ha de restar ni un gramo de felicidad. ¡Por favor, venid aquí y abrazadme y decidme con el alma, si hay alguna fuerza humana que se atreva a vencer esta corriente de cariño inmenso que tres personas dignas de amar pueden generar cuando unen la inmensa capacidad de amor que Dios nos ha dado y que hemos tenido la suerte de saber asumir e impulsar!

Nos abrazamos los tres, reímos, lloramos, volvemos a reír y nos volvemos a abrazar, limpiándonos las mejillas unos a otros, haciéndonos cariños, cogiéndonos la cabeza, el pelo, las orejas, la barbilla, besándonos y riendo. En un bolsillo de la bata encuentro un paquete de pañuelos de papel, les tiendo uno a cada una. Se suenan rojas como tomates, mientras nos volvemos a sentar los tres, despeinados y con los ojos brillantes, sin dejar de reír y de llorar.

—Venga, pasmado, danos café, que estamos aquí las dos llorando a moco tendido y vamos a tener que llamar a

urgencias para que recojan nuestros pedacitos. Y saca la botella de “magno” que esto hay que celebrarlo.

—¡No! ¡Yo no bebo, Sonia! —grita Marta.

—Venga, mamá, que es mi cumpleaños, y el más hermoso de mi vida, además. Empezaremos por tomar el café y una copita y luego, ya más tranquilos, podremos hablar de todo lo que hemos de hacer.

Al volver de la cocina con el café recién hecho me sorprende ver a Marta con una copa en la mano. Lo que acaba de paladear pone unas muecas en su cara y provoca una hilaridad en Sonia, que me produce el efecto de una inyección reconfortante, después de tanta tensión acumulada. Al parecer han encontrado sin mi ayuda el “magno”, y la botella sobre la mesa más las copas servidas, me hacen pensar que Sonia ha tomado la iniciativa. Tal como dije, Marta no bebe nunca y su reacción de ahora me trae el recuerdo de una sola ocasión en que aceptó probar un poco de vino en el bar a la hora de comer, ante la insistencia que poníamos sus compañeros de mesa. La prometida excelencia de la bebida acabó sin embargo con el mismo resultado gestual de hoy y unas risas parecidas por nuestra parte. Sirvo café y pruebo de la copa que Sonia ha puesto para mí, mientras fijo la mirada alternativamente en las dos bellísimas mujeres que comparten el desayuno conmigo, y en cuánto se parecen y qué bien les sienta el estado de alteración por el que acaban de pasar.

—Veréis —comienza hablando Sonia—, escuchad con atención a ver si entre los tres damos un poco de luz inteligente al embrollo que hierve en mi cabeza y que del mismo modo supongo en la vuestra. Ayer por la mañana, sintiéndome desesperada, sin saber qué camino tomar y creyendo, no sé si equivocadamente, que hablar contigo, mamá, era prematuro, me cité con Bea y con Isa en el parador y, mientras desayunábamos, les conté lo mío con

Javier. Después de los primeros momentos de sorpresa, viéndome tan mal, me dieron un consejo para el futuro, que yo voy a exponer ahora ante vosotros, para ver que pensáis y si aún es posible abordar las cosas así. La verdad de la situación es que yo no puedo estar un momento sin Javier. Es duro lo que voy a decir pero siento que si nos separamos mi equilibrio mental se va a resentir, no voy a poder estudiar, voy a andar de desequilibrio emocional en desamparo, no voy a tener ganas de comer, no voy a poder dormir, ni me voy a poder relacionar y mi vida va a ser un completo y absoluto desastre. Entendedme, no quiero que esto parezca, y sé que lo parece, un chantaje de niña mimada. Se me podrá decir que muchas parejas de novios han de vivir separadas, que incluso lo han de estar por cuestiones de trabajo matrimonios con años de casados a las espaldas, que soy muy joven, y un montón de argumentos igualmente válidos. Nada de eso se me escapa, pero siento que aunque mi inteligencia vea con claridad que la separación ha de imponerse, desde el punto de vista de las posibilidades que tengo de aguantar un alejamiento tan largo, estoy segura de que las fuerzas me van a abandonar. Ya sé que para mí, para mi futuro, mi carrera es fundamental. También lo es en lo personal, por vocación y porque me siento preparada para acabar de cursarla e incluso obtener un doctorado que me permita su ejercicio en las mejores condiciones, pero del mismo modo soy consciente de que para eso necesito a Javier conmigo, apoyándome, queriéndome y protegiéndome como sólo él puede hacerlo.

–Si no te he entendido mal –interrumpe Marta el largo párrafo– lo que pretendes es que Javier se traslade a Cáceres para vivir contigo. ¿Has contado con él para eso?

–Precisamente, esa era mi intención cuando he venido para hablarle y te he encontrado aquí. Verás, mamá

—continúa, sin dejarme intervenir—, mi idea era conservar la casa que comparto con mis compañeras de la “Info” y que Javier —me coge de la mano por debajo de la mesa— se buscara un piso amueblado en Cáceres.

—Pero Sonia, ¿tú estás loca?, Javier tiene su vida hecha en Castrosantos y no puedes meterlo a su edad, perdona, amigo mío, —le sonrío sin querer interrumpir—, entre cuatro paredes en Cáceres, esperando que vuelvas, haciéndote la comida, fregándote los platos y yendo a la compra todos los días para que tú no estés estresada o no te mueras de amores. Eso es una majadería impropia de una chica inteligente como tú. No pretenderás andar con él todos los días a la universidad para que te lleve y te traiga los apuntes y el ordenador portátil como si fuera un jovencito con granos, sacado de un folletín por entregas de los años cincuenta. Cariño, seamos serios, eso que pretendes es totalmente absurdo, por muy buen consejo que les haya parecido a tus amigas. Gracias a Dios que estaba yo aquí para que no hayas metido a nuestro pobre amigo en un berenjenal tan impresionante como el que pretendías. Mira, de momento nos vamos a ir a casa, que Pili estará a punto de regresar y yo tengo que abrir la farmacia. Dejamos a Javier que descansa de tanto soponcio. Esta tarde a las ocho nos vemos todos en el parador para tu fiesta de cumpleaños, y mañana, más tranquilos, os invito a comer a los dos en el mismo parador, y como ya habremos tenido tiempo de madurar una solución más adecuada seguro que llegamos a un acuerdo menos estrafalario que el que tus amigas y tú habíais ingeniado. ¡Hala, Don Javier, tómese otro café sin nosotras que esta locomotora y yo nos vamos a casa!

—Mis queridas señoras, ya han visto lo “educado” —me sonrío— que me he comportado, no queriendo interrumpir en ningún momento todo lo que ustedes han

tenido a bien manifestar. Sin embargo creo que ahora yo también debo decir algo antes de que tanta belleza salga por esa puerta. Así que tengan la bondad de volver a sentarse un momento y óiganme un par de cosas por favor. En principio, tengo que comentar que les agradezco muchísimo a ustedes dos que lleven un buen rato privándome de la desagradable tarea de decidir por mí mismo qué es lo que más me conviene. Pero, aunque aprecio la buena intención que puede adivinarse en el intento de descargar mis años de ancianidad de tanto peso impropio de mi edad, cuestiones como las que afectan al hecho de dónde debo o no debo vivir, cómo he de organizar mi vida y a qué estoy dispuesto o no a renunciar –en este momento, Sonia suelta mi mano que había vuelto a coger al sentarse, con lo que le hago un gesto de que espere, acompañado de una sonrisa de ánimo que realmente no sé si interpreta bien; no obstante y de todas maneras prosigo sin interrumpirme– deben ser cosas sobre las que aún me siento con fuerzas de decidir por mí mismo, aunque tanto en el fondo de lo que haga como en la forma de expresarlo, me pueda y seguro que lo haré en más de un punto, equivocar. Imaginemos que entre nosotros hubiera hasta cuatro personas de distintas edades que estuvieran presenciando nuestra conversación y que por tanto pudiesen juzgar al respecto de manera desinteresada:

A. La opinión de una persona de unos veintitantos años que hubiera intentado leer mis pensamientos no habiendo, como no lo he hecho, abierto la boca, sería:

“Ya podría el “Matusalén” éste manifestarse comprensivo con la chica y hacer algún pequeño sacrificio, dado todo lo que se le ofrece a ganar. ¿Cuándo podría pensar tal viejo decrépito que una preciosidad joven e inteligente, con todo por delante, estudios, capacidad, desenvoltura, gracia y be-

lleza, podría ser para él? Cualquier otro en sus circunstancias se dejaría arrancar un brazo y estaría dispuesto a todo sacrificio que se le pudiera pedir, mostrándose encantado y agradecido ante cualquier tipo de renuncia.”

B. Hipotético juicio de una persona de algo más de treinta años:

“Pero, ¿es posible que esta pareja no se dé cuenta de los riesgos que corre? En cualquier momento puede aparecer un joven de buena posición y presencia, más o menos de mi edad, con desenvoltura y desprendimiento, atractivo y encantador —el gesto de Sonia que hace rato empezó a torcerse va tomando tintes de crispación, pero continúo—, que le llene de rosas el apartamento y la invite a cenar un día sí y otro también en los mejores restaurantes de la ciudad y alrededores, haga traer para ella tulipanes de Holanda, orquídeas del Amazonas, tarta “Sacher” desde Viena y bombones de Zurich, le regale un crucero por las Islas Vírgenes con doncella y mozo para que le hagan hasta el más mínimo encargo que se le ocurra, le preparen un té con pastas a las cuatro de la mañana si le apetece, o le ponga limusina a la puerta de un hotel de Nueva York para ir a Tiffanis a comprar cualquier tontuna con diamantes, por cien mil dólares, con una tarjeta con crédito ilimitado.”

C. Criterio de una persona de cincuenta años, más o menos:

“Esto no puede salir bien ni en un millón de años. Estamos hablando de un hombre mayor cuyas costumbres están asentadas en un pueblo de unos diez mil habitantes, divorciado desde hace tiempo, acostumbrado por tanto a vivir solo y por

supuesto con costumbres arraigadas y manías adquiridas, horas predeterminadas de hábitos más o menos inamovibles, amistades casi exclusivas con gente que no pertenece a la generación de la chica, arrugas en el cuerpo y en el alma que la muchacha se resiste a ver por ahora pero que no tardarán en aparecer ante sus ojos más pronto que tarde, ratos de contemplación y relax queridos hasta lo irrenunciable por la idiosincrasia de los años, sin embargo, imposibles de concebir por alguien que no participe de sus circunstancias físicas y anímicas, visión del mundo a través de unos ojos por los que han pasado el triple de imágenes de todo tipo, dejando heridas y desgarros a medio sanar y cicatrices mal curadas que, por inconcebibles para alguien mucho más joven, inmediatamente pueden volver a sangrar. ¿No será que esta chica busca en un hombre mayor, al padre que perdió a los once años?, por lo menos esa figura de padre que se ve en casa cada día y que sólo se aprecia cuando se pierde, el padre del que hace tanto tiempo que no puede disfrutar a diario y cuyo contacto continuo echa tanto de menos.”

D. Visión de alguien de alrededor de sesenta años:

“Si casi no podemos a nuestra edad con la bocanada de aire que acabamos por conseguir insuflarnos, ¿cómo va este pobre congénere mío a resistir como si nada un jovial palizón veinteañero detrás de otro? Cada mañana una manzanilla con miel y limón para el estómago delicado, seguido de “omeprazol” como antiácido, “paroxetina” contra el estrés, vitaminas para la propensión a la anemia, calcio para evitar una fractura sobreviviente de una desgraciada caída inoportuna, “mentis” que como se interacciona con no recuerdo cual otra, sólo tomo de cuando en vez, previa consulta al médico. Esta sirve para la memoria, cómo no.

Analgésicos y cremas para el lumbago y antialérgicos varios para prevenir las contraindicaciones, qué las hay y de qué manera, de primavera y otoño, y por la tarde carreras kilométricas por el parque para mantenerse a la milagrosa altura de lo que de uno se espera. Hoy más o menos la papada bajo la sonrisa, la disimula este buen amigo con la barba con que se la cubre, pero, a no mucho tardar, habrá de levantársela del suelo, ¿sólo la papada? —las dos mujeres se ruborizan—, con escobón y recogedor. La rosácea comienza a enseñorearse de su frente y mejillas. Cada pequeño desequilibrio emocional, la adrenalina aflorando a la piel y cualquier mínima agresión alérgica le dejan la expresión hecha unos zorros a las primeras de cambio. ¿Tenemos o no tenemos los pies en el suelo?”

—Bien, una vez pedida opinión somera a estas cuatro personas que han tenido la paciencia de escucharnos con tanta atención, yo, que hasta ahora no he dicho esta boca es mía, voy a dejar en el aire, el ánimo y el pensamiento de los tres que aquí estamos, lo que se ha vivido esta mañana, todo lo que se ha dicho y, de acuerdo contigo, Marta, creo que es mejor que permitamos que se temple nuestro temperamento desatado y mañana en la comida, que acepto encantado, sacaremos conclusiones. Sólo quiero adelantar una cosa que sí que es absolutamente de mi cosecha, yo, por amor, por vuestro amor soy capaz de cualquier cosa y aunque, como los gatos prefiera mi rincón, el lugar donde estén mis amores será mi lugar y, teniendo en cuenta que a mí la gente no me la imponen sino que considero míos a los que elijo yo, se me habrá de buscar en el sitio temporal o definitivo donde los míos habiten, si es que no hay imponderables que me impidan como en alguna etapa de mi vida, tenerlos cerca. Ahora,

tomemos un poco más de café y busquemos un nuevo tema de conversación que ya oigo a Pili con su llave en la puerta, de vuelta del mercado con todo lo necesario para la comida. Sabed siempre que os quiero –digo cogiéndoles las manos que, inesperadamente después de lo dicho, mantienen un instante entre las mías.

–¡Vaya, pero si está aquí toda la familia! ¿Qué tal, niña? ¡Cuánto tiempo hace que no te veía! ¡Estás hecha una mujer guapísima! ¡Madre mía!, qué orgullosa debe estar tu madre. ¿Eh, Doña Marta? Estos muchachos nos hacen viejos –se le escapa una lágrima mientras Sonia se levanta para darle un beso.

–Tú también estás estupenda, Pili querida. Todavía recuerdo cuando siendo un coco, siempre que me veías en la plaza me dabas un caramelo ¿te acuerdas?

–¿Cómo no he de acordarme si eras y lo sigues siendo la niña más bonita del pueblo? Don Javier, ¿se quedarán a comer? Verán qué comida más rica preparo.

–Si ellas quieren, por mí encantado, ¿quieren aceptar la invitación a comer con Pili y conmigo?

–No, muchísimas gracias a los dos –se disculpa Marta– pero ya estará pensando la gente que me pasa algo porque no he abierto la farmacia como debería haber hecho hace rato y luego, esta tarde, con la fiesta, no quedará tiempo de nada. Le esperamos a las ocho –me devuelve el tratamiento delante de Pili–, Javier, hasta luego, entonces.

Capítulo XIV

—Sonia, ¿te apetece que nos hagamos un té y charlemos como amigas? Puesto que ya está todo lo de esta tarde a punto, podríamos sentarnos tranquilamente tú y yo y hacernos confidencias. ¿Te acuerdas de cuando eras chica, que la hora en que más nos gustaba a las dos echar un ratillo de charla era después de comer, mientras papá dormía la siesta? Cuéntame, cariño, ¿cómo ha sido todo esto? Sé que siempre has sentido por Javier un gran cariño pero, ¿por qué precisamente ahora?

Marta y Sonia están en la cocina. Acaban de fregar los platos entre las dos y, mientras la joven termina de secar, cuando no hay acumulación de cacharros el lavavajillas descansa, la madre ha puesto a hervir agua para el té. Ambas visten un cómodo pantalón de chándal en tonos de rosa, el de Marta algo más oscuro. Mientras Sonia viste una camiseta de tirantes que deja desnudos los hombros y el vientre perfectos, mamá ha preferido una blusa de manga corta, suelta por fuera del elástico del pantalón. Con la calefacción y en el interior de casa a veintidós grados, aparte de vestir con ropas tan ligeras, ambas han recogido su pelo rubio, la madre con un pasador que mantiene hacia el lado derecho su cabello más corto, y la chica con una goma al final de una hermosa trenza que cuelga muy gruesa con sus tres abundantes mechones, cayéndole hasta media espalda. El pecho de Marta, algo más pequeño que el de la joven estudiante, se mantiene discreto, disimulado bajo el sujetador oculto candorosamente por

la blusa que sólo deja un botón desabrochado. El de la muchacha florece en todo su esplendor sin nada sino la magnífica juventud que lo mantiene erguido, marcando los grandes pezones bajo la delicada cubierta de la liviana y cara camiseta veraniega, que viste directamente sobre la piel magnífica.

—Cuéntame cielo, puesto que habéis llegado hasta aquí, ¿cómo ha sido? —vuelve a preguntar Marta, una vez sentadas en el saloncito donde suenan quedamente unas arias alemanas cantadas por Luciano Pavarotti.

—Verás mamá, el miércoles pasado encontré más o menos por casualidad a Javier, cuando salía del bar después de haber comido con vosotros. Tú ya no estabas y aún quedaban en la mesa acompañándole creo que el médico y el alcalde. Me parece que todos los demás se habían marchado ya. Le vi a través de la cristalera porque al estar nublado, tenían encendida la luz del interior para que la gente pudiera ver mejor. Ocupaba el extremo de la mesa donde siempre se sienta. Estaba hablando y desde donde yo le veía, se mostraba espléndido, con sus sienes ligeramente plateadas, la barba que lleva bien recortada y que milagrosamente conserva casi por completo el color natural y, aquel día, al no habérsela rasurado, el aspecto del resto de la cara sin afeitarse le daba, con el añadido de esa pizca de desaliño, un aire juvenil magnífico. Ya sabes. Javier tiene unos ademanes señoriales cuando habla, y pone una pasión y un convencimiento a todo cuanto dice, que le prestan un magnetismo que, desde que le escuchaba a los catorce años cada día en Tejar, me ha hipnotizado con sus palabras como entonces al resto de los alumnos y alumnas en clase. Tampoco el miércoles podía apartar los ojos de la vidriera a través de la que veía cómo charlaba con los amigos con esa sonrisa suya que a veces contagia tanto y tomando pequeños sorbos de su café y de su oru-

jo. ¿Sabes que sólo bebe “magno” porque yo lo bebo de vez en cuando? El caso es que, como me tenía fascinada, me senté en el banco que me cogía más a mano y decidí esperar a que saliera. Por suerte para mí lo hizo el primero. Creo que intentaba visitar a Don Mateo pero yo no lo dejé –sabiendo Marta de la determinación que su hija pone en todo aquello que se propone, se sonríe y da un pequeño sorbo a su taza, mientras piensa que “cuando a esta niña se le mete algo entre ceja y ceja” nadie es capaz de hacerle desistir de su idea, intenciones o actitud– lo saludé con dos tiernos besos y me lo llevé paseando al parador, donde pretendía invitarlo a un café. Al final no pude pagarlo por lo que te contaré. Ya sentados tras los cristales frente al río, la tarde aunque nublada se mostraba preciosa. Entonces aún no llovía y el color de las hojas en los árboles, el brillo gris perla del río, los patos nadando, los juncos de la orilla, el robledal a lo lejos, las montañas blancas de nieve infinita y el cariño que de continuo ha ardido en mi interior por este hombre irrepetible, hicieron el milagro de sacar del fondo de mis entrañas este amor que siempre he sentido y que de alguna manera debió de surgir como un vendaval desatado. No sé cómo pasó, mamáita, sólo que antes de que me diera cuenta le había confesado mi amor de siempre, toda la devoción que le tenía y le tengo. Creo que un poco de la inconsciencia que me envuelve a veces y que tal vez, como decís mi padre y tú, es propia de mi edad, me hace lanzarme en picado y sin freno, cuando siento que en una empresa me juego mi alma. Y, ahora me la juego, madre, me la juego como siento que nunca lo he hecho y además con el íntimo convencimiento de que no puedo remediarlo. Cuando esta mañana el pobrecito mío traía a la reunión a sus cuatro fantasmas de distintas edades para que le echaran una mano argumental que tanto necesitaba, tratando de no

precipitarse, usando de toda la prudencia y sabiduría de adulto para no enfrentarse a mi opinión ni violentarme, no se daba cuenta de que aunque enmascarado tras sus personajes de vodevil, yo apreciaba sus esfuerzos por mostrar sin ofenderme una realidad que él advierte desde su punto de observación, con una riqueza de matices que a mí puede escapárseme, pero que por intuición femenina o por inteligencia natural ya he calibrado. Sin embargo no advierte que todo el esfuerzo que pone por mostrarme la realidad que ve, a veces en toda su crudeza, sólo consigue poner de manifiesto su generosidad inmensa y su cariño que a mí no se me escapan. Mamá, ya sé que Javier no me ha dicho aún que me ama y también que durante algún tiempo no lo va a hacer. Ha hablado de amor, de que nos quiere a las dos, que haría cualquier cosa por nosotras, pero hasta ahora no me ha mirado con esos cansados ojos rasgados bajo sus gafas y me ha dicho. “amor de mi corazón, te amo como nunca he amado a nadie”. Espero de todas maneras, aunque desee con toda mi alma que lo haga, que tarde algún tiempo en decirme eso, porque peligraría la integridad de mi impulsivo aunque sensible corazón, que se vería en el peligro de estallar en pedacitos. De todas maneras, su actitud tan doctoral y tranquila, por lo menos así me pareció, me sacó de quicio de tal manera, que le dije cuatro lindezas después de que intentara impedir que me bebiera la segunda copa, y cogiendo mi abrigo le dejé como paralizado, rígido, carente de palabras y sin pagarle el prometido café al que le había invitado. Me vine corriendo hasta la plaza y, cuando llegaba a casa, empezó a diluviar como si el universo se deshiciera en agua. Como ya sabes que enseguida se me pasan los enfados, después de haber soltado mis burredas, cuando subí a casa corrí los visillos para vigilar desde arriba la vuelta de Javier, que imaginaba que no tardaría en producirse. Ya

en el parador, antes de que le dejara plantado, Luisito, el camarero, ¿recuerdas que también fue alumno suyo en Tejar?, se había ofrecido a traernos a los dos en su coche, ante el peligro de lluvia. Así que imaginaba que no tardarían en llegar. Al cabo de unos diez minutos vi aparecer los faros del coche y a Luís, que solícito ayudaba a Javier a entrar en su casa. Como continuaba lloviendo mucho, bajo los soportales de la vuelta a la plaza hasta llegar frente a la puerta de la casa de Javier. Me abrió en albornoz, con el pelo revuelto y una erección de caballo.

—¡¡Niña!! ¡Qué burra eres, hija!

—¿Quieres que te cuente o no? Bien, pues le hice a un lado para poder pasar y, una vez dentro, como aquello no menguaba, me metí con él en la cama para bajarle los humos.

—¡¡Sonia!!, eres una desvergonzada. ¿Cómo pudiste hacer eso? ¿Has perdido el juicio?

—No, mamá, no he perdido la cabeza, la he ganado. He ganado la cabeza, el corazón, el alma y la vida y, aunque a alguien le pueda parecer blasfemo, he ganado a Dios. Lo he ganado para mí como nunca antes, porque la manifestación de amor que he vivido trasciende todo lo imaginable. Esto no ha sido una aventura, madre, sino el amor hecho presente en mi alma como en ningún otro momento de mi vida se ha manifestado. Si me oyera Don Mateo tal vez pediría para mí la excomunión, pero el amor es algo íntimo, es algo concreto, tan personal y exclusivo que escapa a normas y reglas preestablecidas. Mi amor es mío, mamá, tan tierno, tan limpio, tan adorable que nadie puede decirme con legitimidad que no es bueno cuando yo siento esta plenitud dentro de mí. Así, día a día, aunque Javier no me haya dicho “te amo” con esas palabras, veo en los torpes esfuerzos que hace por protegerme, por evitarme sufrimientos, en la fidelidad que tie-

ne a nuestra vieja amistad, a la amistad para con las dos, qué grande es la estima de su corazón por nosotras. Esta mañana, cuando con un tacto exquisito pluralizaba al decir “el amor que os tengo”, alguien que no fuera yo lo hubiera interpretado como una merma del “amor que se me debe”. Y yo no, madre. Para mí esa muestra de tacto que te incluye, sin dejar de rodearme de cuidado y a ti de respeto, es el síntoma más claro a mis ojos de su hombría de bien. El que no se olvide de ti como no lo hace, en esta corriente afectiva tan maravillosa, lejos de menguar, de empequeñecer un sentimiento que tal vez otra querría exclusivo, dentro de mí no es sino la causa del aumento del caudal de la ternura que siento hacia él. Mamaíta querida, yo no pretendo polemizar, y menos ante ti, sobre aquello que pueda ser o no ético. El sentimiento no es transferible y, desde el punto de vista de la moral que yo he aprendido, lo que para otro pueda ser perverso, para mí estará o no vestido con la santidad si a mis ojos es bueno o malo y ni de lo uno ni de lo otro se derivan males que involucren a terceros. Partiendo de ese supuesto, la bondad o maldad de los actos humanos libres de implicaciones que afecten a los demás, independientemente de los juicios ajenos que promuevan, empieza y acaba en el propio corazón. Amo a Javier y ese amor es un regalo que Dios me ha dado y que nadie va a deslegitimar con normas generales que de ninguna manera tocan a la limpieza y la bondad del amor que siento. Repito, ¿a quién daña mi amor? Si a alguno escandaliza algo tan bello, el problema será suyo y no mío. Si importuna algo que sólo a mí respecta, es porque impropriamente alguien se habrá apropiado de lo que sólo a mí corresponde y, por lo tanto será un hurto injustificado que se me hace de un tesoro que es mío y que en ningún aspecto toca los intereses, los criterios, las intimidades o las conciencias de los demás ni de

lejos. Siendo así, cualquier juicio al respecto ¿qué me importa? ¿Sabes, querida mamá, que antes de acostarme con Javier, nunca lo había hecho con ningún otro? Cuando entré con él en la cama era virgen. Es cierto que he tenido algún “noviete” pero la cosa no ha pasado de un ligero tonto. Tenemos la suerte las dos de contar con la amistad de un hombre excepcional, es bueno, considerado, generoso y de una honradez a prueba de cualquier eventualidad. Alguien podría decir que es viejo. Conozco a muchos jóvenes, madre, pero yo te aseguro, que a nadie que lo sea más que él. Tiene la curiosidad por las cosas y la pasión por la vida, los hechos, las razones, las causas, las personas y la belleza propia de un lozano investigador que hubiera accedido recientemente a los frutos de sus primeros descubrimientos. Ya sé que ha puesto todo el interés del mundo en mostrarme sus achaques, sus limitaciones, sus manías, pero lo único que con eso demuestra es el cuidado que pone en no herirme ni ahora ni en el futuro. Yo asumiré sus carencias como él asumirá las mías. ¿O es que los jóvenes no las tenemos? Son de otra naturaleza, pero adolecemos de ellas, y de qué manera a veces. El ardor juvenil que le falta lo suplirá con su sabiduría y buen hacer, con su inteligencia y tacto, y yo venceré las mías gracias a mi intuición y al amor que le tengo. No soy idiota. Si ahora puede hacerme el amor cada tres días, dentro de poco será una vez al mes, y llegará un momento en que tal vez no pueda. Tú sabes muy bien que, en ese sentido, las mujeres somos distintas de los hombres y que otro tipo de detalles y mimos, suplen con creces los ardores. No lo sé por experiencia propia, ha sido a través de las vidas de otras mujeres que lo han expresado en sus escritos y cuya lectura, enfrentada ahora con el pequeño caudal, tan grande para mí sin embargo, que ha hecho cristalizar mi recién materializado amor de

siempre, me da un convencimiento absoluto y una seguridad completa. No sé si esto será común a todas las mujeres, en mí es así. Si a pesar de todo algún día surgen problemas, ya habrá oportunidad de afrontarlos en su momento. De todos modos, en nuestro caso, y por la diferencia de edad, el tiempo es importante y desentenderse de él, sería poco menos que suicida. De ahí que me preocupen tanto los aproximadamente tres años que me quedan para estar en disposición de ganar dinero e independizarme. Sé, mamá, que a la larga esto puede no salir bien, por eso, de casarme con Javier, mi primera ceremonia sería civil. Como su mujer vive, no podrá ser de otro modo. Encontrándose como al parecer está, bien de salud, una ceremonia religiosa tal vez no sea posible nunca, pero eso a mí no me preocupa, y al Dios que llevo dentro íntimamente, que es lo que importa, siento que tampoco. Vuelvo sin que haga falta a aclarar que mi amor y sus circunstancias sólo a mí se me pueden aplicar, y que lo que para mí es perfecto, tal vez no haya otro caso en el mundo donde esta situación se pueda dar con garantías indoloras. Pero, ¿ante quién he de justificarme? De acuerdo Javier, tú y yo, ¿a quién más importa lo que yo haga? El mismo Cristo decía: “No juzguéis y no seréis juzgados”. Muy bien, pues que nadie nos juzgue y contará con la garantía de que nosotros tampoco lo haremos.

—Cariño, reconociendo que tienes razón en mucho, tal vez sólo la tengas en parte. Nuestros actos sí que influyen en los demás, puesto que cada paso que damos puede ser el inicio de un primer paso ajeno. Nuestra sociedad es pequeña y somos como candiles cuya luz, sumada al resto, se constituye en la seguridad de que todos andemos sin tropiezos. Los hombres y las mujeres, especialmente en los pueblos como el nuestro, ponen de manifiesto sus acciones y muestran buena parte de las facetas de su inti-

midad, para lo bueno y para lo malo. Es cierto que nadie tiene derecho a juzgar lo íntimo de los demás pero también es verdad que el interior humano es difícil que no se transluzca en parte, aportando impulso al bien o al mal general. También es verdad que muchas veces los demás nos piden hipócritamente sacrificios personales que tienen una raíz injusta y poco solidaria, pero la sociedad no es algo totalmente terminado y definitivo. Cada uno de nosotros somos espejos de todos pero especialmente de aquellos que, como los más pequeños, no han completado su evolución. Vivir en un pueblo es una maravilla en muchos aspectos, pero tiene sus responsabilidades individuales que no podemos olvidar si queremos, como debemos, ser buenos ciudadanos. Ya sé que nuestros deberes de ciudadanía no pueden ser extralimitados pidiéndonos renuncias que incluso puedan alterar un principio inexcusable como es el de la libertad ciudadana, pero considera que en las ciudades pequeñas, esos deberes se multiplican aunque haya gente que no pueda o no quiera darse cuenta. La categoría de vecindad, que en una ciudad grande tiene unas obligaciones hasta cierto punto limitadas, en un pueblo, y más cuanto más pequeño, desborda lo público para mezclarse de manera solidaria y magnífica unas veces, pero tremendamente indecorosa otras, en la intimidad de cada uno. En Castrosantos, lo mismo que si un vecino necesita ayuda a las cinco de la mañana nadie duda en prestársela, si otro bebe o grita más de la cuenta la gente lo sabe. Y si se detiene “mirando unas faldas” más de lo que le guste a su mujer y ésta quisiera, los demás están al tanto. Todo forma parte en sentido más amplio del equilibrio entre ventajas e inconvenientes que los humanos hemos de sopesar cada vez que elegimos libremente cualquier opción.

—Efectivamente, mamá, tú lo has dicho con toda claridad. En la vida todos nos decidimos por algo, frente a una variedad inmensa de expectativas posibles. Por eso, yo ya he optado y sólo me resta contar con aquellos a quién mi decisión puede dañar. Superado ese obstáculo, ¿qué opina el reducido círculo de personas afectadas por mi elección vital de las soluciones de las que me pueda servir? ¡Si hemos de cambiar de aires por un tiempo, se hace y punto!

—No, mi niña, no es así. Hablamos de Javier, de un hombre que, te guste o no, tiene sesenta años y que vive maravillosamente en Castrosantos. Por mucho que te quiera y, como tu admites, aún no te lo ha dicho en el sentido que una mujer espera, le va a ser prácticamente imposible vivir en un piso fuera del pueblo. Está jubilado, cariño, y aunque pequeño, necesita su espacio vital que, de ninguna manera, es el que tú pretendes para él. Ya sé que en Cáceres hay rincones preciosos que puede hacer suyos mientras tu estés en clase o estudiando, pero este pueblo es una parte muy importante de su vida actual y si se lo quitas, tal vez eso constituya el principio de una destrucción que seguro que no desees. ¿Correrías el riesgo de convertirlo en un despojo para ti, para sí mismo y para los demás? Es cierto que sólo ha dicho lo que piensa a través de cuatro imaginarias personas interpuestas, pero que tu amor no te haga padecer una ceguera que no te es propia: ha intentado decirte delante de mí, si bien con todo el tacto del mundo pero no exento de firmeza, que de Castrosantos no le debes sacar. Aquí es un hombre feliz y respetado, cuenta con la ayuda de Pili que lo cuida y lo trata como un príncipe, ¿qué pretendes, hija, acabar con su equilibrio y su integridad emocional en dos días? Deja que se quede en el pueblo con nosotros y que te visite cuando pueda o cuando sientas que estás tan mal de áni-

mo que no sabes pasar sin verle. Entre tanto, déjanoslo aquí para que siga envejeciendo como Dios quiera y sin interferencias. Mira, continuamente se organizan viajes para jubilados, cursos en la universidad para mayores o ciclos de conferencias, conciertos, representaciones teatrales y un montón de eventos culturales en capitales cercanas, que puede poner como excusa para ir a verte. Que con ese motivo o con cualquier otro te visites periódicamente sin que nadie tenga que saber en cada momento necesariamente dónde va. En este caso lo único que podría extrañar a la gente sería el repentino interés por los acontecimientos culturales que últimamente se le habría despertado a nuestro señor maestro, pero Javier no es precisamente una persona ajena a la cultura así que, de venir a cuento, siempre podría justificar sus renacidas aficiones cuando lo quiera hacer. Así pueden ir funcionando de momento las cosas. Cualquier otra solución drástica, de ninguna manera podrá ser asumida por Javier. Créeme, cariño, de momento y para empezar, por ahí habrá de marchar el remedio, más que por otros derroteros más inhóspitos.

—Tienes razón, mamá. Qué suerte para mí contar con la opinión y la sensibilidad de dos personas tan inteligentes y sabias como vosotros dos. Asumo lo que dices y pondré todo mi empeño en que las temporadas en que tengamos que estar separados Javier y yo sean lo más cortas posible e influyan lo menos posible en mi ánimo de forma que mis estudios no se resientan. No lo permitiremos, mami, te lo aseguro. Venga, dame un abrazo que tengo la mejor madre del mundo.

Acabo de levantarme de la cama y, a pesar de los esfuerzos de Pili por hacerme una comida que ha resultado tan rica como sana, la sensación un poco febril que notaba

esta mañana no se me ha ido. Son las siete menos cuarto pasadas y deberé arreglarme para asistir a la fiesta. La verdad es que no me apetece nada una tarde de jolgorio juvenil con “cumpleaños feliz” incorporado, pero por estas dos preciosidades a las que quiero tanto no me importa hacer un pequeño esfuerzo. Como me llevará cinco minutos ponerme un pantalón, una camisa y una chaqueta, tomaré un café con paracetamol para ver si me entono un poco. La verdad es que lo necesito.

Mientras sentado en mi sillón favorito oigo música de los Beatles, tomando mi segundo café, en el pequeño reloj que hay sobre el escritorio son las siete y media. Esperaré aún un momento hasta que sean menos cuarto para coger el coche. En menos de cinco minutos se hace el camino hasta el parador, así que apresurarse es innecesario. Me he vestido con lo que estaba más a mano, un pantalón gris, una chaqueta de pana beige, una camisa también gris y en, honor a Sonia, una corbata a franjas oblicuas rojas y azules con bordes naranjas, que compré en Cáceres por indicación suya. La verdad es que las dos gotitas de “magno” que le he puesto al café me están entonando. O será el efecto del paracetamol. De cualquier modo, estoy mejor. Ahora pienso que tal vez si he de conducir debería de haber dejado el licor en su botella pero al instante me disculpo con la idea de que por el mínimo chorrillo de licor que he puesto no merece la pena preocuparse. Llanan a la puerta. Me levanto a abrir y, súbitamente, la visión no puede ser más revitalizante.

—Vaya, Don Javier, ¡qué guapo se ha puesto!, ¿llevaría usted hasta el parador a dos pobres chicas que se han quedado sin transporte y que, con estos tacones y de noche, de ninguna manera pueden ir caminando?

El aspecto de las dos mujeres que acaban de entrar por la puerta de casa es para anonadar a gente mucho más

versada que yo en la contemplación de prendas femeninas puestas en el lugar donde deben. Mi papada cubierta de pelos de la que hablaba esta mañana el imaginario colaborador de sesenta años que he llamado en mi argumental ayuda, debe andar ya arrastrando el polvo del suelo, a juzgar por lo abierta que me noto la boca, a la que por otra parte casi no dejan espacio mis espantados ojos de par en par, como ventana de casa sin postigos. Aupada a los increíbles por altísimos tacones de unas sandalias que le hacen unas piernas “kilométricas”, de las que una falda minúscula deja ver la totalidad, aparece en primer lugar Sonia, sacándome una cuarta de estatura. Su vestido de gasa transparente sobre una malla de seda que termina por detrás en una braga tanga, escote trasero hasta la cintura y delantero de vértigo, parece una ninfa escapada de un óleo de Jacopo Zucchi. Precisamente, para provocar la impresión que ha causado, lleva en una mano el abrigo negro con el que ha cruzado la plaza, y en la otra un chal de brillantitos que, después de haberse dejado ver, coloca sobre sus hombros, tranquilizándome hasta cierto punto, al ver que los flecos de lo que abierto me recuerda más ahora una especie de mantón de Manila, cuelgan por detrás, hasta algo más abajo de sus preciosas corvas.

Después de la de cosas que he intentado dejar aclaradas esta mañana, sacándome personajes de la manga como ases un tahúr tramposo, cuando esperaba el enfado y un cierto irónico desdén, especialmente de parte de Sonia, resulta que la disposición que me muestra no puede ser más deferente, cercana, jovial, cariñosa y hasta, ¿una pizca?, provocativa. Decididamente, nunca entenderé a las mujeres. Menos mal que tarde no se ha hecho jamás para que nadie dispuesto a aprender, aprenda. Se me acerca y me besa en los labios después de encogerse ligeramente, a ver si no cómo, y a continuación limpia con el pulgar de

su mano izquierda los restos de carmín que se supone ha dejado en mis labios. Un perfume distinto del que recuerdo de la última vez, pero igual de atractivo y fresco, me pone en la evidencia mágica de una presencia capaz de transportar con sus recursos infinitos, ánimos y voluntades hace tiempo dormidos, que ya, a estas alturas, parecían imposibles de conmovier.

Verdaderamente, esta mujer en el clímax de su poderío es de una contundencia difícil de calibrar por alguien tan inexperto como yo, y diría que hasta por voluntades mucho más acordes con los sobresaltos y peligros de los que hoy difícilmente se puede estar ajeno. Sobrecogido por la voluptuosa exhibición de juvenil hermosura de Sonia, Marta, guapísima pero mucho más discreta, no puede competir con lo exclusivo del acopio de atención que su hija reclama, poniendo a cada sentido en el límite de su extrema percepción y al cerebro que debe equilibrar lo que percibe fuera de la mínima estabilidad que se requiere para discernir aquello que deba discernirse –perdonen por la intencionada redundancia–. Marta viste un traje de chaqueta que le queda espléndidamente, pero sin comparación con la joven magnificencia que Sonia exhala, se vea por donde se vea. Es, definitivamente, un ejemplar de mujer muy difícil de describir y a la que es imposible poner ningún tipo de límites. Me ha hecho guardar el abrigo en el armario y, enfundada en su echarpe de largos flecos bordado de formas florales cuajadas de cristallitos minúsculos, se percibe el realce que le presta el conjunto de millares de reflejos, potenciando un maquillaje que parece que no existe pero que ha sido dado con la habilidad necesaria para realzar el óvalo perfecto de la cara y convertir en inmensos los ojos verdes únicos de su propietaria. Un carmín con inalterables brillos de nácar sobre los labios de un fucsia idéntico al de las tiras de sus

sandalias y esmalte de uñas de los pies, me hace ver lo innecesario del acto de intentar limpiarme los labios de un resto de carmín con que de ninguna manera me ha podido manchar. El femenino, pícaro y sensual además me hace comprobar, no sé si recordar, en propia carne, como hace tanto que no hacía, que el arte de la mujer para seducir, atraer y enamorar a un hombre es del todo inconmensurable. Y qué rara suerte tenemos los maduros varones, cuando la fortuna nos da la increíble oportunidad de poder revivirlo, con el temple y la emoción serena con que yo puedo hacerlo a mi edad. Recuerdo hace unos días, cuando Sonia, después de nuestra primera y única noche juntos, me decía al despertar, “amor, ya me puedo morir”. Parece que en algún lugar junto a la emoción que siento, agolpada en mi garganta, quedó imperceptiblemente impresa esta bendita frase con la que me despertó Sonia y que ahora se muestra, amenazando con explotar en mi interior, para ser gritada y repetida en un eco inmenso, inabarcable e infinito, poniendo de manifiesto aquí y ahora toda mi alma renacida y gloriosamente reinventada, en el, poco acorde con lo que siento, aire cargado de tristes aromas de humedad encerrada, que se percibe en el viejo y destartado garaje donde guardo el coche. Cómo es de gratificante para un hombre sentirse seducido, atrapado, preferido, subyugado, abducido, secuestrado, hipnotizado, en definitiva, amado de tal manera, por alguien tan sensual y adorable como esta bella y dulce mujer joven.

—¡Isa!, ¡Isa! Oye, soy Tomás, te estoy llamando desde la estación. Es que mi tren para Sevilla no sale hasta dentro de una hora. Isa, me gustaría pedirte un favor. En la fiesta se me ha olvidado totalmente que no lo tenía y no he caído en pedírselo. Ahora mientras estaba aquí hacien-

do tiempo hasta que el TALGO entre en el andén, me acabo de acordar y, como sé que te acuestas tarde, he pensado que no te molestaría llamándote. Necesito que me des el número del móvil de Sonia.

–Tomás, lo siento pero yo no debo darte su teléfono. Ha de ser ella quien lo haga si así lo cree oportuno. Yo no creo que tenga derecho a dártelo si ella no me autoriza.

–Si ya lo sé, cariño, pero Bea, tú y yo nos conocemos desde que nacimos. Fuimos juntos a la guardería, al parvulario y al colegio. Y cuando conocimos a Sonia en el instituto, los cuatro nos hicimos inseparables. Ahora, como andamos cada uno por un lado, naturalmente, no podemos vernos ni llamarnos a diario, pero somos una piña los cuatro cómo lo hemos sido siempre. ¿Qué de malo hay en que yo también tenga el número de su móvil?

–No hay ningún problema si ella quiere que lo tengas, pero como no sé si es así, yo prefiero no dártelo. ¿Por qué no la llamas al fijo, cuyo número sé que tienes y se lo pides personalmente?

–Ya lo he hecho varias veces, pero no lo coge nadie. No entiendo por qué ese empeño. ¿O es que pasa algo que yo debería saber?

–Tomás, no le busques cuatro pies al gato. Estoy haciendo algo que juzgo razonable y nada más. ¿Le has pedido alguna vez el número a ella?

–Directamente no. Tengo el número del fijo de aquí y el de Cáceres, pero cuando he llamado a alguno de los dos, rara vez he conseguido hablar con ella. El viernes pasado le dejé un mensaje mediante el contestador en el que se lo pedía expresamente, pero después ninguno de los dos, al parecer, hemos vuelto a recordarlo.

–Tal vez ella sí lo haya recordado pero su intención esté lejos de que lo tengas, Tomás, ¿te das cuenta? Mira, las tres te queremos muchísimo. Tú eres nuestro camara-

da, nuestro amigo del alma de la infancia, pero a ti se te nota a la legua que bebes lo vientos por Sonia y posiblemente ella no esté por la labor. De ahí nace mi reserva y el deseo de que no te compliques la vida ni se la compliques a nadie.

—Ya veo que lo que me quieres decir es que debo perder toda esperanza de que Sonia corresponda a lo que siento por ella.

—Exactamente eso, Tomás. No hay ninguna esperanza para ti y, antes de que sufras creándote falsas expectativas, es preferible que lo asumas de una vez por todas.

—Entonces, ¿así de claras están las cosas? Eso quiere decir que Sonia tiene un compromiso sólido del que poca gente sabe nada... Y eso, ¿por qué? No es malo ni tiene nada de extraño que una chica preciosa como ella tenga un novio. ¿Dónde está entonces el problema? ¿Por qué no estaba su novio en su fiesta de cumpleaños, como hubiese sido lo natural?

Isa no para de dar vueltas a su cabeza pensando que el chico, al final, resulta menos tonto de lo que parece y que el tino para dar en el blanco de las reflexiones que lleva a cabo no puede ser más certero, si se tiene en cuenta su absoluto desconocimiento de la realidad. De todas maneras y pese a lo pusilánime que a veces se muestra, sus calificaciones siempre han sido inmejorables.

—Tomás, cariño, mi consejo es que lo dejes estar sin darle más vueltas. Con tus dotes humanas y tu figura, no tardarás mucho en encontrar una chica que te quiera y esté dispuesta a todo por ti. Ya lo verás.

—A no ser que... —dice Tomás sin oírle—. ¡Que idiota soy!! ¡¡Si ella misma me lo dijo a la cara!! ¡¡Y yo que creía que bromeaba!! ¡¡Así que es el viejo chocho, hijo de la gran puta del maestro de escuela!! ¡¡Pero cómo ha podido

esta preciosidad de mujer joven enamorarse de un viejo repugnante!!

—¡¡Tomás, ya está bien!!, si sigues por ese camino, te cuelgo ahora mismo y rompemos nuestra amistad para lo que te quede de vida. Reflexiona un poco, hombre de Dios. Sonia tiene todo el derecho del mundo a enamorarse de quién le venga en gana, y tú te estás comportando como un crío rencoroso e inmaduro. Desde luego, a la vista de tu pataleo, no me extraña que Sonia y cualquier mujer prefieran hombres con los pies en el suelo y no niños que reaccionan como tú acabas de hacer. Yo no te he dicho nada y las conclusiones las has sacado tú solo. Pero tu estallido es absolutamente inaudito. Hasta que no reflexiones y te centres un poco, te agradeceré en el alma que no me vuelvas a llamar. De paso, tampoco te conviene llamar a Bea a la que naturalmente voy a contarle tu reacción. Así que espabila y compórtate como un hombre si quieres conseguir algo en la vida. ¡Buenas noches!

Capítulo XV

—Me dejarás pagar el vino, ¿verdad? —pregunto.

Después de los días de frío que hemos tenido, este domingo ha amanecido espléndido. Ya anoche, al salir del coche para acceder al parador, la bonanza de un cielo cuajado de estrellas prestaba al fugaz instante del final crepuscular, una calma que mostraba las trazas de la mañana con que nos ha amanecido y de la plenitud radiante de este diáfano prodigio de mediodía. Hemos llegado temprano. El parador los domingos, y si son como hoy más, es elegido por todos los que deciden comer fuera como lugar obligado y, con la misa mayor, la cerveza “ca Onofre” y el ratito de charla bajo los soportales de la plaza, la compra del periódico en el kiosco de Félix, el deseo de lucimiento de las señoras de lo último comprado en Salamanca o Castrovero y el deseo de estar al sol después de las horas de obligada reclusión por los imponderables atmosféricos, tienen todavía el comedor acristalado donde nos hallamos, entre preparativos, y nos permite a los tres disfrutar a nuestras anchas el aperitivo. Marta ha pedido un zumo de tomate, y Sonia y yo, una cerveza alemana. Para acompañar, las magníficas almendras fritas del parador, una estupenda hueva a la vinagreta y unos boquerones, que según nos ha asegurado Luís, aunque sea domingo acaban de bajarlos del camión frigorífico, de donde han llegado desde Alicante después de haber sido cargados hace apenas tres horas en plena lonja, luego de desembarcados vivos a primera hora. Así que estamos

comiendo en pleno centro de España, como se dice en mi tierra, “pescado de la barca”. Si los prueban ustedes recién fritos, verán que pueden creer a pié juntillas lo que Luís les diga.

–Después de esta maravilla de aperitivo –me contesta Marta a propósito de lo del vino– no voy a poder negarte nada de lo que me pidas.

–Si ya te decía yo, mamá, que es un viejo astuto. Se ha aliado con Luís y con Sergio para, a base de exquisiteces, anular nuestra voluntad y hacer con nosotras lo que quiera.

–No, en serio –protesto–, voy a pedir un “reserva del 82” que me tiene guardado mi “alumno” para las ocasiones, que os va a dejar sin habla...

–A mí, seguro –me interrumpe Marta–, no pienso probarlo.

–Éste si lo probarás, aunque sólo sea un poquito. Verás que maravilla. El vino de Onofre, aunque riquísimo, es una cosa y esto, otra muy distinta. Todos los médicos recomiendan como tú sabes muy bien, una copita de vino tinto al día, y para los hombres dos. Así que obedeceremos como buenos pacientes y, naturalmente, tú a la cabeza que para eso eres personal entendido en salud y los remedios para no perderla, y tienes que dar ejemplo.

–Venga, probaré unas gotitas, si tú quieres.

Luís llega con la botella, la descorcha, me da el tapón como suele hacer y, después de llevármelo a la nariz y hacerle un guiño de asentimiento, lo vierte con sumo cuidado en un decantador para que oxigene bien durante un rato.

–Mientras esperamos un poquito que el vino esté a punto, insiste en la cocina para que nos preparen otra de boquerones, por favor –dice Marta, mientras Sonia aplaude alborozada.

–Tráenos también otra cervecita y el jugo de tomate, Luís, por favor, que paga la boticaria.

–¡Niña!, más respeto a tu madre, ¿qué es eso de boticaria? –bromea Marta.

–Para mí –contesta Sonia–, la boticaria más bonita del mundo, y la más buena y mejor madre que pisa la faz de la tierra.

–¿Me dejáis que me sume a esa opinión, por favor?

–Con sumo gusto, Don Javier –bromea Sonia, sonriente.

–Bien, pues ahora dejadme hablar que os tengo una sorpresa. Después de comer, iremos con el coche hasta la estación para devolver el billete de Sonia, porque ya no se va a Cáceres en el tren sino que la llevo yo –meto la mano en el bolsillo y saco un llavero con tres llaves–. Éstas son del apartamento amueblado que he alquilado en Cáceres, por un mes –con el llavero en la mano, voy separando las llaves de una en una– del portal, del garaje y del piso. He dado a Pili un mes de vacaciones pagadas y, esta tarde, ya puedo ocupar el apartamento. Está amueblado, limpio, y me han asegurado que dispuesto para ser usado desde ahora. ¿Qué les parece a ustedes?

El juvenil rubor tan atractivo, que ya me va resultando de lo más familiar, ése su brillo en los ojos verdes, y las lágrimas apresuradas que le resbalan por las mejillas, se me abalanzan, precedidas de los brazos que me aprietan el cuello y dos sonoros besos acompañados de un susurro quedo en mi oído derecho, que se me lleva el alma a su conjuro: “te amo, te amo, te amo”. Sonia se vuelve a sentar, cuando una copia de los ojos en lagrimas que ha enjugado mi barba se me ofrece ahora en la cara de Marta, con un rubor parecido, un brillo semejante y un dejo en la voz emocionada que no permite ser ocultado.

—Gracias, Javier —suena como un murmullo la voz de Marta—. Muchísimas gracias. Pero, no comprendo, ¿tan pronto? ¿Cómo puedes tener ya las llaves del apartamento?

—A ver. Escuchad un momento que os explique. La primera gestión la hice el mismo viernes. Llamé a mi hijo porque sabía que él a veces, cuando ha de viajar a distintos sitios, en vez de irse a un hotel, suele alquilar algún apartamento a empresas que te los facilitan, ya sea en urbanizaciones, apartoteles etc. Bien, pues después de comer le llamé y me dijo que precisamente conocía, por haberlos visitado en alguna ocasión, unos apartamentos en Cáceres gestionados por la misma empresa de la que él se suele servir. Habló con ellos y supo que había uno disponible. Cuando estuve con vosotras ayer por la mañana, ya estaba reservado, y por la tarde me enviaron por transporte urgente las llaves con la dirección y el contrato en el que se me cede su disponibilidad durante un mes.

Las caras de asombro de las dos mujeres constituyen todo un poema, un bello poema por partida doble, pues estas preciosidades parecen por un momento dos ruborizadas hermanas gemelas, apretándome cada una la mano que le queda más cerca con tal vehemente expresión de agradecimiento que me conmueve. Luego, madre e hija se besan, y así, abrazadas, con las caras juntas mirándome, me sonríen con lo que interpreto como una mirada velada, pues las lágrimas no dejan de brotar de sus ojos plácidamente.

—Venga, que se va a calentar la cerveza mientras se enfrían los boquerones. Todo al revés de como debe ser. Menuda bronca nos va a soltar Luís como se aperciba de que no hemos tocado el riquísimo “pescaíto” que con tanta diligencia nos ha traído. Hala, Sonia, tomemos nuestra cerveza, y tú, Marta, apura tu jugo de tomate, que

el vino debe estar ya apunto. ¡Brindemos por mi estancia en Cáceres! Aunque sólo sea por un mes que pasa en un suspiro, ya me he cerciorado de que existe la posibilidad de prorrogar el contrato. Aunque por no malacostumbrar a Pili, conviene no pasarse de momento. Vamos, levantad las copas y ¡salud!

—Está muy bueno el vino, Javier. Tenías razón —dice Marta, no sé si para halagarme o porque realmente lo piensa—, el no probar el alcohol fue una decisión tomada en mi juventud a consecuencia de los problemas que trajo a la familia el alcoholismo que mi padre padeció durante muchos años y que al final terminó matándolo. Esa fue la causa del creciente rechazo que todo lo alcohólico terminó creando en mí y que, un buen día me hizo tomar la decisión de no beber. Hoy, he de reconocer que este vino es magnífico, y te agradezco que hayas insistido en que probara un poco. De todas maneras, sólo ha sido un poquito porque tengo miedo de marearme y empezar a decir tonterías. Pero, ahora dime, Javier, si ya tenías decidido ayer alquilar el apartamento, si incluso estaba prácticamente ultimado todo, ¿por qué no dijiste nada? ¿Por qué dejaste que pensáramos que no dejarías Castrosantos en ningún caso?

Sonia no dice nada. Sólo me mira con una mezcla de agradecimiento y amor, cuyo efecto a la vista es tan impactante que me supera. Necesito para hablar hacer un enorme esfuerzo y casi me entran ganas para salir del estado de conmoción que me provoca sentirme amado así, hacer algún disparate como gritar o golpear la mesa, para evitar la sensación de indefensión y vértigo que siento por haberseme colocado por encima del lugar que realmente siento que debo ocupar.

—El que no os adelantase nada tiene, naturalmente, su explicación. Cuando se llega a una edad como la que yo

tengo, al no encontrar uno a mano alguien con quien se pueda consultar qué hacer y qué no al levantarse por la mañana, se ha de dejar que las cosas transcurran lentamente, para que en el propio discurso tranquilo de lo que va sucediendo se pongan de manifiesto en su total realidad y sean capaces de ser vistas desde un punto de observación que no disturbe ni confunda la contemplación de la panorámica. En el mirar de lo que sucede sin apresurarse está el descubrimiento del mayor número de detalles que acompaña a lo que se ve, y uno encuentra la confianza de que todo será contemplado de manera integral y por tanto en la mejor disposición de sopesar pros y contras. Tal vez mi exposición va a ser algo prolija y puede que inadecuada para una sobremesa, pero como pretendo ser parte de vosotras, del mismo modo que ya sois parte de mí, seguro que es necesario mostraros un poquito más de lo que hay en mi interior. Mirad, sólo soy un hombre mayor y mi reino es la incerteza. Para mí, la máxima socrática que toma la ignorancia de partida como inicio de todo conocimiento posterior al que se llega a través de la reflexión me parece la mejor elección para llevar en la alforja con el amor, el pan y el vino, al iniciar la andadura. “Sólo sé que no sé nada” no es sólo para mí una frase afortunada rebotando en las columnas del ágora, es el convencimiento de estar de parte, aún hoy de que el conocimiento ha llegado tan lejos, ¿no será que lo ha hecho porque quienes lo han llevado hasta aquí, partieron del mismo principio?, de que mi vida, aquello que se me ofrece, el mundo que percibo e incluso el que no, se resume en lo que de incerteza tiene todo aquello que se nos pone delante para ser considerado, para ser ponderado. Para mí, incerteza e incertidumbre no son términos sinónimos sino, de alguna manera, opuestos. La carga de sorpresa, el matiz de lo inesperado, de fortuito, de repentino, de ins-

tantáneo, de impensado que arrastra la incertidumbre, la colocan en el otro extremo de lo permanente, continuo, general, filosófico y vital como es la incerteza. La incertidumbre asusta, encoge, empequeñece, limita, constriñe y tal vez puede llegar a un punto de crispación que acabe por anular. La incerteza es serena, estable, discreta, consciente del estado y el sitio real del hombre y las cosas, de lo relativo que hay en cada situación, del equilibrio que ha de presidirlo todo. Si la incertidumbre lleva a la confusión y el desamparo, la incerteza lo hace a la serenidad y la confianza, a la reflexión tranquila que no ha de determinar nada y, si se formula, por establecer una hipótesis, una previsión, recibir con una sonrisa sabia el resultado aunque no se obtenga aquello que se ha preconcebido. Ya sé que si la vida fuese sólo incerteza la visión del final del camino nos abocaría irremisiblemente a la tan temida incertidumbre, precisamente por lo inconcreto del punto de llegada, de la meta donde las cosas acaban. Pero para eso siempre podemos llamar en nuestra ayuda a las verdades. Éstas, por serlo, no necesitan demostración. Las verdades son muchas menos que las incertezas, pero pesan más que todas ellas juntas. Esas verdades de nuestra vida que se encierran en el fondo irrefutable del corazón, son entre no muchas más: Dios, amor, amistad, fidelidad, respeto, lealtad, tolerancia, dignidad... Pensaréis que a qué viene todo este discurso y voy a tratar de explicarlo. Cuando ayer por la mañana yo intentaba poner sobre la mesa toda una serie de realidades y anotaba ciertos contratiempos y peligros tal como podrían posiblemente ser considerados, no quería decir que la visión de los aspectos inconvenientes estuviera por encima de mi capacidad de llevar a cabo lo que conviene. Dejar a la realidad que actúe es lo que pienso hacer. Así que me voy por un mes a Cáceres y después ya veremos cómo evoluciona esa reali-

dad a la que de alguna manera pongo en la obligación de tenerse que manifestar. Permitir que las cosas actúen es lo que hago. Ahora tengo las llaves, y en este momento las muestro, y alborozado me congratulo en el alma del placer de la sorpresa que os habéis llevado y que me ha permitido seguir comprobando con ayuda de la emoción que astutamente acabo de provocar en vosotras, lo enormemente bellas que son estas dos maravillosas mujeres de mi vida.

—¡Será bandido!, después de los besos que te acabo de dar, cuando termines de comer te voy a matar por la de lágrimas que nos estás haciendo soltar. Menos mal que el sitio es discreto y que nadie nos ha visto llorar como bobas pero... Bueno, no es verdad, a pesar de todo siento que te quiero mucho, con todo y la llantina que por tu culpa acabo de soltar.

—Yo también os quiero. Y venga, vamos a pedir la comida, que ya empieza a llegar gente y debemos estar servidos antes de que esto acabe por llenarse.

Capítulo XVI

Afortunadamente, no se ha hecho muy tarde para salir hacia Cáceres y estamos en camino. Sonia tenía la maleta dispuesta, y el pequeño inconveniente que suponía devolver el billete y regresar para recoger el equipaje y las últimas cosas de casa que habíamos de llevar, se ha resuelto en un momento. Madre e hija han soltado una lagrimita al despedirse y a mí nadie me ha llorado porque no he dicho a persona alguna salvo Sonia y Marta que me voy. Ya lo justificaré más delante de una forma u otra. Ha habido un momento, no obstante, en el que he estado a punto de venirme abajo y ha sido cuando Marta me ha abrazado sollozando y con dos besos fugaces me ha dicho: “cuídamela, por favor, es lo único que tengo”. Le he cogido la cara con las dos manos y le he dicho que pondré mi vida en ello.

Como he bebido dos cervezas y, prácticamente, toda la botella de vino pues las dos mujeres sólo han probado un poquito, conduce Sonia. Lo hace bastante más deprisa que yo pero con gran soltura. Como ve que tengo un poco de modorra, ha sintonizado música en “la uno” de Radio Nacional. Creo que está sonando “*La Traviata*” y, aunque me gusta mucho Giuseppe Verdi, los vapores del vino favorecen el que la sensación de sueño se haga más manifiesta. Cuando me despierto, he dormido como tres cuartos de hora y me encuentro mucho mejor.

—Vaya sueñecito más rico, ¿eh, Javi?

Me encanta que me llame “Javi”. Mi hija pequeña siempre lo hace y me produce una gran ternura. Recuerdo, por ejemplo, cuando de pequeño yo llamaba cariñosamente a mi padre Andresico. No obstante se da una cierta lucha de sentimientos encontrados entre el placer que me produce el detalle de afecto de esta mujer a la que tanto quiero y la pena de que vayan desapareciendo para los nombres de pila nuestros diminutivos clásicos, por culpa del inglés. Con esta pérdida falta también la carga afectiva añadida que los acompaña, con la sensación de que algunas de nuestras raíces ya no nos sostienen. Ya sé que exagero, pero se me antoja que es como si perdiéramos pie y nos viésemos privados en un momento, de la firmeza y seguridad que suponen, para el afianzamiento de nuestro yo y nuestra posterior autoconfianza como adultos, los acentos de la nana que nos cantaban de niños, el cuento con el que nos dormíamos o el arrullo del latir del corazón de nuestra madre mientras nos daba el pecho. Los matices cariñosos de las palabras y la capacidad que tienen para hacerse presentes cuando se las escucha nos sujeta a la tierra donde hemos nacido, haciéndonos partícipes de ella. De ahí la sensación de ser expoliados que deben sentir todos los que a la fuerza se ven privados de la lengua a través de la cual se fue conformando todo lo que a uno lo constituye. No obstante, aunque importada, y tal vez por recordarme a mi hija y también por extensión a mi tierra, la frase de Sonia me llena de ternura, y casi sin darme cuenta le digo:

—Te quiero.

El coche hace un extraño viraje pero enseguida vuelve al lugar donde debe.

—Si cada vez que te despiertes lo vas a hacer con esas palabras, más vale que te vuelvas a dormir ahora mismo. Pero dímelo despacito y con cuidado si no quieres que nos

matemos. ¿Te das cuenta de que es la primera vez que me lo dices en singular? Cuando lo has hecho antes, has incluido siempre a mi madre, pero como ahora nunca lo habías hecho, amor mío.

—Tú sabes que te quiero, Sonia. Lo que pasa es que con la vejez, la prudencia a veces se saca de quicio y se manifiesta de manera extrema. Será eso, creo yo.

—¿Has de ser prudente para quererme, Javier?

—Tal vez sí en las palabras. Aunque en los hechos creo que no lo soy tanto. Cuando antes os decía que mi reino es la incerteza, ahora pienso que tal vez también lo sea la prudencia. Pero en esto no creo ser nada original a mi edad. Puede que lo extraño fuera lo contrario. Mi joven reina, a muchas cosas tendrás que acostumbrarte para estar conmigo, desde la envidiable atalaya de tus veintitrés años, y asumir y respetar las más, si es que no quieres caer como mínimo en el desánimo y en la melancolía. Pero con prudencia o sin ella, quiero que sepas que te quiero como nunca pensé que llegara a volver a querer a nadie.

—No te preocupes, cariño, todo se andará con el tiempo, respecto a aquello a que me habré de acostumbrar y a la mayor confianza y desparpajo que tengas, mi amor, para decirme cosas bonitas. Yo también te quiero muchísimo, vida mía. Por cierto, me acabo de acordar de que no me has dicho nada de lo que te pareció mi fiesta de cumpleaños.

—Extraña. Me pareció extraña.

—¡Habrás visto, descarado, estúpido. ¿Por qué extraña?, ¿se puede saber? ¿Acaso no iba guapa con el modelito que me puse para gustarte a ti? Por cierto que, maldito el caso que me hiciste en toda la noche. Que parecía que te ibas a comer a Mercedes y a las maestras jóvenes con tantas atenciones. Te creerás que no me di cuenta de cómo te

comían con los ojos las maestritas. Si lo llego a saber, pronto iba yo a permitir que mi madre las invitara. Encima, se tragaron los pedazos más grandes de tarta, que yo había partido para mamá y para ti. Como eres tan fino... Bueno, estoy desbarrando, tampoco fue para tanto. Es que cuando veo a alguien coquetear contigo, me pongo de un genio que me llevan los demonios. Y es que me tienes coladita, “Don Juan”, calavera. ¡Quién lo diría, con lo guapa que soy y lo que gusto por ahí!

—Eres la mujer más preciosa que he visto en mi vida —digo y, otra vez el coche vuelve a hacer un extraño.

—Por Dios, Javi de mi vida, no te pongas tan cariñoso que paro el coche, me quito la ropa y te me echo encima. No me tientes que soy muy capaz. ¿De verdad te parezco guapa? ¡Ay Dios mío, que me va a dar algo! ¡Me estoy poniendo que no voy a poder dar pie con bola! ¿Quieres tener compasión de mí, por favor? ¡Qué sofoco, Señor! Anda, toma el coche que ya se te habrá pasado la “media tajada”. Conduce que yo tengo cosas que ir haciendo.

Para el coche a la orilla de la carretera y me besa con ardor. Levanta su suéter, desabrocha la blusa y mete con la suya, mi mano entre sus pechos. No lleva sujetador y sus pezones, cuya caricia va alternando mientras me lleva la mano de uno a otro, arden bajo mi palma fría. Su lengua escudriña hasta el rincón más íntimo de mi boca mientras una tumultuosa erección a cuya provocación últimamente me tiene tan acostumbrado, se produce bajo la tela de mi pantalón. Sonia lo advierte, y soltando la muñeca del brazo que me ha llevado a sus pechos, mientras con una mano tira hacia arriba de la cintura del pantalón, con la otra baja la cremallera, desabrocha el botón del calzoncillo y se hace con el sexo con un ardor salvaje e incontenible.

—Por favor —le suplico— deja eso, cariño, ya tendremos tiempo al llegar a casa —le aparto la mano suavemente, besándola con dulzura en la frente—. Si aparece alguien, va a resultar violento —le digo “de boca para afuera”, pero deseando en el alma que empiece con aquello con lo que ya se adivinaba que iba a continuar, dado el ademán descendente de su cabeza.

Noto cómo me resbala el sudor por la frente y siento mi cansado corazón a punto de estallar.

—Tienes razón —dice con una sonrisa, mientras vuelve a besarme en la boca, esta vez rozándome tan sólo.

Apresuradamente, va cerrando los botones sobre su pecho y bajando su suéter mientras dice:

—Anda, arréglate tú lo tuyo mientras salgo un momento que me dé el aire y me baje un poco la calorina que he cogido, ¡bandido, que eres un bandido! ¡Vaya con el viejecito, que me pone a cien!

Voy cerrando la cremallera del pantalón y, como estoy todo despeinado y con los faldones de la camisa fuera, yo también salgo y me compongo un poco. Menos mal que el coche está en una ancha zona a la derecha de la carretera, entrada a una antigua casa de peones camineros. Con las manos echo un poco hacia atrás el pelo enmarañado y pongo en su sitio el suéter, la camisa y el resto de mi atuendo, con tal de tener un aspecto algo más presentable y sobre todo, encontrarme más cómodo bajo la ropa. Una vez un poco más compuestos y luego de haber respirado unas bocanadas de aire fresco extremeño, entramos en el coche, cambio de emisora y aparece la voz amiga de Pepe Domingo y “El Carrusel Deportivo de la S.E.R.” Me parece de perlas para rebajar un poco la tensión y, con Sonia apoyada en mi hombro, cojo el volante y retomamos el camino, pidiendo a Dios en mi fuero interno que nos infunda algo de tranquilidad, por lo menos

hasta que lleguemos a Cáceres. Al cabo de un ratillo de escuchar la radio, Sonia la apaga.

—¿Por qué te pareció extraña mi fiesta de cumpleaños, Javier?

—Tal vez fuera yo el extraño y no la fiesta. A pesar de lo que dices que te pareció mi actitud, exceptuando a tu madre, el resto de las personas que compartían mi mesa no son gente con la que tenga demasiada confianza. Después, la aparición repentina de Tomás y su actitud para contigo durante toda la noche, me tuvo bastante nervioso, he de reconocerlo. Este chico, ¿no estaba de viaje de estudios? ¿Cómo se presentó tan repentinamente? ¿Qué te dijo? Bueno, más bien tendría que preguntar qué no te dijo, porque anduvo toda la noche detrás de ti como un perrito sin dejarte un momento “ni a sol ni a sombra”. Cómo era de noche y a cubierto, no sé si la expresión es la más acertada.

—Al parecer, ya que se dirigían a Sevilla, que conoce bien por visitar con frecuencia a unos tíos que viven allí, prefirió venir a mi fiesta y reincorporarse hoy al resto del grupo de los “telecos”.

—Ya, ya se le notaba en la cara y en los ademanes, que no estaba dispuesto a dejar pasar la oportunidad de andar todo el rato pegado a ti como una lapa.

—Mi amor está celoso. Eso me encanta. A que voy a tener que agradecer al “atontao” ese de Tomás que apareciera sin avisar. Por cierto, que también estaban los padres en vuestra mesa. No sabes la gracia que me hizo cuando te saqué a bailar y te decía muy bajito, para que nadie se diera cuenta, que te amaba, y la buena señora de Doña Sandra te gritaba, viendo al hijo con la pinta embobada y los ojos de cordero “degollao” mirándome, “ande, Javier, ya ha bailado bastante. Véngase con los de su edad y deje a los jóvenes, que ellos se entienden mejor sin nosotros”.

Y la cara de circunstancias que me ponías, que todavía hacían aumentar más las ganas de reír que me entraban. Naturalmente, no tuviste más remedio que dejarme en brazos “del Tomasito”, que nada más agarrarse a mí me dijo: “parece que le gustas mucho al viejo maestro”. A lo que le contesté: “más me gusta él a mí. No es nada viejo. Y por supuesto ya quisierais muchos que os las dais de jóvenes tener la personalidad, la juventud madura y la clase que tiene Don Javier. Por supuesto, se mosqueó y me dejó tranquila un rato, pero enseguida se le olvidó el agravio y continuó “babeando”. Qué le vamos a hacer. Luego me reía, recordando cómo andaba dando vueltas alrededor de nosotros dos mientras bailábamos, siempre a la que salta como si hubiese sido mi guardaespaldas. El pobrecito no se da cuenta de lo “plomo” que resulta.

—Verdaderamente, estabas preciosa y muy sexy, como se dice ahora. Cuando bailaba contigo, todo eran deseos de cogerte en brazos y representar una nueva versión del “rpto de las sabinas”. En mi vida he bailado con una mujer tan bella como lo hice en el instante que nos dejaron anoche juntos. Lástima que fuera tan breve. Claro que estaba celoso, celosísimo como un marido contrahecho casado con una joven doncella.

—Tú no eres contrahecho, mi amor, sino uno de los hombres más atractivos que conozco, y no creas que lo pienso yo sola. En la fiesta, te miraba la mujer del secretario, la del guardia, las maestras jóvenes y hasta alguna de mis amigas, con las cuales ya hablaré yo seriamente.

—Serían Isa y Bea, por estar al cabo de la calle de lo que hay entre tú y yo. Pero eso es más propio del morbo que pueda despertar nuestra relación y las circunstancias que la rodean, que un verdadero interés por mí. Cualquiera que te mire a ti primero pensará lo mismo.

—Que no es eso, Javier. Los hombres no os enteráis de nada. También he de hablar largo y tendido con esas dos, que te ponen unas sonrisitas que me las tiraría al cuello, ¡serán traidoras! Tú eres mío, ¿lo sabes?, y nadie te me va a robar mientras yo viva. Eso tenlo por seguro. Entre tanto disponga de un par de brazos, no voy a permitir sin luchar hasta el final que nadie me robe lo que más quiero. Así que entérate, ¿vale?

—Pero, mi niña, ¿me has visto? Aunque lo que dices es muy halagador, ¿te crees que soy Giacomo Casanova? Pareces la heroína de una zarzuela castiza. Si alguno de los dos puede albergar temores, ¿no parece un poco ridículo que seas tú?

—Amor de mi vida, es que cuando me pasa por la cabeza que podría estar otra vez como antes del día en que me colé en tu cama sin pedir permiso, me dan unos nervios que no sé lo que digo. Ahora vayamos con cuidado que ya estamos entrando y aunque creo que está cerca de donde vivo, exactamente no sé dónde queda la urbanización.

—Creo que estos apartamentos se alquilan especialmente en verano, están dotados de piscina y forman parte de un complejo que consta de cafetería, bolera, discoteca, cines, supermercados, etc. Todo eso nos vendrá muy bien los fines de semana especialmente, pero además, como no está lejos de la Universidad, podemos comer todos los días en la misma urbanización, en cualquier self service y así evitamos la incomodidad de tener que andar cocinando. Para merendar ya podremos, si nos parece, preparar algo por nuestra cuenta. Por un mes, los ahorros de un viejo no han de resentirse por no comer en casa y, aunque así fuera, ¿dónde mejor podría invertir mi pequeña fortuna que con la mujer de mis amores?

—Javierito mío, no empieces otra vez con cariños que me voy a poner pegajosa y nos la vamos a pegar. Venga, sigue que ya debemos estar al llegar, porque ahí cerca queda la “Info” y al final de esta calle que tenemos a la derecha es donde yo vivo.

Efectivamente, un poco más adelante aparece un complejo con varias piscinas en su centro rodeadas de jardines y un gran aparcamiento exterior. A la izquierda, un luminoso intermitente nos indica la oficina de información. La bienvenida nos la da una señorita uniformada, nos facilita un plano con la ubicación exacta del apartamento y el lugar de entrada del estacionamiento subterráneo cuya llave de seguridad me fue también enviada. Como sospecho, el paso es franco durante el día y sólo de madrugada cada cliente dispone de su llave para salir o entrar.

Dejamos el coche en el sótano y subimos directamente hasta la tercera planta donde se halla el apartamento. El aspecto alfombrado de los accesos, las cortinas en las ventanas y la cara decoración de los pasillos, son una antesala del tipo de vivienda que vamos a encontrar. Consta de un amplísimo estudio a dos alturas, con pantalla de plasma, música ambiental, DVD, mueble librería que ocupa dos paredes en ángulo, mesa escritorio de buen tamaño con teléfono, papel de escribir, propaganda del establecimiento hotelero que regenta el complejo, plano callejero de Cáceres, guía turística de la ciudad, eventos culturales, programas de televisión de todo el mes, cines teatros, conferencias etc. Así no me extraña que a mi hijo le guste que esta empresa gestione sus estancias fuera de casa. En el nivel inferior del salón estudio, mesa de comedor alargada con seis sillas, mueble bar equipado, dos cómodos sillones y una gran puerta de cristales que comunica con una terraza inmensa escalonada respecto de las dos infe-

riores y las tres superiores y también a ras de suelo, con los bungalows con jardincito propio desde los que se accede directamente a las piscinas. En la terraza, gran mesa de mimbre y cristal con seis cómodos sillones, también de mimbre. A modo de baranda, un muro corrido con una ancha hendidura a todo lo largo, rellena de tierra a modo de amplia jardinera con geranios en flor de todos los colores. En la parte interior del muro florido, como a diez centímetros por encima, pero fijado al lateral para que no estorbe la vista floral, un pasamanos cromado en plata, perfectamente pulido, permite apoyo a quienes, como ahora Sonia y yo contemplan desde arriba la imponente panorámica. Un sistema de riego por goteo, camuflado bajo el reborde de la jardinera, con un mecanismo de tiempo, supongo, pues la tierra está húmeda y las boquillas de goma del sistema dejan escapar aún alguna gota, permite la correcta irrigación del pequeño jardín y la lozanía de su aspecto. Junto a la puerta doble de cristales por la que se accede a la terraza, existe otra gemela que comunica con el dormitorio. Aunque está cerrada por dentro, como tiene las cortinas corridas y la luz de dentro está encendida –hemos debido accionar algún interruptor general– desde la terraza podemos ver el interior de una amplia alcoba muy bien decorada y con gruesas alfombras de largo y suave pelo, alrededor de la cama y sobre el parquet encerado. Para poderla ver mejor, damos la vuelta y a través del estudio, accedemos a ella y comprobamos que, una vez dentro, la sensación de placidez incluso se multiplica. Desde el dormitorio, un cuarto con bañera de hidromasaje y una ducha que también lo permite, lavabo de dos senos y paredes de mármol rosa pálido, surtido de albornoces, toallas y material para la higiene, tanto masculina como femenina, nos muestra su inmaculado orden

y limpieza y la confianza de un confort asegurado que no admite duda.

—Qué maravilla, pagar este apartamento te va a arruinar, Javi mío. ¡Qué remordimientos estoy sintiendo por haber hecho que caigas en un derroche como éste! Bueno, ya te lo compensaré, no te quepa duda. Por cierto, como estoy tan cerca de donde tengo que asistir a mis clases, ¿me dejas que me quede esta noche contigo? Te prometo que no te molestaré nada. Anda, “porfa”.

—Señora, ha tomado usted posesión de su casa. Mi-remos en la nevera, por si han tenido el cuidado de dotarla como han hecho con el bar e incluso podremos tomar algo antes de irnos a cenar.

—Muchas gracias, caballero mío. ¡Huy, cómo te quiero, ladrón! Me da un pellizco en la mejilla y, a continuación, de la mano me lleva de nuevo al estudio.

Una puerta corredera comunica con la cocina. Ahora me fijo que cuenta con un office al estudio. Al entrar comprobamos que tiene una ventana que mira a la terraza. Como suponíamos, la nevera está provista. Debajo de la barra un pequeño botellero contiene ocho botellas de vino “rioja, crianza, tinto”.

—¿Desea la señora vino o cerveza?

—Una cervecita, por favor. Y mira a ver si hay algo para picar.

Busco en los armarios. Uno de ellos tiene clasificadas latas con distintos productos. Elijo una de almendras tostadas y otra de aceitunas rellenas de morrón. De un cajón me hago con un mantel pequeño y servilletas, palillos, dos bandejitas para los aperitivos, copas de cerveza, un abrebotellas y los botellines. Pongo todo en una bandeja más grande y me dirijo a la terraza donde coloco el mantel sobre el immaculado cristal de la mesa, y luego lo demás. Vuelvo a entrar y apago todas las luces del interior. De

una repisa del mueble bar me hago con dos velones con sus correspondientes velas. Una vez fuera, las enciendo. Al tomar asiento junto a Sonia advierto complacido lo bien que se está. Como conservamos nuestros abrigos y la tarde de febrero está en calma, nos encontramos a placer en esta preciosidad de terraza, viendo las flores con la luz exterior y contemplando el agua tranquila de las piscinas y el bien cuidado jardín a nuestros pies.

Al salir con la idea de cenar algo, atrae nuestra atención un local abierto donde se anuncian todo tipo de platos combinados. El establecimiento tiene música en directo y nos decidimos a entrar. El ambiente, aunque estemos en invierno, es el mismo que en verano puede verse en lugares de costa. Comida rápida y sangría, amenizadas por un piano, un acordeón y una señora que canta cualquier cosa que el público le pida. Para que la gente se haga una idea, en cada mesa hay una tarjeta donde aparecen por orden alfabético temas de música latinoamericana, francesa, italiana y alguna canción española de actualidad o versiones en español de canciones inglesas y americanas. Que estemos en esta época del año no parece importar porque el local está totalmente lleno, la comida es buena y el trío que actúa lo hace francamente bien. El volumen de la música es discreto y concretamente, los tangos que los habituales piden con frecuencia suenan estupendamente en la voz femenina, mientras el piano y el acordeón ponen un contrapunto más que aceptable a la interpretación de la mujer. Al final comprobamos que los tres son argentinos, ya no sólo por el acento y el dejo porteño con el que dedican las canciones, sino por el nombre de “Aires Bonaerenses” que aparece en la tarjeta con el lugar de nacimiento de los componentes. Alguien pide un tema en francés y compruebo gratamente que tanto el estilo como el acento de la dama son muy buenos.

Hemos pedido dos platos combinados a base de bistec de ternera, huevos, ensaladilla rusa, ahumados y patatas fritas. Para acompañar, la cerveza alemana que tanto nos gusta. La música de Charles Aznavour que interpreta la gruesa dama porteña veo que empieza a poner romántica a Sonia, que me mira de vez en cuando con unos ojos que me transportan al cielo.

—¿Quieres que nos vayamos? —le digo.

—No, por favor, la música es preciosa. Pidamos algo de postre, café y “magno” y salgamos a bailar un poco, que quiero hacerlo contigo con esta música tan bonita, ahora que nadie nos conoce y podemos bailar tranquilamente. Qué pena me dio no poder hacerlo el día de mi cumpleaños, por estar todo el mundo pendiente de nosotros. Muy cerca de la tarima que los músicos utilizan hay una pista de baile no muy grande donde las parejas se abrazan arrulladas por la música. Sonia se levanta, toma mi mano y me lleva hasta el mismo borde de la tarima, desde donde la cantante nos sonríe cuando ve que nos acercamos. En aquel momento la canción termina y como consuelo nos dice, dirigiéndose a Sonia:

—A ver, pareja, ¿qué queréis que os cante?

—Algo de Modugno, por favor.

—In italiano?

—Ma sì, la prego. Grazie.

—Come parla lei tanto bene l'italiano?

—La mia famiglia è emigrata da Regio. E lei? Come mai?

—L'ho studiato a scuola.

—Va bene. Vi piace la canzone “*Amara terra mia*”?

—Ma certo. Grazie. Come è bella!

—Prego, carina. Per voi. Un bacio.

La mujer empieza a cantar acompañada por el pianista. Sonia y yo nos abrazamos y enseguida un puño de nos-

talgia infinita me oprime el corazón cuando me va traduciendo en un susurro el significado que las palabras que esta bellísima canción encierra “*Sol en el valle, sol en las colinas,/todo parece estar fuera del tiempo./Adiós, amor, adiós, me marchó lejos,/amarga tierra mía, amarga y bella...*”³ Por motivos distintos, tal vez, nuestros ojos se llenan de lágrimas y cada gota de su llanto y del mío que coinciden en las mejillas compartidas es un compás de emoción añadido al sentimiento que crece sumado al sentimiento, de la poesía que desborda la poesía, de la diminuta pizca de la añeja ternura perdida, puesta sobre la olvidada ternura recobrada, del abrazo entre los restos de un alma que ya no siento mía, con las trazas de un alma reencontrada. Y el abrazo de la tierra que me vio nacer, lo mismo que me dejó ir sin detenerme, pellizca en mi interior como en tanto tiempo no hacía, aupada en el timbre cadencioso de la voz que canta, y acunada entre los dulces brazos de la mujer que llora en mi mejilla, diciéndome ternezas, no sé sí traducidas, y que no me atrevo a juzgar salidas de su corazón, por no arrancar de mi vida años a los años, por no robar la vida de la vida, por no añadir más optimismo a la esperanza, que todo exceso es malo, aunque lo mucho que se nos ofrezca fuere de lo mejor.

Cuando la señora acaba la canción, baja de la tarima y nos besa a los dos diciéndonos:

–Perdonad, por favor, pero ahora hemos de cenar nosotros también y descansar un poco. Permíteme una pregunta, preciosa: non siete sposati. Vero?⁴

–È vero, ma...?⁵

³ Ana Belén. *Viva l'Italia. Amarga tierra (Amara terra mía)*. Adap.: Víctor. San José. Ed.: BMG Music Publishing Spain.

⁴ *No estáis casados. ¿Verdad?*

⁵ *Es verdad, ¿pero...?*

—Tened mucho cuidado, por favor. Mucha suerte.

La dama se marcha con sus dos compañeros, y nosotros, por no romper la grata sensación que la canción nos ha dejado, pagamos la cuenta y abandonamos también el local.

Al salir, la bonanza de la noche resulta muy agradable. El paseo hasta el apartamento, cogidos del brazo, muy juntos, se nos hace un suspiro. Ya en casa le pregunto:

—¿A qué hora comienzas mañana las clases?

—Los lunes, a las ocho y media, así que saliendo media hora antes, incluso tengo tiempo de tomar algo en la cafetería antes de ir a clase.

—No te preocupes, ya te llevaré yo y así ese café lo tomamos juntos antes de tu clase, ¿te parece?

—Muchas gracias, mi amor, perdona un momento que voy a ir al cuarto de baño. Enseguida vengo.

Cuando Sonia se va, busco entre las botellas y encuentro una de “cognac” en el mueble bar. No hay brandy y menos “magno”. Ya compraré una mañana. Me sirvo un poco y espero. Pongo la televisión. En un canal local se muestran teléfonos de “contactos” sobre imágenes de chicas desnudas. Apago el televisor y cojo una revista de la mesita. Es de la semana pasada. La ojeo. La dejo y tomo uno de los folletos que hay sobre la mesa escritorio. Uno de ellos reza: “Cáceres cultural”. Cinefórum. Auditorio Universitario. El surrealismo en el cine. “*Un perro andaluz*”, Luís Buñuel. El surrealismo en la poesía. Luís Cernuda. Miércoles, 23 de febrero, 18,30. Entrada libre. Oigo a Sonia que vuelve.

—¿Dónde queda el auditorio universitario?

—Muy cerca de la “Info”, ¿por qué?

—Por lo visto, dan unas charlas sobre surrealismo con cine y poesía y me gustaría...

Estoy oyendo su voz pero aún no la veo. Aparece con un salto de cama transparente y una braguita tanga que tapa lo que esas minúsculas prendas suelen cubrir.

—Sonia de mi corazón, tú me quieres matar. Si sigues por este camino no te voy a durar nada. Ten piedad de mí que soy mayor.

—Anda, anda, vamos a la cama y allí me lo cuentas, que teníamos pendiente un asunto desde esta tarde en el coche cuando hemos cambiado el “piloto”, y ahora hemos de aclarar detalles. Por cierto, ¡qué calor hace aquí! —se quita la braga tanga y me empuja hacia el dormitorio, cogiéndome de la cintura—. ¡Ya podrías haber preparado el pijama, hijo, que hemos de estar pronto en la cama. No querrás que mañana a primera hora llegue tarde a clase. A ver que te ayude. —Me quita el cinturón, desabrocha la cremallera y me baja el slip.

—¡Qué ganas tenía de hacer esto! Nunca lo he probado y me comía la curiosidad, a ver que se siente —se introduce mi sexo en la boca y comienza a pasar la lengua por la punta, para después abarcarlo todo y chuparlo con total ímpetu.

Me encanta, pero temiendo no poder aguantar, le digo:

—Anda, ven aquí que ahora me toca a mí. —Me saco los zapatos sin soltar los cordones, me desembarazo del lío de ropa de mis tobillos y soltando los botones de las mangas, tiro a un tiempo de camisa y suéter que salen por la cabeza.

Ya se ha alzado del suelo, con lo que subo ligeramente el liviano salto de cama y, abriendo ligeramente sus piernas, introduzco mi lengua en el lugar más íntimo. El resultado es un quejido largo, mientras con sus manos aprieta mi cabeza contra sí, diciendo bajito, “te amo”, “te amo”, “te amo”...

–Ven conmigo –me dice despojándose del salto de cama. Aparta la sábana y el nórdico y me indica que me tienda boca arriba. Otra vez se hace cargo de mí, poniendo mi sexo en su vientre, sus pechos, su cuello, su mejilla, sus labios, otra vez su cuello, otra vez, sus pechos...

–¡Para, criatura, que voy a explotar!

Coloco a Sonia en el lugar y posición que antes ocupaba yo y bajando un poco, le acaricio el sexo con los labios, con la lengua una y otra vez mientras deja escapar gemidos de placer. Después subo hasta sus pechos, donde mientras los acaricio con la lengua, noto la excitación de los inflamados pezones cuando con mi mano izquierda masajeo donde el placer que siente la mantiene en un quejido continuo. Cuando siento que ya no es posible ir más lejos, la penetro despacito y, en un par de movimientos, noto que llega a la cima del placer, mientras me dejo llevar yo también al lugar donde compruebo feliz que ambos hemos ganado simultáneamente el momento más plétórico y perfecto. Después, en el instante de regreso, la prerrogativa femenina de la multiplicidad orgásmica, se pone al descubierto bajo el rubor incomparable de sus pechos y mejillas, con una larga serie de contracciones que la sacuden totalmente y que acaban al final con un instante de laxitud que me hace ganar la gloria.

La beso dulcemente en la frente, en las dos mejillas, en la boca, y levantándome la cubro con la sábana y el nórdico, apago todas las luces que hay encendidas y la abrazo por detrás. Levanta la cabeza para poner mi brazo izquierdo debajo y aprieta su trasero junto a mí, mientras susurra:

–Buenas noches, mi amor.

Capítulo XVII

A primera vista podría parecer que febrero es un mes climáticamente inapropiado para que sucedan algunas de las cosas de las que a continuación se da cuenta. A quienes esto piensen les pediré que recuerden que vivimos en este increíble país que es España y que en lo tocante a temperatura ambiente, en esta bendita tierra nuestra y en cuanto a cielos diáfanos y soles radiantes nada hay de imposible ni siquiera en ciertos días de un precioso febrero cace-reño.

La pequeña pantalla luminosa del móvil me advierte al despertar que son las siete y media de la mañana. Me vuelvo buscando el deleite que siento con el dormir de Sonia, que ya se puede ver con la incipiente claridad de la aurora que asoma a través de la puerta de cristales, cuando advierto que estoy sólo en la cama. Me incorporo al oír el agua de la cisterna. Enciendo la luz de la mesilla de noche y aguardo a que regrese a la cama para darle los buenos días. Cuando aparece, su expresión muestra las trazas de no haber dormido como habría cabido esperar.

—¿Qué te pasa, cariño?, ¿no te encuentras bien?
—pregunto.

—No, creo que algo de la cena me sentó fatal anoche. ¡Qué pena, con lo feliz que estaba! Tal vez la copa de después. O quizás la ensaladilla rusa del plato combinado. A veces, cuando la tomo, me produce un poco de ardor de

estómago. Seguro que no será nada, vida mía. No te preocupes que, aunque con ojeras, soy la mujer más feliz de la tierra. Hala, vistámonos que tengo clase temprano y llegando pronto podremos tomar algo en la cafetería que hay junto al rectorado, que es donde ponen los desayunos más ricos.

Mientras vuelve a ocupar el cuarto de baño, salgo un momento a la terraza, donde la luz va ganando la partida por momentos, dejando ver ya la estupenda mañana que nos aguarda. La vista es preciosa. La terraza está orientada al este (perdón, por lo redundante de la expresión) y las primeras luces crepusculares juegan a dibujar guiños de color con unas nubecillas perdidas entre la calima del horizonte, que aparece desdibujado con la multitud de tonalidades rosas grises y moradas. Las farolas del jardín que aún no se han apagado, parecen furtivos añadidos escapados de un cuadro distinto que se hubiera equivocado de ambiente; sin embargo el agua de las piscinas y el verde de las islas de césped que sólo se ven gracias a ellas, acompañados de sus hermanos mayores los árboles y palmeras, agradecen la tardía luz nocturna sin cuyo concurso sería imposible completar el abigarrado panorama y me hacen sentir que todo lo que se ve, menos las dichas farolas, esta puesto allá donde es de rigor.

Perdido en mis pensamientos no he oído a Sonia la primera vez que me ha hablado después de salir del cuarto de baño.

–Pero, ¿qué te pasa que no me oyes? ¿En qué piensas?
–me dice.

–No sé. Tal vez me hallaba perdido en algún lugar del paisaje que tenemos ahí abajo o quizás, algo más lejos, entre aquellas nubes del fondo...

–Anda, perezoso, que ya he acabado en el cuarto de baño. No tardes, que desayunemos sin prisas. Venga, te

doy cinco minutos –bromea–, hasta que vuelvas ya vestido y me beses.

Cuando termino de lavarme los dientes, me doy una ducha rápida, paso el peine por mi pelo y, con el albornoz puesto, salgo a la terraza para besar a Sonia. Está asomada viendo el paisaje, ya del todo con luz natural, en el mismo lugar donde yo estaba unos momentos antes.

–¡Qué bonito es esto!, ¿verdad? –me dice sin volverse.

La beso en el pelo y junto a la oreja. Se da la vuelta y otra vez percibo el sabor de mi dentífrico, cuyo aroma no sé por qué, se hace más fuerte en su boca que en la mía. De cualquier manera su beso, me lleva volando a lugares desconocidos donde la sensualidad se mezcla con la ingravidez, donde la hermosura de esta mujer se convierte en un fluido capaz de ser súbitamente percibido, requerido, succionado, adherido e incorporado a mi propia persona con la vehemencia con que se recibe el aire que los pulmones necesitan, luego de una inmersión con la respiración interrumpida y por un tiempo excesivamente largo. Deja que me vista, por favor –suplico– que si no, hoy no vamos a poder desayunar. Por cierto, te noto mucho mejor.

–Es que tus besos me dan la vida. Me encuentro de maravilla, precioso mío.

Se muestra radiante como siempre y de un humor excelente. De ninguna manera parece que hace sólo unos minutos diera la sensación de encontrarse tan pachucha. Había llegado a preocuparme pensando que podría estar verdaderamente enferma. Me visto rápidamente, me hago con las llaves del apartamento y las del coche y, cuando me dispongo a salir, veo que su equipaje vuelve a estar preparado.

–Javier, ¿quieres coger mi maleta, por favor? La dejamos en el coche y como a las doce y media acabo las clases por hoy, me vienes a buscar y la llevamos a casa en un momento. Me encantaría quedarme aquí contigo pero todas mis cosas de trabajo están en el piso de estudiante y, tal y como convinimos, no interesa que la labor de clase se vea afectada. Así que exceptuando hoy que tengo la tarde libre, nos veremos a la hora de comer, cada día y luego, yo a estudiar y tú a la piscina a ponerte moreno o adonde mi “niño” quiera, menos a “ligar”, que te lo tiene prohibido el médico. El fin de semana será nuestro oasis, nuestro remanso y, para ti, el reposo del guerrero.

–Menudo guerrero estoy yo hecho. Ni siquiera sería caso de que Don Quijote anduviera hoy por esos páramos, de su quinta, sino diez años más viejo. Así que si Cervantes a un galán como él le llamó “el de la triste figura”, yo sería por lo menos, “el sujeto de la escuálida y senil presencia descabalgada”.

–De ninguna manera, señor, usted es mi caballero, y cabalga como nadie. Se lo aseguro a “vuesa merced”.
–Me hace un guiño de picardía.

Para ser un lunes veintiuno de febrero hay bastante gente en la piscina. Bien es verdad que son las dos de la tarde y, la ausencia de viento y un cielo despejado que yo siempre tengo la fijación de comparar con el de mi tierra en días en que como hoy deviene hasta los albores del violeta, hacen de la jornada la ideal para intentar el baño, sobre todo teniendo en cuenta que de las piscinas, la mayor contiene agua a una temperatura de treinta grados, procedente de una corriente termal cercana. Siendo así, el completo de la gente de vacaciones o con horario que lo permite, ha decidido gozar en bañador de este miniveranillo adelantado que disfrutamos y ocupan buena parte de

las tumbonas que un empleado al efecto facilita a todo aquel que requiere su uso. A la derecha de donde Sonia y yo nos encontramos, una barra de bar protegida por un toldo a rayas blancas y amarillas proporciona sombra a quienes sobre altos taburetes prefieren no exponer a los rayos solares sus pálidas pieles, propias de una época en que el cuerpo está habituado a ser cubierto de manera más rigurosa, mientras toman tranquilamente la cervecita viendo como las chicas jóvenes lucen palmito y bastante gente ocupa la piscina templada.

Como habíamos quedado, a las doce y media he recogido a Sonia después de clase y llevado el equipaje a su casa. Se ha hecho con el bañador, unas chanclas, el bronceador y una toalla de playa y hemos vuelto rápidamente al apartamento para ponernos los trajes de baño y gozar de esta gloria de solecito. Aunque mientras Sonia lo toma sin escatimar, yo me protejo bajo una sombrilla.

—¡Vicentito, cariño, ven al agua que está fantástica.

—Déjame, chica, que no me apetece. Anda, báñate tú, que yo estoy bien aquí con el periódico.

—Anda, mi vida, que de verdad que está muy rica. Acompáñame al agua. Mira como disfruta todo el mundo.

—Bueno, venga. Desde luego, lo que no consigáis las mujeres. De todas maneras, sólo un baño cortito, que yo, desnudo, pierdo bastante y no me apetece nada exhibirme.

—Pero, ¿qué más te da? Ni que estuviéramos en el pueblo. Si aquí no nos conoce nadie.

—¡Mujer, me violenta que la gente me mire! Ni que estuvieras ciega.

—A mí me da igual. Tienes donde hay que tener y Tarzán, Rambo y “la Masa”, para las películas.

La pareja se dirige a la piscina mayor y, mientras Patricia se luce, bajando lentamente la escalerilla, Vicente aprovecha un claro donde hay menos gente para lanzarse de un golpe desde el borde. Una vez que ha salido, se atusa con estudiado gesto el pelo, para que lo más aristocrático de su figura quede a la vista, destacando sobre el desaliño capilar habitual que el común de las personas que toman un baño suele tener. De pronto su mirada se fija en una pareja que, en el extremo opuesto de la piscina se unta loción antisolar. En este momento, es el hombre el que después de desabrochar la parte superior del bañador de dos piezas de la chica, embadurna de crema su espalda, mientras ella intenta mantener por delante la tela en su lugar, aunque apenas puede tapar una escasa porción de sus senos, pues la mínima pizca de tejido que mantiene algo lejos del pecho para facilitar la labor de su pareja, no queda totalmente apretada a la piel. Cuando el hombre termina de aplicar el bronceador, la muchacha vuelve la cara y busca la boca de su compañero para besarlo tiernamente. Después como siente que no puede aplicarle las caricias con comodidad, olvidando que tiene la pieza superior suelta, se coloca de rodillas sobre la tumbona y le abraza entre risas al advertir lo sueltcito que ha quedado su pecho con la maniobra. Compone de nuevo el descuidado sujetador y regresa después de un nuevo beso, a la posición inicial.

Vicente, a media voz para no llamar la atención, dice a Patricia:

—Oye, esos dos del otro lado de la piscina, ¿no son el maestro y la hija de la boticaria?

—Anda, pues sí. ¿Y qué hace el viejo maestro con la muchacha en este sitio?

—Pues no me extrañaría nada que lo mismo que tú y yo.

—Pero si él es muy viejo. ¡Qué va! Bueno, qué tonta soy, viendo cómo estaban hace un momento y los cariños que ella le prodigaba, ¿qué otra cosa puede ser? Fíjate en la muchacha. Seguro que es menor que yo. Ahora que lo pienso, ya me pareció el otro día en la fiesta, un poco rara la mirada de la chica.

—¿Qué fiesta? ¿Qué chica?

—El sábado fue el cumpleaños de Sonia, y Marta nos invitó a Mercedes, a mis dos compañeras del colegio, Pura y Rosa, y a mí a la fiesta en el parador. Estábamos las cuatro en la misma mesa con Don Javier y los padres de Tomás, ese chico que estudia en Madrid y al que por cierto se ve coladito por la muchacha. Aunque de lo visto se deduce que a ella le gustan más hechos. Bien pensado, no me extraña, porque Don Javier, aunque jubilado, está como un tren. En la fiesta, Sonia y el maestro bailaron sólo unos instantes, porque Tomasito no los dejaba tranquilos ni un momento, y aunque entonces la cosa no me dio que pensar, ahora que caigo en ello, la mirada de la muchacha hacia el hombre con el que bailaba parecía encerrar algo más que un afecto respetuoso. Si en este momento no los tuviese delante, el asunto no me habría chocado, pero el verlos de nuevo juntos pone las cosas en su sitio, me va haciendo atar cabos y llegar a conclusiones. ¡Madre, cuando esto se sepa en el pueblo! Con la fama de serio y formal que tiene Don Javier y lo querido y respetado que es por todo el mundo.

—Patricia, de esto, ni media palabra a nadie. Tienes que prometérmelo. No vayamos a crear problemas a esta gente, que son muy dueños como mayores de edad de hacer lo que quieran y nadie tiene derecho a meterse en sus vidas. Aparte de que tanto Don Javier como la madre de la chica son magníficos amigos, compañeros de mesa cada día a la hora de comer en casa de Onofre, personas

buenas y de un talante incapaz de hacer el menor daño a nadie. Tal como nosotros no hemos de dar explicaciones de lo que hacemos aquí, tampoco ellos han de hacerlo. Así que como nuestra intención era estar aquí sólo un rato y comer luego por ahí, vayamos recogiendo las cosas y subamos a vestirnos, que esta noche hemos de devolver el apartamento a Jacinto. Aparte de que, siendo discretos, evitamos que nos vean, ahorramos saludos cargados de evidencias y nos llevamos con nosotros nuestra privacidad, mientras garantizamos que sólo ellos se ocupen de la suya.

–Venga, sí, que a los efectos, yo estoy en cama con catarro, por lo que esta mañana no he podido ir a clase. Como se me pegue mucho el sol, no sé qué explicación voy a dar mañana.

–¡Niños, estad en silencio! Ángel, por favor, que no tiene que enterarse todo el colegio de que tú regresas del gimnasio. Mirad, chavales, si no vamos callados por el pasillo, molestamos el trabajo de cada clase ante cuya puerta vamos pasando. Haced un pequeño esfuerzo y, hasta que no lleguemos, manteneos sin hablar. Venga, en orden, por favor, y detrás de mí.

Mientras Rosa lleva a los críos por el pasillo, la puerta del aula donde Patricia trabaja con sus alumnos se abre de pronto dejando paso a la profesora que, haciendo un pequeño ademán a su compañera, le indica que se acerque.

–Búscame cuando suene el timbre, por favor, que tengo que hablaros a Pura y a ti.

El fuerte sonido que indica el comienzo del recreo escolar se produce e, inmediatamente, las puertas de las distintas clases se abren, y comienzan los chiquillos a salir con relativo orden, empezando por el fondo del pasillo. Una vez que ya están todos en el patio, Don Antonio, el

director, se dirige a la sala de profesores para tomar su café de todos los días. Ha sacado del bolsillo de su chaqueta su habitual manzana y la limpia con sumo cuidado con el pañuelo, antes de darle el primer mordisco.

– ¡Buenos días, chicas!–dice dirigiéndose a Patricia, Pura y Rosa, que esperan su turno junto a la máquina de café. El director no ha visto a la jefe de estudios, que ha sido la primera en llegar y se abre paso desde el círculo con el que la tapaban las otras tres mujeres.

–Doña Asu –le dice el director–a usted no la había visto. ¿Qué tal se encuentra hoy la maestra más guapa del colegio?

–Anda, anda, Antoñito, no me hagas la pelota, que después de tu madre no hay en el mundo una persona que te conozca como yo y me sé de memoria que eres un zalamero. ¿Cómo quieres que esté, hijo, a mis sesenta y cuatro años fatalmente llevados? –Doña Asu es la maestra más veterana del colegio. Como ha nacido en Castrosantos y mantiene una antigua amistad con la madre y las tías de Don Antonio, con las que les une cierto parentesco, trata al director como a un hijo. Aunque Doña Asu asume desde hace años la titularidad de jefe de estudios, su responsabilidad se podría decir que es honorífica, porque entre el director y el secretario, con la ayuda de Gregorio como auxiliar administrativo y monitor escolar, llevan prácticamente todo el trabajo de la jefatura de estudios. Doña Asu está convaleciente de un cáncer de mama del que la operaron hace un par de años, y los días que vuelve de Castrovero de aplicarse la “quimio”, el aspecto de la pobre señora no es nada bueno.

–Buenos días, “dire” –contestan al unísono las tres jóvenes–. Nos vamos al patio que hoy nos toca vigilar a los diablillos –se sonríe Patricia.

Debo dejar a Sonia con su vida habitual durante la mayor parte de la semana. Interferir demasiado en la marcha normal de su vida de estudiante puede ser contraproducente. Así que hoy martes, me voy a dedicar a hacer un poco de turismo. Sonia ya tiene el coche a punto y eso nos da a los dos una cierta independencia que pienso nos va a venir muy bien los días laborables. Consulto el mapa de carreteras y compruebo que Plasencia está a unos ochenta kilómetros de Cáceres y la carretera es buena. Son las nueve de la mañana y las pocas nubes que hay en el cielo no amenazan lluvia. Recojo el coche en el garaje y salgo. Conduzco despacio, recreándome en el paisaje de encinas, alcornoques, robles y castaños de estas preciosas llanuras extremeñas que me rodean. De vez en cuando aparecen cerezos y perales que ya anticipan flor, y multitud de anuncios de albergues rurales. He de plantearme si no me convendría más dejar la que supongo será carísima urbanización en que me alojo y venir a una de estas casas rurales cercanas a Cáceres, que seguro me van a resultar bastante más baratas. Aunque no sean tan lujosas, tal vez tengan otras ventajas más de apreciar por alguien como yo que toda esta tramoya más propia del gusto foráneo o de bullangueros lugares de costa.

Metido en mis pensamientos, casi no me doy cuenta de que estoy a la altura de Plasencia. El recorrido se me ha hecho un suspiro. Aparco en el primer garaje que encuentro y callejeando, con la indicación de un señor muy amable que de inmediato me indica, me encuentro en la preciosa Plaza Mayor con soportales en todo su perímetro, donde el “Mayorga” domina el campanario del ayuntamiento de principios del XVI. Un toldo en color Burdeos me anuncia en la plaza la presencia del Café-bar “Goya”, cuya terraza bajo los soportales y con la protección de los toldos, invita a sentarse. Compro una guía de Plasencia y

otra de La Vera, y a la sombra, en una de las mesas de la terraza tomo asiento, entretenido con el ir y venir de las gentes que andan a sus cosas. Como ya he tomado café dos veces esta mañana, pido una jarra de cerveza y pregunto al sonriente camarero por algo de picar. Me recomienda los montaditos de anchoas que, después de probarlos, me mueven a agradecer efusivamente la sugerencia. El pan tostado, las anchoas riquísimas y el magnífico aceite de oliva sobre el tomate a finas rodajas, resultan una delicia a estas horas de media mañana en que el apetito suele aparecer de pronto y sin avisar.

Antes de iniciar el ojeo de las guías echo un vistazo a las mesas de la concurrida terraza y, a unos metros delante de mí y a la derecha, me parece reconocer en el señor que lee el periódico sentado a una de las mesas a mi amigo y compañero de almuerzo diario en el pueblo Don Eduardo Cuevas, nuestro querido médico. Aunque le veo de espaldas, gesto, presencia y ademanes le hacen fácilmente reconocible. Me acerco y coloco mi mano en su hombro.

—Don Eduardo, ¡qué alegría! ¿Cómo usted por aquí?

—¡Don Javier!, casi todo el mundo le hace a usted en Burgos —adopta un gesto grave—, ¿ha ido por el pueblo?

—No desde el domingo. ¿Se viene usted a mi mesa? Ya sabe que a ciertas horas el sol y yo debemos guardarnos el aire. —Le ayudo a llevar lo suyo hasta donde he estado sentado y hago un gesto al camarero para que incluya en mi nota la consumición del médico.

—He venido a visitar a mi cuñada Carmen, la única hermana viva de mi pobre Patricia, que ya está muy mayor y anda algo depresiva por estos días. Después mi sobrino me ha pedido que coma con ellos y estaba haciendo algo de tiempo hasta la hora de almorzar. ¿Qué tal está usted, Don Javier? ¿Cómo no nos dijo nada sobre que se

marchaba? Todo el mundo en “Casa Onofre” está muy extrañado y están corriendo ciertos rumores que no sé de dónde han sacado y que prefiero que escuche usted de mi boca antes de que regrese a Castrosantos. ¿Sabe de qué le estoy hablando, querido amigo?

—Supongo que sí, aunque tal vez estemos pensando en cosas distintas.

—Es un rumor que le relaciona con la hija de Marta, y que alguien está haciendo correr muy deprisa en el pueblo, especialmente y a juzgar por los comentarios, para incriminarle a usted y a su buen nombre. Si todo es un rumor falso, debe desmentirlo cuanto antes, para que no le perjudique, amigo mío. Lo que no entiendo es el porqué de la mala intención que ponen en los chismes que se están divulgando y que le acusan poco más o menos que de ser una especie de provocador lascivo que no ha hecho sino seducir a la pobre chica con su labia y su don de gentes.

—Vamos, que soy un viejo verde repugnante y de la peor especie —me sonrió tristemente.

—No se lo tome usted a broma, Don Javier, por favor, que la cosa es grave y la noticia va engordando como una bola de nieve y creciendo con todos los añadidos malintencionados, y en muchos casos envidiosos, que las comadres del pueblo se están encargando de transmitir. Crea que sus amigos estamos muy preocupados con el cariz que están tomando las cosas. Por su cara se adivina que en esta historia no todo es falso, pero sea como fuere, usted tiene derecho a su vida privada y en resumen, tanto Sonia como usted son dos personas mayores de edad. Por tanto no tiene que dar ninguna explicación a nadie si no quiere hacerlo. Yo sólo deseaba advertirle del peligro que corre, para que no le coja de sorpresa y, desprevenido, pase a ser más vulnerable aún. Créame que todos los que

le queremos bien, que somos la mayoría en el pueblo, respetamos lo que usted haga y nuestro único temor es que se le ocasione un sufrimiento injusto e innecesario, que nadie de buena fe le desea.

—Le agradezco muchísimo su amabilidad, querido Don Eduardo y valoro en lo que valen sus palabras de afecto y la preocupación, en el pueblo, de todos los que sé que me aprecian y me consideran. Es cierto que Sonia y yo nos queremos y el que una mujer tan joven y preciosa se haya fijado en un viejo como yo no puede ser más que un motivo más de agradecimiento a Dios porque a mi edad se haya producido un hecho que, con seguridad, va a despertar la envidia y la maledicencia de alguno que otro. Dígame, por favor, con la discreción que sé que tiene, a los amigos íntimos, hasta que personalmente pueda hacerlo yo más tarde, que bendigo a Dios por un amor que no puede ser más limpio y más entrañable, y que sólo siento el dolor que sin culpa ninguna pueda traer a personas como Sonia o su madre, a las que adoro, y que de ninguna manera quisiera que pasaran por ningún tipo de mal momento, en razón de algo que en definitiva a nadie puede dañar, siempre que las cosas se vean con buena intención.

—Bien, pues por mí, cuestión zanjada. Hablaré a los amigos de cuanto me ha dicho y en la medida que pueda, le defenderé con el ardor que usted se merece, si es que alguien en mi presencia sale con algún comentario inadecuado. Que Dios le bendiga, Don Javier. Por allí viene ya mi sobrino a buscarme. Una vez que se lo presente a usted debo marcharme con él, para no hacer esperar a la pobre de Carmen. Déjeme que le invite...

—No, no se preocupe. Ya he hablado con el camarero y yo me ocupo.

Un joven alto, con el pelo castaño y un cierto parecido con la difunta Patricia, besa a Don Eduardo que inmediatamente dice:

—Enrique, mira, he tenido la suerte de encontrarme con Don Javier López. Es un queridísimo amigo. Don Javier, le presento a mi sobrino.

—Mucho gusto, Don Javier, ¿querría usted venir a casa y comer con nosotros?

—Sería un gratísimo placer para mí, Don Enrique, pero he de ocuparme aún de algún asunto en Plasencia y regresar después a Cáceres donde se me espera. En otra ocasión tendré muchísimo gusto, cómo no. Vayan con Dios y con mi agradecimiento por su bondad.

—Nos veremos en el pueblo, Don Javier —se despide Don Eduardo.

—Ha sido un placer —añade su sobrino.

—También para mí, Don Enrique, y muchas gracias por invitarme.

Capítulo XVIII

Es miércoles por la mañana. El pitido del móvil suena y suena pero nadie lo coge. Ahora da la señal de haber sido apagado. Debe estar en clase y le será imposible atenderme. Aprovecho para preparar algo en la bolsa de mano con los útiles de aseo. En cuanto hable con Sonia debo salir, si no quiero que se haga muy tarde. Cuando acabo con el mínimo equipaje y recojo documentación y llaves suena el móvil.

—Hola, cariño, perdona que no te haya atendido pero estaba el “profe” en plena explicación y no podía salir en ese instante.

—Buenos días, niña mía. Mira, me acaba de llamar tu madre. A Don Mateo le ha dado un infarto y está ingresado en el hospital de Castrovero. Tengo que ir a verle. Supongo que serán un par de días, pues al parecer, después del primer susto ha mejorado algo. Volveré lo antes posible. Hasta muy prontito, mi amor.

—¡Mi querido amigo! Nada más verle, ya me siento mucho mejor. Mamá, mira a quién tenemos aquí. Ha llegado Don Javier.

Doña Guadalupe trajina en el cuarto de baño de la habitación doble que acoge a Don Mateo, pero cuya cama gemela está desocupada. Cuando he entrado en la habitación de la “Clínica Parque” de Castrovero en la que me hallo, sólo estaba el enfermo en su cama. En este momento Doña Guadalupe sale y me saluda afectuosamente.

—Querido Don Javier, qué detalle el suyo. Ya sabíamos por Marta que estaba usted en Burgos asistiendo a no sé qué conferencias. No imagina cómo le agradezco que haya acudido tan pronto. Ya ve que este pobre hijo mío no sale de una cuando se tropieza con otra. En fin, sea siempre lo que Dios quiera. Hoy es miércoles, ¿verdad? Bien, pues ayer martes por la noche empezó teniendo dificultades para respirar. Inmediatamente llamé a Don Eduardo y a Marta. Quise también avisar al practicante pero no estaba en la pensión y no hubo manera de localizarlo. Cuando el médico llegó para reconocer a Mateo, ya estaba aquí Marta dándonos consuelo. El doctor lo encontró mal así que avisó a una ambulancia para que lo trajeran a Castrovero. Durante toda la noche y en lo que llevamos de mañana, los doctores de aquí han estado siguiendo su evolución y, al parecer y gracias a Dios, ha mejorado mucho. Con lo que, después de comer, le van a dar el alta y podremos marcharnos a casa. ¿Cuándo piensa usted regresar a Burgos?

—Pues no lo sé. Aún no he tenido tiempo de hacer planes, con las prisas. Supongo que en un par de días, viendo la fortaleza de Don Mateo y lo bien que está después de habernos puesto a todos el corazón en un puño.

—¿Y qué tal resultan esas conferencias a las que asiste usted? ¿Son interesantes?

—Sí —miento pensando en cómo voy a cambiar de tema—, aunque a veces me parecen un poco aburridas. Y lo del lugar de los ensayos del coro, ¿lo han arreglado ustedes ya? —pregunto, intentando que fijemos la atención en otra cosa.

—Sí, aunque las mujeres sobre todo se resisten a volver. Anoche, según me comentó Doña Asu, que subió a saludarme poco antes del susto de lo de la crisis cardiaca, me dijo que el lunes habían estado en cuadro. Es una pena

porque se acerca la Semana Santa y hay mucho que ensayar.

–Querido Don Mateo, me alegro de que ya esté recuperado. Como dentro de un rato se marcharán ustedes a casa, yo me voy a adelantar para dejar el equipaje en la mía y hablar con Pili a la que tengo que hacer unos encargos. Esta tarde le dejaré que descanse y mañana, a medio día pasaré a verle de nuevo. Venga, cuídese que aunque esta vez no ha sido nada, de las cosas cardiacas hay que preocuparse, porque si la valvulita se para ya no hay quien lo arregle. Y tiene usted que seguir dando guerra muchos años más. Doña Guadalupe, un beso, que mañana nos vemos.

–Vaya con Dios, amigo mío –se le cae una lágrima a Don Mateo–, y no nos haga visitas tan cortas, que en esta familia se le quiere mucho.

Está sonando el teléfono y no llevo conectado el “manos libres”. Salgo de la carretera, aprovechando una zona ancha a la derecha y paro el coche.

– Dime Marta. Estoy a punto de llegar a casa. Me faltan un par de kilómetros. Ya he visto a Don Mateo y está mucho mejor.

–Cuando llegues, ven directamente a la farmacia. Hoy no comeremos en el bar de Onofre. Me llevas en el coche al parador, almorzamos allí y aprovechamos para hablar. Lo que te tengo que decir prefiero no hacerlo por teléfono. En este momento son las dos menos cuarto y como ya estás prácticamente aquí, aparcas en la parte de atrás de casa y entras en la farmacia por la puerta lateral que da a la callecita estrecha y que aprovechamos para descargar. Yo la dejaré abierta para que no tengas ningún problema. Hasta ahora.

–Espera, Marta. ¿Qué pasa? ¿Le sucede algo a Sonia?

–Pregunto, imaginando, naturalmente, de qué se trata.

–Después te cuento, Javier. No te preocupes. Sonia está bien y yo también. En cuanto nos veamos, lo sabrás todo. Ten un poco de paciencia.

Hago tal y como Marta me ha recomendado. Existe una calleja que comunica la parte delantera y la trasera del edificio, cuya planta baja está ocupada por la farmacia, mientras que los dos pisos superiores constituyen la vivienda familiar. Dentro del callejón es imposible que quepa un coche, pero la distancia entre cualquiera de las dos fachadas del edificio y la pequeña puerta que desde la callecita accede a la farmacia es tan corta que una maniobra de carga y descarga puede, con una carretilla eléctrica o manual, hacerse perfectamente desde un camión aparcado en la parte trasera, ya que la delantera no permite el tráfico pesado. Aparco en el lugar donde los camiones lo suelen hacer, que a estas horas está desierto, y a través de la puertecita lateral me introduzco en la farmacia. La pequeña puerta comunica con un gran almacén de medicamentos, del que por otra igual se accede a la rebotica del establecimiento.

Marta me espera sentada en uno de los seis sillones de mimbre en torno a la mesa de camilla que ocupa el centro de la amplia rebotica. Se ha abierto un botellín de cerveza sin alcohol. Al verme entrar, se levanta y me besa.

–Siéntate Javier, que te voy a poner una cerveza.

Adosada a la pared de la rebotica se sitúa una pequeña cocina con lo indispensable para preparar un tentempié caliente. De la nevera saca una cerveza alemana de la marca que Sonia y yo solemos tomar. Abre un armario y toma un vaso como el que ella está usando y una lata de cacahuets fritos, que coloca en la mesa con un servilletero provisto de servilletas de papel. Pone un platito sobre

el pequeño mantelillo que ya estaba sobre la mesa, y vuelca en él los cacahuetes. Una vez sentados ambos, toma un sorbito de su vaso y me mira con sus preciosos ojos verdes.

—Esta tarde abrirá la farmacia Pascual y así nosotros podremos hablar el tiempo que nos parezca. Verás, esta mañana ha venido a verme Isa, la amiga de Sonia, muy preocupada diciéndome que tenía que hablar conmigo antes de contar a Sonia lo que pasaba. Quería saber qué opinaba yo y cómo podríamos abordar el problema. Parece ser que Tomás, el hijo de Martín y de Sandra, la llamó el sábado por la noche ya tarde, desde la estación donde estaba a punto de tomar el tren a Sevilla, para pedirle el número del móvil de Sonia. Ya sabes que Isa, Bea y Tomás son amigos desde que los tres iban a la guardería y, como el chico tenía interés en tener el número, ya que de otra manera no podía localizar a Sonia, pensó que lo mejor era pedir la ayuda de alguna de sus amigas. Como Isa ya sabía lo vuestro, se negó objetando que eso era decisión de Sonia. Ante la insistencia del muchacho, la chica argumentó que tal vez si no podía obtener el número de ella misma, fuese porque Sonia no tuviese ningún interés en dárselo. Las disquisiciones del chico le llevaron a pensar que tal vez hubiera algún otro, pero si así era, por qué no estaba en la fiesta. ¿O sí estaba aunque no lo pareciera? Con el añadido de que Sonia te había defendido con la pasión que suele poner en todo aquello que le interesa, el muchacho ató cabos y llegó a la conclusión de que el problema eras tú. Isa trató de defender la legitimidad que como adultos os corresponde a Sonia y a ti, pero el muchacho se puso tan violento que la chica no pudo sino finalizar la conversación telefónica de golpe y sin más. Pero eso no es todo. Cuando Isa se ha marchado, ha venido por aquí Mercedes, también con cara de preocupación.

Parece ser que Tomás, cuando lo descubrió todo, en vez de reaccionar como un hombre y pensar en el daño que podría hacer a Sonia el que la noticia se divulgase, cogió una pataleta monumental y llamó a la madre hecho un mar de lágrimas, poniéndolos a Sonia y a ti a los pies de los caballos. Al parecer, como la prudencia no es precisamente la virtud característica de esta familia, Sandra se ha dedicado, sobre todo indignada contigo, a transmitir la noticia que, al parecer, ha corrido como la pólvora por todo el pueblo. Bien, pues aún hay más. Mercedes ha sabido que alguien del pueblo os ha visto en la piscina de la urbanización en actitud que al parecer era tan inequívoca que no resultaba difícil sacar conclusiones. Al parecer por ahí tampoco la discreción se ha hecho muy presente y la persona o personas en cuestión no han tardado en irse de la lengua. Como ves las noticias circulan a tal velocidad que asustan.

—Bien, recapitulando y a lo que parece, las dos vías por las cuales ha llegado la noticia no tienen el mismo nivel de gravedad. La persona o personas que nos han visto en la piscina, cuentan un chisme que por fuerza les parecerá gracioso cuando menos, pero cuyos efectos no pasarán de lo meramente anecdótico. Simplemente, un rumor más que transmitir por el placer de ver el asombro reflejado en la cara de los que escuchan y, una vez que el oyente salga de la sorpresa, reír el morboso comentario con una carga mayor o menor de malicia o chanza en algún caso, de alabanza malsana en otro, o de pitorreo condescendiente en un tercero, y finalmente, con la dosis que cada uno quiera poner de envidia por la inesperada suerte del viejo verde. Esto, por lo que a mí respecta. En cuanto al hecho de que a Sonia pueda gustarle alguien como yo, es posible que les sea difícil encontrar una explicación en la que coincidan lo lógico, lo natural y lo sano,

sin más connotaciones. En cuanto a la consideración de la segunda vía a través de la cual se ha transmitido la noticia, no cabe duda de que nos hemos ganado una enemiga terrible en defensa de la estabilidad emocional de su polluelo, de su joven e inocente amor arteramente mancillado por la perversión de un viejo lascivo, si no del ridículo en que a ojos de su madre se habrá colocado esta alma cándida, que será en el futuro el escarnio y la burla de todo el pueblo, tan sólo por culpa de una repugnante momia, seductora, viciosa y mala persona. Esta segunda vía de transmisión es la que verdaderamente nos pone en peligro, tanto a Sonia y a mí, como a todos los que nos tenéis aunque sólo sea un poco de cariño y amistad.

—¿Qué podemos hacer, Javier? Van a surgir problemas, ¿verdad?

—Algún mal rato vamos a tener que pasar. Por eso hemos de proteger lo más sensible, lo que más puede sufrir con esta situación. Habremos de pensar en Sonia y en ti. En principio, Sonia no debe venir esta Semana Santa. Voy a cambiar el alojamiento en Cáceres. Me buscaré una casa rural que no esté muy lejos de la ciudad, pero no tan cerca de la Politécnica. Para ir y venir, cuidaremos que haya buena comunicación. Sonia ya tiene su coche, lo que facilitará que nos veamos los fines de semana hasta vacaciones. La Semana Santa la pasaremos los tres en la casa rural. Como en otras ocasiones en que has estado fuera, Pascual puede ocuparse de abrir la farmacia y tú podrás disfrutar de unos días de vacaciones, que te van a sentar maravillosamente. Juntos y tranquilos, dejaremos que las aguas se serenen y tendremos tiempo de montar una estrategia para que Sonia y tú estéis totalmente a salvo. De momento, y a partir de que dentro de un rato nos separemos, no deben vernos juntos. A los efectos, tú no sabes nada, aunque, naturalmente estás más preocupada que

nadie. Si alguien habla mal de mí en tu presencia, no te conviertas en mi escudo ni intentes protegerme. Muéstrate asustada y absolutamente desconocedora de lo que pasa. Si se te ocurre algo que pueda mejorar la situación de Sonia o tuya, lo estudiamos y si es factible, adelante. No pienses en mi defensa. Ya tienes bastante con la de Sonia y la tuya. Por mí no os preocupéis que yo estaré bien. Los pueblos tienen eso, que lo mismo que surgen los problemas, desaparecen. No me parece prudente que vayamos juntos a comer al parador. Alguien podría vernos y sería sospechoso de cara a la coartada de distanciamiento que hemos de montar entre tú y yo. Seguramente, nadie crea que tengo la suficiente cara dura para llevarte a comer después de haber seducido a tu hija. He de decirte, porque no quiero ocultarte nada, que ayer estuve en Plascencia y me encontré con Don Eduardo el médico. Él también me dijo que se cuchicheaba a costa nuestra en el pueblo, pero hasta ahora no he sabido de dónde venía el rumor. En un momento, discretamente, cogemos el coche y nos vamos a comer a Castrovero. Conozco un pequeño restaurante que te va a gustar. Llama a Pascual y le dices que esta tarde tienes cosas que hacer, y que él atenderá solo la farmacia. Los que por el momento no están enterados de nada de esto son Don Mateo y su madre. Por lo visto, con lo del infarto, el rumor no les ha llegado. Hace un rato he estado hablando con los dos y su comportamiento para conmigo ha sido tan cariñoso y cordial como siempre. He quedado en volver mañana a visitarles aquí en el pueblo y se han mostrado encantados.

—¿Doña Guadalupe...? Buenas tardes, Señora. Soy Sandra, la mujer de Martín, el secretario del Ayuntamiento. He sabido que acaban ustedes de regresar de la clínica y he querido llamar para interesarme por la salud de Don

Mateo. ¿Cómo está? Puesto que han regresado, supongo que mejor. Señora, verá, aparte de esto, me gustaría hablarle de un asunto muy grave del que quizás, con lo de la súbita enfermedad de su querido hijo, no está enterada. Como se trata de una cuestión delicada, preferiría tratarla con usted en persona. ¿Podría visitarles esta tarde cuando hayan descansado del viaje? Como sé que siempre se puede contar con su autoridad moral y sus acertadísimos consejos, quiero poner en sus manos el problema para que con su siempre atinado criterio, su experiencia y su bondad, me aconseje y me ampare. Muy agradecida, Doña Guadalupe. Entonces, esta tarde sobre las siete, si le parece bien, me pasaré por su casa. Sepa que le estaré eternamente reconocida. Adiós, adiós.

Con todo y los nervios iniciales, la comida en Castrovero ha ido muy bien. He procurado olvidarme del problema y bromear con Marta que, al final ha terminado riendo con mis salidas. Después del primer momento en que la preocupación se pintaba claramente en sus ojos, creo que he conseguido que olvide el lío en el que estamos o, por lo menos, que lo parezca y hasta ha probado un poco del vino y lo ha celebrado con muestras de estar pasando un rato agradable. ¡Qué clase la de estas dos mujeres que he tenido la suerte de conocer! ¡Y qué agradecido estoy a Marta por la gran muestra de confianza y afecto que me demuestra no obstante las circunstancias! Cómo, a pesar de que cualquier madre me haría responsable de los malos ratos por los que estamos empezando a pasar, esta gran mujer, tan inteligente y tan señora, centra el problema, pone la carga de las responsabilidades de cada uno donde debe estar y no se deja influir por sentimientos de protección maternal que, en cierto modo estarían justificados,

para poner el fiel de la balanza en el lugar exacto donde ningún tipo de parcialidad, aunque repito fuese justificable, haya sido capaz de torcer lo más mínimo su leal juicio sobre aquello que a ojos bondadosos, tolerantes e imparciales, sería razonablemente justo. Así se lo he manifestado y, tomándome las manos, su respuesta ha sido que sabe que puede poner bajo mi cuidado como bajo ningún otro, tanto la seguridad y protección de Sonia como la de ella misma.

He tenido que apartar la mirada para intentar que no viera la inmensa emoción que me ha producido esa muestra suprema de confianza en alguien como yo, que de no venir de su parte, hubiese sido considerado como el causante de todos sus problemas.

Como ya salíamos del restaurante, antes de recoger el coche la he abrazado con toda la carga de emoción que sentía y le he dado las gracias con el corazón en la voz rota: “Gracias, querida Marta, gracias por tu confianza y tu amistad, gracias por tu comprensión y tu fe en mí. Eres para conmigo el mejor ejemplo de lealtad y buenos sentimientos, de inteligencia y consideración, de fidelidad a una amistad antigua. Gracias por no dejar que el inmenso amor que sientes por Sonia te haya hecho deformar la realidad. Podéis confiar las dos en que procuraré no defraudaros. Pondré mi alma y mis fuerzas, pocas o muchas, en el empeño de vuestra protección”. Luego la he besado dulcemente en las dos mejillas y, con el sentimiento en la voz, en los ojos y en las manos y, desbordado el corazón, hemos regresado a Castrosantos. He estacionado el coche en el mismo sitio, también desierto, que este mediodía, y cuando la he visto trasponer la pequeña puerta que desde el callejón comunica con el almacén de la farmacia, he llevado el coche hasta el garaje de casa. Según creo, nadie nos ha visto ni antes ni ahora.

Por la mañana, después de visitar a Don Mateo, regresaré a Cáceres y cambiaré de alojamiento. Puesto que por la carretera que lleva a Plasencia hay infinidad de anuncios de alquiler de casas rurales, visitaré algunas hasta que encuentre algo que me guste.

¡Qué cúmulo de desconocidas sensaciones en algo más de una semana! ¡Cómo la vida, que en un momento parece hecha a nuestra medida, súbitamente se muestra veleidosa y mutable, de tal manera que es capaz de trastocar todo un universo ordenadamente establecido, en un juego donde turbaciones, sorpresas y sobresaltos de todo tipo, se enseñorean de tu pequeño y tranquilo mundo, poniéndolo todo patas arriba! Son las diez de la noche de un miércoles veintitrés de febrero y, por mínimo que sea el repaso que pueda hacer a lo transcurrido en los últimos siete días, la sensación del cambio que ha experimentado mi vida desde el pasado miércoles dieciséis es como la distancia entre las vidas de dos personas distintas, de dos edades diversas, de dos mundos alejados...

Algo se acaba de romper en la cocina. Ha sonado un estrepicio de cristales rotos seguido de algo rebotando en el suelo. Cuando el jaleo de cristales me trae a la realidad del momento desde la lejanía inquieta de mis cavilaciones, antes de que decida levantarme para ver qué pasa, un segundo golpe de un cristal al romperse se repite en el mismo lugar, seguido del rebote de algo sobre las baldosas del suelo y detenido al fin con un sonido seco de golpeo sobre madera.

Al encender la luz de la cocina, la lluvia de trozos de vidrio entre los cacharros que he fregado después de la cena, el cesto con fruta y el platero donde un plato de sopa ha perdido un trozo; aparece una piedra en el interior del fregadero y otra en el suelo junto al rodapiés de madera desmontable. Ambas piedras vienen envueltas en

papeles en los que se pueden leer los siguientes mensajes intimidatorios: “VIEJO VERDE, HIJO DE PUTA, MAL NACIDO, YA NOS ENCARGAREMOS DE TI. NO QUEREMOS EN EL PUEBLO A UN CERDO COMO TÚ.” Y en la otra: “AQUÍ NO NECESITAMOS A PERVERTIDOS DE TU CALAÑA. LÁRGATE A HACERTE UNA PAJA DONDE NO HAYA JÓVENES A LAS QUE SEDUCIR, MALDITO CABRONAZO, HIJO DE MALA MADRE.” Mientras leo la segunda misiva, una tercera piedra me pasa rozando después de entrar a través de uno de los huecos dejados por algún cristal al romperse. Compruebo que, esta vez, la piedra es algo más grande y lleva como las anteriores un mensaje para mí: “NO PARAREMOS HASTA QUE NOS HAYAS LIBRADO DE TU ASQUEROSA PRESENCIA, MARICÓN SINVERGÜENZA, HIJO DE TU PUTA MADRE. ASÍ QUE YA TE ESTÁS LARGANDO DE ESTE PUEBLO, CON TU MIERDA A OTRA PARTE, QUE AQUÍ NO TE QUEREMOS VER.” Apago la luz y regreso al despacho donde tengo el móvil. Llamo a mi amigo el sargento. Al otro lado oigo la voz de Mercedes que me dice con tono de preocupación que Benito está de servicio en el cuartel. Me despido de la preocupada voz que me ha atendido y llamo al cuartel:

– ¡Buenas noches!, soy Javier López, el maestro, ¿podría hablar con el sargento, por favor?

–Sí, señor, enseguida le llamo. ¿Ocurre algo?

–Sí, tengo un problema aquí en casa. ¿Podría usted decirle que es importante que hable con él cuanto antes?

–Por supuesto que sí, ahora mismo.

–Don Javier, me alegro de oírle, ¿qué sucede? Me ha dicho Ramírez que tiene usted problemas...

–Sí, Don Benito. Necesito su ayuda. Unos energúmenos se han dedicado a apedrear mi ventana y me han mandado unos mensajes diciéndome “lindezas”. Le agra-

decería que si usted no puede venir, me mandase a alguien para que le explique lo que ha pasado. Ahora voy a llamar a Cosme para ver si puede ponerme algo que sustituya a la ventana rota e impida que esta noche se me cuele alguien en casa.

–De momento no toque nada, Don Javier, enseguida vamos para allá Ramírez y yo.

–Pero, Don Benito, ya he desenvuelto las piedras y leído los mensajes...

–Bien, no se preocupe. A partir de ahora no toque nada más. Una vez que nos hayamos ocupado nosotros, ya podrá llamar a Cosme para que le arregle la ventana. Ahora siéntese, tómese una copa y espere un momento que rápidamente estamos ahí.

Hago lo que Don Benito me ha recomendado. Me sirvo una copa de “magno” y sentado en el despacho con la luz del flexo que uso para leer y escribir encendida, y agradeciendo a los gamberros agresores que la hayan emprendido con la ventana de la cocina y no con las del resto de la casa, intento relajarme dejando que el sabor del licor me tranquilice, mientras espero la llegada de la Guardia Civil, que no se hace esperar. Con Don Benito y Ramírez llegan dos guardias jóvenes con maletines, en los que supongo que traen todo lo necesario para la investigación de lo sucedido.

–Don Javier, ante todo –me pregunta preocupado el sargento–, ¿está usted bien? ¿Tiene algún tipo de herida?

–No, mi querido amigo. Estoy perfectamente, sólo un poco nervioso, pero el “coñac” me está ayudando.

–Con su permiso, vamos a tener que removerlo un poco todo y crearle algún desorden, ¿tiene inconveniente? También debe enseñarme las piedras y los papeles con los mensajes que las envolvían. Por lo demás, no se preocupe

que procuraremos molestar lo menos posible. ¿A qué hora ha sucedido todo, Don Javier?

—Serían sobre las diez y cuarto cuando he oído el primer golpe de rotura de cristales, e inmediatamente, el segundo. Después, como estaba aquí en el despacho, me he levantado para ver qué pasaba y, nada más encender la luz, ha llegado la tercera piedra, esta vez a través de alguno de los agujeros dejados por lo que se había roto. Cada piedra con el papel que la envolvía está aquí sobre la mesa, cada una sobre una nota en la que he escrito el orden de llegada del mensaje. Por el sonido que han producido, he deducido el orden de la primera y la segunda, ya que la tercera ha llegado conmigo ya en la cocina. Don Benito, ¿querría tomarse conmigo una copa, por favor?

—Por supuesto. Ya no estoy de servicio. Mi presencia aquí obedece más al interés por el amigo que al trabajo profesional.

—No sabe cuánto se lo agradezco, amigo mío.

—Venga, de ninguna manera. Es nuestra obligación hacerlo por cualquiera. Con usted, la obligación es doble, porque es un hombre bueno y un ciudadano ejemplar.

—A la vista está que hay quien no piensa eso precisamente, ¿no le parece? —Digo, con una sonrisa que supongo debe ser de lo más triste.

—Y, dígame, ¿imagina usted el motivo de todo este jaleo?

—Supongo que será debido al rumor que ha corrido por el pueblo como un reguero de pólvora. Hay gente a la que le disgusta que los demás tengan la libertad de hacer lo que les venga en gana, aunque no falten al respeto de nadie, no vulneren ningún derecho ajeno y no incumplan ninguna norma legal. Parece mentira que en pleno siglo XXI pueda producirse todavía tal grado de intromisión en la vida privada de los demás.

—A mí lo que me preocupa es que esté usted bien. Todos sus amigos estamos indignados con los rumores que están corriendo. No se preocupe, Don Javier, que cogeremos a los gamberros que le han importunado y a quien ha instigado y lo sigue haciendo toda esta conducta tan poco acorde con los tiempos en que vivimos. Pierda cuidado, nunca ha hecho nada malo y la obligación de la gente de bien de este pueblo es defenderlo de toda esta pandilla de chismosos maldicientes. Ah, y otra cosa, Onofre y Micaela me encargan que le diga con todos los parroquianos que comen en su casa a la misma hora que nosotros, que están con usted y se encuentran tremendamente preocupados y conmovidos por todo lo que está pasando. Yo le pediría, Don Javier, que si mañana sigue en Castrosantos, se venga a comer con nosotros como siempre y no haga caso de cuatro chismosas que ni representan a este pueblo ni merecen la bondad con que siempre ha tratado usted a todo el mundo. Y ahora, venga esa copa que, mientras los muchachos trabajan, yo le voy a acompañar aquí en el despacho.

—¡Ramírez! —se dirige al cabo—, analice usted con los chicos, tanto las piedras como los mensajes, pero antes tráigame unos guantes, por favor.

—Sí, mi sargento, ya voy.

Se pone los guantes de látex que Ramírez le acaba de traer y, antes de leer los mensajes me mira pidiendo mi autorización. Le hago un gesto afirmativo y comienza, moviendo la cabeza en sentido negativo y con gesto de preocupación.

—¡Qué pandilla de descerebrados! Esto tiene toda la pinta de venir de donde yo me sé. Perdone que por el momento sea discreto, Don Javier, pero estoy seguro que pronto podré darle noticias fehacientes sobre todo este enredo tan desagradable. A la vista de la trayectoria de la

artillería verbal, las pedradas acaban de empezar, todas las sospechas apuntan en una dirección bastante evidente.

Ramírez recoge los papeles y las piedras que le entrega Don Benito, con las manos también cubiertas con guantes, y después de ponerlos en una bandeja de plástico blanco, se marcha en dirección a la cocina, donde al parecer han instalado su laboratorio de investigación. El sargento y yo bebemos en silencio.

—¿Qué tal estos días por casa de Onofre, Don Benito?

—Desde que usted dejó de venir, no ha sido lo mismo. Don Eduardo ha faltado un par de días, así como Marta y Vicente. Que yo recuerde sólo hemos asistido regularmente el alcalde y yo. Mire Don Javier, voy a serle sincero porque estoy seguro de que las pruebas no van a hacer sino corroborar mi hipótesis...

Capítulo XIX

No he tenido más remedio que levantar de la cama al pobre de Cosme que ha acudido sin rechistar. Los cristales nuevos han quedado en el lugar donde deben y la casa si no de gente malintencionada, ha quedado protegida del frío que, aunque a pocas semanas de la primavera, todavía se hace presente en las madrugadas. El sargento se ha ofrecido a dejarme un hombre de centinela durante toda la noche pero no lo he permitido. Parece haberse tranquilizado cuando le he prometido, si ocurre algún contratiempo, llamarle al móvil del que me ha asegurado no se separará más de un metro durante toda la noche. Este Don Benito es un santo y su amistad hacia mí una garantía asegurada fuera de toda discusión.

– Tiene mi número en la memoria de su móvil, Don Javier. A la menor sospecha o el más pequeño ruido, le da al botoncito y estamos aquí como un rayo. Prométamelo por favor.

– Por supuesto que sí. No se preocupe que lo haré sin pensarlo dos veces. Muchísimas gracias, amigo mío.

Eran sobre las tres de la madrugada cuando Cosme ha acabado de poner los cristales, y los guardias especialistas en huellas y demás, con Ramírez y el sargento a la cabeza, no han querido dejarme solo hasta que todo ha quedado ultimado. Incluso me han ayudado a dejar la cocina ordenada. Luego como todos habían salido de servicio, he preparado café y los seis incluido Cosme, nos hemos be-

bido una botella de “magno” que tenía de reserva. Entre unas cosas y otras, esta noche no he dormido mucho.

–Buenos días, Don Javier. Le estaba esperando

–Buenos días, Sixto. ¿Qué sucede? ¿Es que Don Mateo está peor?

–No señor. Es que Doña Guadalupe me ha ordenado que le espere aquí abajo. Pero yo le rogaría por favor, Don Javier, que me acompañara usted a la iglesia, porque lo que tengo que decirle me da un poco de vergüenza y preferiría que no fuese aquí en la calle.

–Pero, Sixto, Don Mateo me debe estar esperando. Ayer le prometí que vendría a visitarle y no quisiera que se preocupara por mí.

–Yo le ruego, por favor, que me escuche un momento. Venga conmigo a la sacristía. Tengo allí una botella de orujo muy bueno y, mientras tomamos una copita, yo le explico. Hágame ese favor, señor maestro. Para mí es un poco molesto lo que le tengo que decir y, como le he dicho, prefiero que estemos sentados y recogidos si a usted no le importa. Sólo será un momento. Tenga usted la bondad.

–Venga, por supuesto. Como usted quiera. La cosa no va de diez minutos más o menos. De todas maneras, a las once de la mañana, y después de la noche que he pasado, yo no sé si lo del orujo va a ser una buena idea. Muy posiblemente mi estómago no esté de acuerdo. Una vez que entremos en conversación, ya veremos.

–Muchas gracias, Don Javier. También quiero que sepa que en mí siempre tendrá usted un amigo y que, en la vida, muchas veces las circunstancias mandan y uno no siempre es dueño de lo que ha de decir, sobre todo si las decisiones corresponde tomarlas a los que mandan.

Mientras nos dirigimos a la cercana iglesia, noto a Sixto muy envarado como si lo que hubiera de decirme le costara y en él se estuviera produciendo una lucha entre la necesidad de soltar cuanto antes lo que fuere y descansar de una vez, y el temor a que el desagradable momento tuviera lugar. Llego con Sixto a la sacristía pensando que vamos a estar solos, por lo que cuando al entrar, Don Fernando, el nuevo sacerdote, se encuentra allí acompañado de Pablo, el monaguillo, la situación me produce cierta sorpresa. Por lo visto, el joven padre acaba de celebrar un funeral y Pablo le ayuda con las vestiduras sacerdotales. Al entrar, me saluda sonriente:

—Don Javier, me alegra verle porque me gustaría cruzar con usted un par de palabras, cuando tenga un momento.

—Tendrá que ponerse usted en cola —le contesto en broma—, porque esta mañana parece que a todo el mundo le ha dado por hablar conmigo. De momento, no sé si mosquearme un poco. No estoy acostumbrado a despertar tanta atención y últimamente me da la sensación de haberme vuelto bastante, no sé si el calificativo de “popular” será de lo más acertado. ¿Ustedes qué piensan? —Sixto se pone colorado y el joven sacerdote pone un semblante de gravedad ante lo que parece considerar un comentario algo sarcástico.

—Señor maestro, soy un pobre cura que intenta en la medida de lo posible seguir el camino que Nuestro Señor me ha indicado. Para mí “no juzguéis y no seréis juzgados”, como tantas cosas de las que Jesús dijo, procuro que sea una norma de actuación. Con esto le quiero decir que mi total y completo respeto por la persona de usted no ha variado un milímetro del que sentí el día que me fue presentado, avalado por la amistad y el cariño que quienes lo

hicieron mostraron hacia usted. Así que si, cuando me toque, podemos hablar un momento, estaré encantado.

—Por supuesto, señor cura. En cuanto nuestro buen Sixto me diga lo que ha de decirme, no tendré ningún inconveniente en hablar con usted de lo que quiera, aunque mi buen Don Mateo haya de esperarme un poco más, y perdóneme si le he parecido algo brusco o fuera de tono, pero es que esta noche no ha sido tranquila precisamente y estoy con los nervios algo en tensión. Le ruego que me disculpe. Si tiene la bondad de esperarme cinco minutos en la iglesia, cuando termine mi charla con Sixto, le rogaré que vaya a buscarle.

Veo a Don Fernando adoptar en la expresión un cierto matiz preocupado que por el momento no me lleva a ninguna conclusión pero que me da que pensar. A continuación el sacerdote y Pablo salen y Sixto se acerca a un armario de la sacristía del que tiene la llave, abre y toma una botella de orujo y dos vasos.

—Le agradecería que me acompañara, Don Javier.

—Vamos allá. Ponga usted un poquito, y cuando quiera, estoy preparado para escuchar lo que tiene que decirme.

—Pues verá, Don Javier. Quiero que quede claro que yo sólo soy un mandado y que lo que vengo a transmitirle no tiene nada que ver con la opinión que usted me merece, que no puede, en todos los sentidos, ser mejor de lo que es. A pesar de eso, le tengo que decir porque así me lo ha mandado Doña Guadalupe que usted ya no es bienvenido en la casa parroquial y que por favor se abstenga de visitarla. Yo no sé que ha podido pasar pero la señora me ha dado este encargo para que se lo transmita a usted y yo, aunque no entienda nada de lo que está pasando, me veo en la obligación de hacerlo —se bebe de un trago el orujo y se sirve otro que también toma de una vez.

Inmediatamente yo le imito y me le quedo mirando la cara de susto que se le ha puesto al pobre hombre incluso con todo y los dos orujos que termina de encasquetarse, aunque con una actitud algo más descansada a consecuencia sin duda del peso que se ha quitado de encima una vez que me ha soltado el trabucazo que me acaba de endilgar.

—Don Javier, yo no sé si es que la señora se ha vuelto loca de repente, pero estos cambios de actitud tan bruscos y que encima me toque a mí notificarlos me van a costar una enfermedad. ¿Cómo puede ser que precisamente usted, la persona más querida en esta casa, se encuentre con esta actitud así de pronto?

—Amigo Sixto, usted no se apure —digo, creyendo tener ya la explicación de la expresión inquieta en la cara de Don Fernando: él sabía bien que a Don Mateo no le iban a dejar en modo alguno intranquilizarse ni poco ni mucho, por mi tardanza en acudir a visitarle—. Cuando la señora ha tomado esta determinación, seguro que tiene motivos poderosos para que le haya encargado a usted que me lo notifique. Puede que de momento no lo entendamos, pero seguro que con el tiempo todo se aclarará. Usted no sufra que yo me hago cargo de la situación y, naturalmente, no le hago responsable a usted de nada. Y para demostrarle mi amistad me voy a tomar la segunda copa que me ha servido usted “a traición”, mientras yo estaba entretenido con mi discurso.

—Sí señor, bébasela que le voy a servir una tercera. Que estos sofocos hay que pasarlos con ayuda, sobre todo cuando se trata de dar noticias como éstas a personas tan buenas como usted. No me lo tenga en cuenta, señor maestro, que yo le respeto a usted como a pocos.

—Ya le he dicho, amigo mío, que no se apure, que las aguas volverán a su cauce, ya lo verá usted.

–Que Dios le oiga, Don Javier, yo así lo deseo. Y ahora, si me permite, voy a avisar a Don Fernando, que como yo ya le he dado a usted el disgusto, tampoco es necesario hacerle esperar más. Así que con su permiso me retiro agradeciéndole su bondad, Don Javier.

–Vaya con Dios, Sixto y no se preocupe, por favor.

El buen sacristán sale y al quedarme solo, una honda tristeza me embarga sin que lo pueda remediar. Ver que inmediatamente entra Don Fernando constituye un gran alivio, ante la oportunidad de tener algo nuevo en que ocupar mis pensamientos y emociones. El joven cura me mira con una amplia sonrisa,

–Al parecer ya no tiene usted ninguna prisa en visitar a nadie, ¿verdad, Don Javier?

–Las noticias vuelan, señor cura, ¿no le parece?

–Sobre las noticias, a mí me gusta tenerlas de primera mano, ¿tiene usted inconveniente?

–Es usted muy dueño de tener las noticias que le quieran dar, del modo que usted las pida. Pero una noticia es un comunicado, y para comunicar se necesitan dos, el comunicador con voluntad de comunicar y el que escucha. ¿No debe ser más bien el hablante quien ponga las condiciones y no el oyente?

–Deformación profesional tal vez del cura acostumbrado a oír en confesión. Usted dispense. De cualquier manera, yo no le pongo ninguna condición, señor maestro. Tal vez mi pecado ha sido la presunción de suponerle esa voluntad de comunicar que usted ha señalado acertadamente como premisa necesaria. Pero si no es así, libreme Dios de imponerle nada. Todo lo que pretendo, si es que puedo y se me da la oportunidad, es ofrecerle mi apoyo. Quiero decirle también que, siempre que pueda y usted me lo permita, ayudarle será un placer, y en eso, aunque se pueda considerar que voy más lejos de donde debo,

si decido que es mi obligación socorrerle y siento que Dios me lo exige, lo haré con su permiso o sin él.

—De eso no me cabe la menor duda y se lo agradezco, Don Fernando. Lo que pasa es que me ha pillado usted esta mañana excesivamente sensible y tal vez a consecuencia de ello más inhábil y vulnerable de lo que debería.

—Don Javier, aunque yo no beba, como aquí el anfitrión soy yo y Sixto me ha encargado que le atienda bien, le voy a servir otra copa porque veo que su vaso está vacío. ¿Quiere usted que hablemos, amigo mío?

—Será un placer hablar con usted, Don Fernando. Lo que no le puedo prometer es que todo lo que oiga vaya a ser de su agrado ni de que le ponga las cosas demasiado fáciles a la hora de recibir sus consejos. En muchos aspectos yo soy un heterodoxo, aunque siempre haya intentado hacer de mi heterodoxia virtud. ¿Puedo hacerle una pregunta, Don Fernando?

—Naturalmente que sí. De ninguna manera pretendo que esa sea una prerrogativa exclusivamente mía. Eso no sería de ninguna manera justo. Pregunte usted lo que tenga a bien.

—¿Sabe usted algo de mujeres, padre?

—Cuando nos presentaron no recuerdo muy bien si le comenté que en casa he sido el tercero de ocho hermanos entre los que hay cinco mujeres, dos mayores que yo y tres menores. Gracias a Dios, viven todas. Además no tengo inconveniente en decirle que además de cura soy licenciado en derecho y antes del seminario he tenido novia algo más de tres años. No seré un experto pero creo que algo sé, si usted me permite la indebida presunción. Además, como comprenderá, un confesor está acostumbrado y yo diría que obligado a leer tanto en el alma masculina como femenina. ¿Qué pasa, Don Javier? ¿No me considera con la suficiente autoridad como para que des-

pués de escucharle, entre los dos tratemos de sacar consecuencias de lo que se diga y en caso de haber menester, intentar prestarle ayuda?

—Verá, Don Fernando, como supondrá, los rumores sobre lo que por ahí se anda diciendo de mí, me han llegado a través de personas interpuestas, por lo que supongo que usted estará más al tanto que yo mismo de lo que anda circulando. Lo que sí puedo hacer y además va a ser para mí un alivio, es contarle lo que ha pasado, ya que hasta ahora no ha habido nadie sino usted que haya pretendido saberlo todo “de primera mano”, como usted dice. Por lo que tengo la sensación de que hay mucha gente a la que le parece bastante más interesante el rumor, las suposiciones y cómo se cuentan, que la verdad.

—Hombre, señor maestro, la gente no tiene costumbre de llegar preguntándole a uno por sus amores así de pronto, como preguntaría por el precio de las naranjas.

—Tal vez no, pero desde el punto de vista del que anda de boca en boca, sería preferible la pregunta directa y como usted dice, “de primera mano”, a la mirada huidiza, el cuchicheo incipiente y la media sonrisita, ya que la gente suele pensar que aquel a quien se critica, además de merecedor de haberse convertido en diana de todos los proyectiles, también se ha vuelto ciego y tonto de remate, y que no se da cuenta de nada de lo que pasa a su alrededor. A determinadas personas a quienes no les preocupan en exceso planteamientos de tipo ético, o cuya ética se ha empequeñecido con el mezquino mundo en el que se desenvuelven, suele gustarles más aquello que va con un cierto equipaje morboso que algo tan natural y bonito como el amor entre un hombre y una mujer. Circunstancias como las edades que hayan de tener las personas que se aman, para que la sociedad admita algo que de ninguna manera está autorizada a rechazar importan mucho a la

sombra de esa pequeñez de miras a la que me refería. De esta manera se comete la aberración de objetar por motivos morales algo que Dios, único artífice de la moral, tiene a bien darnos a manos llenas, el amor, que los hombres, injustos intérpretes de esa moral y arropados por el grupo del que nos es imposible prescindir, circunscribimos dentro de los estrechos límites de ese mundo que hemos fabricado a nuestra imagen. Grupo que frecuentemente está integrado por personas enfermas incapaces de amar a nada ni a nadie, sino a su propio egoísmo y a su mezquino sentido y pobre concepción de lo que de verdad significa la libertad humana. Personas que a menudo han sufrido la maledicencia de los demás y en vez de aprender de esta circunstancia en positivo, hacen a los otros objeto de una conducta que al fin y a la postre no es otra cosa que la venganza indiscriminada hacia un género humano del que desconfían y frente al que la propia maledicencia les sirve de triste refugio y consuelo. Padre, ¿qué hace que la gente conciba la maravilla del amor entre un hombre y una mujer adultos como algo inaceptable por el hecho de que entre las edades de los dos haya unos años de diferencia? ¿Qué derecho tiene la sociedad o una parte de ella a rechazar como indecente un amor cuyo juicio no les compete, en nombre de una moral que se arrogan sin que les pertenezca, porque no la practican y cuya conducta les deslegitima para atribuirse como propia cualquier tipo de justicia? ¿Qué justicia es esa que simplificada de toda manera y sometida a los estrechos límites a la que la circunscriben, se vuelve totalmente alejada de los principios que la inspiraron y para nada recoge el espíritu en el que se basó o la filosofía y el deseo de bien que la hicieron posible?

—Sólo le puedo decir, Don Javier, que estoy totalmente de acuerdo con usted y pedirle un poco de comprensión

para quienes no lo están, incluyendo por supuesto a Doña Guadalupe. La mujer pone todo su interés en hacer lo que se le antoja más justo. Lo que pasa es que a veces, como usted señala acertadamente, lo hace a costa de la propia justicia.

—No se preocupe, Don Fernando, que procuraré tener, aunque sólo sea por contraste, toda la comprensión para con los demás de la que por lo menos un trocito pequeño desearía para mí. Como hace un momento le decía a Sixto, estoy seguro de que más pronto que tarde, las aguas volverán a su cauce.

—Hala, Don Javier, véngase conmigo a casa de Onofre donde sé que se le quiere bien, que le voy a invitar a una cervecita. Yo también tomaré una en su honor.

—¿Y no le preocupa que le vean conmigo por el pueblo?

—¿Acaso no comía Jesús con los publicanos? Usted no sólo no es publicano sino que es un “rabí”. Lo mismo que era Jesús.

—Salvando las distancias, señor cura.

—Si “las prostitutas les precederán en el Reino de los Cielos”, tal vez después de ellas nos podamos colar usted y yo.

—No sea modesto, Don Fernando, usted irá unos kilómetros por delante de mí. No olvide que yo soy un heterodoxo, amigo mío.

—¿Y qué era Jesús de Nazaret, Don Javier? No olvide que Jesús curaba en sábado y no le importaba que sus discípulos no se lavaran las manos antes de comer. ¿Me acepta esa cerveza?

—Yo sí, pero mi estómago no sé si estará de acuerdo.

—Pues no tenemos otra forma de preguntarle que tomándola. Así que, ¿dónde mejor que con Onofre?

—En ninguna parte, diría yo.

—Pues adelante. Escandalicemos a la “buena gente” de este pueblo dejándonos ver juntos. ¡Después de usted, señor maestro!

—¡Siempre con usted, señor cura!

El cura de vaqueros y barba cerrada que esta mañana no se ha afeitado, y este servidor de ustedes cruzamos la plaza en dirección al bar de Onofre. Un viejecito sentado en uno de los bancos se levanta y, quitándose la gorra saluda,

—Dios le guarde, Don Javier, y a la compañía.

—A usted también, tío Benito. ¿Cómo se encuentra hoy? Mire, le presento a Don Fernando, el capellán que ha venido a ayudar a Don Mateo.

—Ah, mucho gusto, señor cura.

—Igualmente, Don Benito. Me alegro mucho de conocerle.

—No, Don Fernando. Yo soy el tío Benito. El “don” es para los señores. Yo soy un hombre del campo. Por cierto, señor cura, ¿sabe usted que va con una de las personas más buenas que conozco?

—Eso ya lo sé, tío Benito. La bondad no se disimula fácilmente y en eso, el señor maestro tampoco es lo suficientemente hábil para que los demás no nos demos cuenta. Pero me alegra que me lo diga.

—“Dios los cría y ellos se juntan”, señor cura. A lo que parece, usted tampoco está mal.

—No hay comparación, créame. Pero, muchas gracias, por decirlo.

—Que Dios le bendiga a usted también, señor cura.

—Igualmente, amigo. Quédese usted con Él.

Ante la puerta del bar, Don Fernando toma la delantera abriendo y, cuando los amigos de la mesa me ven aparecer, comienzan un aplauso que inmediatamente continúan Onofre, Micaela y el resto de los presentes en el

comedor. En nuestra mesa están Don Benito, Don Cesáreo y Don Vicente que aplauden a rabiar.

—Señoras y señores me están ustedes abrumando. Vengo acompañado por mi amigo Don Fernando al que me proponía incorporar a nuestra mesa para que coma con nosotros, si a ustedes no les importa.

—Pero Don Javier —protesta el joven cura—, yo sólo quería invitarle a una cerveza y me tiende esta encerrona. Me esperan para comer en casa de Don Mateo. No debo dejarles con la mesa puesta y sin aparecer. Sería una descortesía que no me debo permitir.

—Usted no se preocupe, señor cura —dice el alcalde— que ahora mismo llamamos a casa de Don Mateo y le decimos que le hemos secuestrado para que coma con nosotros. Naturalmente, su condición de pastor de almas y el deseo de no desaprovechar la ocasión de hacer el bien entre tanto descreído como hay por aquí le ha obligado a aceptar. Don Benito, déjeme su móvil que si llamo con el mío lo mismo no me lo coge. Por la comida sobre los manteles de Don Mateo no se preocupe, que si sobra, que seguro que no, durará poco en la mesa. Yo se lo aseguro, que conozco el paño mejor que usted.

—¡Paula!, hola, soy el alcalde. Por favor, dígame a Doña Guadalupe que Don Fernando se queda a comer con nosotros en casa de Onofre. Ahora se pone él —le tiende el teléfono—

—Paula, hola, oiga, mire, discúlpeme con los señores, pero estos amigos se han empeñado en que me quede y no he sabido decir que no. Presénteles mis excusas, por favor.

—¡Estupendo! —exclama el alcalde—, venga, siéntense que esta primera ronda va por mi cuenta. Onofre, vengan esas tapitas, que Don Javier trae una cara de hambre que no se tiene.

Me siento entre Don Benito y Don Cesáreo, y Don Fernando lo hace junto al practicante al que noto una expresión un poco extraña. Puede que el raro sea yo, por lo que trato de aparentar que no advierto nada fuera de lo normal. Con tanta emoción, ya no sabe uno qué es ficticio y qué real en todo este guirigay que se ha organizado.

Don Benito, con su carácter efusivo, nada más sentarme, me abraza por los hombros y me da un sonoro beso en la mejilla. No puedo evitar sonrojarme, con lo que acrecienta la hilaridad de los presentes que se carcajean a mandíbula batiente. Llega Onofre con una fuente de codornices a la plancha.

—Estas codornices son en honor de Don Javier. Se trata de un obsequio de mi Micaela, y son todas para él. Si quiere compartirlas, es cosa suya. Para los demás, cacahuetes y aceitunas. ¡Con mis mejores deseos, Don Javier. ¡Qué aproveche! Ah, y esta jarra de vino es por cuenta de la casa. —Pone la fuente sobre la mesa. Dos por cabeza. Diez codornices como diez soles con su ajito y su perejil y oliendo a gloria.

—¡Muchísimas gracias, Onofre! ¡Un beso fuerte a la cocinera de mi parte! ¡Que Dios se lo pague! ¡Venga señores, que se enfrían!

Todos comemos a dos carrillos. De la cervecita que había llegado a la mesa antes que el vino, pasamos a éste y antes de que lo advirtamos, Don Fernando anda comiendo y bebiendo al ritmo que lo hacemos los demás. ¿Qué tendrá este ambiente que contagia la alegría como pocos? A los pocos minutos, todas las serias y graves conversaciones de la mañana han quedado olvidadas, y las bromas y el buen humor de estos queridos amigos nos toca el corazón a todos. El sargento y el alcalde, por turnos, comienzan a contar chistes y, al cabo de un rato, nuestra mesa vuelve a convertirse en el centro de todo el bar.

Como otras veces, los parroquianos arriman sus sillas formando corro y al final, Micaela y Onofre participan como todos de la juerga general. Hasta Don Fernando se anima con algún que otro chiste y sin advertir lo deprisa que pasa el tiempo, se nos hacen las seis de la tarde.

Cuando me propongo despedirme de todos, el practicante se me acerca y me dice al oído:

—Don Javier, me gustaría hablarle, si a usted no le importa. Lo que le he de decir es urgente. Si tuviera usted un momento, por favor.

El primer pensamiento que acude a mi mente es: “ya volvemos a empezar. El día quiere mostrarse completito y el rato de alegría en la sobremesa sólo ha sido un paréntesis de calma entre borrascas, una tregua en la batalla. Qué le vamos a hacer: ¡paciencia!”

—Si tiene usted tiempo, Don Javier, podríamos dar un paseo hasta el parador. Tomamos un café y charlamos un rato, si le parece. Desde el lunes pasado, tengo una preocupación que no acierto a quitarme de encima y me gustaría discutir con usted los pormenores de lo que sucede y, aparte de que esté enterado, si es que el asunto tiene solución tratar de encontrarla. Y, si no, que por lo menos lo que sucede nos coja avisados y no en desventaja respecto a aquellos que intentan manejar nuestras vidas como si la de cada quien pudiera ser vivida por alguien que no fuera uno mismo.

—Está usted muy filosófico, amigo Don Vicente, ¿no estará exagerando la importancia de ciertas cosas?

—Tal vez sí, pero de los escarmentados salen a menudo los maestros, y no los de escuela precisamente.

Me da por reír la salida del practicante, y como ya espero cuál va a ser el devenir de la conversación, todos aquellos que me aprecian tratan de protegerme haciéndome partícipe de lo que sucede, tal vez el pobre de Don

Vicente ignora que el tema de conversación no ha sido otro en lo que llevamos de jornada, y que la cosa empieza a cogerme ya un poco cansado de escuchar los mismos o parecidos argumentos y tener que contestar con iguales o similares justificaciones. Como me da un poco de miedo de que mi carácter, especialmente sensible últimamente, me ponga a la defensiva también con Don Vicente, intento armarme de paciencia y escuchar en silencio lo que tenga que decirme en evitación de una respuesta de mi parte que pueda resultar como con Don Fernando, excesivamente sarcástica o destemplada. Por eso, cuando empieza a hablar, me coge totalmente desprevenido, porque de ninguna manera esperaba que empezara diciendo lo que estoy oyendo. Cuando lo que había supuesto como comienzo fuera una advertencia sobre cuál debería ser mi actitud ante determinadas habladurías escuchadas por él, de tales o cuales artífices de la chismosería más o menos reconocida de nuestro pueblo, mi pobre amigo, el practicante comienza con un sollozo y una petición de perdón que me deja el alma totalmente contrita.

—Venga, mi querido amigo, ¿Qué es lo que pasa? No se ponga usted así. Que por ahí se estén diciendo de mí cuatro chismes malintencionados no justifican su reacción. Cállese, por favor. Que usted me aprecia es algo constatable y para mí su amistad está fuera de ninguna duda. Así que no se apure, hombre, que fuera de algún cristal roto la sangre no ha de llegar al río.

—¿Cómo cristal roto? ¿Es que le han roto los cristales, Don Javier?

En este momento, valoro como tantas veces la discreción de mi “ángel de la guarda”, Don Benito, que ha tenido la gallardía de no comentar nada en el bar de lo que sucedió anoche, ni siquiera delante de mis amigos más

queridos, cosa que por otra parte, hubiera juzgado totalmente normal.

—Bueno, algún intento ha habido y algún logro también, pero estese tranquilo que ya está, gracias a Cosme y a su prisa por ayudarme, cada cosa en su sitio, y el episodio no ha pasado de un pequeño susto.

—¡Ay, Dios mío! ¡Y todo por mi culpa...!

—¿Ha estado usted tirando piedras a mi ventana, Don Vicente?

—No, Don Javier —se le vuelve a escapar otro sollozo— ¡Dios me libre de semejante cosa! Pero me temo que si lo de usted y Sonia se ha sabido en el pueblo ha sido por una involuntaria intervención mía que, ¡maldita sea la hora en que aparecí por aquella piscina!

Me vuelvo a quedar atónito.

—¿Así que fue usted quien nos vio a Sonia y a mí en la piscina de la urbanización en Cáceres, Don Vicente?

—Sí, aunque no fuera yo, nunca lo habría sido, quien les delató a ustedes. Créame por lo más sagrado que, después de abandonar la piscina, no he hecho el más mínimo comentario a nadie sobre su presencia allí, en aquél infausto lunes en que ambos coincidimos, aunque usted no me viera. Verá, Don Javier, aunque aquí en el pueblo tenga fama de mujeriego, no negaré que me gustan las señoras, mi fidelidad a la amistad que siento por mis amigos, entre los cuales usted está a la cabeza, se halla por encima de todo y nada tiene que ver con mis veleidades en cuestiones de faldas.

—Le creo, Don Vicente. —Esto está tomando unos tintes melodramáticos que me tienen al borde del caos.

—Yo nunca le traicionaría., Don Javier.

Vuelve a sollozar, y no puedo por menos de acordarme de un artículo que leí en no sé qué periódico hace algunos días sobre el éxito que los hombres llorones tie-

nen entre las mujeres, al saber como nadie tocar su fibra sensible y despertar así su ansia de ternura.

—Tranquilícese, hombre de Dios, me tiene usted el corazón en un puño. Estoy seguro de su fidelidad hacia mí. No se apure, que eso está fuera de duda —los esfuerzos que este hombre está haciendo por demostrarme lo inalterable de su amistad están comenzando a darme un terrible dolor de cabeza.

—Verá, déjeme que le explique. Un amigo mío tiene un apartamento en la misma urbanización en la que al parecer usted se aloja en Cáceres. A veces me lo presta cuando lo necesito. Usted ya me entiende. La chica que estaba conmigo tuvo deseos de darse un baño en la piscina y bajamos. El caso es que sin intención de descubrirle, creo que fui yo quien le comenté a mi acompañante que el señor que en aquel momento untaba de crema la espalda de Sonia se parecía a usted. Luego, todo fue como un relámpago, y aunque advertí a la chica que no hiciese ningún comentario sobre lo que habíamos visto, me temo que no tuve ningún éxito. No se puede imaginar cuánto lo siento, querido amigo.

—Don Vicente, no se tiene usted que disculpar. Aunque su acompañante no hubiera comentado nada, la cosa se habría sabido igualmente. Los principales artífices de que la noticia haya trascendido como lo ha hecho, no han sido ustedes, créame, sino otras personas y por motivos mucho más personales. Así que no se atormente que su amistad me consta y la mejor prueba de ello es su preocupación. De verdad, no se apure que no ha tenido ninguna intención de perjudicarme y eso para mí no requiere demostración.

Vuelve a sollozar con el efecto que le produce la conmoción por la que está atravesando, tal vez porque no esperaba tanta comprensión por mi parte, e inmediata-

mente vuelve a mostrar la misma cara de susto de hace un momento cuando pregunta:

–Don Javier, ¿qué es eso de las pedradas a sus ventanas y los cristales rotos? ¿Cuándo le han apedreado la casa?

–Todo ocurrió anoche sobre las diez. Pero no se preocupe, Don Benito se ocupa del caso y, a lo que parece, lleva las investigaciones bastante avanzadas. Aunque aún no puedo decirle nada, tanto los autores materiales del apedreamiento como quien está detrás de todo, parece que no ha escapado en modo alguno a la sagacidad de nuestro sargento. Sólo falta verificar alguna de las pruebas, pero las pistas parecen conducir a un lugar que está fuera de toda discusión. Venga, tomemos ese café y deje usted de llorar que por hoy estamos todos enteros, gracias a Dios, aunque no le pueda negar que todo esto resulta un tanto desagradable y muy incómodo. Bueno, viéndolo por el lado positivo, también tiene las compensaciones que proporciona el saber que tiene uno tantos y tan buenos amigos. Y ahora, si usted me permite, Don Vicente, una vez que acabemos de tomar nuestro café, yo me voy a despedir. Ya no me queda nada que hacer aquí y conviene que regrese cuanto antes a Cáceres, pues aparte de que Sonia debe de estar preocupada, como comprenderá me gustaría cambiar de alojamiento en evitación de que el lugar que me había buscado haya trascendido y se pueda convertir en obligado punto de destino y peregrinaje de cierta gente movida por el morbo y la curiosidad malsana. Seguro que mis precauciones son exageradas y hasta un poco presuntuosas, pero nada cuesta prevenir disgustos y tratar de evitarlos en la medida en que lo pueda hacer sin asumir más riesgos de los necesarios.

–No sabe cuánto lo siento, amigo mío.

El practicante hace un nuevo intento de sollozo que trato de reprimir alzando la mano como si pretendiera abortar el inicio de una canción a coro. Sin saber cómo, milagrosamente lo consigo, lo que me da opción a iniciar un saludo de despedida con el que, sin esperar a mi acompañante para regresar con él, salgo a toda prisa del parador, dejando a Don Vicente el pago de lo consumido y sin poner, con la prisa, ningún tipo de objeción a que mi lloroso amigo se haga cargo de la cuenta. Si se ha notado poco o mucho la urgencia que me ha entrado por poner tierra de por medio es algo que en ese momento no me ha parado a valorar suficientemente.

Cuando, a toda prisa arribo a la Plaza Mayor, recuerdo que en todo el día no he visto a Marta, con lo que me dirijo a la farmacia para interesarme por ella. Al fin y al cabo ha sido idea mía que no nos vieran juntos. El no acudir a casa de Onofre para comer como hacía a diario le debe estar trayendo un montón de molestias. La preparación de la comida, limpieza, cacharros, etc., con lo cómodo que era para ella encontrárselo todo hecho. Ahora estoy seguro de que ha sido una sugerencia equivocada de mi parte, que es necesario rectificar de inmediato. La reacción de la gente que realmente nos interesa está siendo de lo más discreta y afectuosa y es una tontería condenar a Marta a un ostracismo del todo innecesario. Al entrar en la farmacia, Pascual me dice que la farmacéutica está arriba en casa, con lo que vuelvo a salir y aprieto el timbre. Al momento, la inconfundible voz de Marta contesta desde arriba:

—¡Diga!

—¡Ábreme Marta, soy Javier!

—¡Javier, qué alegría! ¡Pasa, por favor!

Subo las escaleras de acceso a la vivienda. Marta me recibe con su maravillosa sonrisa y con dos besos, uno en cada mejilla.

– Pasa, querido. ¿Has terminado ya con la visita a Don Mateo? ¿Cómo está?

–No me ha sido posible visitarle. Esta mañana lo he intentado, pero después de haber hablado con Sixto, he tenido que desistir en contra de mi voluntad...

–Pero, ¿por qué? Si solamente has venido a eso. ¿Qué ha pasado?

–Al parecer alguien le ha calentado la cabeza sobre mí a Doña Guadalupe, lo que le ha hecho tomar la decisión de excusarse por no poder recibirme.

–No me digas que te ha impedido la entrada en su casa.

–No directamente. Ha mandado a Sixto para ese menester.

–Pero esa mujer se ha vuelto loca. ¡Me va a oír!

–Nada de eso, Marta querida. Deja que pasen estos primeros momentos y ya veremos qué hacemos. Por el momento, tengamos la fiesta en paz. Me siento incapaz de seguir abundando en el problema. No puedes imaginarte el día que llevo. Así que déjame descansar un poco, por favor. Por cierto, ¿has comido?

–He tomado un bocadillo y un zumo. La verdad es que no tengo mucha hambre.

–Venga, prepara tus cosas que nos vamos a Cáceres. Esta noche dormimos en el apartamento y mañana me ayudas a buscar una casa rural. Habla con Pascual y dile que te vas a tomar unos días de vacaciones. Verás lo bien que lo vamos a pasar los tres. Verdaderamente nos hace falta un poco de tranquilidad después de tanto sobresalto.

Capítulo XX

—¡Dios mío, se ha movido! ¡Mamá, se ha movido! ¡Javier se ha movido! ¡Ha abierto los ojos! ¡Mamá, ven enseguida! ¡Esto es un milagro! ¡Gracias, Señor!

Noto una luz muy intensa que parece querer talararme. Me es imposible abrir los ojos. La cabeza me duele terriblemente. Parece que me va a estallar. Oigo voces, gritos, llantos... No recuerdo absolutamente nada. Me duele mucho el brazo izquierdo y la cadera. Algo me produce un dolor muy intenso en la cadera. No me puedo dar la vuelta. Esa luz tan fuerte parece querer meterse dentro de mi cabeza. ¡Mi cabeza! ¡Cómo me duele! Oigo murmullos de gente que llora. Algo parece sujetarme firmemente los hombros contra la cama donde estoy acostado. Me es más fácil mover la mano derecha. Intento taparme los ojos para protegerlos de esa luz que me está cegando. Un hombre vestido de verde con un gorro también verde es lo primero que veo. Hay como una nube delante de mis ojos que no me deja ver con claridad. La nube parece irse aclarando poco a poco.

—¡Bienvenido de vuelta de su largo viaje, Don Javier. —El hombre de verde creo que me está hablando—. Soy el doctor Guillermo Soria. Nos tenía usted muy preocupados. Gracias a Dios, ya está de regreso otra vez con nosotros.

Me noto la garganta y la lengua secas como suela de zapato. Intento articular alguna palabra pero me cuesta un esfuerzo enorme formar alguna idea coherente dentro

de mi cabeza. Me oigo a mí mismo preguntar con un hilo de voz:

—¿Podría beber un poco de agua?

Una enfermera. Creo que es una enfermera. El médico le ha autorizado a que me dé un poco de agua. Vuelvo a tener mucho sueño.

Se me cierran los ojos. Creo que digo:

—Me duele la cabeza —alguien me la levanta.

Tomo un poco de agua. Después, nada.

Cuando me despierto de nuevo, los preciosos ojos de Sonia me están mirando en la penumbra. Aunque la habitación está en sombras puedo ver sus ojos que me miran fijamente. Hay una luz cerca del suelo que está encendida y proporciona cierta claridad. Sonia está sentada en mi cama y tiene mi mano derecha entre las suyas y los ojos húmedos de haber llorado. Hay una ventana en la habitación a través de la cual se ven las sombras de la noche. Los visillos están corridos y los cristales ligeramente entreabiertos. Hace calor. Al hablar, me cuesta reconocer mi voz. Me oigo decir:

—¡Buenas noches, mi amor!

—Buenas noches, vida mía. ¡Qué miedo he pasado, pensando que no ibas a volver!

—Todavía no estoy muy seguro de que haya vuelto —me oigo bromear con una voz que ya me va pareciendo algo más natural.

Marta está sentada en un sillón a mi izquierda. Bajo un poco la vista y veo sus ojos que me miran. ¡Los dos pares de ojos más iguales y bonitos que he visto nunca! El sillón que Marta ocupa es uno de esos típicos de hospital capaz de hacer las veces de incómoda cama sólo con bajar el respaldo y subir un poco el reposapiés con el que cuenta, adosado a la parte inferior. Con él, la persona acompa-

ñante puede echar un sueñecito con no demasiada comodidad, pero sí con la tranquilidad para el enfermo de que su cuidador no se va a quedar en ningún momento profundamente dormido y va a poder prestar la ayuda que de toda persona que está para echar una mano se espera. En fin, un invento diabólico el silloncito de marras. Afortunadamente, junto a mi cama hay otra vacía. Vuelvo a sentir la sequedad en la garganta y pido a Sonia un poco de agua. Cuando me la trae, veo que lleva un amplio vestido de verano sin mangas. Alguna rara asociación de ideas que no puedo concretar me hace preguntar:

– ¿Qué me ha pasado?

–Tuvimos un accidente, Javier. Un coche que venía en sentido contrario al nuestro, nos abordó cuando faltaba poco para llegar a Cáceres. Por lo visto, tuvo un reventón en una de las ruedas delanteras y se vino contra nosotros. Tú trataste de protegerme intentando esquivar el golpe con el desplazamiento del coche hacia el arcén derecho de la carretera, pero sólo conseguiste hacerlo a expensas de ti mismo, recibiendo todo el impacto en tu lado izquierdo. Yo sólo resulté con algún rasguño, pero tú paraste el efecto de la fuerza sin control que se nos echó encima con tu cuerpo y has estado en coma seis meses...

–¿Llevo aquí seis meses?

–Has estado en cuidados intensivos durante cuatro y te han operado tres veces. No contábamos contigo. Tuviste una fractura del fémur izquierdo, la clavícula, tres costillas y el cúbito y el radio también del antebrazo izquierdo. Estábamos a punto de perder las esperanzas, querido Javier.

–Pero, seis meses... ¿Dónde estoy?

–En la Clínica Quirúrgica Cacerense. Llamamos a Pili para que buscara entre tus papeles por si aparecía algo de médicos y supimos por ella que eras de la compañía de

seguros ADESLAS, así que de la Cruz Roja te trajimos aquí donde todo el personal sanitario te ha tratado de maravilla. Ha sido admirable la dedicación y el cuidado que todos han puesto. Nunca podremos agradecerles lo bien que se han portado.

—Entonces, ¿hoy qué día es?

—Son las tres de la madrugada, por tanto ya estamos a dos de agosto, día de Nuestra Señora de los Ángeles.

—Pero, Sonia, ¿por qué vas vestida así? ¿Qué te ha pasado? Te noto algo distinto y no sabría decir que es. Estás preciosa, como siempre pero hay algo diferente en ti que no sé...

Sonia se sonríe y mira a Marta que asiente con la cabeza.

—Verás, Javier, en estos meses en que has estado dormido, han pasado muchas cosas... Yo pensaba esperar todavía un poco para decírtelo pero creo que lo mejor es hacerlo ahora. Vamos a ser papás, amor mío. Estoy embarazada de algo más de seis meses, y todo este tiempo he vivido con el deseo infinito de que despertaras para poder decir que soy la mujer más feliz del mundo y...

Sin apenas darme cuenta, me olvido de la pesadez de mis hombros y me incorporo sin esfuerzo alguno. Noto un dolor ligero en la cadera izquierda pero es tal la alegría que siento que el dolor me parece como si no fuera mío:

—¡Amor mío, qué maravilla! ¡Un hijo! ¡Y yo dormido y sin enterarme de nada! ¡Es fantástico! ¡Venid aquí que os abraza!

Cuando las dos mujeres se acercan, noto una cierta molestia en el brazo izquierdo, sobre todo con Marta que me queda de ese lado, pero lo puedo mover perfectamente, aunque teniéndolo conectado a un gotero, instintivamente tomo, al advertirlo, las debidas precauciones a la hora del abrazo.

—¡Cómo os quiero! ¡Tengo que ponerme bueno enseñado! ¡Qué bien me encuentro! ¿Y cómo lo has sabido? ¡Qué tonterías digo! Quiero decir, ¿cómo te diste cuenta...?

—¿Recuerdas aquella mañana después de que la noche anterior estuvimos comiendo en un pequeño restaurante donde oímos música y bailamos? A la mañana siguiente yo me encontraba fatal.

—Sí, recuerdo que aquella mañana al despertar me extrañó mucho que no estuvieras en la cama —me quedo mirando a Marta y me ruborizo como si fuese un colegial pillado en falta.

Se me ocurre farfullar una disculpa pero decido no hacerlo. Ninguna de las dos mujeres parece darse cuenta de mi azoramiento o deben atribuirlo a la emoción por la noticia recién recibida.

—Tenía muchísimas ganas de vomitar y de hecho cuando despertaste yo estaba en el baño. Bien, pues en los días siguientes, como la cosa lejos de mejorar, más bien empeoraba y la mayor parte de las mañanas me levantaba muy mareada, fui al médico y cuando le conté los síntomas y le dije que me había vuelto muy sensible a ciertos olores, inmediatamente asoció los síntomas a la verdadera causa. Recuerdo que me preguntó de golpe,

—Sonia, ¿has tenido relaciones sexuales últimamente?

—Sí, doctor.

—¿Has tomado precauciones?

—No, doctor. No las he tomado. ¿Cree que puede ser eso?

—Podría no ser, pero los síntomas parecen apuntar a esa posibilidad. De todas maneras podría deberse a alguna otra causa. Lo mejor es que salgamos de dudas. ¿Puedo hacerte una pregunta aún más personal, hija mía?

—Claro, doctor, por supuesto que sí.

–En caso de que estuvieras embarazada, ¿querrías tener el niño? ¿Sería de alguna manera un contratiempo la aceptación de las nuevas circunstancias por parte del padre?

–No, querido doctor. No esperaba que esto pasara tan pronto pero por supuesto, quiero tener a mi hijo si es que ya está dentro de mí. Y por el padre, no se preocupe que estará encantado cuando sepa la noticia, si es que se confirma.

–Bien, Sonia, me alegro muchísimo de saberlo. Pero estemos tranquilos hasta que no hayamos seguido una serie de trámites totalmente necesarios. No conviene que adelantemos acontecimientos Mira, tienes que hacerte estos análisis. Cuando tengas los resultados, te vienes por aquí y hablamos. Por los mareos no te preocupes que, aunque fuese embarazo, con el tiempo irán desapareciendo. Pero si no fuera así en unos días ya pensaríamos en algo que pudieras tomar.

–Aquella misma noche me informaron de que habíais tenido el accidente y de que estabais en la Cruz Roja. Mamá solo tenía algunos pequeños cortes y, una vez que la hubieron curado, le dieron de alta. A ti, una vez que hablamos con Pili y supimos lo de tu seguro te trajimos aquí. Afortunadamente, a pesar de las fracturas de las costillas, no tenías ningún órgano vital afectado. Sólo el fuerte golpe que habías recibido en la cabeza te mantenía en coma, pero tanto los pulmones como el corazón, los riñones, el hígado, el bazo y el páncreas, que en principio se pensó que podrían haber quedado afectados, luego se comprobó que no habían recibido ninguna lesión. Incluso respirabas por ti mismo. Al parecer el cinturón de seguridad y el movimiento instintivo de levantar el brazo para protegerte la cabeza, te salvaron la vida. El conductor del otro coche también resulto con algunas fracturas pero

mejor parado que tú, por lo que en un par de meses estubo en disposición de venir a visitarte. Llevaba la cara llena de remiendos y se movía auxiliado por las muletas, pero no llegó a perder el conocimiento. Sin embargo tú, con el movimiento reflejo de levantar el brazo en el último instante, evitaste lesiones en la cara, aunque hiciste que el antebrazo se llevase la peor parte con la doble fractura de cúbito y radio. Sólo se te produjo en la cara un corte pequeñísimo encima de la ceja que a los pocos días estaba cicatrizado y que apenas se nota. Como te he dicho ya, ninguna de las costillas rotas o del resto de las fracturas afectaron, a Dios gracias, a ningún órgano interno, con lo que en pocos meses las lesiones óseas habían curado y aunque el estado del coma en el que te encontrabas los médicos pensaban que era reversible, al haber pasado tanto tiempo, empezábamos a estar todos más que preocupados. Según los médicos, la inmovilidad de estos meses, si bien no nos dejaba dormir, favoreció que los huesos soldasen mejor. El gran problema de la quietud continua fue cuidar de tu trasero, tu espalda y tus talones para que no se produjeran las heridas propias de la ausencia de movimiento, que tanto afecta sobre todo a las personas mayores –Sonia enrojece por lo que podría considerarse una indiscreción.

A pesar de la penumbra, como su piel es tan blanca incluso en estas condiciones es fácilmente visible el rubor. Finjo no darme cuenta

–Tanto los médicos como las enfermeras han hecho contigo un trabajo maravilloso. Te colocaron un colchón antiescara, te vendaron los talones y continuamente te cambiaban de posición tratando con un cuidado exquisito tus fracturas. Han tenido una atención y diligencia contigo aparte de la simpatía de que han hecho gala, que se

podría decir sin exagerar que su comportamiento ha sido ejemplar.

–Pero, aparte del personal del hospital, ¿quién se ha ocupado de mí durante tanto tiempo?

–En los primeros días –dice Sonia–, desfiló por aquí todo el mundo. La primera en venir fue Pili. Pobrecita, ¡cómo lloraba!, Don Benito y Mercedes, Don Eduardo, que estuvo hablando con todo el personal sanitario. También Vicente y el alcalde. Don Mateo vino acompañado de Doña Guadalupe y de un sacerdote joven al que yo no conocía. Mamá me dijo que se trataba de Don Fernando, el capellán que el obispo ha mandado para ayudar a Don Mateo y que parece que de momento se va a quedar en el pueblo. Estaban los tres muy afectados y Doña Guadalupe no paraba de llorar y darse golpes de pecho. También hemos conocido a tus tres hijos, a tu nuera y a tu exmujer que, por cierto se mostraba muy preocupada. En estos meses, tu familia de Almería ha venido en varias ocasiones. De hecho, tus hijas han pasado la noche aquí contigo desde que te sacaron de la UCI al mejorar tus constantes vitales, hace un par de semanas y te subieron a planta, hasta mediados de la pasada. Ninguna de las dos quería separarse de ti. Al final, otra noche estuvo el joven matrimonio y otra se quedó también la madre de tus hijos. Después de eso nos hemos ocupado de ti mamá y yo. Tu familia regresó a Almería anteayer, con la intención de descansar unos días y volver la semana que viene. Como ves, toda la gente que te quiere ha estado pendiente de ti. Vamos a tener que hacer muchas llamadas para dar a todo el mundo la buena noticia.

–Me parece muy bien, aunque me gustaría descansar unas horas a solas con vosotras antes del ajetreo de las

visitas. Todavía ando un poco confuso. También quisiera hablar con los médicos para ver qué opinan de mi estado y cuando piensan que podrán empezar a normalizarse las cosas. Supongo que alguno de ellos pasa cada día, ¿no?

—Sí, ayer estaba cuando despertaste. Al quedarte otra vez dormido pensó que lo mejor era dejarte descansar y regresar por aquí a primera hora de la mañana.

—De todas maneras —interviene Marta—, como te hemos dicho, todas las fracturas están soldadas y lo único que quedaba por solucionar, aquello que te mantenía inconsciente, a Dios gracias ya está subsanado. Cuando le preguntamos al doctor si tendrías problemas de movilidad al despertar, nos dijo que una vez salieses del coma, con ejercicios de recuperación, el movimiento estaba garantizado, y que la rapidez del proceso dependía exclusivamente de la voluntad que pusieras y del interés que te tomaras en culminar la etapa de inicio. Al no existir ningún problema de tipo somático, el progreso a conseguir depende en exclusiva de la voluntad y capacidad de decisión que pongas.

—Pues cuanto antes empiece, mejor. Por cierto, tengo hambre, ¿cuándo podré comer algo?

—No lo sé —dice Marta. Las dos mujeres ríen de buena gana—, pero no vivo pensando en el día en que nos puedas invitar a Sonia y a mí en alguno de esos restaurantes tan buenos que conoces.

—Por supuesto que sí. Por cierto, ¿cuándo vamos a ser papás?

—Esperamos a nuestra hija para noviembre, según ha dicho el ginecólogo, partiendo de las cuentas que yo me he hecho.

—¡Nuestra hija...! Entonces, ¿ya sabemos que va a ser niña?

–Eso parece, según la ecografía que me han hecho hace poco. Es una niña y está perfecta.

–¡Qué maravilla! Y, ¿qué nombre le vamos a poner?

–Todavía no lo tengo decidido. Quería consultarte. Podríamos ponerle María de los Ángeles por ser el día en el que su papá ha vuelto de su “largo viaje”. Ya lo decidiremos con calma entre los dos.

–Me parece perfecto. Oye, y con todo este jaleo, ¿cómo ha ido el curso?

–Estupendamente. Aunque te visitaba todas las tardes, como es natural, al estar en la UCI, sólo nos dejaban un momento para verte, y enseguida nos teníamos que marchar. De esta manera, he aprovechado cada instante para estudiar. El curso que viene necesitaré tu ayuda con la nena. Cuando tenga que tomar el pecho, si es necesario me la llevas a clase. Ya lo organizaremos. En todo caso hablaría con los profesores. Los conozco a casi todos y no creo que haya problemas para que tengan en cuenta mi especial situación y que el curso se resienta lo menos posible. Ya lo tengo todo pensado así que no te preocupes. Si acaso me suspendieran alguna, al curso siguiente compaginaría la elaboración del proyecto con lo que me pudiera quedar. Estoy habituada y me sé organizar. En cualquier caso, sólo tengo veintitrés años, “abuelito”. El mercado de trabajo puede pasar sin mí un año más si fuera necesario, ¿no te parece?

–Sin ti no puede pasar nadie ni un segundo, pero si no se te conoce, supongo que “ojos que no ven...”.

–Anda, anda, marrullero... De todas maneras, aunque entre los dos, no habrá demasiados problemas, te tendrás que esforzar para ponerte bueno y que me puedas ayudar.

–Naturalmente que sí. En cuanto hable con el doctor le preguntaré qué tengo que hacer para estar bueno ense-

guida. ¡Qué ilusión me hace que vayamos a ser padres, cariño mío! ¡Esto es una bendición de Dios! Oye, por cierto, ¿Cuándo nos vamos a casar? Puesto que de eso no se puede encargar Don Mateo, se lo podemos decir a Cesáreo o bien aquí en Cáceres, en el juzgado. No sé. ¿Podría venir el juez aquí? ¿Habéis pensado en eso? Cuando me visite nuestro amigo el alcalde le preguntaré. Seguro que él estará al tanto. ¿No creéis que es importante que legitimemos nuestra situación de cara a nuestra hija? ¡Nuestra hija! ¡Qué feliz soy! ¡Madre mía, estoy tonto! Aquí estoy de cháchara y sin darme cuenta de que es de madrugada y de que vosotras necesitáis dormir.

—¡Venga, las dos a dormir, que dentro de un rato amanecerá y seguro que mañana vendrá mucha gente y habremos de estar lo más descansados que nos sea posible —digo, alegremente. De pronto, me doy cuenta de que llevo un rato incorporado en la cama y que, aparte de una leve molestia en la cintura, tal vez producida por la incómoda postura, me encuentro perfectamente. Me vuelvo a tumbar sin dolor alguno y, cuando Sonia se pone de pie para ir hacia la cama que está junto a la mía, noto su ya apreciable barriguita, bajo el ligero vestido de verano.

—¡Sonia!

—Dime, cariño.

—¿Me dejas que toque donde está nuestra niña, por favor?

—¡Claro que sí! Ya es hora de que tu hija se acostumbre a las manos de su papá.

Se me acerca otra vez por la parte derecha de la cama y, levantándose el vestido pone mi mano libre de gotero sobre su vientre. Noto un estremecimiento en Sonia y a mí la emoción me impide mantener las lágrimas que desbordan mis ojos. Supongo que la penumbra de la habitación, disimulará el sentimiento de dicha que me conmue-

ve de tal manera. Vuelvo a incorporarme en la cama y, con toda ternura Sonia, apoya mi cabeza entre sus pechos, que noto han crecido de manera considerable.

—¡Gracias, amor mío! —le oigo decir—, gracias por haber vuelto conmigo. Te aseguro que no te arrepentirás. No habrá en el mundo una felicidad mayor que la nuestra. Noto como sus lágrimas resbalan desde sus mejillas hacia mí mientras que, al separarme un poco de ella veo que, con la mano que le queda libre, aprieta la de su madre que también llora en silencio.

—¿Da patadas ya nuestra hija, dentro de ti?

—Sí que las da. Hay días que no para. En ocasiones, también estira un brazo o una pierna, que me produce un bulto en la barriga que al cabo de un momento desaparece. Pero, venga, durmamos un rato que si no, mañana estaremos tan cansados que nos será imposible recibir a nadie. Así que ¡hala, a dormir! Mamá, yo me echaré un par de horas en la cama y después, me despiertas y nos cambiamos. —Marta asiente pero no sé por qué imagino que, una vez que Sonia se acueste, la dejará dormir hasta por la mañana.

Me despiertan unos gritos mezclados con sollozos y lágrimas que me mojan la cara. Un semblante redondo y sonrosado, todo húmedo de llanto y lo que yo interpreto como babeante de emoción, me impide respirar. Cuando creo que ya no aguanto más, empiezo a entender con más claridad.

—¡Ay, Don Javier de mi alma! ¡¡Ay qué pena de mi pobre Don Javier!! ¡¡Ay qué alegría de que haya vuelto en sí!!

—¿En qué quedamos, Pili? ¿Le da a usted alegría o pena? —Le digo en broma, devolviéndole dos besos a cambio de los veinte, por lo menos, que ella me ha dado.

—¡Ay, Don Javier, no se ría de mí que no se puede imaginar la de lágrimas que tengo derramadas! Primero con los sinvergüenzas esos, hijos de mala madre, que se han metido con usted en el pueblo. Que el otro día mi Bernardo por poco mata a uno por defenderle, y ahora la de meses que llevaba con el sentido en el otro mundo... ¡Ay, qué pena de mi Don Javier! ¡Ay Dios mío, que sufrimiento! ¡Ay, qué alegría que ya esté mejor! En cuanto se venga usted al pueblo, yo le pongo bueno en dos días. ¡Qué se ha quedado en los huesos! ¡Ay, pobrecito mío, que por poco se nos muere! ¡Ay, Señor, cuántas lágrimas me ha costado!

—Bueno, ya está, Pili. Tranquilícese que le va a dar algo. Gracias a Dios, ya estoy mejor y dispuesto a dar mucha guerra.

—¿Cómo va a estar mejor, hombre de Dios, si se ha quedado en las “canillas”? ¡Ay que penita, que no parece usted el mismo!

—Venga, mujer, ya está. Le prometo que cuando me reponga un poco iré a verla al pueblo a que me prepare usted buenos guisos de olla que me devuelvan las carnes que he perdido. No pase usted cuidado que lo haré.

—¡Ay, don Javier, como su palabra “va a misa”, ya me quedo más tranquila. Ya me ocuparé yo de que no pase usted falta. Ya se lo he dicho a mi Bernardo. “Cuando venga Don Javier, nada de comer en bares. Como un señor todos los días a comer los guisos de la Pili, hasta que se ponga gordo y reluciente. ¡Faltaría más!

Miro a Sonia, que se sonríe viendo la preocupación que la pobre mujer demuestra por mi bienestar.

Como si en ese momento Pili se hubiera apercebido de que en la habitación están también Sonia y Marta, se disculpa diciendo:

—Señorita Sonia, usted disculpe que no las haya saludado a usted y a Doña Marta, pero es que cuando he visto que mi pobre señor estaba despierto, me ha dado de repente un sobrecogimiento que no me he podido contener. Ustedes perdonen, Doña Marta y señorita Sonia pero es que Don Javier es mucho para mí. Le he servido desde que llegó al pueblo recién venido de Almería, que parecía un pellejito andando y desde entonces siempre ha estado a los cuidados que Dios me ha dado a entender, hasta que el demonio —se santigua— ha puesto su zarpa sobre nosotros para que sucedan tantos males como nos han caído encima. Pero a Dios gracias una vez que Don Javier está en su conocimiento, su recuperación corre de mi cuenta. Se lo aseguro a ustedes. Y ahora me voy, que mi autobús para el pueblo sale dentro de media hora y aún tengo que andar un trecho. La próxima vez que venga ya le traeré yo unos chorizos y un queso de oveja para que vaya abriendo boca por lo que haya de venir.

Me vuelve a besar al tiempo que noto otra vez las lágrimas resbalando por sus mejillas. Besa también a Sonia y a Marta y sale sollozando. A punto está de atropellar al Doctor Soria que con su mono de color verde, acaba de hacer acto de presencia, acompañado de dos celadores. Uno de ellos trae un andador en la mano.

—Venga, Don Javier, vamos a ver cómo se mueve ese cuerpo.

—Pero, ¿es que me va usted a levantar ya, doctor?

—Para luego es tarde. ¡Pedro, Manuel, venga, pónganlo de pie!

Los dos auxiliares de enfermería, dos gigantones de lo menos uno ochenta y cinco de alto cada uno, y brazos como troncos de árbol, me ponen de pie en un santiamén. Debajo de la cama están mis zapatillas, que Marta me calza. El propio doctor Soria coloca delante de mí el an-

dador. Después oprime un pulsador. Pasan un par de minutos. Llega una enfermera un poco acalorada.

—Perdone, doctor, pero la señora de la trescientos treinta y dos me ha entretenido con sus achaques.

—Beatriz, por favor, querría desconectar el gotero a Don Javier. Creo que ya no lo va a necesitar. Una vez que hayamos dado un paseo le traerán su desayuno. Hágalo también con la sonda de la orina, por favor.

—¡Vamos, Don Javier, coja el andador y trate de mover las piernas! No se preocupe que Pedro y Manuel no se apartan de su lado.

Los dos auxiliares me sueltan y, ante mi sorpresa compruebo que las piernas me sostienen perfectamente y que no siento dolor. Con algo de dificultad intento dar un paso pero pierdo el equilibrio y los fuertes brazos se Manuel me sujetan como si fuera una pluma.

—Don Javier, debe concentrarse en el andador. No hay ninguna razón para que no pueda caminar. Sus huesos están perfectamente y las radiografías lo demuestran. Sólo le falta el convencimiento de que puede hacerlo. Así que concéntrese en el andador e inténtelo de nuevo.

Pongo todo mi convencimiento en que el artilugio este me va a sostener, y cuál es mi sorpresa que ante la seguridad de tener a los dos gigantones cada uno a un costado comienzo a dar pasitos. Muy vacilantes los primeros, pero sin más ayuda que la del bendito andador. Consigo llegar hasta la puerta y con la irritación que me ha producido la sonda que me acaban de quitar, siento ganas de orinar.

—De momento tendrá que sentarse para hacerlo pero, en un par de días, orinará como lo ha hecho toda su vida. Ahora va a entrar con usted Manuel por si no puede sentarse sin ayuda, pero solamente le echará una mano en caso de que no pueda valérselas por sí mismo. El fingirá

no estar aquí a no ser que le diga de palabra que le necesita o vea que se cae. Debe esforzarse por hacerlo como si no hubiera nadie más. Adelante, amigo mío, inténtelo.

—Sí doctor.

Entramos en el baño Manuel y yo y, apoyándome en la cisterna y ladeando el camisón que llevo abierto por detrás, prácticamente sin esfuerzo, me siento a orinar. Sólo suelto unas gotas pero la sensación de necesidad disminuye cuando me hago a la idea de que la pequeña molestia en la zona irritada no puede durar mucho. Levantarme me cuesta algo más de esfuerzo pero, al final también lo consigo solo. Al salir, el auxiliar le hace un gesto afirmativo al médico, que suaviza un poco la expresión de su cara.

—Muchas gracias, doctor —le digo—, me doy cuenta de que la evolución de mi estado depende del esfuerzo que ponga yo mismo, y mi intención es que por falta de voluntad de mi parte no quede. Tengo muchas cosas en qué ocuparme cuando mejore, como para andar racaneando —le guiño un ojo a Sonia y veo como el médico se sonríe satisfecho.

Al parecer, todo el mundo ha tenido tiempo en estos meses de estar al tanto de la situación en la que nos hallamos y de la relación que nos une a Sonia, a Marta y a mí.

—Escúcheme Don Javier, ahora Pedro y Manuel le ayudarán a acostarse pero a las once u once y media volveremos e intentará levantarse solo. El andador siempre estará junto a la cama para que si necesita ir al baño lo pueda hacer incluso cuando no haya nadie. Es prematuro que al principio lo intente sin compañía. Podría caerse y tendríamos que empezar de cero, pero con la gente que pueda estar aquí con usted, advertida, dejarle que se valga por sí mismo será hacerle un favor. Bueno, hasta dentro

de un rato entonces y enhorabuena. Lo está haciendo muy bien.

Cuando yo esperaba un desayuno de cosas en estado líquido en su totalidad, no es que el que me ofrecen sea de estilo inglés pero incluye tostadas con aceite y magdalenas acompañando al café con leche el zumo y el yogur. ¡Me parece todo un banquete! A medida que las ideas se van aclarando en mi cabeza, voy interesándome por cosas en las que hasta ahora no había pensado. Para mí, después de seis meses alejado del mundo de los vivos, debo a este reducido círculo de personas que se han ocupado de mis asuntos la tranquilidad de saber que en todos los aspectos me hallo en las mejores manos.

– ¿Sabéis qué ha sido del coche? – Pregunto a Marta.

– Aunque el golpe fue muy fuerte, el motor no sufrió nada y la parte de chapa ya ha sido arreglada. También han cambiado el asiento del conductor, el salpicadero y algo de la dirección. En realidad y al parecer, de todo, fuiste tú lo que quedó peor parado. El coche ha quedado como nuevo y de los gastos se ha hecho cargo el seguro del que nos embistió. Ahora mismo lo tienes aparcado en el garaje de tu casa en Castrosantos. Conseguimos la llave por mediación de Pili y convinimos también con el seguro que dado tu estado habrían de llevarlo con la grúa hasta tu casa, una vez que estuviera reparado. En estos meses Sonia y yo nos hemos ocupado del papeleo y el sargento y el alcalde se han movido para agilizarlo todo y que cuando despertaras no tuvieras ningún problema. Lo del seguro médico y las visitas a MUFACE han ido por cuenta de Don Eduardo y del practicante. Así que ahora sólo queda pendiente algún documento esperando tu firma y nada más. Como ves todos tus amigos nos hemos movido como un pequeño ejército de salvación. Aunque también hemos pensado en ello, del sueldo de Pili tendrás que

ocuparte tú personalmente porque, aunque nos ofrecimos a adelantarle algo, su decisión firme fue que hasta que no despertaras no quería un céntimo y que, si te quedabas dormido para siempre, ya pondría las cuentas en claro en el otro mundo.

Capítulo XXI

Se oyen voces fuera.

–Esperen un momento, por favor –oigo desde el pasillo la voz de la enfermera–. La puerta se abre y Beatriz con cara de susto se disculpa:

–Don Javier hay aquí un par de sacerdotes que insisten en entrar. ¿Está usted bien? ¿Pasa algo?

–¡Ya le había dicho a usted que nosotros somos como de la familia, señorita! –Se me echan encima los casi doscientos kilos de Don Mateo.

–¡Don Javier de mi alma, El Señor ha escuchado mis oraciones! ¡Cuánto me alegro de que haya despertado al fin! ¡Qué alegría, Dios mío, qué alegría! –me besa en las dos mejillas– ¡Qué felicidad después del susto que hemos pasado todos! Pero, pase Don Fernando que la señorita enfermera ya se ha tranquilizado, al comprobar que no veníamos a darle la extremaunción.

Don Fernando asoma su cara sonriente por la puerta entreabierta.

–¿Qué tal, mi querido amigo? ¿Cómo se encuentra usted?

–Ahora, de maravilla con ustedes dos aquí. Ya veo que después de marzo le dejaron con nosotros en Castrosantos, Don Fernando, ¡qué alegría!

–Les dejo quince minutos –dice Beatriz–, Don Javier está muy débil y tiene que descansar. Así que pongan su reloj en hora porque a las once, que viene el médico, se tendrán que marchar. A partir de entonces, no quiero en

la habitación a nadie más que a Sonia. Todos los demás tendrán que irse.

–¿Tiene algo contra el clero esta señorita?, –pregunta con un poco de sorna, Don Mateo.

–No lo creo –digo en broma–, es medio monja.

–De eso nada, amigo mío –me responde– las monjas o lo son del todo o desde luego, monjas no son.

–Siéntense un momento, queridos amigos –les digo encantado de verlos.

–No le tengan en cuenta a Beatriz su celo profesional –dice Sonia, a modo de saludo– que lo único que hace es desvirarse por el bienestar de Javier. Buenos días, señores, ¿cómo están?

–Muy bien, Sonia –contesta Don Mateo–, disculpa que, con la emoción de ver a Don Javier otra vez entre nosotros, he perdido el sentido de las buenas maneras y ni siquiera te he saludado. Perdona a este viejo cura, ¿qué tal estás tú? Se te ve muy bien, y feliz también por la buena nueva, como todos nosotros. Por cierto, tampoco he dejado a Don Fernando que te salude. Recuerdo que te lo presenté la primera vez que vinimos para ver a nuestro enfermo.

–¿Qué tal, Sonia? ¡Qué diferencia entre la alegría de hoy y la angustia de estos meses!, ¿verdad?, –dice el joven sacerdote.

–Y usted que lo diga, padre, estamos muy felices de tener otra vez a Javier con nosotros y muy agradecidos a médicos, enfermeras y a todo el resto del personal del hospital que se han volcado en el trato y en el servicio profesional y humano. Es para conmovier a cualquiera por frío que se sea. Que Dios se lo pague a todos.

–Pero, dígame, Don Mateo, ¿cómo han llegado tan pronto?, –pregunto– ¿sabían ya que había recuperado el sentido?

—¡Qué va! Ha sido pura suerte. Y el madrugón se lo debo a mi querido amigo Don Fernando que insistió en que saliésemos pronto para poder estar de vuelta cuanto antes, poder comer en casa y dedicar un rato a la parroquia.

—Por cierto, ¿cómo está su señora madre, Don Mateo?

—Deseando verle a usted, abrazarle y pedirle disculpas por...

—Ni una palabra más. Tranquilícela usted, que no hay nada que perdonar. Su madre es una mujer muy buena y muy sensible que un día se dejó influir, como tal vez nos habría ocurrido a cualquiera, por personas con la intención de ejercer un influjo torcido y la habilidad para saber cómo hacerlo. Yo supe desde el principio que la tensión con ustedes sería cosa pasajera y que las cosas volverían por sus fueros como es natural. Así que dígame que no tiene que apurarse y que tantos años demostrándome su cariño y respeto nunca los podré olvidar.

—¡¡Queridísimo amigo...!! ¡Es usted un santo! ¡Un santo! Nunca me he equivocado con usted. ¿Qué le dije, Don Fernando? ¡Amigos como Don Javier “entran pocos en libra” —lagrimea del ojo por el que siempre comienza, que es el izquierdo, pero no tarda en añadirse el otro prontamente—. ¿No tendrá usted un “kleenex”, Don Fernando? —Sonia le tiende una caja—. ¡Muchas gracias, querida! ¡Qué alegría nos ha dado nuestro amigo con su vuelta al mundo de los vivos y qué ejemplo más hermoso con su generosidad impagable!

—No diga usted eso de mí, don Mateo, por favor, que me está avergonzando.

—Yo no estoy descubriendo nada que no sepa todo el mundo. Es usted admirable. ¡Ah, ya sé qué iba a decir!, mi madre vino a verle hace unos días cuando estaba usted dormido, pero como la pobre está ya tan mayor he sido

yo quien le ha dicho esta vez, pensando que todo seguiría igual, que no se cansara con el viaje y que era mejor que se quedase en casa. ¡Tonto de mí, que alegría se hubiera llevado la pobre! De todas maneras, del alegrón no la voy a privar porque nada más volver no dejaré de contarle todas las buenas noticias, la de cosas que hemos hablado y cómo, dentro de nada, estaremos otra vez todos juntos en el pueblo. Mamá ha sufrido mucho pensando en que se había portado mal. Pero le quiere muchísimo, Don Javier. Usted es un hijo para ella y un hermano para mí. Pero... Don Fernando, ¿no dice usted nada? Claro, cómo va a hablar si no dejo a nadie con mi verborrea. Ustedes perdonen, amigos, pero es tal la alegría que siento que no me puedo contener. ¿Le dejan comer ya, Don Javier? Le voy a traer unos dulces de los que prepara la Paulita, que verá como en pocos días entra usted en carnes porque un poco desmejorado sí que se le ve. ¿Puede usted andar, Don Javier?

—Gracias a Dios sí. Ayer di unos pasos con la ayuda de dos enfermeros que me pusieron de pie pero que después me dejaron sólo con un andador. Aunque al principio me costó un poco de esfuerzo y concentración, después hasta pude ir al baño y valerme por mí mismo. El doctor se mostró muy impresionado y me dijo que con ejercicios diarios de recuperación, voy a quedar como nuevo.

—¡Ay, Dios mío, qué felicidad! Cuando veníamos para acá no podíamos imaginarnos que al llegar habría tan magníficas noticias! Esta tarde en acción de gracias celebraremos una misa Don Fernando y yo en Castrosantos para corresponder con Dios por su restablecimiento y dar la buena nueva a todos.

—Entonces, ¿su mamá y Nati están bien?, —pregunta Sonia.

—Sí, Sonia querida. Mamá se va cansando ya un poco más cada día que pasa, pero su organismo y su cabeza funcionan estupendamente a pesar de los pequeños achaques. Mi prima a sus años, se encuentra estupendamente como te puedes imaginar. Aunque durante unos días —me sonríe el sacerdote— nos tuvo algo preocupados con varios cambios de carácter y alguna conducta inhabitual, la intervención de Don Javier hizo que las cosas volviesen a quedar como la seda.

—¡Qué va, Don Mateo! Si yo no hice nada. Natalia es una chica juiciosa y muy madura para su edad que, aunque como toda persona pueda sufrir algún altibajo, su capacidad y principios morales fuera de toda discusión, le han hecho reflexionar y volver a lo razonable. Eso es todo.

—¡Este hombre es admirable! ¡El mérito es siempre para los demás y nunca para él!

—Créame, mi querido señor cura, cuando no hay madera, la hoguera campestre no arde, y si lo hace, pronto se apaga. A una gran parte de la juventud de hoy se la critica injustamente. Las universidades se llenan con un número nada despreciable de miembros de una juventud responsable que trabaja y se esfuerza enormemente para sacar sus cursos adelante y labrarse un porvenir en la vida. Jóvenes así son dueños de sus actos y cuando juzgan las propias actitudes, las conclusiones a las que llegan suelen ser las más veces las adecuadas. La esperanza de este mundo está en ellos y yo estoy seguro de que con sus luces y sombras, un mundo tan viejo como el nuestro y que con tanto amor ha sido tutelado por La Providencia, no va a desaparecer de aquí a mañana.

—A veces La Providencia —interviene Sonia— no demuestra estar adecuadamente informada, por lo menos en lo que a una parte del mundo muy importante respecta.

—La tutela providencial de Dios ha de hacerse a través de los hombres. Somos los hombres los encargados de poner en práctica el plan de Dios para con el mundo. Y es en su ejecución por parte del hombre donde tantas veces el plan se desvirtúa y la perfecta organización divina se ve abocada al fracaso, por una puesta en práctica donde intereses insolidarios y debilidades humanas priman sobre lo justo y lo fraterno.

—Tiene razón Don Javier —dice el joven sacerdote—. Son, según creo, los artífices más o menos oficiales del plan providencial, y por infinitos conductos que la mayoría de las personas corrientes desconocemos, los que muchas veces todo lo devalúan, con ideas, hechos y conclusiones interesadas, informaciones no contrastadas o intencionadamente falsas, planificaciones y prácticas negativas y acordes con intereses más o menos oscuros, los que hacen que el plan divino permanezca cuando menos incompleto.

—Así es —digo—. Es el miedo a perder privilegios, influencia y dinero, poder y lujo, prestigio y seguridad el causante de todo. Lo son el egoísmo y la ceguera de una parte del mundo, apoltronada en sus despachos y consejos de administración y ministros, protegida por ejércitos y servicios de inteligencia, que viajando en coches blindados ponen y quitan intermediarios y hombres de paja. Lo son aquellos a los que no importa cuántos de los niños que nacen en todo el mundo superan los treinta años de edad, o si encanecidos y explotados, mueren de una bala o de sida, después de haber ejercido de soldados prematuros y engordado la prostitución en los suburbios de las grandes ciudades. Esa es la causa y no otra del mal con que cada día nos saluda la televisión en sus noticiarios, echando en cara a la gente de a pie lo que no es más que algo permitido, si no consentido y hasta planificado, por gen-

tes sin conciencia que presiden gobiernos y organismos internacionales y que con inmenso poder, influencia y dinero, sólo sirven a sus intereses egoístas, incumpliendo la tarea que se les ha encomendado y en la que se cifra el porvenir de infinidad de personas. Afortunadamente también, a partir del tejido con el que se fabrica la grandeza y la miseria del hombre se forma el hilo comunicador con el que la Providencia actúa a través de la humanidad. Vivimos sobre un mundo hecho con un enorme caudal de amor que, a veces, no vemos, porque los propios intereses y el panorama mezquino que nos vemos obligados a sufrir, nos ponen cataratas de miopía, tapando un horizonte infinito y limpio al que tenemos derecho, con bolsas de especulación urbanística y emanaciones de dióxido de carbono que ensucian lo que fue concebido con total belleza y armonía, pero que sólo se manifiesta nítidamente a aquellos que están preparados para apreciarlo. Facilitar el camino de estos valiosos jóvenes, que son ahora y siempre el mejor bagaje humano que tiene una sociedad como la nuestra, mejorará la fluidez de la comunicación con Quien siempre pone ante nuestros ojos absortos pruebas de perfección, y tiene la paciencia infinita y la confianza puesta en esta pobre humanidad que, aunque tantas muestras de traición ha dado, es capaz aún de poner sobre la tierra, a través de nuestros hijos, mucho de lo que de bueno el ser humano es capaz de transmitir.

—Aunque todo eso sea muy cierto —dice Don Mateo—, para nada desdice la maravillosa influencia que Don Javier ha ejercido sobre Natalia y que ha permitido su vuelta a una actitud más razonable. La posición de nuestro querido maestro y su concepto de la vida y de la educación se hayan tan cercanos a los nuestros que goza de toda confianza.

—Además —Don Fernando asiente—, Natalia es una chica de sólidos principios morales y una mujer sensible e inteligente. Aunque su juventud dé a su personalidad un carácter que está por definir, todo hace adivinar en ella un desenvolvimiento perfectamente capaz. Su timidez, por otra parte, lejos de desdecir sus cualidades, las acrecienta, dándole una aureola de bondad francamente encantadora.

—No saben, señores —dice Don Mateo— cómo les agradezco sus palabras. Para una mujer mayor y un sacerdote de pueblo, también entrado en años, aunque deban ustedes por favor tener este comentario mío en secreto, educar a una adolescente incluso siendo buena y piadosa no es fácil. Así que sus palabras resultan de lo más estimulante para seguir en el camino iniciado. Gracias otra vez, mis buenos amigos.

—Venga, Don Mateo, vayamos a propagar la buena noticia —dice Don Fernando.

—Y de paso, hagamos lo posible por evitar las iras de la enfermera, que en su papel de ángel custodio está verdaderamente fenomenal y lo ejerce con un celo y una dedicación envidiables. ¡Quédense con Dios, señoras y señor, ya volveremos mañana a una hora en que nos permitan estar algo más —me guiña un ojo Don Mateo— de tiempo. ¡Hasta mañana, entonces!

A las once y media, el doctor Soria vuelve a pasar, acompañado de sus inseparables auxiliares y, esta vez, incluso el trayecto hasta el baño y el pequeño paseo de ida y vuelta, viendo sólo puertas a derecha e izquierda, aunque aburrido y con lentitud, ha resultado más fácil de lo que en principio había pensado. Después de dos largos de pasillo el doctor insiste en que lo deje hasta por la tarde. Puesto que ya puedo usar el baño, sólo me han retirado la sonda que me resultaba bastante incómoda, sobre todo a la hora del corto paseo, y mucho más animado, obedezco

al médico, volviendo a la cama. Una vez que los ayudantes del doctor me dejan acomodado, veo que sobre la mesita de noche hay una nota de Sonia: “Amor, puesto que te encuentras bien, mamá y yo hemos ido en el coche a hacer unas compras. Volveremos para la hora de la comida. Un beso, Sonia. P.D. Si tuvieras algún problema, no te preocupes que llevo el móvil. No dudes en llamar.” Cuando acabo de leer la nota, tomo el mando a distancia de la tele. Tengo la intención de seguir incorporándome al mundo de los vivos, también a través de ella, gracias a la información que de la cambiante actualidad me ofrezca. Paso una serie de canales que emiten dibujos animados y encuentro uno de los de TVE que tienen la exclusiva de noticias y reportajes. Se habla del Santo Padre. Mi sorpresa es mayúscula cuando se refieren a él como a Benedicto XVI. Entonces, ¿se ha muerto Juan Pablo II? Se me produce un cierto temblor de inseguridad que me conduce a apagar la tele. ¿Qué ha pasado mientras dormía? ¿Cuánto del mundo que era mi mundo ya no lo es, aunque yo no lo sepa? ¿Qué insoportable peso de incertidumbre aportan seis meses de la vida en sombras de un hombre dormido a la terrible duda que inevitablemente debe provocar la percepción de un mundo sin percepción alguna? ¿Qué da sentido al ámbito en el que la conciencia duerme al margen de la vida, al influjo impreciso de una imprecisa muerte anticipada?

Capítulo XXII

Llaman a la puerta.

—Adelante —digo.

Un hombre alto, bien vestido, con un traje “príncipe de Gales”, impecable corbata roja, camisa de seda, gemelos de oro blanco y brillantes, además de carísimos y superlustrosos zapatos italianos, se cuelga en la habitación, con el porte que tendría el Gran Duque de Baviera. Su pelo es rizado de sienes plateadas y ademanes estudiados y seguros. Su voz es fría y distante.

—Soy el doctor Calzada. Tú debes ser Javier López.

—El tono de su voz no me gusta un pelo y la forma del tratamiento, por lo inusual del tuteo en los círculos en que yo me muevo, menos. Ni me tiende la mano ni intenta ninguna maniobra de acercamiento, aunque tan sólo fuera desde el punto de vista formal.

—Si te quieres sentar —contesto—. En este momento, como puedes ver, estoy solo. Marta y Sonia acaban de salir.

—He llegado a primera hora a “Barajas” desde Londres. Para poder venir hasta aquí he alquilado un coche en Madrid.

El tono de la voz de este individuo es tan totalmente carente de ningún tipo de calidez, que me trae el recuerdo de esas otras metálicas e impersonales, propias de las películas americanas de ambiente mafioso. Hasta la manera de vestir tan excesivamente elegante es más propia de las

carreras de Ascott que de una visita de cumplido a un hospital de provincias.

No hago ninguna observación a su comentario. Se sienta con ademanes definitivamente estudiados, de tal manera que parece un personaje de una comedia inglesa de época.

—Según parece estás mejor —continúa—. No esperaba encontrarte consciente aún.

—Lo que uno espera —el tono que da a la palabra “consciente” me suena deliberadamente ambiguo—, depende muy a menudo de ideas previas, concebidas con mayor o menor fundamento del apropiado.

—No en este caso —se sonrío, captando la intención—. Nadie me había dicho que hubieras recuperado el sentido.

—No ha habido tiempo —también yo me sonrío, pensando en el doble significado de aquel o aquello que “tiene o no sentido”. Tal vez no lo haga adrede pero me carga que sus palabras sean siempre interpretables. ¿Me estaré volviendo susceptible?—. Sólo llevo “de regreso” unas pocas horas.

—El motivo principal por el que estoy aquí es el de ver a Sonia. Desde hace años hemos pasado cada agosto juntos en Londres, hasta éste en que, a la vista está, no ha sido así.

—La vida está cargada de imponderables.

—Cada uno tiene el derecho de llamar a las cosas por el nombre que guste. Para mí no existen los imponderables.

—Tú te lo pierdes. Para mí sí.

—Eres un hueso duro de roer, ¿no?

—La gente que me conoce no creo que dijera eso. Así que no lo comentas por ahí en aras de que les ayudes a tener una mejor idea sobre quién, siendo desconocido,

manifiesta opiniones desfavorables de alguien que conocen muy bien y estiman de manera más positiva.

–¿No esperarías que llegara dándote abrazos?

–La verdad es que no te esperaba ni con abrazos ni sin ellos.

–Pues aquí estoy, aunque el mérito no sea tuyo.

–No, el mérito es tuyo por completo y el esfuerzo también. Has tenido que coger un avión en Londres y conducir doscientos kilómetros desde Madrid. Lástima que, de momento, no haya merecido la pena. Para decirte que Sonia está muy bien y del todo feliz, un teléfono móvil hubiera bastado. A veces uno se ve incapaz de calibrar los esfuerzos de cara a obtener el mejor resultado.

–Supongo que volverá por aquí...

–Hoy, tal vez no. Pero supongo que en calcular el momento del viaje de regreso a tu casa, habrás puesto todo el interés para no errar, también en eso.

–Esperaré, si no te importa.

–En las condiciones en las que me hallo, aunque me importara, no estaría en disposición de evitarlo.

–Entonces, me quedo.

–En la cafetería tienen un menú diario –digo por decir porque naturalmente, no lo puedo saber–, te lo apunto porque la cantidad y calidad de mi almuerzo, que naturalmente podría compartir contigo, tal vez no estuviesen a la altura. Además, no siempre sabe uno cuánto ha de esperar, sobre todo si la compañía es menos grata de lo que fuera de desear. No me refiero naturalmente a la compañía que “disfruto” yo, sino a la que te ves obligado a padecer tú. Además, alguien que acaba de realizar un vuelo internacional y ha conducido durante mucho rato con los resultados que están a la vista, tal vez se sintiera más a gusto ante una “pinta” de cerveza fresca en el bar, ya que como tal vez puedas ver, aquí no hay nevera. La

elección para alguien de mundo como tú no ha de ser algo en modo alguno irresoluble. En cualquier caso, contarías con mis disculpas comprensivas si es que decidieras prescindir de mi compañía.

—Siempre acepto estudiar una sugerencia cuando no resulta absolutamente infumable, y más si, como en este caso, se me ofrece sin mala voluntad. Como has de seguir por aquí, tal vez nos veamos después. Buenas tardes, entonces —se levanta y sale.

Miro el reloj. Es la una y dos minutos. Esta vez, la perplejidad que siento no me produce ningún sobresalto. Más bien, unas enormes ganas de reír. ¿Cómo es posible que del código genético de este “buen hombre” haya salido un prodigio de inteligencia y sensibilidad como Sonia? El mundo está lleno de paradojas. Otra sería pensar en qué pudo ver Marta en este “personaje”, para que un día se casaran y tuvieran esta maravilla de hija que es Sonia

Se oyen risas en el pasillo. Al cabo de los instantes que han durado mis reflexiones se abre la puerta y entran Marta y Sonia. Vienen felices, cargadas de paquetes y bolsas y gastándose bromas. ¡Qué preciosa imagen después de los momentos ¿tensos? que acabo de vivir! No sé si el calificativo de “tensos” sería el apropiado. Cuando la sorpresa, el pasmo, la incertidumbre, que no la incerteza, la perplejidad en definitiva, viene a visitarnos, ¿son las circunstancias las que llegan vestidas de lo inesperado? ¿Es la persona sorprendida la que produce la incertidumbre en su corazón y su cabeza? Si aquello que no se espera tiene como protagonista principal a alguien impensado, ¿es él quien trae la incertidumbre cuando la visita no es todo lo grata que sería de desear? ¿No será la conmoción que sentimos un juego de anticipación si aquel o aquello que en principio la provoca luego nos sorprende favorablemente? ¿No es tanto lo positivo como lo negativo de muchas co-

sas en nuestra experiencia vital más propio de lo preconcebido que de lo real? Si esto es como digo, mi tendencia innata al optimismo, ha sufrido con la visita que acabo de recibir un completo baño de decepción, hasta el punto de que si esto continúa estoy en pleno peligro de perecer ahogado, porque más que un baño es una inundación súbita e inesperada. Con domicilio más o menos lejano, el doctor Calzada va a ser mi suegro, padre de la mujer a la que adoro y abuelo de esta bendición que está a punto de llegar. Volviendo a la importancia de lo prematuro, ¡qué insoportables momentos de espera tanto para mí como para Sonia y la niña, cada vez que el “abuelito” anuncie su visita! De todas maneras, no debo dejarme influir por una primera impresión negativa, que seguro que sólo ha sido la propia del recelo y el temor previo a aquello que nos parece va a ser foco de tensiones. Con el nivel de inesperada crispación que han alcanzado las cosas, casi existe una probabilidad mayor de que decrezca que de que la tirantez continúe aumentando, aunque sólo sea por el principio físico-lógico de la imposibilidad de que el nivel de algo pueda crecer de manera indefinida. Me sonrío de lo absurdo de mi teoría porque, aunque el principio sea real, la insuficiente capacidad de cualquier ser humano para soportar un nivel de tensión excesivo, acabaría tornándose en pura catástrofe mucho antes de que en el plano ideal tuviera oportunidad de cumplirse. Cuando regreso todavía con la sonrisa a cuestas, de vuelta de mi viaje interestelar a la habitación del sanatorio, las dos mujeres con sus bolsas y paquetes de compras en las manos me miran con expresiones en las que la extrañeza se combina con la sonrisa, mezcla de ironía cariñosa y de convencimiento y ahora también confirmación de sus teorías sobre la opinión que tienen formada sobre cierto despis-

tado y ultrareflexivo individuo convaleciente, al que acaban de pillar “in fraganti”.

—¡Javi!, no pretenderás alejarte de nosotras por otro camino. Te hemos cogido en un estado de ausencia tal que ni siquiera te has dado cuenta de que llevamos un rato aquí. Venga, baja de las nubes y mira que cosas tan preciosas te hemos comprado.

—Os echaba de menos —miento con tal de no tener que explicar todavía la verdad de mi encuentro con Don Ramiro Calzada y truncar el mágico momento que se acaba de iniciar, entre la alegría de las mujeres tratando de sorprenderme con los regalos que me traen y la estupenda complicidad que se puede ver entre madre e hija y que resulta tan grata—, y pensaba en vosotras y en que vuelvo a tener una familia y todo eso...

—Mira que pijamas tan preciosos te hemos comprado —dejan las bolsas encima de la cama y comienzan entre risas a sacarlo todo—. Fíjate que bata, para que vayas elegante con tu andador por el pasillo. Y las zapatillas a juego. ¡Anda que no te van a mirar las enfermeras! También te hemos comprado útiles de aseo y un perfume de caballero que huele a gloria, ropa interior, calcetines y lo de calle para cuando salgas de aquí. En el armario tienes alguna de la ropa que trajimos del apartamento de Cáceres cuando se rescindió el contrato de alquiler, aunque la mayor parte la llevamos a tu casa. Por cierto, tu hijo se ocupó de hacer los pagos de los días que lo ocupaste. Se ofreció a hacerlo por si a nosotras nos ponían alguna pega.

—¿Es que hubo algún inconveniente para rescindir el contrato de alquiler antes de la fecha que se había fijado a la firma?

—Al parecer, no pusieron ninguna pega. Según nos comentó, todo fueron amabilidades e incluso se mostra-

ron muy preocupados cuando Andrés les contó lo del accidente. Por cierto hemos llamado a Almería para dar la noticia de tu despertar. Se han alegrado muchísimo. En cualquier momento te van a llamar. Han esperado a estar en casa de vuelta del trabajo para hablar contigo por teléfono todos juntos. El caso es que la ropa que tienes en el armario es de invierno y no te va a servir cuando te den el alta, así que te hemos comprado un pantalón elegantísimo, camisa de manga corta, zapatos deportivos de verano y una chaqueta de tela ligera que te va a quedar que ni pintada, ya lo verás. En cuanto lo puedas hacer tienes que probártelo todo por si hay que tocar el bajo del pantalón, o la largura de las mangas de la americana. Cuando comprobemos cómo te queda todo y marcado los pequeños retoques que se hayan de hacer, lo devolvemos a la tienda donde nos han asegurado que en un par de días lo tendrán a punto.

—No sé cómo agradeceros lo que estáis haciendo por mí. Es absolutamente admirable vuestra demostración de cariño. Ni en cien años podría devolveros tanta dedicación. Muchísimas gracias. No obstante, hay una cosa más que quiero pedirlos. Por favor, anotad todos los gastos que estáis teniendo, y también los que se han debido de producir durante todo el tiempo que ha durado mi “siesta”. Han debido de ser seis meses de gastos continuos, Cuando me encuentre un poco mejor nos sentaremos a hacer cuentas.

—Calla, patoso —dice Sonia—, y no te preocupes que ya nos cobraremos todas las lágrimas que nos ha hecho derramar. Así que sin rechistar y venga, que entre mamá y yo te vamos a ayudar para que te quites ese pijama tan feo. De momento, y según veamos cómo te desenvuelves, te sigues probando ropa o lo dejamos para otro día.

—Venga, como queráis. Pero antes, me gustaría ducharme. He visto que el baño dispone de plato de ducha provisto de varias barras metálicas para que una persona con problemas de movilidad pueda tener un agarre seguro, a la hora de entrar o salir y en el momento del propio aseo. También me ha parecido que tiene un pequeño banco adosado, para que la persona pueda estar sentada y tener intimidad. Le he consultado al médico sobre lo de tomar una ducha o un baño, y me ha dicho que le parece muy bien pero que, en mi caso, es preferible la primera. Así que antes de empezar a probarme o aunque sólo sea antes de cambiarme de pijama, quisiera hacerlo y quedarme un poco más fresco.

—Muy bien —me dice Marta—. Pero aunque te resulte algo violento en cierto modo, te tendrás que dejar ayudar por las dos. En el estado de Sonia, y con ella sola soportando tu peso, podrías provocar una caída de ambos que tuviera como resultado una tragedia múltiple. Siendo así las cosas, como en estos meses en que has estado “transpuesto” —bromea—, he tenido la oportunidad de verte desnudo en múltiples ocasiones, porque lo siga haciendo cuando sea imprescindible, no se va a acabar el mundo. Así que, o bien cada paso que des lo haces del brazo de Pedro y Manuel, o te tendrás que servir sólo con mi ayuda y la de Sonia. De ti depende que el mal trago pase rápido. Cuanto antes te valgas por ti mismo, antes dejarás de tener que mostrarme tus vergüenzas que, por cierto —sigue de broma—, tampoco es que sean nada extremadamente notable.

—¡Oye, tú, descarada! —dice Sonia riendo—, a ver que tienes que reprochar al hombre que te va a hacer abuela antes de lo que te imaginabas. ¡Ni que mi padre fuera Hércules redivivo...

—¡Anda!, ¡se me había olvidado! —interrumpo a Sonia—. El doctor Calzada ha llegado. Está en la cafetería tomando una cerveza.

—¡Papá está aquí! Voy inmediatamente a verle. Pero, ¿cómo no nos ha esperado?

—Acababa de llegar y venía con mucha sed —miento para que no adivinen la tirantez que ha habido—, así que ha bajado a la cafetería para beber algo. En el momento que llegabais hacía un minuto que se había marchado.

—Bueno, ¿y qué tal? —pregunta Sonia expectante.

—Bien —vuelvo a mentir—. No sé, tal vez la idea que se ha formado de mí no es la que llegará a ser con el tiempo, cuando nos conozcamos mejor. No se podría definir el nuestro como un encuentro inolvidable, pero seguro que más adelante la cosa irá como la seda. Estoy convencido de ello.

—No cabe duda —dice Marta con tristeza— de que has conocido al auténtico Ramiro Calzada. Tal vez sea lo mejor. Más vale que las cosas estén claras respecto de quién es quién desde el principio...

—Mamá, no te pases. No olvides que estás hablando de mi padre. Así que, tengamos la fiesta en paz. Por cierto, ¿qué hay de tu ducha? Hagamos una cosa, hoy le pedimos a Beatriz una silla de ruedas para que lo hagas más cómodo y, a partir de mañana ya lo harás con nuestra ayuda y con el andador.

Así lo hemos hecho, con lo que, prácticamente valiéndome por mí mismo, me he podido arreglar. La ducha y el pijama nuevo que me han ayudado a poner, me hacen sentir estupendamente.

—Hala —insiste Sonia—, Vayamos a ver a papá. Hace un año ya desde que estuve en Inglaterra, y tengo ganas de darle un abrazo.

–Baja tú, cariño, que yo lo haré en seguida. Estoy un poco cansada con todo este jaleo de las compras y prefiero sentarme un poco antes de bajar. Venga, vete, que en un momento estoy con vosotros.

–Está bien, así lo haré. Pero no tardes, por favor.

Cuando sale Sonia, Marta me mira con sus hermosos ojos verdes. La tristeza de su expresión parece haber aumentado a un nivel que no apreciaba desde los días en que una parte del pueblo se me puso en contra.

–¿Qué ha pasado, Javier? ¿Ha estado violento contigo?

–Yo no diría tanto. Pero sí que se ha esforzado en demostrarme que no me considera el yerno perfecto precisamente.

–El muy cretino! ¡Siempre tiene que dar la nota! ¡Hay un punto de soberbia en él que cuando aflora es de lo más desagradable!

–Si quieres que esté de acuerdo contigo en lo del “punto”, concédeme al menos “dos puntos” o más bien “suspensivos”... –me sonrió también yo con algo de tristeza.

–Te concedo si quieres, los “cardinales”, los “filipinos, el “punto de cruz”, el “punto pelota”, el “punto al revés” y la “puntería” que hace falta para estar a “punto” a la hora en “punto”. ¡Qué horror, que chiste tan malo! –suelta una carcajada y reímos los dos como idiotas.

–¡Vaya pinta tienes con esa barriga! –Ramiro Calzada ni siquiera besa a su hija.

–Yo también me alegro mucho de verte, papá. No sé por qué cuando hace tiempo que no estamos juntos, tiendo a olvidar que cuando te propones atacar, siempre lo haces a la primera. Esta barriga es “el fruto de mi vien-

tre”, el lugar precioso donde está guardada tu primera nieta, la maravilla concebida que debería llenarte de orgullo y de ternura, el portentoso tesoro encarnado que tu única hija tiene el privilegio de haber alcanzado –Sonia apenas consigue contener las lágrimas.

–¡Tengo otro hijo!

–Es cierto, pero por ser un varón nunca podrá apreciar la felicidad sin límites por la que yo estoy pasando. Además en el caso de que cuando sea padre quiera tanto a su mujer que la identificación entre ambos pueda aportar algo de la dicha que ella sienta, tal vez le sea prácticamente imposible con un padre que le habrá transmitido la incapacidad de valorar lo más entrañable y precioso de la vida humana.

–¡Niña!, ¡estás faltando al respeto a tu padre!, ¡a un padre que acaba de hacer miles de kilómetros para verte!

–No, papá. Tú no has venido para verme. Has venido a regañarme. A demostrar que estás en desacuerdo con mis decisiones, con mis actos y hasta con aquello que yo más quiero.

–Tu padre y tu madre deberían ser lo que más quieres.

–¡Y lo son! ¡Con mi futuro marido y la hija de mi alma! Pero, una cosa es el amor que se tiene a los demás, y otra muy distinta que yo tenga la habilidad de hacerme querer del mismo modo. A la vista está que, aunque lo intento, no me acompaña la fortuna a la hora de conseguirlo. De todas maneras, estás aquí y me alegro mucho de verte, papá, de verdad, aunque sinceramente te diga que en el fondo esperaba que me recibirías de otra manera.

El camarero se acerca:

– ¿Qué desea tomar, señora?

–Un vino blanco fresco, por favor, y unas croquetas.

—Muy bien, señora, ahora mismo.

Cuando el camarero se va, el doctor Calzada deja momentáneamente el tono de crispación que no le había abandonado desde el inicio de la conversación con su hija y admite:

—Ya sé que no he debido recibirte como lo he hecho, pero es que me cripa que te hayas dejado seducir por ese viejo impresentable que se cree muy listo y que no es más que un pobre desgraciado. —Parece que no le ha durado mucho la templanza al doctor Calzada.

El semblante de Sonia que, después de los primeros momentos, se había distendido un poco, vuelve a crisparse de nuevo y, ahora sí, las lágrimas acuden a sus preciosos ojos que, en estos momentos, parecen de hielo.

—¡Estás hablando de Don Javier López Fortunes!, una de las personas más respetadas del pueblo donde has vivido muchos años, y un hombre bueno e inteligente donde los haya. Este hombre admirable, “querido papá”, ni me ha seducido a mí ni sería capaz de engañar absolutamente a nadie. Lo único que ha hecho es soportar sin la menor queja, sin el menor gesto de contrariedad, toda una serie de problemas, sobresaltos y dolores de cabeza que, si se han producido, han sido únicamente por mi causa. No solamente por estar implicada sino porque sólo yo fui con mi actitud la provocadora de absolutamente todo lo que le ha sucedido. Hasta el accidente se produjo porque inició el viaje para evitar a mamá tensiones en el pueblo. Y, cuando en el camino el otro coche les abordó, en vez de pensar en su seguridad, colocó el coche de manera que fue él quien recibió todo el golpe, tratando de proteger a mamá. No fue él quien me sedujo a mí sino yo quien lo hice con él, hasta el extremo de meterme desnuda en su cama después de colarme a la fuerza en su casa. Sólo puedo decir en mi descargo que todo lo hice por amor, papá,

el amor más puro, limpio, desprendido y entrañable que se pueda imaginar, un amor por el que cualquier mujer daría su vida entera. Pero yo, papá, no he tenido que dar nada. No he hecho otra cosa que recibir. Javier sólo ha pensado en mí y en mamá, en cada momento, nunca en él mismo. Yo sé que me quieres, padre, pero si aprendieras un poco más cómo debes hacerlo, eso no pasará nunca por hablarme mal de la persona a la que quiero más que a mi vida, y que a cada momento me demuestra de mil maneras distintas que conocerle, que quererle, ha sido para mí la mayor de las bendiciones. Papá, tu cariño es muy importante, pero el amor de Javier es para mí como el aire que respiro, como el cordón umbilical que une a mi hija conmigo. Javier ha sabido con su tacto, su dedicación y su cariño crear entre los dos un nuevo cordón umbilical distinto, pero igualmente vital para mí como el de mi hija lo es para ella. Para colmo, Dios ha querido mandarnos esta hija de la que estoy totalmente segura que nos va a ligar con tal fuerza que nada ni nadie nos podrá separar nunca. Si también te preocupa el futuro de mis estudios, no permitas que ese tema te quite el sueño. A pesar de mi embarazo, el curso ha sido tan exitoso como siempre y, para el que viene, Javier y yo tenemos nuestros planes con tal de que mi carrera no sufra ningún contratiempo. Todo va a ir muy bien, papá, pero tienes que mostrarme la misma comprensión y respeto que me demuestra mamá. Yo sé que en algún momento esta situación le ha costado más de una lágrima, pero tal vez porque conoce a Javier desde hace muchos años y sabe de sus dotes de todo tipo y, por encima de todo, del amor que le tengo, si en algún momento se pudo sentir algo reacia, supo tener la habilidad de que no me diese cuenta. Posteriormente, el comportamiento de Javier y el temple con que ha afrontado cada dificultad, sin decir ni una sola palabra en contra de nadie,

ni mostrarse ofendido o con rencor ante determinados comportamientos que ha tenido que sufrir, permiten que mamá se haya puesto de su parte, casi con la misma vehemencia que lo he hecho yo. Ya verás, papá, cómo cuando llegues a conocerlo también aprenderás como todo el mundo a valorar y apreciar su hombría de bien.

—Me parece que le he caído fatal.

—Por eso no te preocupes —dice sonriendo—, con mi ayuda y el cambio de tu actitud hacia él, modificará la opinión que a primera vista se haya podido formar de ti. Siendo como es un hombre de una sabiduría poco corriente, parece paradójico que, en el fondo, se muestre como un niño. Pero es así. Por lo menos, en algunos aspectos, lo es cuando siempre lo ves moverse con una visión optimista de toda situación. En cuanto cada circunstancia negativa sufre el más mínimo cambio a mejor, adviertes cómo acude a él la alegría y olvida cualquier contratiempo por importante que haya podido ser. No quiero con eso decir que no sea una persona con los pies en la realidad, sino que su vitalidad y la comprensión que tiene de la mutabilidad de los acontecimientos hacen que de cada uno trate de sacar lo mejor. Es la típica persona que prefiere la botella medio llena, y no le importa tratar de influir en los demás para que encuentren la felicidad y la dicha de verlo como él. Simplificando, diría que es una persona con una tendencia innata a la bondad.

—No me ha dado esa impresión cuando he estado arriba...

—Papá, la impresión que tenemos sobre los demás no siempre depende de ellos en exclusiva. Yo no sé qué ha pasado allá arriba, pero sí el mal efecto que me ha hecho tu primer comentario nada más verme. ¿Estás totalmente seguro de que las primeras palabras que le has dirigido eran todo lo amigables que debieran haber sido?

—Cuando he hablado con él no he tenido la sensación de estarlo haciendo con un amigo.

—Claro que no. Tú habías anticipado ese sentimiento y nada te hubiera hecho desistir porque tu apreciación estaba, aunque fuera de manera inconsciente, predeterminada. Pero ya verás cómo a no tardar cambias de opinión. Con Javier es francamente difícil no hacerlo una vez que se le trata, aunque sólo sea un poquito.

—¿Qué tal, Ramiro? ¿Cómo estás? —Sonia no ha visto llegar a su madre, cuyo tono de voz resulta bastante circunstancial. Antes de saber que se trataba de ella, ha notado que alguien venía al ver a su padre levantarse.

—Muy bien, Marta. A Sonia y a ti se os ve estupendamente. ¿Qué tal va todo?

—Hemos estado bastante atareadas últimamente ¿Cómo están tu mujer y tu hijo?

—Muy bien. Deseando venir a España y conocerte. Tal vez, el próximo año. Oídme, me gustaría que comiéramos los tres juntos. ¿Creéis que Javier podrá quedarse un rato solo?

Haciendo sólo un instante que Marta ha salido, me sorprende mucho que regrese tan pronto. Cuando la veo entrar, lo primero que se me ocurre pensar es que vuelve a recoger alguna cosa olvidada. Tal es así que al observar que viene seguida de Sonia y el doctor Calzada, mi primera impresión es de sorpresa y contrariedad. No me apetece nada que quede al descubierto la antipatía que Ramiro siente por mí. No ante Sonia y Marta, que no tienen por qué sufrir a causa de nuestras desavenencias o desencuentros. ¿"Ramiro"? Es la primera vez que pienso en él atribuyéndole solamente el nombre de pila. ¿Me estaré desinflando en mi actitud respecto a él, o será cosa de la vejez, que convierte la voluntad de los sesentones como yo en

una hoja movida por el viento? Las sorpresas continúan. Cuando hace un momento que podría haber esperado del doctor Calzada cualquier puñetazo dado a las primeras de cambio –iba a decir “escupitajo a la cara”, pero las personas tan finas no escupen ni a la cara ni a ninguna parte–, le veo salir de detrás de Sonia, se dirige a mí sonriente, me tiende la mano como si hiciera años que no nos hemos visto y me dice:

–Javier, me gustaría pedirte un favor, ¿me dejas a Sonia y a Marta? Como hace tanto que no nos vemos, me gustaría que fuéramos a comer los tres. Estaría encantado de que vinieras con nosotros pero dadas las circunstancias no es posible. La próxima vez, en que espero que estén aquí Lucy y el pequeño, será un placer que compartamos todos una comida.

–¡Naturalmente que podéis ir! –le contesto, aunque me haya dejado de piedra– y claro que quisiera acompañaros. Cuando vengan los tuyos de Londres, será estupendo conocerlos y que comamos todos juntos. Espero que la comida para esa ocasión sea por cuenta mía. Es lo menos que puedo hacer después de haber recibido tanta atención y cariño de parte de Marta y de Sonia. ¡Venga, marchaos!, que no se os haga tarde. Yo estaré estupendamente. Voy a hacer que me traigan el periódico para irme poniendo al día después de tanta ausencia. Luego, después de comer, dormiré un poco la siesta, y si tengo un rato, me puedo entretener con la televisión. Así que comed tranquilos y sin prisa por volver, que yo estaré bien.

–Muchas gracias, Javier –dice Ramiro.

–No tardaremos mucho –añade Sonia, al tiempo que me besa en la boca.

También Marta me besa en las dos mejillas. Finalmente, el oculista me tiende de nuevo la mano volviéndome a dejar boquiabierto.

Cuando, después de irse, me dispongo a utilizar el mando de la tele, entra Beatriz con la comida.

–¡Que aproveche, Don Javier!

–Muchas gracias, Beatriz, muy amable.

Echo un vistazo a la comida: consomé, ensalada, merluza rebozada, croquetas y fresas con nata, pan y agua. Qué pena que no haya un poquito de vino, pero ya me resarciré cuando me den el alta. Comienzo a comer. Al principio sin mucha gana, pero a medida que voy tomando los alimentos, se va haciendo presente el apetito y termino comiéndolo todo con verdadero placer. Cuando caigo después de haber comido y apartado la mesa con la bandeja en que he olvidado pedir el periódico a Beatriz, llaman tímidamente a la puerta.

–¡Adelante!, –digo.

La puerta se abre lentamente y aparecen unos ojos grises inmensos en una cara llena de rubor, y acompañados de un cuerpo de dieciocho años de infarto.

–Buenas tardes, queridísimo poeta mío –se me echa al cuello, me abraza y me besa en la boca, dulcemente, acariciando mis labios con su lengua.

–¡¡Nati!!, no hagas eso, por favor. Si alguien te viera, nos pondrías a los dos en un compromiso.

–¿Acaso no te gusta? Tengo tan pocas ocasiones de hacer contigo aquello que siempre estoy deseando que, para una vez que te pillo, después de seis meses sin verte, pensando que te habías muerto y que nunca despertarías, y convencida de que me había convertido en tu viuda antes de ser tu mujer, que si no aprovecho la ocasión para un poco de lo que ni siquiera tú puedes evitar, ya me explicarás...

–Pero, Natalia, estoy a punto de casarme, faltan unos meses para que sea padre, ¿qué quieres de mí?

—Ya sé que vas a ser padre. Esto pasa —dice, con las lágrimas resbalando sus mejillas— porque alguien fue más inteligente y más hábil que yo y consiguió que le hicieras lo que debiste haberme hecho primero a mí.

—Por favor, Natalia, no digas insensateces. Yo amo a Sonia y me voy a casar con ella porque la quiero y deseo hacerlo. El hecho de que vayamos a tener una hija sólo es un motivo más de agradecimiento a Dios que me ha dado la oportunidad de que este amor se consolide y crezca gracias a un ser de carne y hueso, que no sólo es fruto de ese amor, sino que se constituye en ese mismo amor, al que su madre y yo abriremos horizontes de cuidado, dedicación, ternura y desvelo, como prolongación de un sentimiento inmenso que, hecho carne, como ser humano necesitado de cariño y cuidado, será la prolongación de dos seres que se aman.

—Afloje la tensión, señor maestro, que no he venido a discutir ni pelearme con usted, sino a verle, a interesarme por usted, a decirle que me alegro infinitamente de que haya despertado y también, en el fondo, de que le vaya bien, de que esté usted enamorado y de que vaya a tener una hija. De todo eso me alegro sinceramente aunque también me entristezca el hecho de que ya nunca me recitará un poema ni suyo ni ajeno, que no podré verle con la frecuencia que yo quisiera, que tal vez no pueda volver a besarle como lo acabo de hacer, mirarle los ojos cansados, deleitarme en su figura, en sus canas incipientes, en su voz grave, en su cabeza señorial, en su barba que le presta esa imagen, ese magnetismo, y maldecir a una sociedad que no permite que tres personas, un hombre mayor y dos mujeres jóvenes puedan constituir una unidad familiar, como en otras sociedades ha ocurrido, y sigue ocurriendo sin mayores problemas y sin que este tipo de situaciones hayan de devenir en ningún tipo de catástrofe.

Yo sólo soy una pobre chica que se ha enamorado de un viejo poeta que no me quiere, pero tal vez, aunque deformado mi criterio por las circunstancias que enturbian la claridad de mi razonamiento, creo que esta sociedad nuestra, lejos de evolucionar de manera que sus miembros sean más libres y felices, en muchos aspectos se hunde en un abismo de prejuicios que la convierten en algo fundamentalista y retrógrado, desestabilizador e inmovilista. ¿Por qué no puede existir un “matrimonio” donde los miembros sean tres y no dos? ¿Por qué un hombre bueno y afectuoso, un hombre fuerte y sabio no puede ser el macho de dos hembras de su especie?

—En principio, ya me va a ser difícil a mi edad ser el macho de una. Mucho menos de dos.

—Yo no digo que tuvieras que atendernos a las dos al mismo tiempo. Ya lo harías con cada una en su momento...

—Natalia, simplificas en extremo el fondo de lo que defiendes. Aunque las uniones múltiples sean posibles o más bien lo hayan sido en algunas sociedades, en ellas se ha contado con una estructura social que ha contribuido a conservar esa situación contra viento y marea. Existen unas tradiciones que hacen que la sociedad pueda mantener este estado de cosas con la colaboración incondicional de las propias mujeres. ¿Te has planteado cuánto duraría en una sociedad como la nuestra una familia como la que tú propones? Con lo difícil que se hace la convivencia entre dos personas, aunque por causa del trabajo pasen separados la mayor parte de las horas del día, con lo que cuesta a una pareja evitar los roces y que las diferencias de opinión no acaben en discusiones agrias y a veces, en situaciones tan tristes como las que aparecen a diario en los periódicos, ¿te imaginas la convivencia diaria de un viejo y dos chicas jóvenes? Yo no contaría con la colaboración

de las ancianas de la tribu o de las matriarcas de respeto con fidelidad a las tradiciones hasta el sacrificio de la propia vida, que me metieran en cintura las “veleidades de carácter” de mis dos jóvenes “hembras” –perdona Nati, pero estoy empleando tus palabras–, o su ardor juvenil, sus celos y sus altibajos menstruales, disputas por el favor del macho, jerarquía dentro del grupo etc. o que justificaran mis chocheos de viejo, no más porque soy el macho y el patriarca venido a menos de mi escuálido rebaño. No, gracias, preciosa mía, no tendría fuerzas ni para la centésima parte.

–Fuera de exageraciones, señor poeta, como además nos movemos en el terreno de una hipótesis irrealizable, toda especulación de nuestra parte es baldía y, puesto que hemos iniciado el camino partiendo de lo inexistente, más vale no entrar en detalles que tengan como fin justificar algo de cuya falta de solución estamos convencidos. ¡Vaya, para no ser como la gente cree una chica muy inteligente, el razonamiento me ha salido perfecto! ¡Lástima que no sirva de nada!

–Nadie piensa de ti que no seas inteligente –miento–, y si alguien lo hiciera, demuestra conocerte muy poco.

–Ese es el problema, mi querido Don Javier, que conozco a tan poca gente, del mismo modo que son tan escasos los que me conocen, que mi círculo de relaciones se reduce casi al mínimo posible. Por eso, como soy una chica sensible, me he enamorado como una burra de una persona que me consta que tiene las manos atadas para poderme querer. Lo que posiblemente contribuya a que mi amor aún se salga más de los cauces normales donde si yo fuera tan tonta y modosita como la gente cree, tal vez no habría rebasado.

En ese momento llaman a la puerta. Antes de que conteste, la figura de Don Fernando, el joven capellán, se cuela en la habitación.

—Ustedes perdonen que haya tardado tanto, pero a estas horas el aparcamiento está a rebosar y sólo hace un momento que me ha sido posible poder dejar el coche sin riesgo de daño. Como además nos es absolutamente necesario para nuestro servicio ministerial, el coche de Don Mateo hay que cuidarlo como a oro en paño.

A nadie le extrañaría lo más mínimo si le digo que la entrada de Don Fernando ha sido un regalo de la fortuna. La conversación estaba tomando una deriva que no me gustaba un pelo y además, como la misma Natalia ha admitido, la discusión, no nos llevaba a ningún sitio. Don Fernando continúa hablando del coche de Don Mateo mientras yo me pierdo un poco en la sensación de alivio que me ha producido la repentina y providencial interrupción.

—Natalia ha puesto tanto empeño en venir a verme —continúa Don Fernando—, que nadie en casa ha podido convencerla de lo contrario. Así que aquí estamos. Lo que no me podía imaginar es el problema que íbamos a tener con el aparcamiento.

—El otro día comentó el doctor Soria que depende del servicio de geriatría; parece ser que reciben a los ancianos en días concretos y la visita de tanto paciente mayor hace que el uso de coches particulares en que los familiares los suelen traer, impide que sea fácil colocar tanto automóvil —aclaro.

—¿Qué tal se encuentra usted hoy, Don Javier? Según parece, el tiempo, a medida que pasa, se va poniendo de su parte y cada día se le ve mejor que el anterior. No sabe cuánto me alegro.

Mientras Don Fernando habla, Natalia ha vuelto a su mutismo y a su rubor, lo que reafirma mi opinión sobre que, aunque la chica tenga como tiene una inteligencia y una sensibilidad excepcionales, su timidez y tendencia a la reserva ante los demás le da ese aspecto apocado que la gente toma por falta de talento. Lo verdaderamente extraño es que sus seres cercanos que no demuestran ningún tipo de limitación intelectual, se hayan dejado engañar también hasta el extremo de no haber intentado contra viento y marea proporcionarle estudios superiores, que con su capacidad hubiera podido desarrollar a la perfección. En su día, tendré que poner a prueba mi influencia ante Doña Guadalupe y Don Mateo, para intentar solucionar una situación que, a los dieciocho años que tiene la chica, es aún fácilmente solucionable. Sería magnífico que, con la sensibilidad y gusto que la muchacha tiene por la poesía, pudiera cursar una carrera de letras. Tal vez sería bueno que se matriculara para estudiar “Hispánicas”. Podría, según creo, ir a sus cualidades perfectamente, hacer de su escueta vida actual algo mucho más estimulante y abrirle unos horizontes que, en la situación en que hoy se encuentra parecen tener unas expectativas francamente limitadas. Convencer a la familia para que le permita estudiar, puede dar un giro de ciento ochenta grados a las expectativas de futuro, así como ampliar de manera insospechada su círculo social y afectivo.

Al cabo de un rato de visita, con la llegada de Don Fernando la conversación ha ido perdiendo no sólo “contenido” sino también fluidez. La timidez innata de Natalia se ha vuelto a apoderar de ella, haciéndole caer con la presencia del sacerdote en un mutismo más que prolongado y, sin que haya otra causa, tratando de evitar una situación, en demasía embarazosa, el joven cura ha decidido, ante tanto silencio, dar la visita por concluida e ini-

ciar el viaje de regreso a casa. Los enormes ojos de Natalia no han podido evitar las lágrimas al despedirse, ahora con un beso en cada mejilla, sobre las mismas comisuras de los labios. La he dejado hacer sin protestar, y tras el apretón de manos de Don Fernando, han abandonado la habitación.

Al marcharse, la sensación de consuelo que he sentido cuando Don Fernando ha entrado, después de la declaración de amor de la joven, se hace mucho más manifiesta ahora y, tal vez porque la mente aliviada funciona mejor, me da por abundar en disquisiciones sobre las posibilidades que podrían tener en un futuro más o menos lejano, las uniones “matrimoniales” en donde los individuos que las integrasen fueran tres, cuatro o incluso más, en vez de dos, y qué tipo de repercusiones sociales, económicas, culturales y de salud individual y colectiva acarrearía tal posibilidad. ¿Habría que legislar según el albedrío humano sin atender a las disposiciones de la genética? ¿Debería pensarse que una mujer, como ser humano con igualdad de derechos y amparada por las normas legales garantes de esa igualdad, pudiera tener dos o tres maridos aunque, al iniciar una gestación, la confusión de los roles masculinos fuera inevitable? ¿Habría que realizar tests de paternidad a cada presunto padre cada vez que un niño viniera al mundo como fruto de uno de estos matrimonios múltiples? Una vez que la mujer concibiera, y en el supuesto de que fueran, pongamos por caso, tres hombres y una mujer, ¿podría seguir manteniendo relaciones con los tres “machos” de su unidad familiar? ¿Cómo, siendo así, podría regularse el problema de la patria potestad?, y lo que es más difícil, ¿cómo podría controlarse? Los hijos biológicos de cada hombre, ¿serían hijos legales de la unidad familiar, independientemente de quién fuera el padre? Al menos en la sociedad occidental, dadas las pautas de

comportamiento con las que nos desenvolvemos en la actualidad, ¿qué tipo de modificaciones normativas, debería de comportar tal nivel de evolución? Quizás, determinados problemas que yo considero estén ya resueltos en algunas sociedades, y las composiciones de lugar que me hago, sean propias de mi desconocimiento del tema, pero habida cuenta que todo esto ha surgido de la charla hace unos minutos con Natalia, ni he tenido tiempo de informarme mínimamente sobre el tema ni me siento capaz de cortar las alas a mi gusto por la elucubración, “de aquellos barro vienen estos lodos”. Así que, mal que me vea objeto de público escarnio, sigo a lo mío: Que yo sepa, la mayoría de los “matrimonios múltiples que en el mundo han sido, se han desarrollado dentro de una estructura patriarcal –sé, no obstante lo dicho, que en algunas épocas y en determinados lugares, han existido matriarcas que han compartido varios miembros masculinos de la tribu, pero ni su organización social tenía el nivel de regulación que pudiera compararse ni remotamente con la nuestra, ni siquiera en la mayoría de los casos que se han podido estudiar eran capaces de relacionar unión sexual y concepción, así que resolvían fácilmente la situación haciendo que la criatura concebida perteneciese al grupo, como al parecer sigue ocurriendo en algunas tribus en donde existen ceremonias de iniciación sexual para jóvenes de ambos sexos de las que muchas veces se derivan concepciones inesperadas–. En aquellas culturas donde existen las uniones de más de dos cónyuges que nos puedan ser más cercanas, a saber, musulmanes (tengo entendido que sólo se mantiene la poligamia en la actualidad en casos contados) o los mormones, es el hombre el que comparte varias mujeres. Esto, con una estructura social rígida que favorezca la pervivencia del sistema, parece y la experiencia demuestra que lo es, más viable. Pe-

ro en occidente y con la deseada y a Dios gracias conseguida, igualdad entre los sexos, ¿seríamos capaces de regular con facilidad una estructura social familiar de una mujer y por ejemplo dos hombres en el más sencillo de los casos? Yo prefiero no insistir, por el momento, en el tema. Se me antoja que de tomar las sociedades futuras semejantes derroteros va a complicar sobremanera la tarea de los legisladores, si es que además no se convierte en causa de conflictos de todo tipo y a todos los niveles imaginables.

Capítulo XXIII

—¡Las palomas, Marta, son las palomas! ¡Se meten en el agua! ¿Es que no lo ves, Marta? ¡Se están metiendo en el agua! ¿Cómo puede ser? ¿Ves esa nube negra? ¡Está tapan- do a las palomas! ¡Mira, esas son blancas! ¡Las otras son negras! ¡Mira! ¡Esa ha perdido las plumas! Son plumas tornasoladas. Fíjate cómo descomponen la luz. Antes no eran palomas, no me parecían palomas. ¡Tan grandes! ¡Con esas alas tan grandes! Pero son palomas. Antes pa- recían cuervos o águilas, pero son palomas. ¡Mírales la cabeza! Son cabezas de paloma. Pero, ¡no puede ser! ¡Las palomas pescan en el mar? ¡Pero, si no son gaviotas...! ¡Son palomas pescando en el mar! ¡Mira esa negra! ¡Tiene los ojos rojos! ¡Mira, se mueve hacia la otra! ¡Abre la bo- ca...! ¡Se la está comiendo! ¡Marta, se la está comiendo! ¡La paloma negra se está comiendo a la blanca! ¡Dios mío, se la come! ¿De dónde ha salido ese coche? ¡Ese coche viene muy rápido! ¡Viene por encima del agua, Marta! ¡Nosotros vamos por encima del agua y ese coche hace cosas raras! ¡Se mueve raro! ¡Qué de prisa viene! ¡Viene muy de prisa! ¡Se mueve de costado! ¡Se mueve raro...! ¡Dios, mío, el coche azul nos va a dar! ¡Se nos echa enci- ma...! ¡Nooo!

—¡Javier! ¡Javier! ¡Despierta, Javier, despierta! ¡Des- pierta! ¡Despierta!

—¿¡Qué!? ¿¡Qué!? ¿Qué pasa?

—¡Estabas soñando, Javier!, ¡estabas soñando! ¡Des- pierta!

Me despierto todo empapado en sudor. La cama está mojada. No sé si es sudor o es que me he orinado encima ¡Dios mío, ahora lo recuerdo todo! Me acuerdo del accidente con toda claridad. Recuerdo cómo venía ese coche haciendo eses y supe que nos iba a embestir. Traté de proteger a Marta torciendo el coche hacia el arcén de la derecha y ya no recuerdo nada más.

—Tenías una pesadilla, amor mío. Estabas llamando a mamá y decías no se qué de unas palomas y del agua. ¡Madre mía, estás empapado! Espera, que voy a llamar a Beatriz y cambiaremos la cama.

Como si Beatriz hubiera estado esperando que Sonia la nombrara, entra sobresaltada:

—¿Qué ha pasado? He oído gritos muy fuertes.

—Pasa, Beatriz, por favor. Javier ha tenido una pesadilla y está toda la cama mojada. Deberíamos cambiarla.

—¡Claro!, en seguida voy por la ropa de cama y la cambiamos...

—Trae también ropa para cambiarle a él. Está totalmente mojado.

—Muy bien. En seguida estoy aquí con todo lo necesario. No te preocupes.

Aunque Beatriz y Sonia me han ayudado, me encuentro tan bien que perfectamente hubiera podido llegar solo al cuarto de baño. Qué bien me siento después de la ducha. Efectivamente, me había orinado encima y ha habido que cambiar hasta el empapador de la cama. El incidente por lo menos ha servido para poderme demostrar lo que he mejorado en cuanto a movilidad. ¡Qué razón la del doctor Soria cuando afirmaba que mi vuelta al movimiento era mucho más problema de “coco” que de músculos o huesos! A medida que gano en esfuerzo y convencimiento de que la superación de mi estado de invalidez es posible a menor plazo, la comprobación de mi paulatina mejoría se

hace más clara y me llena de empuje y de ganas de que el momento de la curación total se halle más próximo.

Al final, aunque Beatriz ha venido también con un pijama para mí, Sonia, una vez terminada la ducha, viéndome tan feliz y animado, ha preferido que estrene uno de los que madre e hija me compraron el día de su escapada sorpresa. También Beatriz ha sonreído después del cambio de cama, la ducha y el trasiego de esta accidentada noche, viéndonos animados y felices, y se ha despedido de nosotros con un beso y un expresivo “hasta por la mañana, pareja”, totalmente distinto de la cara de preocupación con la que hace tan sólo unos minutos la hemos visto aparecer luego de mis gritos de la pesadilla.

Como Marta lleva unos días en el pueblo por asuntos relacionados con la farmacia, cuando Beatriz sale después de despedirse, Sonia y yo nos quedamos solos en la habitación. Faltan unos minutos para las cinco de la madrugada, pero con todo este jaleo hemos perdido las ganas de dormir y, a pesar de lo intempestivo de la hora, Sonia me pide que le cuente la pesadilla.

—Parece mentira —empiezo diciendo— que, con el susto que he pasado, me haya orinado encima de miedo, no sepa decirte si catalogaría este cúmulo de sobresaltos de pesadilla, dado que gracias a él he podido recordar este episodio del accidente que mi cerebro se negaba a mostrarme. Ahora recuerdo perfectamente lo que pasó en la carretera hasta el momento en que perdí el conocimiento, y me he librado de la sensación de extrañeza e inseguridad que he sentido durante todo este tiempo en que un trozo de mi vida escapaba a mi control. Ya sé que resulta un poco ridículo oír decir esto a alguien que ha estado seis meses en coma, por un par de minutos como mucho que pudo durar el accidente, pero mientras que esos seis meses me da la sensación de que puedo recuperarlos en cual-

quier momento gracias a vosotras, y que siempre será un tiempo que en definitiva no me pertenece por haberlo pasado dormido, esos dos minutos tan importantes eran un robo a mi consciencia, porque cuando sucedieron yo estaba despierto y extrañamente algo o alguien los había borrado inexplicablemente de mi vida.

—Pero, hablabas de palomas blancas y negras y de agua...

—Sí. Yo iba conduciendo el coche y tu madre venía conmigo. Era el mío pero, como si fuese transparente, se podía ver a través de él. No sólo gracias al parabrisas o a las ventanillas, también a pesar del techo, como si se tratara de un descapotable que llevase la capota plegada. A pesar de eso, era mi coche. Además, no necesitaba estar pendiente de la carretera porque aunque yo conducía, podía mirar donde quisiera sin que se pudiera producir problema alguno. Aparecían primero unas aves en el cielo con unas alas enormes, que unas veces parecían águilas o buitres y otras, cuervos negros. Luego se veía como una polvareda oscura o un tornado que cubría las aves y las hacía desaparecer. Al volver a prestar atención al coche, no había carretera. Circulábamos por una amplia lámina de agua. Era como un inmenso mar sin olas. Semejaba un enorme cristal sin fin por el que rodaba el coche. Sin embargo, a pesar de eso, a los lados había árboles y casas. Parecíamos estar en medio de un aguacero de los que en la carretera a veces se presentan de improviso. Cuando la lluvia chocaba con la lámina de cristal líquido, formaba una neblina muy fina a ras de agua. Pero no podía ser cristal porque las palomas, que ahora se veían claramente, se sumergían y pescaban. Salían con peces gordos en el pico y volaban hacia el cielo. Cuando subían, yo las miraba a través de un techo inexistente de mi propio coche, siempre hacia lo alto, con los peces en la boca. Una de

ellas reventaba de pronto y sobre nosotros caía una lluvia inmensa de plumas negras. A través del techo de mi coche, que yo no veía, todas las plumas se posaban sobre tu madre y sobre mí. Miraba las plumas que daban reflejos tornasolados cuando, tomándolas del cañón, las movía lentamente. En un árbol había una gran paloma negra de ojos rojos atenta al más pequeño movimiento de otra blanca mucho más pequeña, que estaba en el agua. No es que flotara en el agua, andaba sobre el líquido con toda facilidad. La enorme paloma negra de los ojos rojos se lanzaba sobre ella y la devoraba. Le arrancaba trozos de carne y plumas blancas ensangrentadas, mezcladas con tripas y trozos de vísceras que engullía en una bacanal indescriptible. Luego, abría desmesuradamente la boca y de ella salía un coche de color azul que se desplazaba por el agua de costado. Llevaba una velocidad vertiginosa. Se nos echaba encima haciendo eses y amenazaba con embestirnos. Aunque todo me pareció durar un instante, en el sueño los hechos sucedían ralentizados, de manera que al ser cada instante mucho más largo, era posible apreciar las cosas como una película a cámara lenta y sin la premura de las situaciones instantáneas. El caso es que el automóvil que estaba a punto de abordarnos, unas veces se acercaba de costado y otras haciendo eses. De pronto enderezó el sentido de su marcha en nuestra contra, apuntándonos con su morro sólido y agresivo. Al advertirlo, torcí el volante a la derecha tratando de evitar el golpe en el lado de tu madre y de pronto surgió no sé de donde el arcén derecho de la carretera y una insistente voz que me gritaba, ¡Javier!, ¡Javier! ¡Despierta! Luego, he sentido que el agua entraba en la cabina y en ese instante ha debido ser cuando me he orinado encima. Después, notándome todo húmedo, me he despertado. Lo curioso es, que como resultado de este extraño sueño, ahora re-

cuerto con total claridad todo lo que pasó la tarde del accidente.

—¡Qué barbaridad!, este sueño tuyo haría las delicias de cualquier especialista aficionado a bucear en las entrañas de lo onírico. Tengo un amigo que estaría encantado oyéndotelo contar con tanto detalle. Pero, ¿dices que recuerdas todo lo que pasó en el instante del accidente?

—Sí. Tu madre y yo estábamos a punto de concluir nuestro viaje. Charlábamos animadamente. La tensión que habíamos sufrido en Castrosantos había desaparecido y envueltos en una música con el volumen como un suspiro, no parábamos de hablar alegremente y de reír. Recuerdo que empezó a llover con bastante intensidad, pero eso no hizo para nada que la calidez del ambiente se convirtiera en agitación. Nos sentíamos aliviados por haber dejado atrás los momentos desagradables de tensión que habíamos sufrido en el pueblo y no estábamos dispuestos a que el chubasco nos estropeará el buen humor. El aguacero arreció hasta el extremo de que hube de poner la velocidad mayor para la evacuación del agua por los limpiaparabrisas. Era tal la cascada que soportábamos, que con la luz de cruce encendida y la ayuda de los faros anti niebla resultaba difícil siquiera la visión cercana, a pesar de que aún no había oscurecido. De pronto, vi el coche azul haciendo eses, que venía sin control hacia nosotros. Torcí el volante a la derecha y no recuerdo más. Sí, que procuré protegerme la cara con el brazo izquierdo y un sonido de cristales rotos. Después, nada.

—¡Qué cosa tan fascinante el devenir de la vida de cada ser humano!, pero ese es tema para otro momento. Ahora, sí quisiera comentarte algo, aunque cuando mamá venga también me gustaría que tratáramos el asunto los tres tranquilamente y más a fondo. Como sabes, pasado mañana te dan el alta y por el momento, como has de

venir cada día al hospital para someterte a sesiones de recuperación hasta que tu movilidad sea perfecta, habremos de permanecer en Cáceres. En principio he pensado que nos podríamos trasladar a mi piso de estudiante que ahora está vacío, mientras buscamos algo más definitivo cerca del hospital, de manera que nos sea fácil venir todos los días. El problema es que tú te mueres por regresar al pueblo y como durante el curso nos será más difícil con la nena y todo lo que conlleva, la cunita, el baño, el cochecito y demás, no quisiera privarte del pueblo por lo menos estos fines de semana, ahora que sábados y domingos no tenemos gran cosa que hacer y que podríamos perfectamente pasar en Castrosantos. El inconveniente, mi amor, es que ni tú ni yo podemos de momento conducir y hemos de estar a expensas de que mamá lo haga. Otra cosa que sinceramente también me preocupa es que a estas alturas todavía quede algún conato de mala voluntad contra nosotros, y un posible, aunque aislado si quieres, mal ambiente por mínimo que fuera, nos pudiera amargar la estancia en el querido pueblo de tus amores. Como quiero que estés al tanto de todo lo que pasa por mi cabeza, si alguna vez tengo un temor, no podré por menos que compartirlo contigo.

—Me parece muy bien. Por ahora, tampoco yo quiero volver. Para Navidad, con nuestra hija ya en el mundo, será el instante apropiado de hacer nuestra primera visita. Ahora y por el momento es mejor que con tiempo vayamos preparando nuestra vida en Cáceres, de modo que de cara a tu alumbramiento y a la posterior presencia de nuestra pequeña, podamos estar lo más cómodamente posible. Y, ahora durmamos un poco, que ya está amaneciendo y hoy me espera también una buena sesión de entrenamiento con andador incluido por los pasillos del hospital.

No he querido que la ambulancia me trajera. El “corsa” de Sonia me ha venido de perlas para demostrarme que me soy capaz de manejar casi como una persona que no haya tenido que pasar por lo que yo. Últimamente, he ido sustituyendo el andador por una sola muleta, con la que me muevo a mis anchas. Me da seguridad al andar, pero el uso que hago de ella tiene un efecto más bien psicológico. En estos dos días que han pasado desde que tuve la pesadilla y recobré la memoria sobre lo sucedido en el accidente, Marta, que regresó de Castrosantos aquella mañana, y Sonia, que no veía el momento de iniciar la búsqueda, han encontrado un piso amueblado de tres dormitorios muy cerca de la clínica. Si no hubiera sido porque el médico lo ha desaconsejado y que además teníamos que traer de vuelta los bultos y el equipaje desde el sanatorio, perfectamente podríamos haber venido dando un paseo. Antes de que me haya dado tiempo de acostumbrarme otra vez a la calle, aunque sea mirando a través de los cristales del coche, llegamos a casa. He ocupado el puesto de detrás del conductor del coche de Sonia. Marta conduce y su hija se sienta en el lugar del copiloto. Ya se va sintiendo un poco más pesada y prefiere no conducir. Aunque acceder a la parte de atrás de un coche relativamente pequeño se hubiese pensado que sería prácticamente imposible para mí, el haberme podido sentar con cierta facilidad me llena de buen humor y me hace concebir esperanzas de que mi recuperación, como ya me auguraba el médico, sigue el mejor de los caminos. El piso es un quinto. El edificio cuenta con dos ascensores amplios y de muy fácil acceso. Cuando entro al portal me fijo en que hay rampa para silla de ruedas y barandillas de acero cromado para que alguien necesitado de este tipo de elementos pueda hacer uso de ellos sin ayuda. No es mi caso pero

me produce una estupenda impresión. La vivienda es muy buena. Son tres los dormitorios, el de matrimonio con acceso directo a uno de los baños, y dos individuales, de los cuales uno de ellos tiene el mismo tamaño que el grande, lo que se aprovecha para que disponga de mesa de despacho y estanterías para libros. La cocina tiene azulejería de mármol y está servida de electrodomésticos. Los dos cuartos de baño son completos. Hay también una terraza sin mobiliario pero cuya extensión permite albergar una mesa de jardín y cuatro sillas. Estamos provistos de televisión, menaje de cocina, ropa de cama, baño y comedor, cristalería y cubertería, y todo lo necesario para ser ocupada, como estamos haciendo, de inmediato.

—¿Dónde habéis encontrado esta joya?, —pregunto.

—No sabes qué tipo de mujeres somos aquellas a las que has confiado tu suerte. Antes de ver este piso y apalabrarlo, no te puedes hacer una idea de la de otros que vimos, pero como Dios premia el tesón, pues he aquí el resultado.

—La verdad es que me parece sensacional. El sol entra por todas partes, pero además de luminoso, es muy grande y está muy bien dotado y en perfecto estado de uso. ¡Enhorabuena, señoras!

—Bien, —dice Marta—, una vez que has comprobado el grado de eficacia de estas dos mujeres de tu nueva familia, hemos de plantear de nuevo el tema que abordasteis vosotros dos en mi ausencia y que ahora voy a enriquecer con las aportaciones nuevas de noticias frescas que acabo de traer de nuestro pueblo. Así que abra usted los oídos, Don Javier, que lo que ustedes dos hablaron sin mi presencia, ha quedado invalidado por las nuevas que traigo —bromea, con una sonrisa radiante en su cara.

—¡Pues, adelante, señora que soy todo oídos —digo, en el mismo tono.

—A ver, hablemos del futuro inmediato. Hoy es veinticuatro de agosto, y el nacimiento de vuestra hija será para últimos de octubre o primeros de noviembre. Me parece, con todo respeto, que es mucho tiempo para que estéis sin aparecer por Castrosantos. En estos días en que he tenido que estar allí por asuntos de la farmacia, se me ha presentado la oportunidad de hablar con mucha gente y si algún sentimiento queda en el pueblo en relación con vosotros es el de que algo se os debe porque inmerecidamente habéis recibido un trato injusto. Sólo ha habido una familia en todo el pueblo como instigadora de todo el rechazo que especialmente tú, Javier, has sufrido. El resto de la gente que en un principio hizo causa común con esa actitud, después cambió radicalmente, cuando supo de donde había partido toda la maledicencia y las causas tan interesadas que la crearon, y propagaron prácticamente de casa en casa. La ternura que ha despertado lo del embarazo de Sonia, especialmente entre las señoras mayores, ha suavizado mucho las cosas en este sector, con la inestimable colaboración positiva de Doña Guadalupe que, arrepentida de su inicial actitud contigo y ahogada en llanto por los reproches de Don Mateo, que ha sido tu mejor valedor, ha convencido a todas las damas de edad avanzada del pueblo de que el embarazo de Sonia es una bendición de Dios y que como se malogre por los dimes y diretes de “alguna vieja sin conciencia ni caridad” en el pueblo va a haber hasta excomuniones.

—¡Qué barbaridad! —digo—, cómo pueden llegar a cambiar las cosas según soplen unos vientos u otros.

—Eso es del todo así —continúa Marta—. Además, debes saber que la familia del antiguo secretario del ayuntamiento ya no vive en el pueblo. Tenemos nuevo secretario y familia. Sandra, la madre de Tomás, se sintió tan culpable al parecer por haberse dejado influir por el hijo

hasta divulgar por todo el pueblo la noticia, llenándote de insultos y descalificaciones, que cuando todos pasaron de verla como chismosa simpática a insidiosa cuya amistad perjudica, dado que la gente influyente del pueblo estaba de vuestra parte, empezaron a darle de lado a ella y a culpar al marido por debilidad, al no haberle sabido parar los pies tanto a la mujer como al hijo. La situación se hizo insostenible para la familia en el pueblo, y pusieron a Martín en la necesidad de pedir el traslado. Así que anda con su familia por tierras de Cuenca, donde al parecer ha encontrado una plaza libre en un pequeño pueblo serrano. El pobre hombre, que en el fondo ha sido una víctima de unos y de otros, se ha visto también acosado por gente que te quiere mucho, como el alcalde y el sargento de la Guardia Civil, que casi a diario le reprochaban que por culpa de su debilidad, una persona intachable y un ciudadano ejemplar como tú se veía desterrado. Por este lado –dice Marta, riendo–, he de reconocer que de mi hija no se acordaba nadie. Sólo que si Don Javier “esto” o Don Javier “aquello” –también Sonia ríe de buena gana–. Al parecer para tus amigos de Castrosantos aquí no había más que una persona desterrada, y era varón. Respecto de quienes apedrearon los cristales de tu cocina, se sabe que fueron dos amigos íntimos de Tomás. Una vez que Don Benito supo de quién se trataba y les hizo pasar un par de noches en el calabozo del pueblo, como tú no estabas para presentar denuncias, quedaron en libertad, fichados y sin ganas de importunar a nadie. Así que tus cristales están de nuevo a salvo de amenazas, y una vez las aguas donde deben, no hay problema alguno en que cualquier fin de semana que os apetezca visitéis el pueblo, porque la gente tiene verdaderos deseos de daros un abrazo. Me tenéis a vuestra disposición para haceros de solícita conductora y acompañante fiel en el momento en que me lo pidáis.

–Muchísimas gracias por el ofrecimiento –digo en broma.

–Con respecto a vuestra boda, Cesáreo me ha dicho que está dispuesto a casaros cuando queráis pero que ha de ser en Castrosantos. Incluso asegura que habilitará el salón de plenos para que pueda acudir todo el pueblo.

–Pero si Sonia y yo habíamos pensado que nuestra boda fuera discreta –protesto–, ¿cómo vamos a...?

–Pues tendréis que fastidiaros. No pretenderéis que les quite esa ilusión a todos los amigos que ya están pensando en echar la casa por la ventana. Escucha, Javier –continúa Marta–, Sonia y yo hablamos de esto ayer mientras buscábamos el piso y pensamos que, aunque no os podáis casar por la Iglesia, lo mejor es que sea antes de que se produzca el alumbramiento. Tu hija debe nacer de unos padres debidamente casados y, puesto que tú estás prácticamente recuperado, lo mejor es que sea cuanto antes. ¿Qué te parece?

–¡Sensacional! –grito, entusiasmado–, pero si ya os dije que quería que Cesáreo nos casase en la clínica, ¿cómo no voy a estar de acuerdo? ¡Es maravilloso! ¿Para cuándo podría ser?

–Yo había pensado –dice Sonia, como con algo de temor a mi reacción– en el día tres de septiembre, que es tu cumpleaños. Al ser sábado, será más fácil para la gente que tenga que venir de fuera, y tendremos oportunidad de poderlo celebrar.

–Ese día –interviene Marta–, el comedor del restaurante del parador está libre y a nuestra disposición, con lo que podríamos encargarnos un pequeño banquete de celebración. A pesar de que, naturalmente, tratándose de una boda civil, en la ceremonia no habrá misa, el coro de Castrosantos quiere cantaros una canción en el momento que deis el sí. Ya la están ensayando con tal motivo. Aunque

no parece que vaya muy acorde con su ideología, el alcalde está pensando adornar el salón de plenos con gallardetes y colgaduras que hay en un desván del ayuntamiento y Mercedes se ha ofrecido a ocuparse de los adornos florales. Don Benito se ha encargado un nuevo traje de gala de sargento de la Benemérita Institución y asegura que su Mercedes le está limpiando las condecoraciones. Las señoras andan ya de preparativos de trajes y sombreros y los caballeros al menos estrenarán camisa.

—Pero bueno, ¿es que todo el mundo sabe que me caso menos yo? —digo, en broma, aunque de veras muy gratamente sorprendido.

—De ti hemos aprendido. ¿No te gustan las sorpresas? Pues a soportarlas como cada hijo de vecino ha de hacer. No, de verdad. Todo el mundo piensa ya en el próximo día tres, porque esta conversación que acabo de tener con los dos —continúa Marta—, ya la tuve con Sonia por teléfono desde Castrosantos y acordamos esta fecha a la espera de que dieras tu confirmación. Ya te he dicho también que he hablado mucho con todo el mundo, así que la gente piensa que el día está prácticamente fijado. A pasar de eso, si tú opinas de otra manera, naturalmente, se hará lo que decidáis de mutuo acuerdo.

—Pero si estoy encantado, no sólo no voy a poner la más mínima objeción sino que, como no podía ser de otro modo, no se me ocurren más que palabras de reconocimiento y gratitud. Me siento tan emocionado que casi no puedo aguantar las lágrimas. Es maravilloso y estoy en absoluto de acuerdo. Totalmente. Pero, me tendré que comprar un traje, habré de avisar a mi familia. Tal vez tenga que ir con muletas. Aunque, bueno, da igual. ¡Lo importante es que nos vamos a casar! ¡Muchísimas gracias por esta sorpresa maravillosa! Hay que llamar inmediatamente a Don Cesáreo y a Don Benito. Aunque sea una

ceremonia civil, tengo que hablar con Don Mateo y con Doña Guadalupe...

—Estate tranquilo —dice Marta, riendo complacidísima—, que de todo eso me encargo yo. Lo que sí hay que reservar ya es el restaurante del parador y pedir que nos preparen un par de salas contiguas. Hay también que confirmar fecha con el ayuntamiento por lo de los preparativos del salón de plenos. Para lo demás queda tiempo. Ya me he informado y los tuyos de Almería vienen mañana para verte. De la boda no saben nada pero, faltando tan poco para que les veamos, no es necesario llamarles. Lo demás, como te digo, corre de mi cuenta. Así, vosotros no os preocupéis de nada. Ahora, cuando descanses un poco, vendrás con Sonia y conmigo para que te pruebes un precioso traje azul marino cruzado que te hemos reservado. Como ya tenemos experiencia con tus medidas —se sonríe con picardía—, no nos ha sido difícil. Ah, otra cosa, los testigos los elegirás tú, naturalmente...

—¡Qué eficiencia! ¡Me dejáis con la boca abierta! ¡Qué barbaridad! Lo de los testigos está decidido. Si es que las normas me lo permiten, cosa que desconozco, serán siete, mis cinco compañeros de mesa en casa de Onofre, y Don Mateo y Doña Guadalupe, siempre que no tengan inconveniente y no planteen objeciones de conciencia. Tal vez, un sacerdote católico no deba ser testigo en una boda civil. No sé cómo funciona eso, desde el punto de vista de la Iglesia. Pero por preguntar, nada se pierde. Quien obra con buena intención, al menos deja a salvo su conciencia. Respecto a los invitados y todas esas cosas del banquete y demás, yo no entiendo una palabra, así que como tengo tanta gente a mi alrededor de probada eficiencia, en vuestras manos pongo mi destino. Si en ellas ha permanecido durante seis meses de mi vida, sin que yo haya colaborado lo más mínimo, y he despertado en el mejor estado con-

cebible después del trágico inicio que motivó tan largo dormir, cuando ahora no continuara al amparo de tan acogedoras, abundosas y solícitas manos, tal vez significara que con todo esto algún tornillo de los que sujetan las juntas sensibles de mi sensible cabeza no ha quedado tan sólidamente afianzado como cabría esperar, y se haría necesario volver al quirófano de inmediato, vía servicio de urgencias del hospital, con médicos y asistentes pertrechados de escoplos, destornilladores, alicates, antióxidos y antibloqueantes, palanquetas, serruchos y herramientas varias, que hicieran posible la colocación perfecta y acorde del esquivo tornillo desubicado. ¡Qué chorrada acabo de soltar!, —me miran incrédulas—. ¡Ustedes perdonen!

Capítulo XXIV

Mi movilidad es perfecta. Puedo, gracias a Dios, ir de acá para allá sin muletas, y las pequeñas molestias que sentía al moverme han desaparecido por completo. He despertado tranquilo y sin preocupación alguna. Si la felicidad es el equilibrio perfecto, justamente es eso lo que yo siento ahora. Estoy en paz y confiado plenamente a los acontecimientos. He dormido de un tirón. Son las ocho de la mañana y hace un día espléndido. Después de las intranquilidades, tensiones, y sobresaltos vividos, ahora me parece que todo ha sucedido a otro. Tal vez a una persona tan querida que me encanta que todo se haya solucionado tan bien. Noto como si hubiera perdido un dolor físico que ni siquiera era mío, un dolor de una herida ajena que por lo tanto no podrá dejarme marcas, cuyas huellas han sido tan ligeras como las leves pisadas de una ninfa de las aguas, que lamen sutiles las olas del mar.

Amo a Sonia, la amo como era capaz de amar a mi madre de pequeño, a mi padre cuando se mostraba como el más sabio, a la gente de mi infancia que me hacía reír, a los ratos de juegos con mis mejores amigos, a los primeros poemas que a través de la radio oí recitar a Dicenta, a los musicales americanos en el cine de mi pueblo las tardes de invierno, a las olas de mi mar en Garrucha, a las ricas comidas que mi madre preparaba en mi honor cuando volvía a casa por vacaciones al acabar el curso, a mis tardes de primavera en flor, a mis noches de serenata hasta el alba y el pan tierno recién horneado con aceite y sal

con que el panadero de mi pueblo nos obsequiaba al final de la rondalla de vuelta a casa. Amo a Sonia como a las tardes de azahar en los huertos de mi tierra, como al sabor de los tomates robados al tío Pedro, como al canto de las ranas que arrullaron mis primeros amores, al plato de berberechos con limón que tomaba a los siete años cuando acompañaba a mi padre de cañas con sus amigos. La amo como se ama a los diez años, a los dieciocho, a los sesenta. La amo como se siente cuando el amor lo abarca todo, cuando todo lo abraza, cuando todo lo alcanza. Como si no hubiera más amor que el mío, como dicen que Dios nos ama, como aseguran que Dios te ama, como sé que Dios me ama. Amo a Sonia y a este bendito pueblo que tanto me ha dado, que tan bien me ha tratado, que tanto me ha acogido. Amo a Sonia y a este pueblo porque, ambos de la mano, ella es mi mujer soñada en mi soñado pueblo. Amo a este pueblo y a Sonia porque ella nació aquí y de aquí salía para mirarme con sus ojos limpios cada día, y aquí volvíamos paseando aquellas inefables tardes de primavera clara, aquellas mañanas húmedas con olor a tierra mojada. Con ella regresé a este pueblo por caminos custodiados por tapias de rosaledas en abril y nevadas cumbres en enero.

En este pueblo recordé el brillo de sus ojos verdes sin saber que la amaba, y el tacto suave y dulce de sus labios en mi mejilla cuando venía de vacaciones y acudía a casa de Onofre para recibir la bienvenida de su madre y amigos. Amo a Sonia y a este pueblo porque hoy me caso con ella y a él me acojo; a ella me entrego y a él me confío; en ella me miro y en él me veo. Y amo a la gente que hace posible que ame a Castrosantos y que, aunque mi amor por Sonia sea independiente del que siento por mis queridos castrosanteños, cuando uno está acostumbrado a

amar de cierta manera, le es más fácil amar de cualquier manera, le es más fácil amar.

Anoche regresamos de Cáceres. Aunque el coche lo condujo Marta de vuelta a casa, me siento tan bien que no creo que hubiera habido mayores problemas si me hubiera decidido por traerlo yo. Sonia ha preferido que no se le hiciera despedida de soltera y por eso hemos esperado a la noche de ayer para volver. No hemos visto a nadie. Sólo a Pili que nos esperaba con la casa dispuesta y la cena preparada. Esta mujer es un ángel. A veces pienso que no es posible tener una suerte mayor en la vida respecto a las personas a las que se quiere, como la que yo tengo cada vez que estas personas me devuelven multiplicado el humilde cariño que yo les doy. Siempre recibo el “ciento por uno”. Veníamos con hambre. Devoramos la magnífica cena que Pili y su marido nos habían preparado, y luego nos sentamos los cinco a tomar un poco de la botella de riquísimo orujo que Bernardo tuvo la atención de traer para obsequiarnos, además de los merengues que su mujer había pasado la mañana preparando. La charla fue animadísima y entrañable y hasta Sonia y Marta tomaron una “palomita”, bautizando el orujo con agua fría. ¡Qué placer estar en casa! ¡Cómo cuesta reprimir el júbilo de la vuelta a la cotidianeidad querida! ¡Qué sensación magnífica de la serenidad recuperada! ¡Esta mañana he despertado otra vez en mi comfortable cama de dos por uno noventa! ¡Tan amplia! ¡Tan limpia! ¡Tan cómoda! ¡Tan mía! Sonia no quiso, no pudo o no le pareció que debía pasar su última noche de soltera en casa. Madre e hija salieron con Pili y Bernardo que se ofrecieron a acompañarles. La boda es a las doce del mediodía. Don Mateo y Don Benito vendrán con el alcalde hasta casa, donde me recogerán para hacer los cuatro a pie el recorrido hasta el ayuntamiento. Sonia lo hará desde la suya acompañada del pa-

dre, que habrá viajado de Londres a Madrid con Lucy y Andrew, y aterrizado esta madrugada en Barajas alrededor de las cinco. En el salón de plenos nos estarán esperando el resto de los invitados y el coro que nos va a cantar. También habrá venido mi familia como acordamos el jueves pasado cuando llegaron con la intención de verme y saber de mi evolución, y se encontraron con la noticia que nos reunirá de nuevo a todos dentro de un rato. Pili me aseguró que esta mañana vendría a preparar el desayuno y ayudarme a vestir y que una vez que lo hiciera se marcharía para arreglarse ella y ayudar a su Bernardo, que tal y como asegura a todo aquel que quiere oírle está “cargado de padecimientos”. Pero ya estoy oyendo la cerradura de la puerta, así que Pili no se ha hecho esperar. Me coge duchado, afeitado, lustroso y perfumado, con la ropa interior de boda debajo, y el batín de seda que Doña Guadalupe se han empeñado en regalarme. Y con los calcetines y zapatos en los pies, con tal de dar algo más de holgura al cuero y evitar las consabidas molestias que todo calzado nuevo lleva consigo, aunque como éste, sea de tipo anatómico y garante defensor contra durezas y callos, a los que tan acostumbrados estamos las personas que ya hace algún tiempo que no sufrimos de acné.

—Buenos días, Don Javier, ¿qué tal ha pasado la noche? ¿Está usted nervioso? Si es así, no se preocupe, que me he traído un frasco de “agua del carmen” que tengo yo para estos casos. Y si no fuera suficiente, en un periquete le preparo un par de tilas o tres que le dejan a usted como nuevo.

—Lo que me dejarían es listo para ser llevado entre cuatro, y posición horizontal, con tanto sedante, querida Pili, así que no se preocupe que no estoy nada nervioso y me siento como un niño con zapatos nuevos. Por cierto que, aunque estos lo sean —señalo los míos—, este invento

de lo anatómico es mano de santo, porque me van como la seda y no siento la más mínima apretura.

—No sabe cómo me alegre. Entonces lo que a usted le hace falta es un desayuno de mi estilo, así que estese tranquilo que durante la boda las fuerzas no han de faltarle. Ya verá, le voy a preparar unos huevos con jamón, tostadas con mantequilla, aceite y mermelada, un melón y una sandía riquísimos, unos melocotones que da gloria verlos, pastel de manzana, un brazo de gitano cubierto de chocolate estupendo que ...

—Pare mujer, que se han empeñado usted en que me saquen por los aires, pero esta vez, camino del cementerio. No, por Dios, con un café y una tostada si acaso, voy sobrado, que ya habrá tiempo en la comida de llenar un poco más mi cansado estómago. De verdad, Pili, muchísimas gracias, pero una tostada de aceite y una taza de café es tan sólo lo que necesito. Me siento agradecidísimo a su bondad y por los detalles que tiene conmigo, pero con lo que le acabo de decir voy más que sobrado —se le cae una lágrima que se limpia con el pañuelo que saca de su bolso, al tiempo que se desembaraza de la ligera chaqueta de verano que lleva sobre el vestido.

Llaman a la puerta. Miro mi reloj y ¡son las once y media! Me he quedado dormido en el sillón después de haber desayunado algo más de lo que hubiera querido, y puesto el traje la camisa y la corbata para que Pili me dera el visto bueno. Luego me he quitado la chaqueta y sentado en mi sillón favorito con un segundo café, que ahora se ha quedado frío sobre la mesa. Me levanto para abrir. Lo hago con una naturalidad de la que no me apercibo hasta que tengo el cerrojo a punto de descorrer en mi mano derecha. Nadie diría que mis fracturas han sido inconta-

bles. Abro la puerta y qué sorpresa más grata. Preside la comitiva el alcalde, recién afeitado, con un corte de pelo de figurín, traje marengo de dos botones, camisa blanca, corbata roja y un botón dorado en la solapa con la “hoz y el martillo” sobre una banderita republicana de laca tricolor. Sigue Don Benito Pérez con el uniforme de gala de la Guardia Civil, fajín y condecoraciones, con un aspecto realmente impresionante. Pero el que más me conmueve es el tercer personaje, al que si no fuera alguien tan querido para mí, me hubiera costado reconocer. Don Mateo Morral y Santos, párroco del pueblo tiene un aspecto no sólo impecable, sino absolutamente inesperado. En estos días que llevo sin verle ha adelgazado lo menos ocho kilos, viste un clergyman gris de corte perfecto, sobre unos zapatos negros relucientes. Su menor peso le hace moverse con mucha mayor soltura y sus ademanes son resolutivos y yo diría que hasta elegantes. Me fijo en sus manos, que otras veces se mostraban excesivamente gordezuelas. Hoy parecen haberse estilizado tomando un aspecto mucho más aristocrático. En definitiva, el porte de mis tres acompañantes es soberbio. Lo curioso es que, a pesar de lo inusual de la indumentaria, su aspecto no resulta ni teatral ni forzado, y se mueven dentro de sus atuendos con toda naturalidad.

—Aquí estamos, mi querido amigo, para de momento lo que guste mandar, y después impedir que vaya usted sólo al lugar donde le espera un acontecimiento tan importante —aunque Don Mateo es el último que entra, su vehemencia le hace tomar la delantera en el saludo. Cuando le miro mejor, veo que trae algo en la mano, que desenvuelve con soltura—. He traído conmigo un whisky de malta, de dieciséis años, que llevaba en casa veinticinco descansando de la luz y, aprovechando que en esta ceremonia no hay que comulgar, me parece que esto viene

que ni pintado para desear con un brindis a nuestro amigo, la mejor de las venturas en su inminente nuevo estado. Ya saben que yo soy un decidido partidario, a la hora de echar algo al colete, del producto nacional, entiéndase, cualquier orujo, anís, brandy o cazalla que se precie, pero en este caso y en honor a la calidad del producto y a la categoría del acontecimiento dentro de lo que yo calificaría de heterodoxo por estos pagos –usted me perdonará, amigo mío– la valía de la persona homenajeadada y la influencia anglosajona del evento, bien merecen la pena hacer una oportuna excepción.

–Muy bien pensado, señor cura –dice Cesáreo acercándose al mueble bar y cogiendo cuatro vasos–, ¿cómo lo tomamos?

–Esta maravilla sólo se debería beber de una manera y es solo y a tragos cortos pero, con el calor que todavía hace, un cubito de hielo que lo enfríe un poco, se hará perdonar por paladares tan exigentes como los nuestros.

–Ustedes perdonen un segundo que sé dónde encontrar el hielo –Don Benito se dirige a la cocina y, en un santiamén me ponen un vaso en la mano mientras los tres mantienen el suyo en alto.

Cuando intento ponerme de pie para brindar con ellos, Don Cesáreo me detiene.

–Siga sentado, Don Javier, no se nos malogre antes de que le case y nos deje a todos “compuestos y sin novio”.

–No se preocupe –le contesto alegremente–, que me siento como un chaval. ¡Véame! –Me alzo sin dificultad alguna, y poniéndome la chaqueta y estirando un poco mi ropa, digo– ¡Por ustedes señores, los mejores amigos que un hombre pueda tener en parte alguna!

–¡Por usted y por Sonia! –Dice Don Benito.

–¡Por Sonia y por usted! –Endereza el orden el alcalde.

–¡Vivan los novios! –Resume Don Mateo, usando la expresión popular.

Cuando salimos a la plaza, el sol brilla esplendoroso. No hay un alma. Todos deben ya estar esperando en el “salón de plenos”. Cuando me fijo mejor, a un lado de la plaza, bajo los soportales se sitúa una figura estilizada. Es Don Fernando, que al parecer espera nuestra llegada discretamente. Al verle, le llamo:

–¡Don Fernando!, ¡venga aquí, por favor, señor cura!
¡No sea usted tímido!

–Buenos días, Don Javier, no quería molestar. Sea enhorabuena.

–Muchas gracias.

Viste también un clergyman esta vez negro y, cuando se acerca, me tiende la mano alegremente. Flanqueado por los cuatro hombres, los dos sacerdotes a la derecha y sargento y alcalde a mi izquierda, nos dirigimos al ayuntamiento. Por un momento, me da por pensar que todos los poderes, intemporales y terrenales, bendicen la decisión que voy a tomar. Bien es verdad que los miembros de la Iglesia que me acompañan están a mi lado en razón de amigos y no como representantes de la institución, pero lo hacen, y con la mejor de sus sonrisas en sus amigables caras. ¿Será un presagio, a pesar de las voces pesimistas con que tal vez la mayoría mira el devenir de la Iglesia, de que nuevos tiempos están por visitarnos? La presencia de los guardias municipales también con uniforme de gala que custodian la puerta, me trae de vuelta de mis reflexiones. Al entrar, se cuadran y nos saludan militarmente. Dentro, lo que sucede me deja boquiabierto. En el gran hall del ayuntamiento, sentada con otras señoras está Doña Guadalupe, magníficamente vestida, que al verme

se levanta ayudada por Doña Joaquina, que me sonrío dulcemente. Los cuatro hombres nos detenemos y la señora se dirige a mí besándome en la mejilla izquierda.

—Buenos días, Don Javier, al fin llega usted. ¿Le parece bien hacer como ha hecho, esperar a su madrina de boda, sobre todo cuando se trata de una señora tan mayor?

—Yo... Yo... Pero si... ¡Muchas gracias, Doña Guadalupe! Es que no sabía que...

—¡Ande, calle, calle, que los hombres no se enteran de nada! Siempre tenemos las mujeres que ir por delante. Bueno, ¿me va a dar el brazo para que le acompañe o pretende que vaya detrás de usted? Que conste que voy a ser su madrina con el permiso de sus hijas que me han cedido el honor. Así que vamos entrando que la novia estará a punto de llegar.

Ni siquiera había pensado en que me haría falta una madrina para casarme. Menos mal que para estas cosas están las mujeres. Si no fuera por ellas y su intervención en tantas cosas, estaríamos como huérfanos.

Se coge de mi brazo y nos dirigimos al salón de ple-nos, escoltados por mis cuatro amigos y de las señoras que con Doña Guadalupe esperaban mi llegada. Un ujier nos abre de par en par las puertas del salón y, al entrar, suena un aplauso unánime y ensordecedor. Todo el mundo está allí.

Cuando me había hecho a la idea de que los nervios permanecerían atemperados y podría moverme a mis anchas, el aplauso, la atención y el cariño de todo el mundo ha terminado por conmoverme los cimientos y ponerme la emoción en la garganta y en los ojos. No quisiera echarme a llorar, no quedaría muy bien en las fotos de las máquinas, que en este momento tanta gente está haciendo funcionar, dedicando su atención a Doña Guadalupe e,

inmerecidamente, a este agitado novio que ahora mismo se dirige por el pasillo hacia la primera fila de asientos, donde veo dos sillones que supongo estarán destinados a mi distinguida madrina y a mí mismo.

Como decía, todo el mundo está aquí. En la primera fila de asientos de la izquierda veo a Laura, mi “ex”, junto a Marta, a una anciana señora, elegantísima, que apoyada en unos cojines, sujeta un bastón con mango de oro. Sus delicadas muñecas están adornadas con valiosas joyas antiguas de diseño sencillo pero de gusto exquisito. Supongo que se trata de la madrina de Sonia, por la atenta señora que, sentada a su lado, no le pierde detalle. Mis hijos y mi nuera se sientan a continuación, una joven rubia que supongo será Lucy la segunda mujer de mi futuro suegro, con un pequeño niño también rubio que no para quieto un momento. En el banco de la derecha, en primer lugar Mercedes, que reserva un sitio junto a ella, supongo que para su Benito, Don Eduardo Cuevas el médico, el practicante Don Vicente Márquez acompañado de una joven cuya cara me suena pero que, en este momento, no termino de localizar –se ve que el director del coro ha dado permiso a muchos componentes para que puedan quedarse entre el público–. Junto a la acompañante de Don Vicente se sienta Natalia, que reserva dos sitios a su lado, supongo que para Don Mateo y Don Fernando.

En el segundo banco a la derecha están Bea e Isa las íntimas de Sonia, Juanito el amigo universitario que tan bien nos trató en la cafetería. Más allá, las maestras jóvenes del colegio, con Don Antonio el director y la jefe de estudios. A la izquierda veo a Pili con su Bernardo, Don Matías el dentista, Sixto el sacristán junto a mi buen amigo sordo Gregorio con su mujer y sus hijos, Doña Lucía, de la pensión “el Arte” y a Pablo el monaguillo, exactamente detrás de su querida Natalia. Junto a él está Caroli-

na la amiga de Nati. Mezclados con las gentes del pueblo veo algunas caras jóvenes que no conozco y que supongo compañeros y compañeras de estudios de Sonia. Todo el mundo está muy elegante en un salón magníficamente decorado con banderas y gallardetes. Los dorados relucen y las maderas muestran el lustre de nuevos barnices. Los adornos florales de los que se ha encargado Mercedes, combinados con el resto de la decoración, dan a la sala una prestancia regia.

Ayudo a mi madrina a sentarse en el sillón dispuesto para ella. Toman asiento mis cuatro acompañantes en los lugares que tenían reservados para ellos y, cuando me dispongo a soportar estoicamente las miradas de curiosidad de todo el mundo, tras advertir los dos besos que me lanza la menor de mis hijas, el ujier se mueve para abrir de par en par las puertas y la visión de Sonia entrando del brazo de su padre, termina al fin por hacerme brotar las lágrimas. Por suerte para mí la gente se ha puesto de pie y lo que ven les impide mover los ojos en ninguna otra dirección. La escena que ofrece la puerta de doble hoja recién abierta es conmovedora en su belleza.

Sonia lleva un traje largo de seda blanca con diminutas rosas bordadas en rojo. El corte del vestido está tan bien estudiado que su barriga parece mucho menos prominente y con el ramo de rosas, tulipanes y nomeolvides, que cuelga desde sus manos situadas debajo del pecho, el embarazo queda disimulado en la amplitud de la falda. El escote resalta la maravilla de su pecho, sobre el que cuelga una discreta cruz de brillantes. Dos pequeños también en las orejas y una pulsera a juego de una sola hilera que devuelve los destellos de las luces de los flases. La novia no lleva velo. No sabría decir si es o no un vestido de boda o lo es de fiesta, o tal vez se ha pretendido que no fuera ni lo uno ni lo otro. Sólo puedo decirles que está tan guapa

que no hay palabras. Según asegura el saber popular, las embarazadas en las que el bebé que esperan es una niña deforman la expresión de la cara de la futura madre, y prestan cierta hinchazón a sus rasgos faciales. No ocurre así con Sonia. Es todo armonía y sus facciones son perfectas. Lleva el pelo recogido en un moño bajo con una redcilla española de inspiración goyesca y la abundancia de su melena le hace una cabeza inigualable. Los ojos verdes y la nariz griega de proporciones perfectas le dan el aspecto de una joven diosa que acabara de bajar del Olimpo. El corte del vestido en forma de túnica griega, resalta esa impresión. La gente enmudece cuando el coro comienza el canto de la marcha nupcial de Mendelssohn. En los asientos del salón de plenos no se percibe el más leve ruido. Cuando el coro termina, mientras recibe mi conmovido “estás preciosa”, que la madrina y el padrino aprovechan para ocupar sus respectivos lugares, beso a Sonia en la mejilla y al aplauso se unen vítores que, entre la bruma de los sentimientos que han trascendido el alma y alcanzado mi cabeza, me transportan a un mundo de irrealidad donde tan sólo consigo ver la cara preciosa de la mujer que amo y el brillo de júbilo de los preciosos ojos que tanto me enamoran.

Post scriptum

Como nuestros padres amaban el paraíso, siempre he amado vivir en Castrosantos aunque, por mi natural distraído, en ocasiones contadas haya estado lejos de darme cuenta. Tantas veces en casa con mis seres queridos he sentido que vivía en Castrosantos. Cuando he sido el destinatario de la generosidad de que la gente es capaz, he respirado el aire de Castrosantos. Al sentir la magia a raudales del cielo y de la tierra, cuando me he emocionado con lo nimio que mi naturaleza ha captado como si de un milagro se tratara, cuando he visto a mis hijos dormidos, mis plantas crecidas, mis árboles granados, mis flores pletóricas, he vivido en Castrosantos. Y siempre que he conocido gente cálida, fiable, educada y tranquila, cortés y acogedora, inteligente y sencilla, respetuosa del fondo y de las formas, en lo justo y en lo menos, en lo improbable y lo comprobado, con lo hipotético y lo imposible, de verdades e incertezas, he estado muy cerca de Castrosantos. He vivido en Castrosantos, cuando ser joven no significa descortesía, destemplanza ni ingratitud, cuando el desacuerdo tiene un punto de ironía bondadosa, de disenso sin acritud, de picardía amable, de opiniones cargadas de humildad y buena intención. Cuando la gente se saluda con una sonrisa, cuando ama la vida y lo pregona, cuando el vino que se comparte es el que preferimos a la hora de comer, siento que vivo en Castrosantos.

La gente en Castrosantos se habla con cordialidad y cuida del trato aunque no esté de moda, del respeto en las

formas porque no cuesta nada, de la palabra amable ya que buena parte del mundo no lo es. He traído a mis amigos a Castrosantos, a mi gente a Castrosantos, a aquellos que más quiero. Castrosantos es un pueblo situado en una comunidad de España que ignoramos, en una comarca que desconocemos. No sabemos quién es el obispo de la diócesis ni a qué provincia pertenece. No sabemos nada más allá de Castrovero al norte y Tejar de los Bernárdez al sur. Cada día comprobamos que el vino y la comida, el orujo y las hortalizas nos saben a gloria pero desconocemos de dónde proceden, si no mintiéramos en parte porque Cesáreo nos tiene al tanto de lo que su huerta produce con sus ocasionales regalos.

Castrosantos es el lugar que más me gusta del mundo. Con su gente se habla sin desconfianza porque lo que no está en sus labios no cuesta nada adivinarlo en su interior. Lo que no dicen está en su sonrisa y se halla al alcance de la mano y de la mirada. Aquello que no te comunican se transluce con la calidez que transmiten hasta cuando no quieren. En Castrosantos los hombres y mujeres son sencillos, los grandes problemas metafísicos, de alta política, de nivel intelectual, de filosofía escrita, no se plantean. Lo hondo se deja adivinar sin agobios, lo profundo entra más a través de la piel que de la conclusión lógica. Y ya que hablamos de lógica, ésta se hace pequeña como un niño, por una parte tan cercano a los sentidos y por otra, un misterio inabarcable hasta a la consideración íntima de un corazón lúcido. ¿Cómo puede un corazón que a veces se haya tan lejos del cerebro ser lúcido? ¿Acaso no lo es el de una madre cuando intuye de manera inexplicable lo que su hijo necesita? Su amor no pasa por el intelecto y si lo hace es de manera inadvertida. Esto mismo sucede en Castrosantos, queridos amigos. Tiene Castrosantos, desde luego, a la sombra de sus gentes, de

su cielo y de los soportales de su plaza, un corazón lúcido como pocos. Lo tiene y lo muestra sin aspectos mezquinos, a manos llenas, siempre abierto.

Algún día vendrán ustedes conmigo a Castrosantos. Si me dejan, yo les quiero llevar. Deseo que conozcan a sus hombres y mujeres, su preciosa plaza porticada, sus rincones gratos. Quiero que paseen conmigo hasta Tejar de los Bernárdez o que vayamos juntos al teatro en Castrovero. Quiero que prueben nuestro vino y nuestro orujo, que se endulcen con nuestra repostería y que se sientan acogidos y bien tratados, que respiren el aroma de su primavera, visiten el palacio parroquial y escuchen lo bien que suena su coro de voces mixtas. Que charlen un ratito con el cura, con el alcalde, con la farmacéutica...

Si algo no les gusta, recíbanlo con la seguridad de que cuando quieran pueden dejarnos y seguir libremente su camino. Si nos acompañan sólo un rato, nadie les preguntará por qué se van tan pronto ni les molestará con confidencias inoportunas. Si se quieren sentar un momento en un banco de nuestra plaza, a la sombra del plátano que la preside, háganlo sin temor que nadie importunará su soledad querida ni entorpecerá su recién encontrada compañía.

Vengan a vernos, quédense un tiempo y conózcanos. Compren moras de zarza en el quiosco de Félix si les apetece, no habrán probado otras mejores. O miren, vean, charlen con los vecinos si gustan y váyanse cuando les parezca. Y tal vez, si así lo quieren y se quedan con nosotros algún tiempo, descubramos juntos en que hermosísimo lugar de España nos hallamos.

Nota del autor:

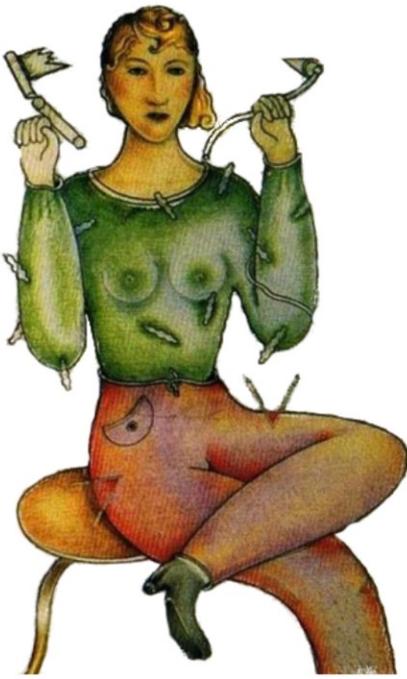
Tanto los personajes como buena parte de los lugares a los que se hace referencia en la novela, son absolutamente imaginarios y forman parte de la prerrogativa que todo autor de ficción tiene de hurgar en su interior para pergeñar irrealidades. Dicho lo dicho y a pesar de lo cual, he procurado que los monumentos históricos que se mencionan, correspondientes a las maravillosas ciudades de Cáceres, Salamanca y Plasencia, no así el resto, sean totalmente fidedignos. Tampoco diré lo mismo de Castro Santos, Castrovero y Tejar de los Bernárdez que corresponden al ámbito de lo imaginario, así como de la capital inventada de la provincia a la que pertenecen estos inexistentes municipios, que no se cita. También es falso por tanto lo del patio renacentista del castillo de Castrovero. La idea ha sido extraída por el autor, de la auténtica salvajada que se produjo contra el patrimonio histórico-artístico nacional en 1904 en el castillo de los Fajardo de Vélez Blanco (Almería), cuando los propietarios de la época, vendieron al coleccionista Golberg por 80.000 pesetas, el magnífico patio renacentista que poseía. En 1913, lo compró el norteamericano Blumenthal y a su muerte, fue entregado al Museo Metropolitano de Nueva York, que lo luce en la actualidad como una de sus joyas más preciadas.

Índice

| | |
|----------------------|-----|
| PERSONAJES: | 7 |
| Capítulo I..... | 11 |
| Capítulo II..... | 23 |
| Capítulo III | 29 |
| Capítulo IV | 49 |
| Capítulo V | 57 |
| Capítulo VI | 69 |
| Capítulo VII..... | 83 |
| Capítulo VIII..... | 93 |
| Capítulo IX | 113 |
| Capítulo X..... | 123 |
| Capítulo XI | 145 |
| Capítulo XII | 171 |
| Capítulo XIII..... | 183 |
| Capítulo XIV | 197 |
| Capítulo XV | 215 |
| Capítulo XVI..... | 223 |
| Capítulo XVII..... | 241 |
| Capítulo XVIII | 255 |
| Capítulo XIX | 271 |
| Capítulo XX | 291 |
| Capítulo XXI..... | 309 |
| Capítulo XXII..... | 319 |
| Capítulo XXIII..... | 345 |
| Capítulo XXIV | 361 |
| Post scriptum..... | 375 |
| Nota del autor..... | 379 |



*Este
libro ha sido
compuesto en tipos Dante,
impreso sobre papel ecológico
Biotop de 90 gr. y encuadernado
a mano en el Taller de Libros de Arena.
Retamar, Almería, octubre de 2009.*



Ediciones Perdidas